

Robertson Davies
Mantícora



Lectulandia

La misteriosa muerte del magnate canadiense Boy Staunton —al que han encontrado ahogado dentro de su coche en el fondo del puerto de Toronto— ha trastornado a su hijo David, quien al contrario que la policía, está convencido de que su padre fue asesinado. Decidido a librarse de su obsesión, David viaja a Zúrich para psicoanalizarse en el Instituto Jung. Obligado por los psiquiatras a indagar en su memoria, David irá sacando a la luz una extraordinaria galería de personajes y recuerdos que le permitirán enfrentarse con sus propios demonios y, sobre todo, con la memoria de su padre. Aunque puede ser leída de manera independiente, esta novela constituye la segunda parte de la Trilogía de Deptford, tras *El quinto en discordia*. Esta vez Davies se adentra en las regiones más profundas de la mente humana, en aquellas donde se agazapan nuestros monstruos.

A través de los laberínticos túneles de la historia, el mito y la magia, la Trilogía de Deptford proporciona un estimulante antídoto contra un mundo donde, por decirlo en palabras del autor, «el miedo, el terror y el esplendor de lo maravilloso han desaparecido».

Lectulandia

Robertson Davies

Mantícora

Deptford 2

ePub r1.0

xelenio 28.07.13

Título original: *The Manticore*
Robertson Davies, 1972
Traducción: Miguel Martínez-Lage
Diseño de portada: Enric Jardí

Editor digital: xelenio
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

«Todo aquello que nos irrita acerca de nosotros mismos puede llevarnos a entender a otros».

C. G. JUNG

PRIMERA PARTE

Por qué fui a Zúrich

—¿Cuándo decidió usted que debía venir a Zúrich, señor Staunton?

—Cuando me oí gritar a voz en cuello en el teatro.

—¿Lo decidió en ese mismo instante?

—Creo que sí. Me sometí después al examen habitual para estar totalmente seguro, pero podría decir que la decisión la tomé en el mismo instante en que me oí gritar sin poder controlarlo.

—¿El examen habitual? ¿Podría decirme algo más sobre ese punto, si es tan amable?

—Desde luego. Me refiero al tipo de examen que uno siempre lleva a cabo para determinar la naturaleza de su propio comportamiento, su grado de responsabilidad sobre sus actos y todo eso. Yo había dejado de tener dominio sobre mis actos. Era preciso hacer algo para remediarlo. Y debía hacerlo yo antes de que otros lo hicieran en mi nombre.

—Por favor, hábleme de nuevo acerca del incidente en el que se puso a gritar. Si es posible, con más detalle.

—Sucedió anteayer, es decir, el 9 de noviembre, a eso de las once menos cuarto de la noche, en el teatro Royal Alexandra, en Toronto, que es la ciudad en la que vivo. Me encontraba sentado en una pésima localidad, en el gallinero. Esto es de por sí poco corriente. La actuación se llamaba, de manera un tanto grandilocuente, la *Velada de las ilusiones*. Era un espectáculo de magia a cargo de un ilusionista llamado Magnus Eisengrim. Es muy conocido, según tengo entendido, al menos para las personas que gustan de esa clase de espectáculos. Uno de los números se titulaba «La cabeza de bronce del fraile Bacon». Una cabeza de grandes dimensiones, que parecía de bronce, pero que estaba hecha de un material semitransparente, parecía flotar en el centro del escenario. No se veía de qué manera estaba amañado el truco, supongo que con alguna clase de cables. La cabeza del fraile daba lo que parecían ser consejos para determinadas personas presentes entre el público. Eso fue lo que me enfureció. Eran imprudencias lo que decía, tonterías, insinuaciones escandalosas, sobre adulterios, o chascarrillos, cotilleos picantes, basura, y noté que me iba ganando la irritación por el hecho de que todas aquellas personas estuvieran interesadas en tanta carroña. Aquello era una injustificada invasión de la privacidad, ya me entiende usted, debida a aquel mago cuya confianzuda superioridad... ¡Y no era sino un charlatán, se lo aseguro, que se las daba de tutear a personas serias! ¡Mera condescendencia! Me di cuenta de que estaba alterado, sin haberme movido de mi butaca, aunque no fue sino al oír mi propia voz cuando comprendí que me había puesto en pie y que estaba dando voces de cara al escenario.

—Y gritó usted...

—Bueno, ¿qué habría esperado usted que gritase? Grité a voz en cuello. Y eso quiere decir que grité muchísimo, pues no me falta experiencia a la hora de dar voces. Grité: «¿Quién mató a Boy Staunton?». Y entonces aquello fue un maremágnum.

—¿Se armó un escándalo en el teatro?

—Así es. Un hombre que estaba de pie en su palco soltó un alarido y cayó de bruces. Muchas personas más murmuraban. Algunos se pusieron en pie para ver al autor de los gritos, pero se calmaron de inmediato, pues la cabeza de bronce comenzó a hablar de nuevo.

—¿Y qué fue lo que dijo?

—Parece que hay varias opiniones. Según los noticiarios, la cabeza de bronce dio a entender que había sido asesinado a manos de una banda de malhechores. Yo todo lo que sé es que oí algo acerca de «la mujer que conocía, la mujer que no conocía». Y eso, cómo no, sólo puede hacer referencia a mi madrastra. Pero ya estaba poniendo pies en polvorosa, decidido a salir de allí cuanto antes. La escalera que lleva al gallinero es muy empinada, y me encontraba en un estado de gran excitación, además de avergonzado por lo que había hecho, de modo que en realidad no la llegué a oír nada bien. Lo que quería era salir de allí antes de que nadie me reconociera.

—¿Porque... resulta que usted es Boy Staunton?

—No, no, no. Boy Staunton era mi padre.

—¿Y fue asesinado?

—¡Pues claro que fue asesinado! ¿Es que no ha leído usted los periódicos? No fue precisamente un asesinato de tres al cuarto, en el que muere un pordiosero de barrio bajo por unos cuantos cientos de dólares. Mi padre era un hombre muy importante. No exagero si digo que su asesinato fue una noticia con repercusión mundial.

—Entiendo. Lamento mucho no haberme enterado. Bien, ¿le parece que repasemos una parte de su historia?

Y así lo hicimos. Fue largo, y para mí fue a menudo doloroso, pero mi interlocutor era un examinador inteligente, y por momentos tuve conciencia de haber sido un testigo incompetente o insatisfactorio, al dar por sentado que él estaba al corriente de cosas que yo no le había contado, o de cosas que no podía saber. Me dio vergüenza decir «pues claro» tantas veces, como si estuviera dándole pruebas directas, y no esa clase de suposiciones que en el mejor de los casos son precisamente eso, una presunción, cosa que yo mismo no habría tolerado en el relato de un testigo. Me avergoncé de haber sido tan asno en una situación a la que me había dicho —y había dicho a otras personas en cantidad de ocasiones—, que bajo ningún concepto me sometería: hablar con un psiquiatra, pedir ayuda de manera ostensible, aunque sin tener la menor confianza en que pudiera proporcionármela. Nunca he llegado a creer que esa clase de personas puedan hacer nada por un hombre inteligente, nada, claro

está, que él no pueda hacer por sí mismo. He conocido a muchas personas que sí han recurrido a los psiquiatras, y todas y cada una de ellas eran personas dadas a recurrir a lo que fuera, personas que habrían recurrido a un cura en el caso de haber vivido en una época en la que primase la fe, o que habrían recurrido a una persona que adivinara el futuro en los posos del té, o a un astrólogo, caso de que no tuvieran dinero suficiente para contar con los servicios de un farsante de marca mayor. Y allí estaba yo, sin otra cosa que hacer, salvo someterme a todo ello.

Tuvo una faceta entretenida. Yo no sabía qué esperar de todo aquello, pero estaba bastante seguro de que me indicaría que me tendiera en un diván y me preguntaría por cuestiones sexuales, lo cual habría sido una pérdida de tiempo, ya que no tengo yo cosas sexuales de las que hablar con nadie. Allí, en el despacho del director del Instituto Carl Jung, en el 27 de Gemeindstrasse, en Zúrich, no había diván; no había nada más que una mesa y dos sillones, una lámpara, o dos, y algunos cuadros, en general de aspecto orientalizante. Y el doctor Tschudi. Y el gran alsaciano del doctor Tschudi, cuya mirada de curiosidad cortés y vigilante era sobrecogedoramente parecida a la del propio doctor.

—¿Su guardaespaldas? —dije al entrar en el despacho.

—Ja, ja —rió el doctor Tschudi de una manera con la que iba a familiarizarme muy bien mientras estuviera en Suiza. Es la manera que tienen los suizos de reconocer con la debida cortesía que se ha hecho un chiste, pero sin dar pie de ninguna manera a que se siga bromeando. Sin embargo, tuve la impresión— se me da francamente bien esto de recibir impresiones —de que el médico recibía a clientes sumamente estafalarios en aquel mismo despachito, tan suizo, y que el perro tal vez fuera de utilidad no sólo como animal de compañía.

El ambiente reinante en todo el Instituto Carl Jung, por lo que había llegado a ver, me pareció desconcertante. Era una de esas casas zuriquesas bastante altas, de un aspecto que no resulta ni doméstico ni profesional, aunque huele a ambas cosas. Tuve que tocar el timbre varias veces para que me abriesen la puerta, cuyo cristal emplomado me impedía ver si alguien acudía a abrirme. La secretaria que al final me recibió parecía una médico, y prescindía de la ansiosa sonrisa de una relaciones públicas. Para llegar a presencia del doctor Tschudi tuve que subir un largo tramo de escaleras, en las que se propagaba el eco, que me hicieron recordar el viejo colegio de mi hermana. No estaba yo preparado para nada de lo que vi; creo que me esperaba algo en lo que se combinase la sensación de una clínica con el ambiente horripilante de un manicomio en una película de las malas. Todo aquello, en cambio, resultó, en fin, de lo más suizo. De lo más suizo, digo, ya que si bien no había ni rastro de relojes de cuco, de chocolatinas ni de bancos, sí tenía una suerte de domesticidad desprovista de todo lo que pudiera ser acogedor, un pragmatismo sumamente natural, dentro del cual no era nada fácil estar seguro de qué era lo que uno se traía entre manos, que me

dejó en franca desventaja. Y aunque al ir de visita a un psiquiatra contaba con perder parte de mis privilegios profesionales, que siempre me situaban en una posición de ventaja, no podía contar con que me agradase en el momento de encontrármelo sobre la mesa.

Estuve una hora con el director. Surgieron algunas cosas de importancia en el transcurso de la charla. En primer lugar, dijo que en su opinión me podrían venir bien algunas sesiones exploratorias con un analista. En segundo lugar, comentó que el analista no debería ser él mismo, sino alguien que él me recomendaría, y que pudiera aceptar a un nuevo paciente en esos momentos; alguien a quien él mandaría un informe; asimismo, señaló que antes debía someterme a un examen físico completo, para asegurarme que el análisis, y no una terapia puramente física, era lo más aconsejable para mí. El doctor Tschudi se puso en pie y me estrechó la mano. Me ofrecí a estrecharle también la pata al alsaciano, pero el animal se mofó de mi jocosidad, y la sonrisa del director no pudo ser más invernal.

Volví a encontrarme en la Gemeindstrasse, sintiéndome como un asno. A la mañana siguiente, en mi hotel, recibí una nota en la que se me comunicaban las indicaciones sobre el lugar en el que me sometería a mi examen médico. También se me indicó que visitara a las diez en punto de la mañana, tres días después, al doctor J. Von Haller, quien me estaría esperando.

La clínica se hallaba real y verdaderamente más allá de todo lo que yo pudiera haber experimentado en la vida. Además de las humillaciones al uso —perder el tiempo medio desnudo en compañía de desconocidos medio desnudos, orinar en un frasco, llevárselo caliente y humeante a una jovencísima enfermera, toser ante la indicación de un médico que me enredaba por la parte posterior del escroto, responder a preguntas íntimas mientras el mismo facultativo me introducía un larguísimo dedo por el recto y trataba de percibir alguna irregularidad en la próstata, recorrer un trecho de escaleras, arriba y abajo, mientras el médico contaba, y jadear, resollar, babear y sacar la lengua, poner los ojos en blanco y hacer, en fin, toda esa sarta de gilipolleces que tanto revela mientras el médico consigue que el paciente se sienta como un asno —, tuve que prestarme a soportar algunas cosas que para mí fueron novedosas. En diversos momentos me extrajeron elevadas cantidades de sangre, mucho más que la gotita al uso que se extrae del lóbulo de la oreja. Bebí un vaso de una mezcla con sabor a chocolate y entonces, una vez cada hora, durante seis, tuve que hacer el pino sobre una mesa móvil de rayos X, a la cual me habían sujetado con correas, mientras tomaban imágenes para ver cómo iba pasándome el mejunje por las tripas. Me colocaron diversos cables cuya función sólo pude conjeturar, aunque mientras hacían girar el sillón en que me encontraba, y lo inclinaban, supuse que algo tendría que ver con mi sistema nervioso, con mi sentido del equilibrio, el aparato auditivo y todo eso. También se me hicieron infinidad de preguntas: hasta qué edad habían vivido mis padres y abuelos, de qué habían muerto. Cuando dije que la causa del fallecimiento de mi padre había sido «asesinato», el facultativo parpadeó un poco, de modo que me alegré de haber alterado un tanto su flemático carácter suizo, así fuera un solo instante. No me había encontrado del todo bien desde mi llegada a Zúrich, y al cabo de dos días de rudo tratamiento de sanatorio estaba cansado y desanimado, con ganas de marcharme... no a casa, desde luego que no, pero sí adonde fuese. Sin embargo, pensé que debería presentarme al menos una vez ante el doctor J. Von Haller, aunque sólo fuera por el placer de tener con él una buena pelotera.

¿Por qué llegué a ser tan hostil frente a unos acontecimientos que había emprendido yo por mi propia voluntad? A eso no tendría una única respuesta. Como ya le dije al director, había tomado la decisión sobre la base del raciocinio, y estaba decidido a seguir fiel a ella. Netty siempre me había dicho que cuando hay que hacer algo desagradable —tomar un medicamento, pedir disculpas por un comportamiento desagradable, reconocer algo que me traería por recompensa una azotaina por parte de mi padre—, mi deber era portarme «como un buen soldadito». Los soldaditos, tenía yo entendido, nunca titubean: hacen lo que hay que hacer sin ponerlo en

cuestión. Por eso, tenía que ser un buen soldadito y visitar al doctor J. Von Haller al menos una sola vez.

Ah, pero ¿han tenido los soldaditos que ir alguna vez al psiquiatra? Al dentista sí que iban a menudo, y no pocas veces me había echado yo al hombro el mosquete invisible para desfilar camino de su gabinete. ¿Iba a ser aquello tan distinto? Pues sí, sí que lo fue.

La utilidad de un dentista no se me ocultaba. Un dentista podía limar y horadar y empastar; de vez en cuando, si era preciso, podía realizar una extracción, aunque fuera a tirones. En cambio, ¿qué podían hacer los psiquiatras? Los que había visto yo en los juzgados se contradecían unos a los otros, cuando no se echaban a la cara puñados de arena, y hablaban en una jerga que, en un careo, por lo común no me era difícil desacreditar. Nunca los utilizo como testigos mientras pueda evitarlo. No obstante, existía una muy difundida fe en su utilidad en casos como el mío. Y yo tenía que hacer lo que pareciera mejor, tanto si personalmente me parecía bien como si me parecía todo lo contrario. Quedarme en Toronto y volverme loco de remate era una opción inviable.

¿Por qué había ido a Zúrich? El director aceptó este hecho como si fuese perfectamente natural por mi parte, pero ¿qué sabía él de mi situación? Por nada del mundo habría ido yo a la consulta de un psiquiatra de Toronto; semejante terapia se supone siempre que ha de ser confidencial, pero todo el mundo parece estar al cabo de la calle cuando se trata de saber quién va a ver regularmente a determinados médicos, y todo el mundo parece presto a exponer la razón de esas asiduas visitas. Por lo común se supone que es la homosexualidad. Podría haber ido a Nueva York, pero es que todo el que lo hacía parecía visitarse con un freudiano, y no me impresionó precisamente lo que les sucedía. Esto, por descontado, no tiene por qué ser culpa del freudiano, ya que, como he dicho, esas personas eran propensas a recurrir a otros, y no creo que ni siquiera el propio Freud pudiera haber hecho gran cosa con ellas. No hay nada capaz de hacer que una bolsa vacía se sostenga en pie, como decía mi abuelo a menudo. De los jungianos yo no sabía nada, salvo que los freudianos les tenían manía, y uno de mis conocidos, que estaba haciéndose un análisis freudiano, una vez dijo algo insidioso sobre las personas que iban a Zúrich a...

*escuchar sermones
de los místicos alemanes
que predicán de diez a cuatro.*

Pero con una perversidad que a menudo es más fuerte que yo cuando he de tomar una decisión personal, había resuelto hacer la prueba. Los jungianos tenían dos

puntos negativos a su favor: los freudianos los detestaban y Zúrich estaba muy lejos de Toronto.

Fue un sobresalto mayúsculo descubrir que el doctor J. Von Haller era una mujer. No tengo nada en contra de las mujeres; lisa y llanamente, nunca se me había ocurrido que pudiera verme hablando con una de ellas de las cosas tan íntimas que me habían llevado a Zúrich. A lo largo de los exámenes físicos, dos de los médicos con los que me encontré eran mujeres, y no tuve ningún reparo. Les permití examinarme por dentro tal como se lo habría permitido a cualquier hombre. Mi mente, en cambio, era harina de otro costal. ¿Alguna mujer podría, sabría, querría entender qué era lo que no funcionaba bien? Antes estaba extendida la idea de que las mujeres son muy sensibles. La experiencia profesional que he tenido con ellas como clientes, testigos y adversarios había disipado todas las ilusiones que pudiera concebir yo en ese sentido. Hay algunas mujeres sin duda muy sensibles, pero todavía no me he encontrado con nada capaz de convencerme de que sean, en conjunto, más propensas a la sensibilidad que los hombres. Y yo creía estar necesitado de un manejo delicado. ¿Estaba la doctora J. Von Haller a la altura de las circunstancias? Nunca había tenido noticia de una mujer psiquiatra, salvo las que tratan a los niños. Y mis problemas no eran ni mucho menos los de un niño.

Allí estaba yo, pese a todo, y allí estaba ella, en una situación que parecía de índole más social que profesional. Me encontraba en lo que parecía ser una sala de estar, y la disposición de los sillones era tan poco profesional que fui yo quien tomé asiento a la sombra, mientras que la luz de los ventanales a ella le iluminaba de lleno la cara. No había diván.

La doctora von Haller me pareció más joven que yo. Tendría unos treinta y ocho, supuse, pues si bien ostentaba una expresión juvenil ya peinaba canas. Tenía un rostro agraciado, de rasgos amplios, pero no toscos; una nariz excelente, aquilina si uno quisiera hacerle el cumplido, aunque a punto de ser ganchuda si uno prefiriese no hacérselo; la boca grande, los dientes estupendos, blanquísimos, aunque no con la clásica blancura norteamericana; los ojos muy bellos, castaños, a juego con su cabello; la voz agradable, baja; no tenía un dominio lo que se dice perfecto del inglés coloquial, y se le notaba un ligero acento. Vestía de manera anodina, ni a la moda ni con desaliño, de ese modo que Caroline califica de «clásico». Era toda ella una persona que inspiraba confianza. Pero también lo soy yo, y conozco todos los trucos profesionales necesarios para hacerlo. Hay que guardar silencio, dejar que sea el cliente quien hable; no conviene hacer sugerencias; que el cliente desembuche y se desahogue; hay que estar atento a cualquier titubeo suyo que pueda ser revelador. Todo eso lo estaba haciendo ella, pero también lo hacía yo. El resultado fue una conversación forzada y rebuscada durante un buen rato.

—¿Y fue el asesinato de su padre lo que le llevó a venir para someterse a tratamiento?

—¿No le parece suficiente?

—La muerte del padre siempre es un momento crítico en la vida de un hombre, pero por lo común dispone de tiempo para prepararse psicológicamente antes de que llegue. El padre envejece, renuncia a sus exigencias sobre la vida, se prepara de manera manifiesta para afrontar la muerte. Una muerte violenta es sin duda una sacudida severa. Pero usted era consciente de que su padre debía morir tarde o temprano, ¿no es así?

—Supongo. No recuerdo haber pensado en ello.

—¿Qué edad tenía?

—Setenta.

—Tampoco se trata de una muerte prematura. Es la edad que nos asigna el salmo.

—Pero es que fue un asesinato.

—¿Quién lo asesinó?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Fue conducido, o bien condujo él mismo su coche, a un muelle del puerto de Toronto. Cuando sacaron su coche del fondo del agua lo hallaron agarrado al volante con tanta fuerza que tuvieron dificultades para soltarle las manos. Tenía los ojos completamente abiertos. Y una piedra en la boca.

—¿Una piedra?

—Sí, esta piedra.

Se la tendí, colocada sobre el pañuelo de seda en el que la llevaba. Era la prueba «A» en la investigación sobre el asesinato de Boy Staunton: un trozo de granito rosa, canadiense, más o menos de la forma y el tamaño de un huevo de gallina.

Ella la examinó con atención. Luego, despacio, se la introdujo en la boca y me miró solemnemente. ¿O no fue solemnemente? ¿Hubo un destello en su mirada? No lo sé. Demasiado me desconcertó lo que había hecho para saber, encima, cómo lo hizo. Se la sacó, la limpió cuidadosamente con el pañuelo y me la devolvió.

—Pues sí, se podría hacer —dijo.

—Es usted una persona muy fría —dije yo.

—Sí. Ésta es una profesión muy fría, señor Staunton. Dígame una cosa: ¿no ha sugerido nadie que su padre tal vez se haya suicidado?

—Desde luego que no. Sería absolutamente impropio de él. De todos modos, ¿por qué piensa inmediatamente en eso? Le he dicho que fue asesinado.

—Pero no se han hallado pruebas del asesinato.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo el informe que sobre usted ha preparado el doctor Tschudi, y he pedido a la bibliotecaria de nuestro *Neue Zürcher Zeitung* que verifique su archivo. En efecto, se informó de la muerte de su padre, no en vano tenía relación con varios bancos

suizos. La información es forzosamente discreta, muy breve, pero me pareció que el suicidio era la explicación en general aceptada.

—Fue asesinado.

—El informe del doctor Tschudi me hace pensar que tiene usted la impresión de que su madrastra ha tenido algo que ver en todo esto.

—Sí, sí, pero no de una manera directa. Ella lo destruyó. Fue ella quien hizo de él un infeliz, un hombre completamente distinto del que era. Yo nunca he sugerido que ella lo llevase al muelle. Lo asesinó, desde luego, pero psicológicamente...

—¿De veras? Tenía la impresión de que a usted la psicología le importaba más bien poco, señor Staunton.

—La psicología tiene un papel destacado en mi profesión. Soy un abogado especializado en derecho penal, y bastante reconocido por cierto. ¿O eso también lo ha verificado usted? Algo he de saber sobre cómo funcionan las personas. Sin una apreciación psicológica bastante aguda no podría dedicarme a lo que me dedico, es decir, a extraer de las personas cosas que ni de lejos querrían contar. El mismo trabajo que usted, ¿no?

—No. Mi trabajo consiste en escuchar a las personas, que dicen lo que a toda costa desean decir, aunque mucho se temen que nadie las entienda. Usted utiliza la psicología como un arma ofensiva en interés de la justicia. Yo la utilizo como curación. Un abogado tan agudo como usted sabrá sin duda apreciar la diferencia. Ha demostrado que la comprende. Cree que su madrastra asesinó psicológicamente a su padre, pero no cree que eso fuera suficiente para empujarlo al suicidio. Bien, yo he conocido situaciones como ésta. Pero si ella no fue la asesina material, ¿quién cree usted que pudo haber cometido el asesinato?

—Quien le pusiera la piedra en la boca.

—Oh, vamos, señor Staunton. Nadie podría poner esa piedra en la boca de un hombre en contra de su voluntad, o no al menos sin romperle los dientes y dejar pruebas manifiestas de violencia. Lo he intentado. ¿Lo ha intentado usted? No, ya me parecía que no. Su padre debió de introducirse la piedra en la boca.

—¿Por qué?

—Tal vez alguien le dijo que lo hiciera. Alguien a quien no podía o no quería desobedecer.

—Eso es ridículo. A mi padre nadie podría obligarle a hacer algo que él no quisiera hacer.

—Es que tal vez quisiera hacerlo. Tal vez quisiera morir. Es algo que suele pasar, no sé si lo sabe.

—Él amaba la vida. Era la persona más vitalista que jamás haya conocido.

—¿Incluso después de que su madrastra lo asesinara psicológicamente?

Empezaba a perder terreno. Esto era humillante. Soy espléndido en cualquier

interrogatorio, a pesar de lo cual allí estaba, perdiendo el equilibrio, perdiendo pie una y otra vez ante la doctora. Bueno: en mis propias manos tenía el remedio.

—No me parece que esta línea de conversación sea provechosa. No me parece que conduzca a nada que me pueda servir de ayuda —dije—. Si tiene la amabilidad de indicarme cuáles son sus emolumentos por la consulta, podemos darla ahora mismo por zanjada.

—Como quiera —dijo la doctora von Haller—. Pero tengo el deber de indicarle que son muchas las personas a las que no les gusta la primera consulta, por lo que desean escapar. Y luego regresan. Usted es un hombre de inteligencia superior a la media. ¿No simplificaría las cosas que se saltase ese primer deseo de huir y que continuásemos? Estoy convencida de que es usted demasiado razonable, y que por eso mismo no ha supuesto que esta clase de tratamiento vaya a ser indoloro. Siempre es difícil, sobre todo al comienzo. Para todos. Y en especial para las personas de su tipo.

—¿Así que ya me tiene clasificado?

—Le ruego me disculpe; sería una impertinencia afirmar una cosa así. Me refiero solamente a que las personas más inteligentes y adineradas, que tienen por costumbre salirse con la suya, son a menudo hostiles e irritables al comienzo de un tratamiento analítico.

—Entonces, usted me sugiere que haga de tripas corazón y que sigamos.

—Que sigamos, desde luego. Pero es mejor que no haya que hacer de tripas corazón. Creo que recientemente ha tenido que hacer demasiadas veces de tripas corazón. Suponga que procedemos de una manera más llevadera.

—¿Le parece a usted llevadero dar a entender que mi padre se quitó la vida, cuando yo le he dicho que fue asesinado?

—Estaba diciéndole solamente algo que con absoluta discreción se daba por sobrentendido en la noticia. Estoy segura de que eso ha tenido que oírlo antes. Y sé que esa clase de insinuaciones suelen ser muy desagradables. Pero cambiemos de terreno si le parece. ¿Sueña usted a menudo?

—Ah, caramba: así que ya hemos llegado a lo de los sueños. Pues no, no sueño mucho. O tal vez debería decir que no presto demasiada atención a los sueños que tengo.

—¿Ha tenido algún sueño últimamente, desde que decidió venir a Zúrich, o desde su llegada?

Me pregunté si debería contárselo. Aquello me estaba costando mis dineros. Así pues, me dije, ¿por qué no disfrutar del espectáculo completo, fuera el que fuese?

—Sí. Ayer noche tuve un sueño.

—¿Y bien?

—Un sueño muy vívido, al menos para mí. Mis sueños suelen ser residuales,

cosas fragmentarias, sin ilación. No perduran en mi memoria. Éste fue muy distinto.

—¿En color?

—Sí. De hecho, a todo color.

—¿Y cuál era el tono general del sueño? Es decir, ¿lo disfrutó? ¿Le resultó placentero?

—¿Placentero? Pues sí, yo diría que fue placentero.

—Cuénteme qué soñó.

—Me encontraba en un edificio que me resultaba familiar, aunque no estuviera en un sitio que me resultara conocido. Pero de alguna manera tenía relación conmigo, yo era allí alguien de cierta importancia. Tal vez debiera decir que me vi rodeado por un edificio, porque era una especie de colegio, como los colegios universitarios de Oxford. Atravesaba de prisa el patio central, pues iba a salir por la puerta de atrás. Al pasar por debajo del arco de la puerta, dos hombres que estaban allí de guardia (los conserjes, policías, funcionarios o guardianes de alguna clase) me saludaron y sonrieron como si me conocieran. Yo les hice un gesto de saludo. Entonces me encontré en la calle. No era una calle canadiense; más bien parecía una calle de una bonita localidad de Inglaterra, tal vez de la Europa continental, ya sabe usted, con árboles a uno y otro lado, y edificios agradables, como casas, aunque parecía haber una tienda, o dos, y pasó por delante de mí un autobús lleno de pasajeros. Yo iba de prisa, iba camino de alguna parte, y doblé velozmente a la izquierda y eché a caminar por el campo. Iba por un camino, la población había quedado a mi espalda; me parecía caminar a la orilla de un campo en el que se estaban realizando unas excavaciones. Supe que estaban tratando de hallar algunas ruinas. Atravesé el campo hasta un chamizo improvisado que se hallaba en el centro del yacimiento arqueológico, no me pregunte por qué, pero sabía que lo era, y entré por la puerta. El chamizo era por dentro muy distinto de lo que me esperaba; como ya le he dicho, parecía un cobertizo provisional para herramientas y cosas semejantes, pero por dentro era de estilo gótico. El techo era bajo, pero bellamente abovedado, de piedra. Todo era de sillares de piedra. Había allí dentro un par de hombres jóvenes, dos tipos normales y corrientes, de veintitantos años, diría yo, que estaban conversando en la embocadura de algo que era, o yo al menos lo sabía, una escalera de caracol que descendía directamente hacia la tierra. Quise bajar por la escalera, y pedí a los dos jóvenes que me permitieran pasar, pero no me hicieron caso, y aunque no me hablaron en ningún momento, y siguieron hablando el uno con el otro, yo noté con toda claridad que habían pensado que yo era un simple entrometido, un intruso que no tenía derecho a bajar por la escalera, y que probablemente tampoco tenía verdaderos deseos de bajar. Así pues, salí del chamizo y volví al camino y emprendí el regreso a la población, y entonces me encontré con una mujer. Era una persona extraña, como una gitana, aunque no era una gitana vistosa, de las que van vestidas

de un modo llamativo; llevaba una ropa anticuada, andrajosa, que parecía habersele descolorido con el sol y la lluvia; llevaba un sombrero de ala ancha, de terciopelo negro, muy desgastado, con unas plumas de colores llamativos. Parecía tener algo importante que comunicarme, y no dejaba de darme la lata, pero yo no entendía nada de lo que me decía. Hablaba en una lengua extranjera; supuse que era romaní. No me estaba pidiendo dinero, aunque a pesar de todo estaba claro que quería algo a cambio. «Bueno —me dije—, cada país tiene a los extranjeros que se merece». Lo cual es un comentario estúpido, si se para usted a analizarlo. Sin embargo, yo tenía la sensación de que se me estaba agotando el tiempo, de modo que apreté el paso para volver a la localidad, doblé bruscamente a la derecha, y esta vez a punto estuve de darme de bruces contra la cancela de entrada al colegio. Uno de los guardianes me llamó a voces: «Esta vez podrá lograrlo, señor. Seguro que esta vez no le multan». Y acto seguido me encontré sentado a la cabecera de una mesa, con mi toga de abogado, presidiendo una reunión. Eso fue todo.

—Un sueño muy bueno. Tal vez es mejor soñador de lo que usted piensa.

—¿Va a decirme que tiene algún significado?

—Todos los sueños tienen algún significado.

—Sí, para José y el faraón, o para la esposa de Pilatos, puede ser. Le va a costar mucho trabajo convencerme de que los sueños significan algo aquí y ahora.

—Estoy segura de que me va a costar mucho. Por el momento, quiero que me diga, sin pararse a pensarlo demasiado, si ha reconocido a algunas de las personas que aparecen en su sueño.

—A ninguna.

—¿Le parece que podrían ser personas a las que aún no haya visto? ¿O personas a las que ayer no hubiera visto?

—Doctora von Haller, usted es la única persona que he visto hoy y que no había visto ayer.

—Ya me parecía. ¿Podría ser yo alguna de las personas que aparecen en su sueño?

—Va usted demasiado deprisa para mí. ¿Me está dando a entender que yo puedo haber soñado con usted antes de conocerla?

—Eso sería absurdo, ¿verdad que sí? Sin embargo... lo que yo le pregunto es si podría ser yo alguna de las personas que aparecen en su sueño.

—No había en el sueño nadie que pudiera ser usted, a no ser que quiera sugerir que era usted la gitana a la que no se le entendía nada, y espero que no pretenda que yo me trague una cosa así.

—Estoy segura de que nadie podría lograr que un abogado tan capacitado como usted se tragase una cosa tan ridícula como ésa, señor Staunton. Pero no deja de ser extraño, ¿no le parece?, que haya soñado que se encuentra con una figura femenina

de unas características completamente distintas a lo habitual en su experiencia, que trataba de decirle a usted algo importante que usted no supo entender, y que no quiso entender, porque estaba ansioso por regresar a su recinto cerrado, tan placentero, y a su toga de abogado, para presidir además alguna reunión sin duda importante.

—Doctora von Haller, no tengo ninguna intención de ser descortés, pero creo que está usted devanando una interpretación ingeniosa a partir de la pura nada. Debe saber usted que hasta que vine hoy a su consulta desconocía que J. Von Haller fuera una mujer. Por eso, aun cuando hubiera soñado que venía a ver a un analista de esa manera tan... imaginativa, ésa es una realidad que no podría haber aparecido en mi sueño, ¿no es cierto?

—No es una realidad, salvo en la medida en que todas las coincidencias son realidades. Usted se encuentra con una mujer en su sueño y yo soy una mujer. Pero no necesariamente soy esa mujer. Le aseguro que no es infrecuente que un paciente nuevo tenga un sueño importante, y revelador, la víspera misma de iniciar el tratamiento, antes de haber conocido a su analista. Es algo que siempre preguntamos, por si acaso. No obstante, un sueño anticipatorio que contiene una realidad desconocida es algo sumamente infrecuente. No será preciso, sin embargo, que lo comentemos ahora. Ya tendremos tiempo más adelante.

—¿Está segura de que habrá un «más adelante»? Si he entendido bien el sueño no logro comprender absolutamente nada de lo que dice la gitana, de su parloteo indescifrable, y regreso a mi mundo familiar. ¿Qué es lo que deduce usted de eso?

—Los sueños no son premoniciones del futuro. Sólo revelan un estado anímico en el que el futuro puede hallarse de manera implícita. Su estado de ánimo en estos momentos es muy semejante al de un hombre que no desea conversar con mujeres a las que no entiende. Pero su estado de ánimo podría cambiar. ¿No le parece?

—La verdad es que no lo sé. Con franqueza, esta conversación me está pareciendo una pelea a cara de perro, en la que uno y otro tratamos de cobrar cierta ventaja. ¿Seguirá de esta misma forma el tratamiento?

—Por un tiempo es posible que sí. Pero a esos niveles no serviría para sacar nada en claro. Bien, su hora casi ha concluido, de modo que permítame que abrevie un poco y que le hable con toda sinceridad. Si he de ayudarle en algo, tendrá usted que hablarme desde su mejor yo, con sinceridad y con plena confianza. Si continúa usted hablándome siempre desde un yo inferior, receloso y suspicaz, tratando de sorprenderme en la charlatanería que quiera encontrar en mis palabras, no podré hacer nada por usted, y al cabo de muy pocas sesiones pondrá usted fin al tratamiento. Tal vez sea eso lo que ahora pretende. Nos queda un minuto, señor Staunton. ¿Va a presentarse usted a la próxima cita, sí o no? Por favor, no piense que me ofenderá su decisión de no continuar, ya que son muchos los pacientes que desean venir a verme. Si tuviera ocasión de conocerles, cualquiera podría asegurarle de que

no soy una charlatana, sino una doctora seria y experta. ¿Cómo quiere que quedemos?

Siempre he detestado que me pongan entre la espada y la pared. Estaba muy molesto. Pero cuando fui a recoger mi sombrero vi que me temblaba la mano, y ella también lo vio. Era preciso hacer algo respecto de ese temblor.

—Vendré a la hora concertada —dije.

—Bien. Que sea cinco minutos antes de la hora, si no es mucha molestia. Tengo una agenda realmente apretada.

Y así me encontré en plena calle, enfurecido conmigo mismo y con la doctora von Haller. Sin embargo, en algún tranquilo rincón de mi ánimo no me sentía contrariado por el hecho de volver a verla de nuevo.

Pasaron dos días antes de mi próxima cita, durante los cuales cambié de opinión varias veces. Pero cuando llegó la hora allí estaba. Había rumiado todo lo que se dijo, había pensado en unas cuantas cosas oportunas que habría dicho si se me hubieran ocurrido en el momento apropiado. El hecho de que la doctora fuese mujer me había desconcertado más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Tengo mis propias razones para que me desagrade que sea una mujer quien me instruya, y de ninguna manera están todas ellas relacionadas con esa vieja diablesa, Netty Quelch, que me ha traído a mal traer con su látigo y su espuela desde que alcanzo a recordar. Tampoco me hizo ninguna gracia el juegucito de la interpretación del sueño, que vino a contradecir todas las reglas que rigen el manejo de las pruebas, al menos que yo conozca. El descubrimiento de la verdad es una de las funciones primordiales de la ley, a la cual he dado lo mejor que tengo en mí. ¿Y va a encontrarse la verdad en el vapor de los sueños? Tampoco me había gustado la brusquedad con que la doctora me dijo que tomara una resolución, que no le hiciera perder el tiempo y que fuera puntual, lo cual es una estimación de mi carácter tan ridícula como se podría imaginar. Pero me negué a batirme en retirada ante la doctora Johanna von Haller sin que hubiera al menos una revancha, y quién sabe si algo más.

Por un listín telefónico supe que su nombre de pila era Johanna. Además de eso, supe que era *Prof. Dr. Med. Und spezialart für Psychiatrie*. No pude averiguar nada más sobre ella.

Ah, sí, luego estaba lo del temblor de mi mano. No tendría sentido darle muchas vueltas. Los nervios, no era de extrañar. ¿No eran precisamente los nervios la razón de mi estancia en Zúrich?

Esta vez no nos encontramos en la sala de estar, sino en el despacho de la doctora von Haller, que era bastante oscuro y estaba repleto de libros, adornado con unas cuantas esculturas modernas que me parecieron de las buenas, aunque tampoco las examiné a fondo. También había una vidriera antigua en la ventana, lo cual me pareció excelente, aunque me desagradó un tanto, por parecerme pura afectación. Destacaba sobre el escritorio una fotografía dedicada del doctor Jung en persona. La doctora von Haller no se sentó tras el escritorio, sino en un sillón próximo al mío. Ese truco ya me lo sabía: se supone que ha de inspirar confianza, ya que deja a un lado la barrera natural, el escritorio del profesional, que separa a los presentes en el despacho. Esta vez no le quité el ojo de encima. No pensaba dejar que se saliera con la suya.

Era un mar de sonrisas.

—Espero que esta vez no discutamos a cara de perro, señor Staunton.

—Espero que no. Pero eso depende exclusivamente de usted.

—¿Exclusivamente? Muy bien. Antes de seguir adelante, debo decirle que ha llegado el informe de la clínica. Parece estar usted algo escaso de salud en general y, digamos, un poco nervioso, ¿no es así? O lo que antes se llamaba neurasténico. Y con algún que otro dolor neurítico. Y por debajo de su peso ideal. Tiene un temblor ocasional, pero muy acusado, en ambas manos.

—Recientemente, así es. He soportado bastante estrés.

—¿No le había sucedido antes?

—Muy de vez en cuando, si se me acumulaban las complicaciones en el terreno profesional.

—¿Cuánto ha bebido esta mañana?

—Un buen lingotazo con el desayuno, y otro antes de venir aquí.

—¿Eso es habitual?

—Es lo que tomo habitualmente los días en que he de comparecer en juicio.

—¿Esto lo considera como una comparecencia en un juicio?

—Desde luego que no. Pero, tal como ya le he dicho en varias ocasiones, he soportado bastante estrés, y ésa es mi manera de sobrellevar el estrés. No me cabe duda de que a usted le parece pésima. Yo lo veo de otro modo.

—Seguramente conoce usted todas las objeciones que se ponen con razón a un consumo excesivo de alcohol.

—Podría darle ahora mismo una excelente charla sobre los beneficios de la abstinencia. De hecho, creo firmemente en la abstinencia para el tipo de personas que se benefician de la abstinencia. Yo no soy una de ellas. La abstinencia, o la templanza, si prefiere la versión religiosa, es una virtud de la clase media, y no es mi sino, o mi buena fortuna, si prefiere, formar parte de la clase media. Al contrario, soy rico. En la época en que vivimos, la riqueza extrae a un hombre de la clase media y lo lleva muy lejos, a menos que sea él quien ha amasado todo ese dinero. Yo pertenezco a la tercera generación de una familia adinerada. Ser rico es ser una persona de tipo especial. ¿Usted es rica?

—De ninguna manera.

—Qué rapidez en negarlo, si me permite la observación. Sin embargo, parece usted vivir con desahogo, al estilo de los buenos profesionales, lo cual es una verdadera muestra de riqueza para la mayoría de los habitantes de este mundo. Bien. Yo sí soy rico, aunque no tanto como la gente supone. Cuando uno es rico, ha de descubrir cuáles son sus propias verdades, y ha de confeccionar muchas de sus reglas de conducta. La ética de la clase media no le sirve de nada. Si uno se pliega a ella con la lealtad al uso, sólo conseguirá tropezar y quedar como un pelele.

—Cuando dice «rico», ¿a qué se refiere?

—Me refiero al vil metal. No me refiero a la riqueza de la mente o a la riqueza del

espíritu, ni a ninguna de esas otras estupideces. Me refiero al dinero contante y sonante. Yo tengo a un hombre por rico de verdad cuando posee unos ingresos anuales que son superiores a cien mil dólares antes de impuestos. Si tiene eso, tendrá muchas otras pruebas de riqueza. Yo dispongo de mucho más que de cien mil dólares al año, y buena parte de ello lo gano por estar en la cúspide de mi profesión, que es la ley. Soy eso que antes se llamaba «un abogado eminente». Y si ser rico y ser un abogado eminente requiere que uno se tome un lingotazo antes de desayunar, estoy dispuesto a pagar el precio. Sin embargo, le aseguro que no soy por completo desatento con mis abuelos, quienes detestaban los licores y los consideraban obra del Demonio. Siempre me tomo el primer lingotazo del día con un huevo crudo disuelto en la copa. Ése es mi desayuno.

—¿Y cuánto bebe al día?

—Digamos que más o menos una botella. En la actualidad algo más. Tal como le digo, he tenido que soportar un estrés considerable.

—¿Qué le ha llevado a pensar que necesitaba a un analista, y no un remedio para alcohólicos?

—Es que yo no me considero un alcohólico. Ser alcohólico es un predicamento de la clase media. Mi reputación, en el país en el que vivo, es tal que sería completamente absurdo si yo visitara Alcohólicos Anónimos. Si un par de prosélitos vinieran a darme lecciones, me tendrían miedo. Por lo demás, no me desmando, no me suelo desmayar, no me convierto en un hazmerreír. Bebo bastante y hablo con toda franqueza. Si tuviera que ir por ahí con otro compinche de Alcohólicos Anónimos y darle la tabarra a algún pelagatos que estuviera bebiendo, sólo de verme se quedaría aterrado. Pensaría de inmediato que había hecho alguna barbaridad de la que no era consciente por estar bebido; pensaría que yo era su abogado, que la policía acudía para obligarlo a dejar el alcohol de inmediato. Y tampoco se me daría nada bien la terapia de grupo. Una vez eché un vistazo por saber de qué se trataba. Yo no soy un esnob ni un intelectual, doctora. Al menos, de momento. Pero la terapia de grupo para mí es algo demasiado plebeyo. Carezco del espíritu confesional necesario. Es algo que prefiero fomentar en otros, preferiblemente cuando se encuentran en el banquillo de los acusados. No, no soy un alcohólico. El alcoholismo no es en mí una enfermedad, sino un síntoma.

—En tal caso, ¿cuál diría usted que es su enfermedad?

—Ahí está el quid. Si lo supiera, se lo diría. Pero más bien espero que me lo pueda decir usted.

—Una definición así no nos serviría de mucho en estos momentos. Digamos que padece de estrés a raíz de la muerte de su padre. ¿Le parece que empecemos a hablar de eso?

—Ah, ¿no vamos a empezar por la infancia? ¿No quiere que le cuente cómo me

enseñaron a hacer mis necesidades en el retrete?

—Quiero saber de sus complicaciones actuales. Suponga que comenzamos por el momento en que se enteró de la muerte de su padre.

—Fue más o menos a las tres de la madrugada del pasado 4 de noviembre. Me despertó mi ama de llaves, quien me dijo que la policía deseaba hablar conmigo por teléfono. El que llamó era un inspector al que yo conocía. Me dijo que debería acudir cuanto antes al puerto, a los muelles, ya que se había producido un accidente en el que estaba implicado el coche de mi padre. No quiso decir mucho más, y yo tampoco quise decir nada que despertara el interés de mi ama de llaves, que andaba por allí cerca, tratando de pescar todo lo que pudiera, de modo que llamé un taxi y fui a los muelles. Allí parecía reinar una tremenda confusión, aunque lo cierto es que estaba todo tan en orden como la situación lo permitía. Había un buzo aún vestido de hombre rana, que era quien primero había bajado al coche. Los bomberos habían llevado una grúa de pluma con un camión, que en esos momentos sacaba el coche del agua. Había coches de policía, había un camión con unos focos muy potentes. Encontré al inspector, quien me dijo que con toda seguridad era el coche de mi padre. Añadió que había un cadáver en el asiento del conductor. Por lo que habían podido precisar, el coche se había precipitado al final del muelle, a una velocidad de unos sesenta kilómetros por hora; había seguido adelante tras llegar al agua. Un vigilante dio la alarma en cuanto oyó la salpicadura, pero cuando llegó la policía a la zona le fue difícil hallar exactamente dónde estaba, y entonces llegó el equipo de buzos, la grúa, y se llevó a cabo la operación de sujetar el gancho y la cadena al frontal del chasis, todo lo cual había costado dos horas. Habían visto la matrícula tan sólo minutos antes de llamarme. Era un automóvil que la policía conocía de sobra. Mi padre llevaba un número bajo en la placa, inconfundible.

»Fue una de esas situaciones desdichadas, en las que uno tiene la esperanza de que no sea verdad todo lo que el sentido común le dice que es cierto. Ese automóvil no lo conducía nunca nadie más que mi padre. Por fin lo sacaron del agua y quedó en el muelle, goteando, hecho un asco. Dos bomberos procedieron a abrir las puertas despacio, tanto como lo permitió el peso del agua del interior, porque la policía no quería que pudiera escapar de allí nada que pudiera servir como prueba. Lo cierto es que el habitáculo se vació enseguida, y allí apareció él, sentado al volante.

»Creo que lo que más me sobresaltó fue su terrible desaliño. Siempre había sido un hombre sumamente elegante. Estaba cubierto por el fango y el aceite del puerto, pero tenía los ojos abiertos y estaba agarrado con fuerza al volante. Los bomberos trataron de sacarlo, y fue entonces cuando descubrieron que no iba a ser fácil, pues estaba agarrado con muchísima fuerza. Probablemente sepa usted cómo son las situaciones de emergencia: se hacen cosas que nadie habría pensado en hacer caso de hallarse en circunstancias normales. Por fin lo soltaron del volante, aunque con las

manos terriblemente deformadas. Luego supimos que en esta operación se le habían roto los huesos de casi todos los dedos. No culpo de nada a los bomberos, hicieron lo que tenían que hacer. Lo tendieron sobre una lona, en el muelle, y todos los presentes se apartaron. Supe entonces que estaban esperando que yo hiciera algo. Me arrodillé a su lado y le limpié la cara con un pañuelo, y entonces fue cuando vimos que tenía algo raro en la boca. Vino a ayudarme el forense, y cuando logró abrir la mandíbula de mi padre encontramos la piedra que le enseñé. La piedra que usted misma se metió en la boca, porque dudaba de lo que yo le dije.

—Lamento mucho haberle disgustado con ese gesto, pero es que aquí vienen pacientes con historias muy raras. Siga, se lo ruego.

—Conozco el procedimiento habitual de la policía. Fueron todo lo amables que pudieron, pero era preciso llevar el cadáver al depósito, redactar los informes, cumplir con todas las cuestiones rutinarias que siguen incluso a los accidentes más inverosímiles. Les costó un gran esfuerzo hacer la vista gorda y permitir que yo me quedase con la piedra, ya que se trataba de una prueba material. Sabían, digo yo, que no la retendría en mi poder caso de que llegara a ser necesaria. De todos modos, alguno de los periodistas presentes vio que yo me la quedaba y engañó al forense para que reconociera algo, de modo que la piedra tuvo un papel destacado en las noticias que se difundieron. No obstante, todos tenían cosas que hacer y yo también, aunque yo no tenía a nadie que me ayudara en mi cometido.

»Hice por lo tanto lo que debía. Fui de inmediato a la casa de mi padre, desperté a Denyse, que es como se llama mi madrastra, y le conté lo ocurrido. No sé qué me imaginé que podía esperar. Un ataque de histeria, supongo, pero ella se lo tomó todo con un gélido dominio de sí misma, por lo cual le quedé agradecido, porque si se hubiese venido abajo creo que yo mismo habría sufrido alguna especie de colapso. Sin embargo, se mostró sumamente obstinada. “He de ir a verlo”, insistió. Yo sabía que la policía estaría entonces llevando a cabo sus exámenes, y traté de convencerla de que esperase hasta que amaneciera. No hubo lugar. Ella había decidido ir e iba a ir de inmediato. No quise que ella condujera, y han pasado años desde que yo conduje un coche por última vez, de modo que tuvimos que despertar a su chófer y darle una explicación solamente parcial de lo ocurrido. Ay, los buenos y viejos tiempos, si es que los hubo, en que uno podía decir a la servidumbre que hiciera cualquier cosa sin tener que dar explicaciones ni atenerse a razones de ninguna clase... Por fin nos encontramos en la comisaría central de policía, y en el depósito de cadáveres, y aún sufrimos otra demora porque, por elemental decencia, la policía no quiso permitir que ella viese el cadáver mientras no hubiera terminado el forense, mientras no se hubiera llevado a cabo una limpieza no demasiado eficaz del mismo. A resultas de todo ello, cuando lo vio tenía el aspecto de un borracho al que sacan a la calle a que le dé la lluvia, a ver si se despeja. Fue entonces cuando se vino abajo por completo, lo cual

me resultó abrumador, pues tal vez sea éste el momento de que sepa usted que a mí me desagrada esa mujer en lo más profundo de mi corazón, y tener que abrazarla y sosegarla y darle consuelo fue para mí una tortura. Y fue entonces cuando empecé a paladear en su totalidad el horror de lo que había ocurrido. El forense y todos los presentes que podrían haberme echado una mano en tan penosa situación fueron demasiado respetuosos y no se inmiscuyeron. Una vez más cuestión de riqueza, doctora von Haller. Incluso la pena adquiere una calidad muy especial, y nadie se presta a secarle a uno sus lágrimas de oro. Al cabo de un rato la llevé de vuelta a casa, y llamé a Netty para que viniera a ocuparse de ella.

»Netty es mi ama de llaves. En realidad es mi vieja ama de cría. Se ha ocupado de mi domicilio desde el segundo matrimonio de mi padre. Netty tampoco le tiene el menor aprecio a mi madrastra, aunque en ese momento me pareció que era la persona más indicada, ya que tiene un carácter inquebrantable y una gran autoridad.

»Mejor dicho, eso fue lo que pensé. Cuando Netty llegó a casa de mi padre y le referí lo ocurrido, se puso como una Magdalena. Ésa es la expresión que emplea ella para referirse a ese estado de total desmadejamiento, “ponerse como una Magdalena”. Se puso a dar alaridos, a gemir de manera incontrolable, con esos aborrecibles ruidos de mujer, hasta que me sentí realmente aterrorizado. Sin embargo, también a ella tuve que abrazarla, también a ella le tuve que dar consuelo. Sigo sin saber qué era lo que tanto la mortificaba. Obvio es decir que mi padre fue una figura de grandísimo peso en su vida, tal como lo fue en la vida de todo el que lo llegara a conocer bien, pero ella no tenía ningún parentesco con él, no sé si me explico. A resultas de todo ello, en poco tiempo fue mi madrastra la que atendió a Netty, y no al revés, y cuando el chófer hubo despertado a todo el resto de los sirvientes se formó una sobrecogedora reunión de personas a medio vestir en el salón, todas ellas mirándose unas a otras, atónitas, mientras Netty armaba un espectáculo inenarrable. Encargué a alguien que llamase a mi hermana Caroline, y poco después apareció junto con Beesty Bastable. Nunca me he alegrado tanto de verlos a los dos, nunca en la vida.

»Caroline estaba terriblemente alterada, pero se comportó bastante bien. Es una mujer de sangre fría, pero de tonta no tiene un pelo. Y Beesty Bastable, su marido, es uno de esos individuos tirando a gruesos, rollizos incluso, de ojos saltones, que no parece que valgan ni lo que cuesta su manutención, pero que a veces tienen una sorprendente maña para tratar a las personas. Fue de hecho él, por qué lo voy a negar, quien supo conseguir que los criados se ocupasen en algo de provecho, pues les indicó que preparasen algo caliente de beber, y logró que Netty dejara de gimotear como una posesa, además de impedir que Caroline y mi madrastra se enzarzasen en una pelea por cualquier motivo, o por no tenerlo, e incluso porque Caroline empezó demasiado pronto a adoptar una actitud claramente de ama y señora, la que se suele adoptar con quienes acaban de sufrir una pérdida, mientras a mi madrastra no le hizo

gracia que nadie le fuese a decir que se acostara un rato, y menos estando en su propia casa.

»Me sentí agradecido de que Beesty estuviera allí, porque cuando se arregló un tanto la situación en seguida vino y me dijo: “Ahora, si nos tomamos un buen copazo y luego nada más hasta que hayamos descansado un rato, ¿eh? ¿Cómo lo ves?”. Beesty es de los que dicen “¿cómo lo ves?” casi a cada paso, como tienden a hacer muchas de las personas de honda raigambre en Ontario, y que encima tienen sus buenos dineros. Creo que es una afectación de la época eduardiana. Todavía no se han enterado de que es algo pasadísimo de moda. De todos modos, por fin me pude marchar a mi casa, benditamente libre de Netty y de sus quejidos, y aunque no dormí ni un minuto, y Beesty tuvo el tacto de mantenerme alejado de las damajuanas, sí me di un baño y dispuse de dos horas de tranquilidad antes de que Beesty metiera la cabeza en mi habitación a las ocho en punto y anunciara que había preparado unos huevos fritos. No me pareció que me apetecieran unos huevos fritos; me apetecía como mucho un huevo batido en una copa de coñac, pero debo decir que me asombró lo buenos que estaban los huevos fritos. ¿No le parece que es una sabia humillación el hambre que nos causan las calamidades?

»Mientras desayunábamos, Beesty me dijo qué era lo que convenía hacer. Fue extraño, tal vez, ya que no es más que un agente de cambio y bolsa, y tanto mi padre como yo siempre habíamos tenido tendencia a descartarlo y a tenerlo por un bobo, aunque fuese un tipo decente. Sin embargo, su familia es de las más destacadas de la ciudad, y había estado presente en unos cuantos funerales, de modo que estaba al cabo de la calle. Incluso conocía a una buena empresa de pompas fúnebres. Yo ni siquiera habría sabido por dónde empezar a buscar. Quiero decir... ¿Quién ha conocido alguna vez a un empresario de pompas fúnebres? Es como eso que se dice de los burros muertos: ¿quién ha visto uno alguna vez? Se enganchó al teléfono y dispuso con su empresario de pompas fúnebres preferido la recogida del cadáver en el momento en que la policía lo pusiera a su disposición. Dijo entonces que debíamos hablar con Denyse para concertar los detalles del entierro. Parecía dar por supuesto que ella no querría vernos hasta más entrada la mañana, pero cuando la llamó se puso de inmediato y nos dijo que nos recibiría a las nueve en punto, y que no llegásemos tarde, porque tenía mucho que hacer.

»Fue absolutamente típico de Denyse, quien, como ya le dije, nunca me ha caído nada bien precisamente por ese mismo espíritu que puso de manifiesto en cuanto Beesty la llamó. Denyse es puro negocio. Es imposible echarle una mano, o hacer algo por ella, sin que uno se sienta de inmediato su subordinado: es perentorio que ella sea la jefa en todo. Desde luego, a mi padre lo mangoneaba como una jefa, más de lo que él mismo llegó a darse cuenta, y eso que no era un hombre sumiso. Pero las mujeres son así, claro. ¿No cree?

—Algunas mujeres lo son, desde luego.

—En mi experiencia, las mujeres o se las dan de jefas o son de las que dependen de uno.

—¿Y no es ésa la misma experiencia que tiene usted de los hombres?

—Puede ser. Pero con los hombres puedo hablar. Con mi madrastra, no. De las nueve a las diez Denyse habló con nosotros, y es probable que hubiera seguido hablando un buen rato de no ser porque llegó entonces su peluquera. Era consciente de que tendría que ver a muchas personas, y era necesario que se arreglase el pelo, ya que más adelante no tendría ocasión en todo el día.

«¡Y las cosas que nos dijo! Por poco se me pone el pelo de punta. Denyse tampoco había podido conciliar el sueño. Había estado haciendo planes. Y creo que esto es crucial, doctora, caso de que vaya usted a reconocer que tengo causas de sobra para estar nervioso. Ya le he dicho que mi padre era un hombre muy importante. No es que fuera rico, no es que fuera un filántropo. Se había dedicado a la política, y durante buena parte de la segunda guerra mundial fue nuestro ministro de Alimentación, un ministro sumamente capaz en el puesto. Luego dejó la política activa. Fue la misma historia de siempre, en el fondo no muy distinta de la del propio Churchill. El público detesta a un hombre capaz salvo en el momento en que no se puede pasar sin él. Las cualidades decisivas de mi padre, las que hicieron necesario que se saltase toda la burocracia durante la guerra, fueron las mismas que le pusieron en una situación delicada con los hombrecillos de turno en cuanto terminó la guerra. Y esos hombrecillos fueron quienes no lo dejaron a sol ni a sombra, hasta que se apartó de la vida pública. Pero era un hombre demasiado grande para olvidarlo por las buenas, y su hoja de servicios lo hacía acreedor al reconocimiento, por eso pudo ser nombrado vicegobernador de nuestra provincia. ¿Sabe usted qué es un vicegobernador?»

—Supongo que es un personaje público más o menos ceremonial.

—Sí: el representante de la Corona en una provincia de Canadá.

—¿Y es un gran honor?

—Sí, aunque son diez en total. Mi padre podría haber sido gobernador general, es decir, estar en la cumbre.

—Ah, sí. Entiendo, muy grandioso.

—Sólo los botarates se ríen de esos cargos ceremoniales porque no los entienden. Es imposible que exista un sistema parlamentario sin esas figuras oficiales que representan al Estado, a la Corona, a toda la corporación del gobierno, así como los cargos electos que representan a sus votantes.

»No había llegado a ocupar el cargo, pero sí había recibido la notificación oficial de su nombramiento, de manos del propio secretario de Estado. El oficio de la reina habría llegado a su debido tiempo, es decir, en cosa de un mes, más o menos. En

cambio, Denyse quiso que tuviera un funeral de estado, como si ya hubiera ocupado el cargo.

»En fin... En calidad de abogado, yo sabía que esto era absurdo. En el momento mismo en que comentábamos ese plan tan demencial había un vicegobernador perfectamente válido. De ninguna de las maneras habría sido posible que a mi padre se le diera sepelio en un funeral de estado. Y eso era lo que ella quería: soldados de uniforme de gala, un cojín de raso sobre el que reposaran sus condecoraciones de la Orden del Imperio Británico y la Orden de Servicios Distinguidos, una salva de honor, una bandera sobre el féretro, y tantos oficiales, funcionarios y políticos como fuera posible congregados para la ocasión. Me quedé patidifuso. Pero no importó todo lo que yo dijera, que ella respondía lo mismo: “Yo sé de sobra qué es lo que se le debe a Boy, aunque tú prefieras no saberlo”.

»Tuvimos una riña de padre y señor mío. Se dijeron allí cosas que al pobre Beesty lo hicieron palidecer de pena. “Vamos, vamos, Denyse —murmuraba cada dos por tres—; vamos, Davey, vamos, intentemos entendernos unos con otros”, lo cual era ridículo, aunque el pobre Beesty no dispone de un vocabulario más apropiado en esas situaciones que lo sobrepasan. Denyse prescindió de todo fingimiento y dejó bien claro que no me tenía ningún aprecio. Yo no era más que un portavoz barato, dijo, de malhechores de la peor calaña. Era un borrachín del que todo el mundo conocía sus andadas. Siempre me había causado resentimiento la superioridad de mi padre. Intenté desbaratar sus empeños siempre que me fue posible. Había dicho cosas inexcusables a propósito de ella misma. La había espiado. Pero en esta ocasión, por Dios bendito, ella se iba a encargar de que yo cumpliera a rajatabla con sus intenciones, pues de lo contrario me expondría a inimaginables humillaciones y a deshonras insoportables. Yo dije que ella había ridiculizado a mi padre desde el mismo día en que lo conoció. Dije que había reducido su estatura en público gracias a sus ridículas e ignorantes pretensiones, gracias a sus muchas estupideces, y que sólo deseaba convertir el funeral en un circo en el que fuera ella quien montase a lomos del elefante más grande. Hablamos claro un buen rato, eso se lo aseguro. Sólo cuando Beesty parecía a punto de echarse a llorar, y no lo digo metafóricamente, pues jadeaba ruidosamente y se frotaba los ojos, y cuando apareció Caroline, pareció ella sosegar un poco. Caroline tiene un talante desdeñoso gracias al cual obliga a portarse bien a todo el que sea más humilde que ella, incluida Denyse.

»Al final, Beesty y yo recibimos la orden de ir a visitar de inmediato a los de las pompas fúnebres para elegir un espléndido ataúd. Lo suyo es que fuera de bronce, dijo ella, porque sería posible grabar directamente encima. “¿Grabar? ¿El qué?”, pregunté. Diré a favor de Denyse que tuvo la elegancia de ponerse ligeramente colorada a pesar del habilidoso maquillaje que ya se había aplicado. “El escudo heráldico de los Staunton”, dijo. “Pero si no existe...”, dije yo, y Beesty se me llevó

de allí en el acto. “Que se salga con la suya —me dijo en un susurro—. Tú, ni rechistar.” “Pero... ¡es perverso! —grité—. ¡Es pretencioso y es absurdo y es perverso!” Caroline le ayudó a sacarme de allí antes de que se armase una buena. “Davey, tú haz lo que te ha dicho y cállate la boca”, me dijo, y cuando protesté y le dije: “Carol, sabes tan bien como yo que eso es ilegal”, ella respondió: “Ah, lo legal, lo ilegal, en fin”. Y lo dijo con un terrible desdén, muy femenino.

Con motivo de mi siguiente cita, y sintiéndome bastante como Sherezade, que desplegaba sus interminables relatos telescópicos ante el rey Shariar, reanudé la historia allí donde la había dejado. La doctora von Haller no dijo nada mientras le relaté la muerte de mi padre y lo acaecido después, salvo para verificar algún detalle aquí y allá, y tampoco tomó notas, lo cual me extrañó. ¿De veras sería capaz de asimilar y almacenar y procesar todas las variadas historias que le contasen sus pacientes, y pasar de uno a otro a cada hora? Bueno, más o menos lo mismo hacía yo con los cuentos que me contaban mis clientes.

Intercambiamos un saludo y proseguí.

—Después de terminar nuestra visita a los de las pompas fúnebres, Beesty y yo tuvimos que ocuparnos de infinidad de detalles, unos de tipo legal, otros surgidos del entierro en sí. Tuve que ponerme en contacto con el obispo Woodiwiss, que había tenido relación con mi padre durante cuarenta años, y escuchar sus bienintencionadas palabras de condolencia, y repasar toda la rutina del funeral. Fui a la Casa Diocesana y me sorprendió un poco, no sabría explicar por qué, que todo resultara tan profesional, con secretarías que tomaban café, aire acondicionado, todo el ambiente de unas oficinas de empresa. Creo que contaba con ver crucifijos en las paredes y mullidas alfombras. En una puerta había un rótulo, «Cancillería diocesana: Hipotecas», que realmente me dejó patidifuso. De todos modos, el obispo sabía cómo proceder con los funerales, y la verdad es que no hubo gran cosa de la que ocuparse. Algún detalle técnico quedó pendiente: nuestra parroquia era la iglesia de San Simón, pero Denyse se empeñó en que la ceremonia fuese en la catedral, por pensar que estaba más acorde con sus ideas de grandeza, y tanto el obispo como el deán de la catedral dieron el consentimiento que ella necesitaba. Woodiwiss aseguró que él se encargaría de todo. Sigo sin saber por qué estaba yo tan quisquilloso y molesto con las palabras de consuelo que me dio este buen hombre; a fin de cuentas, conocía a mi padre desde antes que yo naciera, y me había bautizado y me había impartido la confirmación, y tenía por consiguiente sus derechos tanto en calidad de amigo como por ser sacerdote. Pero me tomé todo el asunto de una manera muy personal...

—¿Diría usted que posesivamente?

—Supongo que sí. Lo cierto es que me enojó la resolución de Denyse, decidida a ocuparse de todo y a que todo fuera como ella quería, sobre todo cuando su estilo era ostentoso, llamativo, ridículo. Seguía enfurecido por su insistencia de grabar en el féretro las chorradas heráldicas que ni siquiera eran las nuestras, y que nunca podrían serlo, y que además mi padre había rechazado después de mucho rebuscar. Quiero que eso le quede perfectamente claro: no es que me moleste la heráldica en sí, y las

personas que tienen legítimo derecho a utilizar un escudo de armas hacen bien en utilizarlo de la manera que les venga en gana, pero el escudo de los Staunton no era el nuestro. ¿Quiere que le diga por qué?

—Ya me lo dirá más tarde, ya llegaremos a ello. Sigamos ahora con el funeral.

—Como quiera. Beesty se iba a ocupar de ver a los periodistas, pero este cometido también se lo apropió Denyse, quien había preparado una hoja con los detalles biográficos que deseaba difundir. Una tontería, por supuesto, porque eso ya estaba en poder de los periódicos. Pero de ese modo logró una cosa que también me enfureció: la única mención de mi madre en toda la necrológica fue una referencia a «un matrimonio anterior con Leola Crookshanks, fallecida en 1942». Se apellidaba Cruikshanks, y no Crookshanks. Había sido la esposa de mi padre desde 1924, la madre de sus hijos, y una mujer muy querida, triste y desdichada. Denyse todo eso lo sabía perfectamente. A mí no hubo manera de convencerme de que su presunto error no fuera producto del rencor. Y obvio es decir que introdujo una referencia a su pobre hija, la infeliz Lorene, que no tiene nada que ver con la familia Staunton, nada en absoluto.

»¿Y cuándo se había de celebrar el funeral? Ésa era la gran pregunta. Yo estaba a favor de que fuera cuanto antes, pero la policía no nos permitió disponer del cadáver hasta el lunes a una hora ya avanzada, y para eso hizo falta mover no pocos hilos, se lo aseguro. Denyse, por su parte, quería disponer de todo el tiempo que fuera posible para arreglar su suntuoso funeral, casi “de estado”, y para congregarse a todos los peces gordos que pudiera obligar a asistir, de modo que se decidió que fuese el jueves.

»¿Y dónde se le iba a dar sepelio? En Deptford no, de ninguna manera. Allí había nacido, y allí habían provisto sus padres una parcela en el cementerio muchos años antes, de la cual eran ellos los únicos ocupantes. Deptford a Denyse no le servía. Hubo que comprar una tumba en Toronto.

»¿Ha comprado usted alguna vez una tumba? No es en el fondo muy distinto de comprar una casa. En primer lugar a uno le enseñan la parte más humilde del cementerio, la de los pobres, y uno observa todas esas lápidas de extranjeros, con fotografías de los difuntos protegidas por un envoltorio de plástico y las inscripciones en lenguas extrañas, en alfabetos desconocidos, y las velas consumidas en la hierba. A uno se le encoge el corazón, se lo aseguro. Uno se pregunta en seguida si la muerte es precisamente eso. ¡Cuánta sordidez! Y es que no se encuentra uno en su mejor momento. Se convierte en un esnob repulsivo. Los funerales sacan a relucir esa parte lamentable que uno tiene dentro. Uno se ha repetido durante años que no importa qué sea del cadáver, y en los cócteles, cuando llega la hora de ponerse serio, en el momento de mayor embriaguez, uno afirma que los judíos tienen razón, que los entierros más rápidos y más baratos son los más adecuados y filosóficamente los más decentes. Pero cuando se llega al cementerio se ven las cosas de otra manera. Y los

empleados del cementerio lo saben, vaya que sí. Así pues, uno deja a un lado todo lo que tenga que ver con la clase obrera, deja a un lado los detalles étnicos y pasa a la zona reservada a las comodidades aburguesadas de la periferia, pero allí resulta que las lápidas están bastante apiñadas y que las inscripciones están pésimamente redactadas, y uno cuenta casi con encontrar nombres de localidades mal escritos, bromas incluso de dudoso gusto junto con las habituales “Hasta que raye el alba”, o “En los eternos brazos”. Las cosas se iluminan un poco al cabo: las parcelas son más amplias, no hay sensación de apiñamiento, las propias lápidas son de una piedra mejor, con más clase, y lo mejor es que los apellidos de las familias son los que tienen que ser. A fin de cuentas, el día de la resurrección no quiere uno verse apelotonado ante el trono con una panda de desconocidos. Y ahí es donde se cierra el trato.

»Por cierto, ¿sabía usted que alguien tiene que ser el dueño de la tumba? Alguien distinto del ocupante, claro está. Pues resulta que yo soy el dueño de la tumba de mi padre. Extraño pensamiento...

—¿Y quién es el dueño de la tumba de su madre? ¿Por qué no fue su padre enterrado junto a ella?

—Yo soy el dueño de la tumba de mi madre, porque la heredé dentro del legado de mi padre. Por cierto que es la única propiedad inmobiliaria que me dejó en su testamento. Como ella murió durante la guerra, cuando mi padre estaba en el extranjero, el entierro tuvo que arreglarlo un amigo de la familia, y éste se limitó a comprar una tumba. Sólo una. Bastante buena, pero sólo una. Ella está enterrada en la misma zona del cementerio que mi padre, la más apetecible, pero no demasiado cerca. Como en la vida misma.

»El martes por la noche, los de pompas fúnebres habían terminado su cometido, y el féretro estaba de nuevo en su casa, colocado al fondo del salón. Se nos invitó a todos a echar un vistazo. Es un asunto delicado, cómo no, porque un empleado de pompas fúnebres, o en todo caso el embalsamador, es un artista a su manera, y cuando alguien ha muerto de manera violenta es todo un desafío comprobar hasta qué punto se le puede devolver un buen aspecto. En justicia, debo decir que a mi padre le habían hecho un trabajo excelente, pues aun cuando sería una estupidez decir que parecía el mismo de siempre sí es verdad, al menos, que no parecía que se hubiera ahogado. Ya sabe usted cómo son estas cosas: un hombre de inmensa vitalidad, mercurial, que siempre ha tenido una gran expresividad, un gran juego de colores, no parece el mismo de siempre cuando se le ve con una tez mate y con esa calma inflexible que los embalsamadores imprimen en esas ocasiones. Yo he tenido que ver a mucha gente amortajada en sus ataúdes, y siempre me da la impresión de que se hallaran sujetas a un maligno hechizo y pudieran oír lo que se dice; podrían de hecho hablar si se rompiera el encantamiento. En fin, allí estaba. Y alguien tenía que decir

una palabra amable a los embalsamadores. Fue Beesty quien se encargó de ello. Nunca me dejaron de asombrar las cosas que fue capaz de hacer en semejantes circunstancias, pues mi padre y yo nunca pensamos que pudiera hacer nada más, aparte de ocuparse de sus malditos negocios. Todos los demás miramos el cadáver con formal solemnidad, igual que años antes nos habíamos reunido para contemplar con formal agrado la tarta de bodas de Caroline. En ambas ocasiones nos limitamos a hacer lo que hicimos sobre todo por dar la debida satisfacción a las personas que habían creado el objeto expuesto a nuestros ojos.

»Aquella noche comenzaron a recibirse las visitas. La manera anticuada de llamarlo sería decir muestras de condolencia y de rendido homenaje. Beesty y Caroline y yo anduvimos por el salón charlando con los visitantes casi siempre en voz baja. “Qué amable que hayas venido... Sí, ha sido terrible... Es muy amable de tu parte...” Hubo tonterías de este estilo en abundancia. Los mandamases de la empresa de mi padre, Alpha Corporation, cumpliendo con las cortesías. Los empleados de Alpha Corporation, encargándose de que todo el que viniese firmara en un libro. Una secretaria encargada especialmente de llevar la cuenta de los telegramas y los cablegramas. Otra, para confeccionar un listado de coronas de flores...

»¡Ah, las flores! Mejor dicho, “los homenajes florales”, que es como se empeñaba todo el mundo en llamarlas. Como estábamos en noviembre, las floristerías estaban más que surtidas de crisantemos. Había bosques de crisantemos. Pero los acaudalados tenían que dar muestras de su pesar con rosas, sobre todo por estar especialmente caras en esa época del año. Los ricos siempre se ven en situaciones muy apuradas, ya lo ve; tienen que enviar lo mejor de lo mejor, por más que les fastidie la flor que sea más costosa en ese momento. De lo contrario, cualquiera dirá que han venido a menos, o que son unos tacaños. Denyse había oído, a saber dónde, que una vez en un entierro el féretro apareció cubierto bajo una manta de rosas, y ella quiso encargarse de una igual a manera de ofrenda personal e intransferible. Fue Caroline la que la convenció de que se contuviera y se conformara con un buen ramo de flores blancas. No, la palabra exacta no es “la convenció”. Caroline me dijo que se había visto obligada a decirle: “¿Es que pretendes que parezcamos los Médici, o qué?” Y con eso logró su objetivo, porque Denyse nunca había oído que se dijera nada bueno de los Médici.

»Todas estas truculencias siguieron igual durante el miércoles. Tuve que trabajar por la mañana, estaba de guardia, y en el trabajo recibí al alcalde, al jefe de policía, al jefe de los bomberos, a un hombre de la Comisión de Energía Hidroeléctrica y a buen número de dignatarios de tal o cual clase. Vino un representante del Colegio de Abogados, que me recordó un hecho casi olvidado, y es que mi padre había estudiado derecho. A ese hombre lo conocía yo bastante bien porque a menudo me relacionaba con él, pero los demás eran personas que me sonaban sólo de oídas, o de haber visto

alguna vez su foto en los periódicos; presidentes de las corporaciones de banca, naturalmente.

»Denyse, por supuesto, no recibió a nadie. No habría sido lo adecuado para el papel que ella misma se había arrogado. Oficialmente, se encontraba tan desconsolada que no podía aparecer con nadie, y sólo algunas personas muy especiales fueron conducidas a la primera planta, donde recibía ella a sus más allegados. No me importa, no me parece mal. Los funerales son una de las pocas ocasiones ceremoniales que nos quedan, y cada cual asume su papel casi sin pensar. Yo era el hijo único, el que estaba afrontando la adversidad de una manera espléndida, aun cuando bien se sabía que no era, y que no tenía jamás la esperanza de ser, el hombre que su padre había llegado a ser. Beesty Bastable fue “ese individuo tan decente”, capaz de hacer todo lo posible en circunstancias tan difíciles. Caroline fue la hija única, apenada, desolada, aunque no de una manera tan catastrófica como Denyse, que era la viuda y que había asumido la postración debida a sus aflicciones. En fin, así era la cosa. Ése era el dibujo, el patrón, y quien rompe los patrones lo hace por su cuenta y riesgo. A fin de cuentas, los patrones llegan a ser lo que son porque se adaptan a las realidades. Yo he sido partidario del ceremonial y de los patrones durante toda mi vida, y no tenía el menor deseo de romper el patrón del funeral. Pero lo cierto es que detrás de ese patrón había demasiados sentimientos reales, de modo que pronto se me antojó todo desdichadamente impostado, falso, forzado, y los edictos que promulgaba Denyse desde sus aposentos teñidos por la aflicción fueron lo peor que me tocó sobrellevar.

»Su orden de que a toda costa me mantuviera sobrio, por ejemplo. Beesty fue muy bueno en esto. No es que obrase con un tacto odioso, entiéndame, aunque dijo a las claras que yo tendría que hacer muchas cosas para las cuales iba a necesitar estar bien despejado, por lo cual era aconsejable que no bebiera en exceso. Bien sabía que, para mí, no beber en exceso equivalía a beber lo que para él sería más bien bastante, a pesar de lo cual me concedió la credibilidad de tener cierto sentido común y de no excederme en la cantidad. Y Caroline hizo otro tanto. “Denyse está convencida de que vas a meter la zarpa y nos vas a dejar a todos en mal lugar, así que por Dios te pido que, para fastidiarla, no lo hagas.” Eso fue lo que me dijo. La propia Netty, después de su llantina incontrolable, se comportó de una manera francamente admirable, y ni siquiera se empeñó en vigilarme por mi propio bien, aunque anduvo bastante al acecho. Por consiguiente, aunque bebí a pie firme, me mantuve dentro de las limitaciones que yo mismo me había impuesto. No obstante lo cual el edicto de Denyse y ella misma me parecieron aborrecibles.

»Y tampoco fue ése su único edicto. El miércoles, antes del almuerzo, llamó a Beesty y le dijo que me dijera que fuese a repasar esa misma tarde el testamento de mi padre, y que fuese a verla en cuanto lo hubiera hecho. Fue una intromisión

inaceptable e injustificable. Yo de sobra sabía que era el principal ejecutor testamentario de mi padre, y sabía, siendo además abogado, qué era lo que había que hacer. Pero no se considera nunca de buen gusto el ponerse a trabajar con el testamento antes de que haya terminado el entierro. No hay nada en contra de esto, especialmente cuando existe la sospecha de que el testamento pueda contener alguna complicación, pero en el caso de mi padre esto estaba fuera de toda duda. Yo desconocía qué decía el testamento, pero estaba seguro de que todo iba a estar en orden. Me pareció que Denyse quería acelerar los trámites de una manera intolerable.

»Supongo que si alguna cosa puede usted hacer por mí, doctora, es mi deber hablarle con toda la franqueza que me sea posible. No quise repasar el testamento hasta que no fuera absolutamente necesario. En nuestra familia los testamentos han traído algunos quebraderos de cabeza. Mi padre se llevó una sorpresa morrocotuda cuando leyó el testamento de su padre; me había hablado de ello en algunas ocasiones. Y las relaciones entre mi padre y yo habían sido tensas desde que él se casó con Denyse. Pensé que podría encontrarme en el testamento una sorpresa desagradable. Así las cosas, me mantuve firme y dije que no se podría hacer nada hasta el jueves por la tarde.

»No sé bien por qué fui a casa de mi padre el jueves a primera hora; si acaso, podría decir que desperté por la mañana con la acuciante sensación de que había muchas cosas por zanjar, y con la certeza de que me enteraría de todo en cuanto estuviera allí. Además, quería despedirme de mi padre. ¿Me entiende? Durante las cuarenta y ocho horas anteriores me había sido imposible estar solo en la sala con él, y pensé que si acudía temprano me las podría ingeniar para pasar un rato con él. Fui al salón sin hacer ruido, sin llamar la atención, y me encontré las puertas cerradas. Eran las siete y media, no era extraño que así fuera.

»Sin embargo, desde el interior me llegaron una voz de hombre y una voz de mujer. Aparentemente, estaban discutiendo. Oí forcejeos, golpes, qué sé yo. Abrí las puertas y me encontré a Denyse ante el féretro, sujetando el cuerpo de mi padre por los hombros, mientras un desconocido parecía estar abofeteándolo. Ya sabe usted lo que se suele decir en los libros: “Me quedé patidifuso... Me abandonaron los sentidos...”.

—Sí, es una descripción perfectamente adecuada a esa sensación. La provoca un cese momentáneo del riego sanguíneo en el cerebro. Adelante, siga.

—Di un grito. Denyse soltó el cuerpo. El hombre dio un salto atrás, como si pensara que iba a matarlo. En ese momento lo reconocí. Era un amigo de Denyse, un dentista. Lo había visto en un par de ocasiones, me había parecido un perfecto imbécil.

»El cuerpo no tenía rostro. Mejor dicho, estaba enteramente cubierto por un material de color rosa, reluciente, tan grueso que parecía un huevo, y no se percibía

uno solo de sus rasgos. Era esa cobertura la que ambos trataban de retirar.

»No tuve que pedir una explicación. Los dos estaban obviamente nerviosos y deseosos en grado extremo de hablar acerca de todo aquello. Una historia de una idiotez sin parangón, se lo aseguro.

»El dentista, al igual que tantos de los amigos de Denyse, tenía algunos conocimientos elementales de arte. Tenía más bien un dudoso talento para la escultura, fíjese usted. Había hecho los bustos de los decanos de la Facultad de Odontología en la universidad, y ese tipo de trabajitos. Denyse había tenido uno de sus terroríficos momentos de inspiración, y ese individuo había ido a la casa para realizar una máscara mortuoria de mi padre, que más adelante pudiera utilizar como modelo de un busto o, tal vez, guardarla como recuerdo. Lo que pasa es que nunca había trabajado con un cadáver, cosa muy distinta a trabajar con una persona viva. En vez de utilizar yeso, que es lo adecuado, si uno al menos sabe cómo se hacen estas cosas, había tenido la chaladura de emplear alguna materia plástica que en su profesión se empleaba para tomar moldes de muelas, pues supuso que de ese modo podría conservar muchos más detalles, además de hacerlo todo más deprisa. Y el plástico no era lo más adecuado. ¡No lo podía arrancar de la cara!

»Los dos eran presa del pánico en esos momentos. Tenían todo el derecho del mundo a estar literalmente muertos de miedo. En la sala había una gran emoción. ¿Entiende qué quiero decir? El ambiente estaba tan cargado de corrientes emocionales insólitas que le juro que noté la presión que ejercían sobre mí. Me zumbaban los oídos. No me diga que fue por efecto del whisky que había trasegado antes. En esos momentos yo era de largo el más dueño de sus actos de los tres que estábamos allí. Le juro que toda la tensión parecía emanar del cadáver, que se encontraba en un insólito estado de desaliño, sin camisa y sin chaqueta, con el cabello revuelto, medio sacado de aquel féretro carísimo.

»¿Qué le parece que tendría que haber hecho? Desde que sucedió, he repasado ese instante un millar de veces. ¿Debiera haber agarrado el atizador de la chimenea y haber matado al dentista en el acto, obligando a Denyse a mirar de cerca aquella espantosa cabeza de plástico antes de estrangularla con mis propias manos, para llamar después al mundo entero e invitar a todos a presenciar la escena final de una tragedia subshakespeariana? Lo que hice en realidad fue ordenarles a los dos que salieran de allí en el acto. Cerré la sala, llamé a los empleados de pompas fúnebres para que acudieran de inmediato y luego bajé al servicio, a vomitar hasta hartarme, hasta quedarme con la cabeza dentro de la taza del retrete, hecho un desastre al más clásico estilo de la peor sordidez novelesca.

»Llegaron los empleados de pompas fúnebres. Estaban malhumorados, y no les faltaba razón para estar francamente cabreados, pero se portaron con toda corrección. Si se deseaba obtener una máscara mortuoria, ¿por qué no se la habían encargado a

ellos? Ellos sabían cómo hacerla. ¿Y qué esperaba yo de ellos a esas alturas? Había recuperado la compostura, aunque no se me escapaba que debía de tener toda la pinta de un borrachuzo deplorable, y tuve que encargarme de la conversación. Denyse estaba arriba, una vez divorciada de las consecuencias de sus actos de esa manera tan maravillosa que es privativa de las mujeres; en cuanto al dentista, tengo entendido de que se fue de la ciudad, a pasar fuera una semana.

»La situación era lamentable. Oí que uno de los empleados de la funeraria pedía al mayordomo que le prestase un martillo, y me di cuenta de la gravedad del caso. Al cabo de un rato pude pasar breves momentos junto al cuerpo de mi padre. Los de la funeraria no me arrebataron ese instante. Tenía la cara hecha una pena. Algunos dientes rotos, ni rastro de las cejas o las pestañas, y le había desaparecido gran parte del cabello. Fue mucho peor que cuando estuvo en la morgue, cubierto de restos de aceite y de suciedad, con aquella piedra en la boca.

»Así las cosas, hubo que celebrar lo que se llama un funeral con el féretro cerrado. Sé que aquí son corrientes, pero en Norteamérica aún es habitual que el cadáver esté expuesto hasta el momento en que comienza el entierro propiamente dicho. A veces me pregunto si no será un residuo de los tiempos de los pioneros, un gesto para asegurar a los presentes que no hay trampa ni cartón. Esta vez no era ése el caso, está claro. Se había manipulado el cadáver de muy mala manera. A Caroline y a Beesty no les expliqué nada; dije solamente que ésa había sido la decisión de Denyse. Sé que a Caroline aquello le olió a chamusquina, pero no le dije nada, porque podría haberle hecho cualquier barbaridad a Denyse.

»Allí estábamos, en la catedral, ocupando Denyse el lugar de la doliente más destacada, cómo no, con un aspecto tan inmaculado y pulido que hasta un piojo se le habría resbalado de los pies, como decía el abuelo Staunton. Y a buen seguro habría dicho que yo parecía en cambio un naufrago del *Hesperus*. El poema de Longfellow era una de sus muy contadas referencias literarias.

»Allí estaba el féretro, bronceo y deslumbrante; era, obviamente, el sarcófago de una persona de primerísima fila. Justo encima de donde se encontraba oculto aquel rostro penosamente desfigurado destacaba de manera flagrante el escudo de armas de los Staunton: dos galones en forma de uve, azabache, sobre campo de gules, y el borde festoneado de la misma guisa. La divisa, un zorro rampante. Lema, *En Dieu ma foy*.

»El obispo Woodiwiss podría haberse tragado entera la impostura, no en vano abundó cuanto quiso, o más, sobre el tema del *En Dieu ma foy*. Hay que reconocerle el mérito; es imposible que hubiera visto ese escudo grabado hasta que llegó el cadáver a la puerta de la catedral, a pesar de lo cual se apropió del lema y le sacó todo el jugo, igual que un barman que exprime un limón. Daba buena medida de nuestro difunto hermano, dijo, que el lema de su ancestral linaje fuese esa sencilla afirmación

de la fe en el divino poder y en la gracia divina, y que jamás, en todos los años que había tratado él a Boy Staunton, lo hubiera éste siquiera mencionado. Efectivamente, obras son amores y no buenas razones: ése era el lema que había guiado la vida de Boy Staunton. Un hombre de acción, un hombre dedicado por entero a las grandes cuestiones; un hombre amoroso y tierno en su vida personal, generoso y perspicaz en sus numerosos actos para la beneficencia pública, autor de incontables actos de generosidad y modestia. Pero ninguna joya de gran valor se puede mantener oculta por siempre, y allí teníamos por fin a la vista el manantial del que brotó la vida grandiosa de Boy Staunton, su vida, sí, lo digo, empleó la palabra sin temor al error, a sabiendas de que todos entendíamos el verdadero sentido de la misma, su vida llena de belleza. *En Dieu ma foy*. Era hora de llevarnos impreso todos en el alma ese lema altísimo gracias al hombre que nos había dejado, y era hora de sentirlo entera y verdaderamente, en esta hora de duelo y desolación. Él había encontrado una verdad imperecedera, y ésa era su hora de compartirla con los presentes. *En Dieu ma foy*.

»Sin dar la nota demasiado pude mirar a mi alrededor. Los feligreses presentes en el templo se tomaron las palabras del obispo con esa receptividad rayana en el estupor que es propia de los canadienses en un oratorio. El delegado del primer ministro, sentado junto a un delegado casi idéntico de la Secretaría de Estado; los representantes del gobierno provincial; los funcionarios civiles; el director del Colborne College, la falange de sus riquísimos socios en negocios de toda clase: ni uno solo de los presentes daba la impresión de estar a punto de ponerse en pie de un brinco y gritar a los cuatro vientos: “Mentira podrida, su lema de por vida nunca fue *En Dieu ma foy*, sino *En moi-même ma foy*, y ésa fue su tragedia”. No creo que ninguno lo supiera. No creo tampoco que, de haberlo sabido, a ninguno le importase. Muy pocos habrían sido capaces de explicar la diferencia entre una fe y la otra.

»Por cierto, ¿no hemos terminado ya la hora? Me siento hecho polvo.

—Claro, es natural. ¿Le ha hablado a alguien más del episodio de la máscara mortuoria?

—No, a nadie.

—Eso ha estado muy bien.

—Un momento, ¿le he oído correctamente? Tenía entendido que ustedes, los analistas, nunca manifiestan sus opiniones.

—Descuide, ya me oirá manifestar muchas más opiniones a medida que profundicemos. Los que prefieren la reserva son los freudianos. ¿Tiene usted el calendario de citas conmigo? ¿Sigue teniendo dudas sobre la posibilidad de venir la próxima vez?

—No, en absoluto.

Vuelta a la sesión tras dos días de alivio. No, alivio no es la palabra adecuada. No me amedrentaban mis citas con la doctora von Haller, como a uno podría amedrentarle un tratamiento doloroso, o demasiado exigente, de tipo puramente físico. Pero soy de naturaleza retentiva, soy propenso al secreto, y todas aquellas revelaciones eran contrarias a mi manera de ser. Al mismo tiempo, eran precisamente los encuentros con la doctora los que me producían un gran alivio. Pero, a fin de cuentas, ¿qué había en todo ello? ¿Se trataba de algo más que una mera confesión, como me la había explicado el padre Knopwood cuando hice la confirmación? ¿Penitencia, perdón, paz? ¿Estaba pagándole a la doctora von Haller treinta dólares a la hora por algo que la Iglesia daba gratuitamente, y a lo cual añadía la salvación eterna para que no faltara nada? Había probado a confesarme en mis tiempos mozos. El padre Knopwood nunca insistió en que me arrodillara en el confesionario, mientras él me escuchaba tras una celosía. Era más moderno, y se sentaba a mis espaldas, de modo que no le viera, mientras yo me las veía y me las deseaba para describir mis pecados adolescentes. Sí, me arrodillaba, cómo no, cuando me impartía la absolución, pero al cabo dejé de visitarlo, en cuanto me sentí un perfecto idiota tras dos o tres sesiones. No obstante, a pesar de nuestras riñas, ya no desestimaría a Knopwood alegremente, ni siquiera para mis adentros. Había sido un buen amigo en una fase de mi vida especialmente difícil, en uno de los muchos momentos difíciles que ha habido en mi vida, y aunque yo no fui capaz de continuar de esa manera hubo otros que sí siguieron fieles a él. La doctora von Haller... ¿tendría algo que ver con el hecho de que fuera mujer? Fuera como fuese, estaba deseoso de que llegara la hora de mi próxima sesión con ella, y la aguardaba con un estado de ánimo que no era capaz de poner en claro, pero que no era ni mucho menos desagradable.

—Veamos. Habíamos terminado en el funeral de su padre. ¿O no había terminado aún? ¿Se le ocurre algo más que pueda ser... digamos relevante?

—No. Después del sermón del obispo, o panegírico, o lo que fuera, todo pareció discurrir muy de la manera que cabría esperar. El prelado, con toda su perorata sobre aquel lema tan irrelevante, había conseguido de manera irrevocable dar al asunto tal aire de fantasía que la ceremonia del cementerio no me produjo ninguna sensación real, más allá del mero asombro. Luego, tal vez unas ciento setenta personas, entre los asistentes al funeral, acudieron en tropel a la casa para tomarse una última copa, y es que parece que es mucho lo que se bebe en los funerales; yo me quedé al almuerzo, que fue de pie. Una vez terminado, supe que se me había agotado el margen de gracia, y que debía ponerme manos a la obra con el asunto del testamento.

»Beesty me habría echado una mano de mil amores, lo sé, y Denyse estaba como

loca por verlo, pero no se encontraba en situación de imponer nada, y ni siquiera de negociar, después del espantoso episodio de la mañana. Recogí en el bufete de los abogados de mi padre copias para todos los implicados, a los abogados los conocía de sobra, y me las llevé a mi despacho para inspeccionarlas con el debido cuidado. Sabía que unas cuantas personas me iban a someter a un interrogatorio a fondo, y quería estar al cabo de la calle de todos los detalles, hasta los más nimios, antes de que se produjera ninguna discusión familiar.

»Fue casi un anticlímax con todas las de la ley. En el testamento no había nada que yo no hubiera previsto, al menos a grandes rasgos, ya que no en detalle. Abundaban las indicaciones sobre sus negocios, que eran de hecho extensísimas, aunque como todo se remitía a las acciones de una única compañía que estaba al mando de todos sus intereses, llamada Alpha Corporation, la cosa era sencilla, y sus abogados, junto con los de Alpha, sabrían cómo navegar por semejante archipiélago. No había grandes donaciones ni personales ni de caridad, porque la mayor parte de sus posesiones de Alpha las dejaba en manos de la Fundación Castor.

»Se trata de un consorcio de familia, una fundación con fines benéficos que hace donaciones a muy variadas causas siempre y cuando sean buenas, o al menos lo aparenten. Se trata de una línea de acción sumamente popular entre las familias adineradas de Norteamérica. La nuestra tenía una historia un tanto peculiar, aunque eso ahora no tiene mayor relevancia. Muy brevemente, el abuelo Staunton la había creado en calidad de fondo asistencial para los movimientos en pro de la abstinencia. Pero dejó algunos cabos sueltos en los estatutos de la misma, y tampoco se resistió a incluir una caprichosa formulación sobre “la asistencia al bien común”, de modo que cuando mi padre se hizo cargo de la fundación se quitó de encima a todos los predicadores que formaban parte del comité e invirtió cuantiosas sumas de dinero en las obras de la fundación. Consecuencia: hoy financiamos proyectos en las artes y en las ciencias sociales, en toda su enloquecida profusión. El nombre es extraño, por supuesto. Se refiere al roedor, de modo que tiene cierta relevancia en Canadá, pero “castor” también hace referencia a un tipo especial de azúcar, ¿no conoce usted el llamado azúcar de castor, que es el que se expende en botes con agujeritos en la tapa, como los saleros?, y conviene recordar que parte de la fortuna de mi padre se hizo a partir del azúcar. Comenzó de hecho con el azúcar. El nombre fue sugerido hace muchos años, en broma, y fue idea de un amigo de mi padre, Dunstan Ramsay, pero a mi padre le gustó, de modo que lo empleó al crear la fundación. Mejor dicho, lo empleó al transformarla a partir de aquella cosa tan peculiar que era cuando el abuelo Staunton la dejó en sus manos.

»Este legado tan cuantioso a la Fundación Castor aseguraba la continuidad de todas sus obras benéficas y de patrocinio. Me agradó, aunque no me sorprendiera, que diese en el testamento una clara insinuación sobre su esperanza de que fuese yo

quien le sucediera en calidad de presidente de la fundación. Yo ya ocupaba uno de los puestos del comité. Es un comité muy reducido; tan reducido como lo permiten las leyes. Mediante ese acto me había convertido en un hombre de importancia en el mundo de las labores benéficas, una de las poquísimas cosas en las que en este mundo se les permite a los ricos decir qué es lo que se hará con el grueso de sus dineros.

»Pero en la última parte del testamento me tenía reservado un puyazo, precisamente allí donde se detallaban las legaciones de tipo personal.

»Ya le dije que soy un hombre rico. Debería decir más bien que dispongo de una suculenta cantidad de dinero cuya causa, aunque no intencional, es una herencia de mi abuelo, además de que obtengo ingresos más que notables con el ejercicio de la abogacía. Pero comparada con la de mi padre mi situación no tiene peso ninguno: comparado con él sólo dispongo de un cierto “desahogo”, que es la palabra que empleaba él para despachar a aquellas personas que se hallan holgadamente por encima del límite de la pobreza, pero que no son nadie en el importante mundo del dinero. Los cirujanos de primera clase y los mejores abogados y algunos arquitectos disponen de ese desahogo, pero no manipulan nada, no generan nada, y ni pinchan ni cortan nada en el mundo en el que mi padre se comportaba como un rey.

»Así pues, no buscaba yo mi herencia como algo que pudiera cambiar en gran medida mi manera de vivir, ni tampoco pensaba encontrar nada que me quitase preocupaciones. No, lo que quería era saber qué había hecho mi padre conmigo en su testamento, porque era consciente de que ésa iba a ser la medida de la consideración en que me tenía como hombre, como hijo suyo. Obviamente pensaba que yo sabía manejar dinero, ya que de lo contrario no habría sugerido que fuera yo quien ocupase la presidencia de la Fundación Castor. Sin embargo, ¿qué parte de su dinero, y cuando digo dinero debe usted pensar que me refiero a su estima, a su afecto, qué parte era la que consideraba que yo merecía?

»Denyse salió muy bien librada, aunque sin un capital sólido; tan sólo iba a recibir suculentos ingresos periódicos de por vida o, según palabras de mi padre, mientras siguiera siendo viuda. Estoy seguro de que con esto creyó protegerla de todo cazador de fortunas que se quisiera fijar en ella, pero de ese modo también iba a impedir que los cazadores de fortunas, o de dotes, pusieran las manos en nada que fuera o hubiera sido suyo.

»Quedó un buen fajo de dinero para “mi hija querida, Caroline”, que iba a pasar a sus manos de inmediato y sin condiciones, porque Beesty podía atragantarse con una espina de pescado en su club de campo cualquier día, y Caroline volverse a casar al día siguiente, sin que mi padre pestañeara.

»Quedó un capital realmente cuantioso, en fideicomiso, “para mis queridos nietos, Caroline Elizabeth y Boy Staunton Bastable, porciones del cual se adjudicarán

per stirpes a cualquier hijo legítimo de mi hijo Edward David Staunton desde el día mismo en que nazcan”. Ahí lo tiene, lo que yo le decía.

—Es decir, ¿su padre estaba molesto porque usted no ha tenido hijos?

—Desde luego, así es como él habría querido que se interpretara esa cláusula testamentaria. Pero ¿no se ha dado usted cuenta de que yo aparezco sólo como hijo suyo, cuando los demás son sus «queridos tal y cual»? Es muy significativo, teniendo en cuenta que se trata de algo que mi padre preparó con todo esmero. Nos acercaríamos más a la verdad si dijéramos que estaba molesto porque yo no me he casado, y porque no quiero tener nada que ver con una mujer, nada en absoluto.

—Entiendo. ¿Y a qué se debe?

—Es una historia larga y complicada.

—Sí, suele serlo.

—No soy homosexual, si es eso lo que usted sugiere.

—No es lo que sugiero. Si hubiera respuestas así de fáciles y rápidas, la psiquiatría no sería un trabajo difícil.

—Mi padre tenía un enorme aprecio por las mujeres.

—¿Y tiene usted aprecio por las mujeres?

—Tengo por las mujeres un grandísimo respeto.

—Eso no es lo que le he preguntado.

—Me gustan las mujeres, claro que sí. Me gustan de sobra.

—¿Le gustan de sobra... para qué?

—Para llevarme bien con ellas, para disfrutar. Conozco a muchas mujeres.

—¿Tiene usted alguna amiga?

—Bueno, en cierto modo. Pero no les suelen interesar las cosas de las que a mí me gusta hablar.

—Entiendo. ¿Ha estado enamorado alguna vez?

—¿Enamorado? Oh, desde luego.

—¿Muy enamorado?

—Sí.

—¿Ha tenido usted relaciones sexuales con mujeres?

—Con una mujer.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Debió de ser... Déjeme que lo piense... El 26 de diciembre de 1945.

—Una respuesta muy propia de un abogado, aunque... de eso hace ya veintitrés años. ¿Qué edad tenía usted?

—Diecisiete.

—¿Y se trata de la persona de la que estaba usted profundamente enamorado?

—No, no, ¡ni muchísimo menos!

—¿Fue con una prostituta?

—No, en absoluto.

—Parece que nos acercamos a una zona dolorosa. Sus respuestas son muy concisas. Nada que ver con sus fraseos habituales.

—Estoy contestando a sus preguntas.

—Sí, pero su habitual flujo de explicaciones y detalles se ha secado de repente. Y nuestra hora de consulta está próxima a terminar. De modo que nos queda el tiempo preciso para que le diga que el próximo día deberíamos tomar otro rumbo. Hasta ahora se ha dedicado usted a desbrozar el terreno, por así decir. Ha intentado descubrir qué clase de hombre es, y confío en que haya tenido usted ocasión de descubrir también parte de lo que soy yo. No se puede decir que hayamos comenzado en realidad el análisis, porque yo he dicho muy poca cosa y la verdad es que no le he ayudado en absoluto. Si vamos a seguir adelante, y empieza a estar cerca el momento en que deberá usted tomar una decisión en este sentido, tendremos que entrar más a fondo, y si eso funciona aún hemos de profundizar más, pero no seguiremos adelante de esta manera extemporánea. Antes de que se marche, ¿piensa usted que al no haberle dejado nada en su testamento, salvo la posibilidad de un buen dinero para sus hijos, su padre quiso castigarle? ¿Piensa usted que, a su manera, le dijo que no le amaba?

—Sí.

—¿Y le importa que le amase o que no le amase?

—¿Es preciso que lo llamemos amor?

—Es la palabra que empleó usted.

—Es una palabra muy emocional. Me importaba si él pensaba que yo era una persona digna, un hombre, una persona a la altura de lo que representa el ser hijo suyo.

—¿Y eso no es amor?

—El amor entre padre e hijo no es algo que hoy en día tenga peso en la sociedad. Quiero decir que la estimación que un padre haga de su hijo la hace en términos puramente masculinos. Este asunto del amor entre padres e hijos más bien suena a algo tomado de la Biblia.

—Los patrones del sentimiento humano no cambian tanto como muchas personas suponen. La estimación que tenía el rey David por su hijo, el rebelde Absalón, se dio ciertamente en términos masculinos, pero supongo que recordará usted el lamento de David cuando Absalón fue asesinado.

—Me han llamado antes Absalón, y no es una comparación que me agrade.

—Muy bien. No tiene sentido forzar una comparación histórica. Sin embargo, ¿piensa usted que su padre tal vez quiso algo más, y no sólo asestar un último golpe en el contencioso entre ustedes dos, cuando dispuso su testamento tal como lo hizo?

—Era un hombre sumamente directo en casi todas las cosas, pero en las

relaciones personales era más bien sutil. Sabía que el testamento lo iban a estudiar a fondo muchas personas, todas las cuales iban a darse cuenta de que me había legado obligaciones acordes con un abogado, pero nada en cambio en lo que me reconociera como hijo suyo. Muchas de esas personas también sabrían que en sus tiempos tuvo grandes esperanzas con respecto a mí, y que me había puesto por nombre el de su héroe, que había sido el príncipe de Gales cuando yo nací, y que por tanto algo se había torcido y había salido mal y yo le había decepcionado. Fue una manera de introducir una cuña entre Caroline y yo, y fue una manera de dar a Denyse un arma con la cual apalearme. Habíamos tenido él y yo algunas escenas sobre ese matrimonio y sobre la cuestión de las mujeres, y yo nunca cedí, aunque tampoco le dije el porqué. Pero él sabía cuál era el porqué. Y ésta fue su última palabra sobre el asunto: insúltame si quieres, vive como un hombre estéril y como un eunuco, pero no te consideres hijo mío. Eso fue lo que quiso decir.

—¿Significa mucho para usted el hecho de considerarse su hijo?

—La alternativa no me atrae gran cosa.

—¿Qué alternativa es ésa?

—Considerarme hijo de Dunstan Ramsay.

—¿El amigo de su padre? ¿El hombre que sonreía en el funeral?

—Sí. Es algo que se ha insinuado. En concreto lo ha hecho Netty. Y es posible que Netty sepa muy bien de qué hablaba.

—Entiendo. Bien, no cabe duda de que tendremos mucho de que hablar cuando nos veamos la próxima vez, pero ahora debo pedirle que deje entrar a mi próximo paciente.

Nunca llegué ver al paciente que la visitaba después de mí, ni tampoco a los que habían estado antes, porque su despacho tenía dos puertas, una que daba a la sala de espera y otra que daba directamente al pasillo. Me alegró esa disposición, ya que cuando me marchaba debía de tener una pinta muy extraña. ¿Qué le había estado diciendo?

—Bien, veamos; habíamos llegado al viernes de su semana de dolor, ¿no es cierto? Hábleme del viernes.

—A las diez de la mañana, para dar comienzo al día dedicado a los asuntos bancarios, George Inglebright y yo teníamos una reunión con dos hombres del Departamento del Tesoro en la caja de seguridad del banco, para revisar el contenido del depósito de mi padre. Cuando alguien fallece, sabe usted, todas sus cuentas se congelan, y todo su dinero pasa a una especie de limbo, hasta que los de Hacienda hayan hecho una inspección exhaustiva. Es una situación extraña, porque resulta que lo que ha estado en secreto de pronto se convierte en un asunto público, y personas a las que uno jamás ha visto tienen mayor rango en situaciones en las que uno se creía de la mayor importancia. Inglebright me había aconsejado que me tomase con mucha calma la reunión con los inspectores fiscales. Es un hombre que lleva mucho tiempo trabajando en el bufete de abogados de mi padre, y conoce muy bien todos los entresijos, que para mí eran una absoluta novedad.

»Los inspectores eran dos tipos anodinos, aunque me resultó un tanto incómodo el verme encerrado en uno de los pequeños cubículos del banco con ellos dos, mientras hacían arqueología de los contenidos de la caja de seguridad. No es que yo hiciera nada, me limité a mirar. Me avisaron de que no tocarse nada, lo cual me molestó, ya que daba a entender que podría apoderarme sigilosamente de un fajo de certificados de acciones de brillantes colores y echar a correr. Todo el contenido de la caja de seguridad era puramente personal, sin ninguna relación con Alpha ni con ninguna de las empresas que mi padre controlaba. Pero no era tan personal como yo me había temido; me habían llegado historias sobre cajas de seguridad en las que estaban depositados mechones de cabello, zapatitos de bebé, ropa interior femenina y a saber qué cosas más. Pero no encontramos nada de ese estilo. Sólo acciones y participaciones y certificados que alcanzaban una cantidad más que respetable, y que los inspectores contaron e inventariaron detenidamente.

»Una de las cosas que me fastidió fue que esos dos hombres, que obviamente no tenían un salario muy holgado, estuvieran catalogando lo que era en sí mismo una fortuna muy considerable. ¿Qué pudieron pensar? ¿Tendrían envidia? ¿Acaso me aborrecían en esos momentos? ¿Disfrutaban en secreto de la autoridad que les asistía? ¿Tuvieron conciencia de estar echando a los poderosos de sus asientos, de exaltar a los humildes y a los mansos de espíritu? Parecían los dos gélidos, abstraídos de cualquier emoción, pero no por eso dejé de preguntarme qué era lo que se les pasaba por la cabeza.

»Nos llevó la mayor parte de la mañana y no me quedó más remedio que mirar, lo

cual se me antojó agotador, debido a las reflexiones que me provocó todo el proceso. Fue una de esas situaciones que a uno lo llevan a una especie de apenada reflexión filosófica: he aquí lo que queda de una gran parte de los esfuerzos de toda una vida, y esa clase de cosas. De vez en cuando me paraba a pensar en la presidencia de la Fundación Castor, y se me metió en la cabeza una frase que no había vuelto a oír desde mis tiempos de estudiante, una frase que no me dejaba en paz. *Damnosa hereditas*, una herencia ruinosa. Es una frase tomada del derecho romano; aparece en las *Instituciones* de Gayo, y significa justamente lo que parece. Castor muy bien podría representar precisamente eso para mí, ya que es suficientemente grande, y con la herencia que reciba del testamento de mi padre podría llegar a ser una fundación benéfica realmente grande incluso a juzgar por el tamaño de estos consorcios en Norteamérica, y el hecho de ser el presidente de todo ello podría devorar mi tiempo y mi energía, y suponer realmente el final de una carrera profesional como la que he tratado de forjarme por mis propios medios. *Damnosa hereditas*. ¿Habría sido quizás ésa su intención? Probablemente no. Es preciso ponerse en la mejor de las suposiciones posibles. Sin embargo...

»Invité a George a almorzar y luego me puse en camino, como un buen soldadito, para hablar con Denyse y Caroline del testamento. Habían tenido ya ocasión de repasar sus propias copias del documento, y Beesty les había explicado la mayor parte, pero él no es abogado, de modo que quedaban muchos puntos por aclarar. Y, además, se armó una buena, cómo no, porque creo que Denyse había supuesto que recibiría algún capital, y con toda justicia debo decir que estaba en su derecho. Lo que la tenía realmente quemada, me parece, fue que no hubiera lo que se dice nada para su hija Lorene, aunque lo que le quedó a ella sería más que suficiente para paliar esa deficiencia. Lorene, ya ve usted, es un poco retrasada mental, por más que Denyse se empeñe en fingir que no lo es, y alguien tendrá que cuidar de ella durante toda su vida. Aunque el nombre de Lorene nunca llegó a salir a colación, yo en todo momento fui consciente de su presencia. Lorene llamaba “papaíto” a mi padre, y “papaíto” no había estado a la altura de sus expectativas.

»Caroline está por encima de cualquier disputa relacionada con una herencia. La verdad es que es una persona espléndida, a pesar de su gélido talante. Como es natural, se mostró muy contenta al comprobar que salía tan bien librada en la herencia, mientras que Beesty se mostró manifiestamente entusiasmado. A fin de cuentas, con el dinero recibido en fideicomiso y la fortuna personal de Caroline, además de lo que él mismo aportaría por su familia, sus hijos iban por el mejor de los caminos, directos hacia la riqueza, incluso juzgándolos con los criterios sumamente exigentes de mi padre en este sentido. Tanto Caroline como Beesty vieron cómo había salido librado yo, pero los dos tuvieron el tacto necesario para no decir nada delante de Denyse.

»No así la propia Denyse.

»—Fue la última oportunidad que tuvo Boy de meterte en vereda, David —dijo—. Y aunque sólo sea por él, espero que salga bien.

»—¿De qué vereda en concreto me estás hablando? —le dije. Yo lo sabía de sobra, pero quise saber qué era lo que ella tenía que decir al respecto. Y reconozco que le di pie a que se explayara cuanto quisiera, porque deseaba tener un motivo para que aún me desagradara más que hasta entonces.

»—Querido, si quieres que te lo diga con total franqueza, él siempre quiso que te casaras, que tuvieras una familia y que dejaras de beber como un cosaco. Sabía muy bien qué efecto tan apaciguador tienen una mujer y unos hijos sobre un hombre de gran talento. Y todo el mundo sabe que tú tienes un gran talento, aunque sea en potencia. —Denyse no era de las que renuncian a aceptar el desafío.

»—Por eso me ha dejado el trabajo más duro de todo el paquete familiar, además de un dinero para unos hijos que no tengo —respondí—. ¿No sabrás tú por casualidad si tenía en mente a alguna mujer con la que me quisiera casar, verdad? Lo digo porque me gustaría estar seguro de qué es lo que se espera de mí.

»Beesty había adoptado su mejor expresión de carnero degollado. Caroline tenía una mirada enfurecida.

»—Si pensáis pelearos, ahora mismo me marchó a casa —dijo.

»—No habrá peleas —dijo Denyse—. No es ni el momento ni el lugar. David ha hecho una pregunta bien clara, y le he dado una respuesta igual de clara, que es lo que hago siempre. Y las respuestas claras son algo que a David no le agrada, si no es en el tribunal de turno, donde podrá hacer las preguntas que le venga en gana y obtener las respuestas que quiera. Boy estaba muy orgulloso de los éxitos que ha cosechado David, al menos de momento. Pero también quería de su único hijo varón algo que va mucho más allá de cualquier reputación notoria en los juzgados de lo penal. Quería la continuidad del apellido Staunton. Le habría parecido pretencioso hablar de una cosa así, pero todos sabéis igual de bien que yo que su deseo era crear un linaje.

»Ah, el linaje. Mi padre no había sido ni de lejos tan reacio a mencionarlo como Denyse daba a entender. Ella nunca ha entendido en qué consiste la verdadera reticencia. De todos modos, yo ya estaba más que hartó de la pelea. Me canso enseguida de discutir con Denyse. Tal vez, como dice ella, sólo me gustan las peleas ante los tribunales. En un juzgado existen unas reglas. Denyse improvisa sus propias reglas a medida que se enzarza en una. Debo decir que ésa es una tendencia muy propia de las mujeres. Así pues, la conversación siguió por otros derroteros.

»A Denyse se le habían metido entre ceja y ceja otras dos cosas. Lo de la máscara mortuoria había sido un fracaso. Ella sabía que yo no diría nada a ninguno de los demás, y al menos en lo que a ella se refería aquello había desaparecido tal como si no hubiera existido nunca. No le gusta abundar en sus fracasos.

»Lo que quería a toda costa era erigir un monumento en memoria de mi padre, y había llegado a la conclusión de que una escultura de Henry Moore, de gran tamaño, era lo suyo sin lugar a dudas. Y no para cederla a la Art Gallery ni al Ayuntamiento, eso sí que no. Se trataba de colocarla en el cementerio. Supongo que con esto se hará una idea bastante ajustada de cómo es Denyse en realidad. No tiene sentido de la congruencia, ni sentido del humor, ni modestia. No es más que mera ostentación y desfachatez, con las que funciona siempre a expensas de lo que esté de moda; pura beligerancia, ambición insaciable.

»Su segundo gran plan contemplaba la erección de un monumento de otra especie. Anunció con satisfacción que la biografía de mi padre la iba a escribir Dunstan Ramsay. Ella habría preferido que de la biografía se encargara Eric Roop, que era uno de sus protegidos, y en calidad de poeta era comparable a lo que de escultor tenía su amigo el dentista, pero Roop había decidido pasar un año en barbecho si lograba una beca que le permitiera estar inactivo. Yo ya lo sabía, porque los años de inactividad de Roop eran tan conocidos en Castor como los siete años de vacas flacas en la corte del faraón, y su petición de que le financiásemos otro había circulado ya en el comité. Yo la había visto. El plan de Ramsay tenía su mérito. Dunstan Ramsay no sólo era profesor de enseñanza secundaria, sino también un escritor que había gozado de un éxito notable en un campo cuando menos extraño: escribía vidas de santos, libros populares de turismo relacionados con el santoral, y había publicado al menos una obra de verdadero peso, que le había granjeado una sólida reputación siquiera en los lugares en los que estas cosas se tienen en cuenta.

»Por si fuera poco, sabía escribir bien. Yo estaba al tanto de esta cualidad suya, porque había sido mi profesor de historia en el colegio e insistía en que le escribiéramos trabajos en lo que él llamaba un estilo llano; según decía, era mucho más difícil que uno se saliera con la suya escribiendo bobadas en un estilo sencillo que en un estilo más suelto. En mi actividad profesional, este consejo me ha sido tan útil como sin duda es exacto. Sin embargo... ¿qué cara se nos iba a quedar, y qué pinta íbamos a tener, si se publicase una vida de Boy Staunton con el nombre de un autor notable por sus estudios de hagiografía? Los chistes correrían sin cesar. A mí se me ocurrieron un par casi de inmediato.

»Por otra parte, Ramsay había conocido a mi padre desde que eran niños los dos. ¿Se había mostrado de acuerdo? Denyse dijo que había vacilado un poco cuando ella se lo planteó, pero que ella misma se ocupó de que aceptara el encargo. A fin de cuentas, su pequeña fortuna —que rebasaba con creces las posibilidades a que un simple profesor, por muy escritor que fuera, podía aspirar— se había construido gracias a los consejos que mi padre le dio a lo largo de los años. Ramsay era dueño de un bonito paquete de acciones de Alpha Corporation. Había llegado el momento de que pagara en especie. Y Denyse iba a trabajar codo con codo con él, ocupándose de

velar por que el trabajo se hiciera debidamente, y las ironías de Ramsay quedaran bien sujetas.

»Ni Caroline ni yo teníamos un especial aprecio por Ramsay, que había sido una molestia permanente, y de lengua viperina, a lo largo de nuestras vidas. A los dos nos divirtió el pensar en una colaboración entre él y nuestra madrastra. Por eso, no pusimos ningún reparo, aunque sí tomamos la decisión de reventar el plan de Henry Moore.

»Caroline y Beesty se marcharon en cuanto pudieron, mientras yo tuve que quedarme y oír a Denyse hablar sobre las cartas de condolencia que había recibido a mansalva. Las tenía clasificadas: unas eran oficiales, de figuras de proyección pública, y se subdividían en formales y afectuosas; otras eran de amigos personales, y éstas estaban clasificadas en conmovedoras o normaluchas; había muchas de admiradores, y las mejores estaban clasificadas como emocionantes. Denyse tiene una mentalidad muy ordenada.

»No comentamos nada sobre una docena de cartas insultantes que habían llegado, todas ellas sin firma ni remite. Tampoco dijimos gran cosa de los obituarios aparecidos en la prensa, algunos de los cuales estaban escritos a regañadientes y eran incluso ofensivos, aunque de una manera encubierta. Los dos estábamos acostumbrados al espíritu canadiense, al que le es del todo ajena la apreciación desinteresada y la generosidad.

»Había sido una tarde muy fatigosa. Había terminado todas mis tareas más acuciantes. Pensé que podía permitirme el lujo de tomar unas copas después de la cena. Cené en el club y tomé unas cuantas copas. Con gran sorpresa, vi que eso no menguaba mi sensación de desdicha. No soy un hombre que se anime fácilmente con la bebida. No me pongo a cantar, no cuento chistes, no me da por ligar con las chicas; tampoco me da por bambolearme, ni se me trabuca la lengua. Me suele dar por adoptar una actitud muy distante, seguramente con la mirada un tanto vidriosa, pero me las arreglo para volver algo más romo el filo de esa hacha tan pesada que parece siempre a punto de segar las raíces de mi propio ser. Esa noche no fue así. Me fui a casa y allí sí comencé a beber en serio. Con todo, el hacha seguía empeñada en su cometido destructivo. Por fin me fui a la cama y dormí como un condenado.

»Es ridículo decir que dormí. Fue más bien un largo y desdichado ensueño, aliviado gracias a unos cuantos momentos, más bien pasajeros, de inconsciencia. Tuve un ataque de llanto, lo cual me dio miedo, porque habían pasado más de treinta años desde la última vez que lloré. Ni Netty ni mi padre veían con buenos ojos a los niños llorones. Me dio miedo porque formaba claramente parte de la destrucción de mi propia mente, que se estaba produciendo delante de mí. Me encontraba destrozado, reducido a un nivel muy primitivo, y se habían apoderado de mí sentimientos absurdos, emociones crudas e inexplicables.

»Imagínese a un hombre de cuarenta años, llorando porque su padre no lo quiso. Y más si se tiene en cuenta que no era cierto, pues era evidente que me había querido, que se había preocupado espantosamente por mí, como yo bien sabía. Llegué a estar tan sumido en la miseria que eché de menos a mi madre, a pesar de saber muy bien que si esa pobre mujer hubiera sido capaz de acudir a mí en esos momentos no habría sabido qué decir ni qué hacer. Ella nunca supo qué estaba sucediendo a su alrededor, pobrecilla. Pero yo deseaba algo, necesitaba algo, y mi madre fue en ese momento lo único que se me ocurrió. Y ese llorica que sollozaba a moco tendido era nada menos que el señor David Staunton, abogado consejero de Su Majestad la Reina, que tenía una siniestra reputación porque el mundo del hampa lo tenía en gran estima, y que sabía desempeñar ese papel a pedir de boca, y que en secreto se imaginaba un auténtico mago de los tribunales. Pero siempre en aras del interés de la justicia, ojo; siempre en constante y perpetuo deseo de que cada cual recibiera su merecido.

»A la mañana siguiente el hacha seguía abriéndose camino a grandes mandobles. Comencé a darle al frasco con el desayuno, para indignación y pasmo de Netty. No dijo nada, pues una vez en que se entrometió en una situación parecida le paré los pies de inmediato, aunque ella después exagerase y dijera que la había maltratado. Netty no ha visto algunas de las muestras de maltrato que yo he contemplado en los tribunales. De lo contrario, no hablaría con tanto desparpajo. Nunca ha llegado a dominar el estilo llano. Claro que lamenté en su día haberla golpeado, y le pedí disculpas en el estilo más llano que conozco, pero ella entendió bien que no debía entrometerse nunca más.

»Por eso, se encerró en su habitación aquel sábado por la mañana, poniendo buen cuidado, cuando yo estaba cerca y podía escuchar qué estaba haciendo, de modo que incluso apalancó la puerta con la cama. Yo sabía de sobra qué estaba haciendo. Lo que quería era decirle a Caroline: “Cuando se pone así, tengo que protegerme con una barricada en mi habitación, porque si se le va la mano, como aquella otra vez, sabe Dios qué podría ser de mí.” A Netty le gustaba decir tanto a Caroline como a Beesty que nadie sabía de veras qué cosas tenía ella que aguantar. Los dos tenían la acertada idea de que la mayor parte de lo que ella tenía que aguantar transcurría a lo sumo en su muy calenturienta imaginación.

»Volví a mi club a almorzar el domingo, y aunque el barman fue la lentitud en persona cada vez que requerí sus servicios, y aunque estuvo ausente de la barra todo el tiempo que pudo permitirse, trasegué una buena dosis de escocés antes de sentarme a tomar unas cuantas copas antes de la cena. Apareció por allí un miembro del club al que conozco, Femister se llama, y oí al barman que le decía en voz baja algo sobre “cogerse un pedo”, y supe que se estaba refiriendo a mí.

»¡Un pedo, ya le digo! Hay gente que no se entera de nada. Si yo me remango y me pongo manos a la obra no es para cogerme un pedo de andar por casa, sino para

agarrarme una melopea de verdad, lo que se dice un pedo de general de división. Me gustan las cosas bien hechas. Sólo que esta vez tampoco fue que pasara gran cosa, salvo una especie de alejamiento generalizado de todo lo que me rodeaba, mientras el hacha seguía talando lo que encontraba a su paso con la misma resolución de siempre. El tal Femister es un buen tipo; se sentó conmigo y estuvimos de cháchara. En realidad fui yo el que charló por los codos, con claridad y coherencia, aunque es posible que de un modo un tanto caprichoso. Propuso que cenásemos juntos, y estuve de acuerdo. Él cenó como un cosaco, y yo me limité a enredar con la cena y a mover la comida por el plato, tratando de quitarme de la cabeza el olor de la comida, que me resultaba opresivo. Femister estuvo amable, pero mis corteses e incongruentes comentarios le debieron de resultar tan poco halagüeños como quería yo que fuesen, y al cabo quedó claro que había hecho de buen samaritano al máximo de sus posibilidades, y que ya no le quedaba más por hacer en ese terreno.

»—Tengo una cita ahora mismo —dijo—. ¿Qué piensa hacer usted? No creo que quiera pasar aquí a solas toda la velada, ¿verdad? ¿Por qué no se va al teatro, eh? ¿Qué le parece? ¿No ha visto al tipo que actúa en el Royal Alec? ¡Es magnífico! Se llama Magnus Eisengrim, aunque es un nombre que más bien parece otra cosa, ¿no cree? En fin, el espectáculo es sensacional. Jamás había visto un mago como él. Y hay que ver qué adivino, qué manera de responder a preguntas, en fin... Es sensacional, se lo digo yo. Justo lo que uno necesita para olvidarse de sí mismo.

»—No se me ocurre ahora mismo un mejor sitio al que ir —dije despacio, con mucha intención—. Muchas gracias por la sugerencia. Ande, dese prisa, o llegará tarde a su cita.

»Se largó realmente agradecido de haber hecho algo por mí, de haberse evitado toda complicación. Y no es que me hubiera dicho nada que yo no supiera, claro. Yo había estado en la *Velada de las ilusiones*, el espectáculo de Eisengrim, la semana anterior. Había ido con mi padre y con Denyse y Lorene, pues era el cumpleaños de ésta. Me arrastraron en el último momento, no me había gustado nada el espectáculo, aunque tuve que reconocer que era muy habilidoso. Sin embargo, me cayó fatal el tal Magnus Eisengrim.

»¿Querrá que le cuente por qué? Es sencillo: porque nos tomó el pelo a todos como le vino en gana, y con tanta inteligencia que a la mayoría de los presentes incluso les gustó. Era un embaucador muy especial, de los que saben explotar justamente ese elemento de la credulidad humana que más me excita. Me refiero al deseo de que le engañen a uno. Seguramente conoce usted esa enloquecedora situación que se da detrás de muchos casos que se juzgan por lo penal, en los que alguien está tan colado por otro alguien que termina por prestarse a toda clase de trampas, manipulaciones y demás, e incluso se presta finalmente al asesinato. No es exactamente el amor, o no suele serlo; es más bien una especie de rendición

incondicional, abyecta, o una renuncia total al sentido común. Yo soy víctima de esa situación de vez en cuando, cuando un cliente con cierta debilidad llega a la conclusión de que yo puedo hacer maravillas, de que sé hacer milagros ante el tribunal. Imagino que a usted le sucede lo mismo, como analista, cuando se encuentra con quien quiera pensar que usted podrá desenredar la maraña de chaladuras que constituye una vida entera. Es una poderosa fuerza de la vida, aunque por el momento desconozco si tiene nombre o no...

—Disculpe... Sí, sí tiene nombre. Nosotros lo llamamos proyección.

—Ah, pues nunca lo había oído. En fin, sea lo que fuere, aquello era lo que estaba circulando a toda máquina en el teatro, donde Eisengrim tomaba el pelo a unas mil doscientas personas, todas ellas deleitadas de que les tomase el pelo, babeando, pidiendo más de lo mismo. Me asqueó. Sobre todo, me repugnó la estupidez de la cabeza de bronce.

»Fue la penúltima de las ilusiones que había en el programa. La verdad es que no llegué a verlo hasta el final. Creo que a la postre era otra nueva estupidez subida de tono, en plan sensual, relacionada con el Doctor Fausto. Pero fue «La cabeza de bronce del fraile Bacon» el número que causó mayor revuelo. Comenzaba con el escenario a oscuras, y poco a poco iba creciendo la luz dentro de una gran cabeza humana que flotaba en medio del escenario, de manera que parecía resplandecer. Hablaba con un acento extranjero. “El tiempo es” dijo, y se oyó el estremecerse de los violines. “El tiempo era” añadió, y se oyó un acorde de trompetas. “El tiempo pasó” dijo, y se oyó un quedo redoble de tambores, y se encendieron los focos en el momento en que Eisengrim, con ropa de gala, aunque con unos *breeches*, como si estuviera en la corte de un monarca, nos contó la leyenda de que la cabeza podía responder preguntas difíciles y adivinar el futuro.

»Invitó al público a prestarle objetos diversos, que sus ayudantes metieron en sobres y llevaron al escenario, donde los mezcló todos en un gran recipiente de cristal. Fue sacándolos de uno en uno como si los escogiera al azar, y la cabeza fue identificando al dueño de cada uno de los objetos mediante el número de la butaca y la fila en que estuviera sentado. Muy inteligente, desde luego, aunque a mí me puso enfermo. El público estaba entusiasmado con lo que a fin de cuentas no era sino una inteligentísima muestra de cooperación por parte de toda la *troupe* del mago.

»Llegó entonces el momento que el público estaba esperando con verdadera emoción, por el cual había causado una gran sensación en toda la ciudad. Eisengrim dijo que la cabeza podía dar consejos personalizados a tres de los integrantes del público. Esto siempre ha resultado sensacional. La noche en que estuve allí, con mi padre y su mujer y la hija de ésta, la cabeza dijo algo que puso el teatro patas arriba. Se lo dijo a una mujer que se encontraba enzarzada en un complicado proceso legal. Me molestó profundamente, porque era en realidad un desprecio manifiesto por los

tribunales, una descarada interferencia en algo que era un asunto privado, sujeto a la más seria de las consideraciones en nuestra sociedad. Después hablé largo y tendido del caso, y Denyse me dijo que no fuese un aguafiestas, y mi padre me dio a entender que estaba estropeándole el momento de la fiesta a Lorene, porque esta clase de estupideces eran precisamente las que una tonta de baba como Lorene consideraría una verdadera maravilla.

»Así que, ya lo ve usted, no estaba yo con ganas de ir a la *Velada de las ilusiones*. Mi estado de ánimo no era el más adecuado, pero alguna clase de perversa intención me llevó a ir. Compré una entrada para una localidad del gallinero, donde di por hecho que nadie me reconocería. Eran muchas las personas que habían asistido al espectáculo incluso dos y tres veces. Y no quería yo que a mí se me tuviera por un crédulo asiduo a semejante clase de patrañas.

»El programa era el mismo de la otra vez, pero no vi por ninguna parte la falta de relieve que contaba con encontrar en un espectáculo que ya había visto antes. Eso me fastidió. No me apetecía que Eisengrim fuera tan bueno como era. Me pareció peligroso, y me produjo resquemor la sincera admiración que el público sentía por él. El espectáculo era muy inteligente, eso debo reconocerlo. Tenía misterio de verdad, y sabía cómo mostrar sabiamente y con muy buen gusto unas cuantas y muy bellas señoritas. Había en todo ello una suerte de fantasía que no he visto nunca en una actuación de un mago, y muy rara vez la he visto en el teatro.

»¿Ha visto alguna vez al teatro Habima, el Teatro Nacional de Israel, interpretar el *Dybbuk*? Yo sí, aunque hace ya mucho tiempo, y tenía una cierta cualidad... no sé, como si uno estuviera contemplando un mundo rarísimo, más espléndido que el que conocemos. Una especie de alegría solemne. Pero no por eso había dejado de sentirme agraviado, y cuanto mejor resultara la *Velada de las ilusiones* mayores eran mis ganas de estropear la función.

»Supongo que el alcohol me estaba afectando más de lo que yo mismo reconocía. Murmuré dos o tres veces, hasta que los espectadores a mi alrededor me chistaron para hacerme callar. Cuando apareció en escena “La cabeza del fraile Bacon” y se identificaron los objetos prestados por los espectadores, y Eisengrim prometía dar respuesta a sus preguntas secretas, de pronto me oí gritar a voz en cuello: “¿Quién mató a Boy Staunton?” En ese momento me di cuenta de que estaba de pie, y se armó un gran revuelo en el teatro. Me miraban fijamente. Se oyó un estrépito en uno de los palcos; tuve la impresión de que alguien había caído y de que había derribado varias sillas. La cabeza comenzó a resplandecer, y oí aquella voz de marcado acento extranjero que decía algo así: “Lo mató la conspiración...” Y, luego, dijo algo sobre “la mujer que conocía... la mujer que no conocía...” La verdad es que no estoy muy seguro de qué fue lo que oí, porque ya bajaba de tres en tres las escaleras del gallinero, que son muy empinadas, y acto seguido los dos tramos de escaleras

principales, aunque dudo mucho que nadie me estuviera siguiendo. Salí corriendo a la calle, tomé uno de los taxis que ya hacían cola a la puerta del teatro y volví a mi casa sumamente agitado.

»Lo cierto es que cuando me marchaba del teatro, completamente descompuesto y sudoroso, me invadió la certeza de que tenía que hacer algo conmigo. Ésa es la razón de que haya venido aquí.

—Sí, entiendo. No creo que pueda caberle a nadie ni la menor duda de que fue una sabia decisión. Pero en la carta del doctor Tschudi algo decía sobre el hecho de que usted se había sometido a lo que él llamaba «el examen habitual». ¿Puede aclararme a qué se refería?

—Ah, ya... Bueno, soy abogado, como usted sabe.

—Sí. ¿Se trata de alguna clase de examen legal?

—Soy un hombre concienzudo. Creo que podría decirse que soy un hombre íntegro. Creo en la ley.

—¿Y bien...?

—Supongo que sabe usted qué es la ley. Los procedimientos legales se suelen comentar por lo menudo, y cualquiera está al corriente de qué son los abogados, los tribunales, las cárceles, el castigo y todas esas cosas, pero todo eso no pasa de ser sino el aparato por medio del cual funciona la ley. Y la ley funciona a causa de la justicia. La justicia es el deseo constante y perpetuo de dar a cada cual lo que merece. Esto es algo que sabe al dedillo cualquier estudiante de derecho. No obstante, es asombrosa la cantidad de licenciados en Derecho que lo olvidan. Yo no lo he olvidado.

—Sí, comprendo, pero ¿qué es «el examen habitual»?

—Ah, es que se trata de algo bastante personal.

—Claro, claro, pero sin duda se trata de algo personal y de gran importancia para usted así que me gustaría que me hablase de ello.

—Es difícil describirlo.

—¿Se trata, así pues, de algo muy complejo?

—Yo no diría que sea complejo, pero me resulta un tanto vergonzoso.

—¿Por qué?

—A cualquier persona le parecería probablemente una especie de juego.

—¿Un juego que juega usted consigo mismo?

—Podría decirse que sí, pero eso no representa debidamente ni lo que hago ni las consecuencias de lo que hago.

—Entonces es mejor que nos aseguremos de que no lo entiendo erróneamente. Este juego... ¿es alguna clase de fantasía?

—No, no; es muy serio.

—Toda la verdadera fantasía es seria. Sólo la fantasía falsa deja de serlo. Por eso

es tan erróneo imponer una fantasía falsa a los niños. No seré yo quien se ría de su fantasía. Se lo prometo. Ahora, por favor, dígame en qué consiste «el examen habitual».

—Muy bien; de acuerdo. Es una forma que tengo de examinar lo que he hecho, o lo que podría hacer, más que nada por saber lo que vale. Me imagino un juzgado, entiéndame, absolutamente real y correcto en todos sus detalles. Yo soy el juez que preside el tribunal. Y soy el abogado del ministerio fiscal, el que presenta lo que sea a la peor luz que sea posible, aunque dentro de las reglas que rigen las alegaciones. Esto significa que tal vez no exprese yo una opinión puramente personal acerca de lo recto o lo errado de la causa. Pero soy al mismo tiempo el abogado defensor, y me encargo de hacer la mejor de las defensas posibles de aquello que se someta a examen... claro que quizás no lo haga de una manera personal y cargue las tintas más de la cuenta. Puedo incluso llamarme a mí mismo a prestar declaración como testigo; puedo someterme a interrogatorio tantas veces como sea preciso. Al final, el juez Staunton ha de tomar una decisión final y definitiva. Y esa decisión no está sujeta a apelación ninguna.

—Entiendo. Una fantasía muy completa.

—Supongo que así puede considerarla. No obstante, le aseguro que para mí es algo sumamente serio. Este caso acerca del cual le hablo ahora me llevó varias horas. Se me había acusado de causar un disturbio en un espacio público estando bajo la influencia del alcohol, y además concurrían una serie de circunstancias agravantes: ser causa de un escándalo del que podía resultar una vergüenza notable para la familia Staunton, por poner un ejemplo.

—Todo hace ver que se trata más de una cuestión moral que legal, ¿no?

—No del todo. En cualquier caso, y entre muchas otras cosas, la ley es una codificación de una parte muy amplia de la moralidad pública. Expresa la opinión moral de la sociedad sobre un gran número de asuntos. Y en el tribunal del juez Staunton, la moralidad tiene un grandísimo peso. Es evidente.

—¿En serio? ¿Por qué le parece evidente?

—Por un detalle que hay en el escudo real.

—¿El escudo real?

—Sí. Sobre la cabeza del juez pende siempre el escudo...

—¿Y en qué es distinto ese detalle? Veo que ha hecho otra de sus pausas, señor Staunton. Todo esto debe de ser importantísimo para usted. Por favor, descríbame ese detalle.

—No es gran cosa. Sólo que los animales están completos.

—¿Los animales?

—Los animales heráldicos. El león y el unicornio.

—¿Es que a veces están incompletos?

—En Canadá, casi siempre. Aparecen sin sus partes pudendas. Para que sean heráldicamente correctos han de aparecer con sus vergas bien visibles, ostensibles si se quiere. En Canadá lo capamos todo siempre que nos sea posible. Una docena de veces me he visto en un tribunal contemplando a esos animales privados de sus partes, lastimosos, y he pensado en lo bien que ejemplifican nuestra actitud hacia la justicia. Todo lo que hable de la pasión, y cuando uno habla de pasión habla de moralidad en un sentido u otro, ha sido excluido del orden, o ha sido disimulado de modo que pase por ser algo muy distinto. Sólo es bienvenida la razón. En cambio, en el tribunal del Juez Staunton el león y el unicornio han de estar y están completos, porque la moralidad y la pasión en ese tribunal se tratan como es debido.

—Entiendo. Bien, ¿y cómo se resolvió el caso?

—Al final, quedó resuelto acudiendo a la regla de McNaughton.

—Va a tener que explicarme en qué consiste.

—Se trata de una fórmula para determinar la responsabilidad. Toma su nombre de un asesino del siglo XIX llamado McNaughton, cuya defensa se llevó a cabo aduciendo demencia. Dijo que había cometido el asesinato cuando no estaba en sus cabales. Es la misma línea de defensa que se adoptó en el caso de Staunton. La acusación no dejó de insistir en que Staunton averiguase si en el momento en que se puso a dar voces a grito pelado en el teatro llegó a entender plenamente la naturaleza y las implicaciones de su acto, y, en caso afirmativo, si era consciente de que no fue un acto apropiado. El abogado de la defensa, el señor David Staunton, un eminente colegiado, agotó todas las circunstancias atenuantes que pudo hallar: que el acusado, Staunton, había estado sometido a un estrés grave durante varios días seguidos; que había perdido a su padre de una manera particularmente dolorosa, que había experimentado un grave quebranto psicológico debido precisamente a esa pérdida; que había tenido que sobrellevar responsabilidades y cargas nada corrientes; que su última esperanza para recuperar la confianza y la aprobación de su difunto señor padre había sido vilmente aplastada. Sin embargo, el fiscal, el señor David Staunton, designado por la Corona, no quiso reconocer que ninguna de estas circunstancias fuese exculpatoria y al final formuló la pregunta que la defensa había temido en todo momento: «Si un policía hubiera estado a su lado, ¿habría actuado usted como actuó? Si un policía hubiera estado en el asiento contiguo, ¿habría gritado a voz en cuello la pregunta escandalosa que hizo en el teatro?». Obviamente, el acusado, Staunton, se vino abajo, se echó a llorar y tuvo que reconocer que no, y fue entonces cuando a todos los efectos quedó el caso visto para sentencia. El juez Staunton, afamado por su impecable administración de la justicia, tanto como por su severidad, ni siquiera tuvo que ponerse en pie. Dictaminó que el acusado, Staunton, era culpable, y que lo condenaba a recabar ayuda psiquiátrica de inmediato.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Eran las siete de la mañana. Era domingo. Llamé al aeropuerto. Reservé un billete a Zúrich, y veinticuatro horas después estaba aquí. A las tres horas de llegar estaba sentado en el despacho del doctor Tschudi.

—¿Quedó el acusado, Staunton, muy deprimido por la resolución que se dio a su caso?

—Para él nada podría haber sido peor, porque tiene en muy baja estima la psiquiatría.

—Pero parece que se plegó a la condena.

—Doctora von Haller, si a un soldado herido en el siglo XVIII se le comunicase que era preciso practicarle una amputación en el mismo campo de batalla, se habría dado cuenta de que sus posibilidades de restablecerse plenamente eran escasas, pero no habría tenido otra elección posible. O bien moría de gangrena o bien moría por culpa del bisturí del cirujano. Mi elección en este caso era simple: o enloquecía sin ayuda de nadie o enloquecía con los mejores auspicios que pudiera obtener.

—Muy sincero. Empezamos a discurrir por cauces mucho mejores. Ha comenzado usted a insultarme. Creo que voy a ser capaz de hacer algo por usted, acusado Staunton.

—¿Acaso le sientan bien los insultos?

—No. Sólo quiero decir que usted empieza a tener por mí sentimientos suficientemente intensos, y que incluso desea provocarme. Y eso no está nada mal, me refiero a la comparación entre la cirugía en el campo de batalla, en el siglo XVIII, y la psiquiatría moderna. Esta clase de trabajo de sanación todavía está en mantillas, y el modo en que se lleva a cabo a veces puede resultar brutal. Pero se dan restablecimientos plenos, como se daban con la cirugía en el siglo XVIII, y eso que, como bien señala usted, la alternativa era más bien desoladora.

»Pongámonos, así pues, manos a la obra. Las decisiones que se tomen han de ser íntegramente tuyas. ¿Qué es lo que espera usted de mí? ¿Una cura de su propensión al alcoholismo? Me ha dicho que ésa no es su enfermedad, sino tan sólo un síntoma, y los síntomas no tienen curación; a lo sumo, podrán aliviarse. Las enfermedades sí se pueden curar, pero sólo cuando sepamos en qué consisten, y sólo si las circunstancias nos son favorables. Entonces disminuyen los síntomas. Usted padece una enfermedad. No ha hablado de otra cosa. Parece sumamente complicado, pero toda descripción de una sintomatología es siempre complicada. ¿Qué es lo que esperaba usted cuando vino a Zúrich?

—No esperaba nada en absoluto. Le he dicho que he visto a muchos psiquiatras en los tribunales y que no me han parecido ni mucho menos impresionantes.

—Eso es una estupidez. Usted no habría venido aquí si no tuviera alguna esperanza, aun cuando sea reacio a reconocerlo. Si hemos de conseguir algo, de sacar algo en claro, debe renunciar al lujo de la desesperación fácil. Es usted ya viejo para

eso, aunque en muchos aspectos parezca joven para la edad que tiene. Tiene ya cuarenta años: ésa es una edad crítica. Entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco, todos hemos de doblar una esquina en el camino de la vida, o bien estamparnos contra una tapia de ladrillos. Si piensa usted conquistar alguna vez una cierta madurez, debo decirle que ha llegado el momento. Y debo pedirle que no juzgue a los psiquiatras por lo que haya podido ver en los tribunales. Las pruebas legales y las pruebas psicológicas son cosas de orden muy distinto, y cuando usted pisa terreno de sobra conocido, en los tribunales, con su toga y todo lo demás, es muy fácil que cualquiera le parezca un perfecto idiota, y...

—También para usted como doctora la situación opuesta debe de ser sencilla, quiero decir que cuando tiene usted a un abogado en su consulta, puede usted hacer que parezca un perfecto idiota.

—Mi profesión no consiste en hacer de nadie un idiota. Si vamos a sacar aquí algo en claro, algo positivo, debe ser en términos mucho mejores que los que usted supone: nuestra relación ha de ir mucho más allá de las rencillas profesionales, ha de estar mucho más allá de la búsqueda de una ventaja meramente trivial.

—¿Quiere decir que debemos ser amigos?

—Ni muchísimo menos. Debemos trabajar en los términos de una relación doctor-paciente, con respeto para cada una de las partes. Goza usted de entera libertad para poner en duda lo que quiera, para discutir cada punto que le apetezca de cuanto yo pueda decir, pero le anuncio que no llegaremos muy lejos si juega usted a ser el abogado defensor durante todos y cada uno de los minutos de que dispongamos. Si seguimos adelante, habremos de ser toda clase de cosas el uno para el otro; probablemente a mí me toque ser su madrastra, su hermana, su ama de llaves y toda clase de personas en función de la actitud que usted adopte conmigo antes de que hayamos terminado. En cambio, si su principal preocupación consiste en preservar la imagen que tiene de sí mismo, el abogado brillante y un tanto borrachín, que tiene además quejas sobradamente fundadas contra el mundo y la vida misma, nos va a costar el doble sacar adelante nuestro trabajo, porque todo eso tendrá que cambiar sustancialmente antes de que podamos hacer algo más. Le costará mucho más dinero, y no creo que le guste malgastarlo.

—Cierto. ¿Cómo lo sabe?

—Digamos que es un secreto profesional. No, eso no sirve. No debemos de ninguna manera tratarnos el uno al otro en esos términos. Reconoceré que he tenido algunos pacientes muy adinerados, y que algunos son excelentes a la hora de contar hasta el último de sus peniques... ¿Quiere disponer de unos cuantos días para pensar a fondo qué es lo que quiere hacer?

—No, ya lo tengo decidido. Quiero que sigamos adelante con el tratamiento.

—¿Por qué?

—Sin duda sabe usted muy bien por qué.

—Desde luego, pero debo averiguar si lo sabe usted también.

—¿Está usted de acuerdo en que todo el asunto de la bebida es un síntoma y no una enfermedad?

—Prefiero que no hablemos de enfermedades. En su caso, una enfermedad sería una psicosis, que es lo que usted más teme y lo que, debo decir, siempre es posible que suceda. También es cierto que los ricos rara vez están locos. ¿Lo sabía? Puede que sean neuróticos, y frecuentemente lo son. Psicóticos, en cambio, muy raras veces. Digamos que se encuentra usted en un estado de ánimo que no es satisfactorio, y que desea ponerle fin. ¿Le parece?

—Me parece un tanto suavizado, al menos por lo que viene ocurriéndome de un tiempo a esta parte.

—¿Quiere decir que, al igual que su Netty, nadie es consciente de lo que tiene que aguantar? Le aseguro que son muchísimas las personas que pasan por situaciones mucho peores...

—Ajá, ya entiendo adónde quiere llegar. Ahora pretende hacer añicos mi sensación de ser único. Pues bien, le garantizo que de eso he tenido más que suficiente.

—No, no. No es nuestro estilo trabajar en un plano de reducción. Somos de la escuela zuriquesa, no lo olvide. Nadie pretende rebajar las complicaciones que existan en su vida, nadie pretende equipararlas con un simple bofetón, sólo porque no haya hecho usted sus deberes como corresponde. Aun cuando eso podría tener relativa importancia, no es ni mucho menos la fuente de la que emana una vida. Usted es único, no lo dude. Cualquiera persona es única. Nadie ha sufrido nunca del modo en que sufre usted, sencillamente porque nadie ha sido usted hasta ahora. Sin embargo, somos también integrantes del género humano, y nuestra condición de seres únicos e irrepetibles tiene ciertas limitaciones. En cuanto al tratamiento... Hay algunas cosas muy simples que debemos tener en cuenta de entrada. Sería aconsejable que dejara su hotel y encontrara un alojamiento más cómodo. Aquí hay pensiones francamente buenas en las que podrá gozar de una gran tranquilidad de espíritu, y esto es importante. Es preciso que goce de quietud, que se retire del mundanal ruido, porque va a tener que trabajar mucho consigo mismo entre cada una de nuestras citas. Y eso le resultará fatigoso.

—Odio las pensiones. La comida suele ser un asco.

—Sí, pero tienen la ventaja de que no hay bares, y tampoco les suele gustar que los huéspedes beban en sus habitaciones. Sería excelente que beber más de la cuenta le resultara difícil o al menos un tanto inconveniente, ya que no imposible. Creo que debería tratar de ponerse un límite, racionarse. No es preciso que lo deje del todo. Pero tómese con calma. Nuestros vinos suizos son francamente buenos.

—¡Por el amor de Dios! ¡No me hable de vinos buenos!

—Como quiera. Pero sea prudente. Buena parte de la actitud que tiene actualmente ante las cosas proviene de la exacerbación que provoca el beber en exceso. Usted afirma que no le afecta, pero es evidente que sí.

—Conozco a bastantes personas que beben tanto como yo y que están estupendamente.

—Sí, todos conocemos a personas así, pero usted no es una de ellas. A fin de cuentas, si lo fuese no estaría sentado en donde está.

—Si no vamos a hablar de mi adiestramiento para ir al retrete, ¿qué proceso es el que sigue su tratamiento? ¿Abusos y sermones?

—Si es necesario, sí. Pero no suele serlo. Y, cuando lo es, no pasa de ser más que una pequeña parte del tratamiento.

—Entonces, ¿qué es lo que piensa usted hacer?

—Desde luego, no voy a hacerle nada. Voy a tratar de ayudarlo en el proceso necesario para que llegue a ser usted mismo.

—Mi mejor yo, contaba con que dijera. Un buen chico.

—Su verdadero yo tal vez no sea el de un buen chico. A decir verdad, sería muy desafortunado que así fuese. Su verdadero yo podría ser algo muy desagradable, muy ingrato. No vamos a jugar a ningún juego, señor Staunton. Eso puede ser peligroso. Parte de mi trabajo consiste en detectar los peligros a medida que se vayan presentando, para ayudarlo a sobrellevarlos con bien. En cambio, si no es posible rehuir esos peligros, si llegan a ser destructivos, no vaya a pensar que está en mi mano el ayudarlo a pasar por encima de ellos como si tal cosa. Habrá leones que le acechen por el camino. No podré yo arrancarles los dientes, ni decirles que jueguen ustedes a ser amigos. Sólo podré darle alguna que otra pista para domesticar a los leones.

—Ahora veo que pretende meterme miedo...

—Le estoy avisando.

—¿Y qué hemos de hacer para llegar a donde estén los leones?

—Podemos empezar casi por cualquier parte. Pero a juzgar por lo que usted me ha dicho, creo que lo mejor será plegarnos a la ruta habitual y comenzar por el principio.

—¿Los recuerdos de infancia?

—Sí, y los recuerdos del resto de su vida, todo lo vivido hasta el día de hoy. Las cosas importantes. Las experiencias de formación. Las personas que hayan significado mucho para usted, sea para bien o para mal.

—Eso suena freudiano.

—Nosotros no tenemos ninguna disputa con los freudianos, aunque no cargamos tanto las tintas en los asuntos sexuales. El sexo es muy importante, aunque si fuera lo

más importante de la vida todo sería mucho más sencillo, y me permito dudar que la humanidad se hubiera esforzado tanto por vivir más allá de la edad en la que el sexo es el mayor de los placeres. Es un engaño popular muy extendido, no sé si lo sabe usted, que las personas que viven cerca de la naturaleza sean fantásticas en el sexo. Ni muchísimo menos. Vaya usted a vivir con un pueblo primitivo, yo lo hice durante tres años, cuando era joven y estaba muy interesada en la antropología, y descubrirá la verdad. La gente va por ahí desnuda sin que a nadie le importe nada: ni una erección, ni un meneo de caderas. Y esto se debe a que esas sociedades no les facilitan el licor del romance, que es la gran droga de nuestro mundo. Cuando el sexo aparece en el programa, a veces tienen que ponerse a tono con bailes y ceremonias; de lo contrario, no tendrían ganas de ponerse en faena, aunque entonces es cierto que son muy activos. La mayor de sus preocupaciones cotidianas es la que tiene que ver con el alimento. No sé si lo sabe, pero uno se puede pasar una vida entera sin sexo y no pasa nada realmente perjudicial. Son centenares las personas que así lo hacen. En cambio, pásese un día sin comer y la cuestión del alimento pasa a ser imperativa. En nuestra sociedad, el alimento no es más que un punto de arranque para el anhelo. Deseamos toda clase de cosas: dinero, una posición destacada en el mundo, objetos bellos, sabiduría, santidad... La lista sería larguísima. Por eso, aquí en Zúrich tratamos de prestar la debida atención a todas esas otras cosas.

»Por lo común comenzamos por lo que se denomina *anamnesis*. ¿Sabe usted griego? ¿Sabe a qué me refiero? Repasamos su historia y trabajamos conocimiento con algunas personas que figuran en ella y que puede usted conocer, o tal vez no, pero que son porciones de usted mismo. Repasamos lo que usted recuerda, y también repasamos cosas que usted creía haber olvidado. A medida que avanzamos por ese camino, descubrimos también que hemos profundizado. Y cuando exploramos satisfactoriamente todo ese terreno, decidimos si vale la pena ir más a fondo aún, a esa parte de usted que está más allá de lo único, que forma parte de la herencia común del género humano.

—¿Cuánto tiempo se tarda?

—Depende. Unas veces mucho, otras sorprendentemente poco, sobre todo si uno decide no adentrarse más allá del terreno puramente personal. Y aunque yo le aconsejaré como corresponda llegados a ese punto, la decisión, como todas las demás decisiones en esta clase de trabajo, debe ser enteramente suya.

—Así que debo comenzar por acumular unos cuantos recuerdos... Ya, mire: no quisiera ser demasiado norteamericano en esto, pero yo no dispongo de tiempo ilimitado. Quiero decir que un plazo de tres años, o todo lo que se le parezca, queda al margen de mi consideración. Soy el ejecutor testamentario de mi padre. Desde aquí puedo hacer muchas cosas por teléfono o por correo, pero no puedo permanecer tanto tiempo lejos. Además, hay que afrontar el problema de la Fundación Castor.

—Tengo entendido que hacen falta unos tres años, poco más o menos, para zanjar un testamento más o menos controvertido. En los países civilizados, claro está; hay en Europa países en los que la cosa puede alargarse hasta diez, siempre y cuando haya dinero suficiente para correr con las costas. ¿No le parece impresionante que para zanjar los asuntos de un difunto se necesite más o menos el mismo tiempo que para zanjar los complicados asuntos de un hombre de unos cuarenta años? Con todo, comprendo sus dificultades. Y eso me lleva a pensar si no valdría la pena que pusiéramos a prueba un plan que he estado pensando para su caso particular.

—¿En qué está pensando?

—Son muchas las cosas que podemos hacer para desencadenar el flujo de recuerdos en un paciente, y para plantearlo y exponer las claves que puedan ser importantes en su caso. Algunos pacientes hacen dibujos, o pintan, o modelan objetos de arcilla. Hemos tenido pacientes que han preferido bailar e idear ceremonias tal vez relevantes en su situación. Ha de ser cualquier cosa que resulte llevadera y provechosa a la naturaleza del analizando.

—¿El analizando? ¿Soy yo un analizando?

—Horrible palabra, ¿verdad? Le prometo que nunca le llamaré así. Sigamos fieles a eso que usted llama «estilo llano», ¿verdad?, en lo que nos digamos uno al otro.

—Ramsay insistía siempre en que no hay nada que no se pueda expresar con arreglo al estilo llano, siempre y cuando uno sepa de qué está hablando. Todo lo demás era estilo barroco, que según él no era apto para casi nadie, o bien pura jerga, que es obra del diablo.

—Muy bien. Aunque le aviso que debe usted ser paciente, porque el inglés no es mi lengua materna y en mi trabajo abunda la jerga. En lo que a usted se refiere y lo que podría hacer... Creo que podría crear algo, pero no cuadros, ni modelos de arcilla. Usted es abogado, y parece que se le dan de maravilla las palabras. ¿Qué le parece si escribe un informe sobre su caso?

—Me ha tocado leer infinidad de informes...

—Sí, y algunos guardaban sin duda relación con los casos dirimidos en el tribunal del juez Staunton.

—Éste sería para un caso dirimido en el tribunal de la juez von Haller.

—No, no. Sigue siendo el tribunal del juez Staunton. No podrá escapar de él, y usted lo sabe.

—No he tenido muchos éxitos en defensa del acusado ante ese tribunal. Las victorias por lo común han caído del lado del fiscal. ¿Está segura de que nos conviene hacerlo de este modo?

—Creo que hay una muy buena razón para intentarlo. Ésa es la vía heroica, y usted la ha descubierto sin ayuda de nadie más. Eso me lleva a pensar que las medidas heroicas tienen para usted un atractivo innegable y que en realidad no le

infunden ningún miedo.

—Pero es que no era más que un juego.

—Usted ha jugado con gran seriedad. Y debo decirle que no es un juego tan insólito como podría usted pensar. ¿Conoce el poema de Ibsen? Dice así:

*Vivir es batallar con los trasgos
en las criptas del corazón y el cerebro.
Escribir es en cambio sentarse
y juzgarse a uno mismo.*

Le sugiero que comience por ahí. Que sea un informe encargado por la defensa, pues ésa es la clase de tribunal ante el que ha de comparecer: el tribunal en el que uno se juzga a sí mismo. Y el juez Staunton prestará atención al caso, y emitirá su veredicto tal vez con más frecuencia de lo habitual.

—Entiendo. ¿Y qué papel desempeña usted en todo esto?

—Ah, pues varios papeles: soy una espectadora interesada, para empezar; además, seré una figura que aparece sólo en los tribunales militares, el llamado «amigo del acusado». Y seré una autoridad en lo tocante a los precedentes, a los juicios emparentados con éste. Mantendré a raya tanto al fiscal como al abogado defensor. Seré la custodia de ese constante y perpetuo deseo de dar a cada cual lo que merezca. Y si el juez Staunton se adormila, como a veces les ocurre...

—No es el caso del juez Staunton. Ni se adormila ni se adormece. Jamás.

—Ya veremos si es tan implacable como usted supone. Es posible que también el juez Staunton aprenda algo de todo esto. No se supone que el juez deba ser enemigo del acusado, o al menos así lo entiendo yo. Además, me parece que el juez Staunton es un poco demasiado dieciochesco en cuanto a sus planteamientos, y tal vez por eso no es todo lo bueno que debiera en el cumplimiento de su cometido. Tal vez podamos atraérselo hacia tiempos más modernos, lograr que vea la ley bajo la luz de lo moderno... Y ahora, si le parece bien, hasta el próximo lunes, ¿verdad?

SEGUNDA PARTE

David contra los trasgos

(Lo que sigue es mi Cuaderno zuriqués. Contiene notas y resúmenes que he empleado al presentar mi caso a la doctora von Haller. Asimismo, hay notas escritas a partir de sus opiniones e interpretaciones, que tomé tras las horas pasadas en consulta con ella. Sin tratarse de un informe al pie de la letra, contiene la esencia de lo hablado entre nosotros).

No es fácil ser hijo de un hombre sumamente rico.

Éste podría ser el epítome de todo el caso, de la causa a favor y en contra de mí mismo, tal como he de plantearla. Vivir rodeado de una riqueza más que considerable, sin ser en sentido directo el propietario de la misma, es precisamente lo que ha teñido todas las facetas de mi vida, lo que ha determinado la forma de todas mis experiencias.

Desde que empecé mis estudios a los siete años de edad, he sido consciente de que una de las necesidades ineluctables del hombre civilizado, la necesidad de dinero, se manifestaba en mi vida de una manera que era diametralmente opuesta a la experiencia de todos mis conocidos, con muy contadas excepciones. Las personas normales y corrientes parecen pensar que si una familia tiene dinero, todos y cada uno de sus miembros echa mano y toma lo que quiere de una especie de bolso siempre lleno a rebosar, colgado tal vez en la puerta de entrada. Ni mucho menos. Yo conocía la necesidad del dinero, como habré de demostrar, de una manera particularmente aguda, porque aun cuando ya de niño se me conocía por ser el hijo de un hombre sumamente acaudalado, en realidad disponía de una asignación más reducida de lo que era habitual entre los niños de mi colegio. Sabía que el mucho esmero que ponía yo a la hora de comprar golosinas, o una entrada para ir al cine, era fuente de divertidos comentarios e incluso de cierto desprecio entre mis compañeros. Me consideraban un tacaño. Yo en cambio sabía que en principio mi deber era aprender a administrar mi dinero con sensatez, y que esto formaba parte de la gran campaña que se había iniciado para hacer de mí un hombre hecho y derecho. El resto de los chicos por lo común lograba hacerse con uno o dos dólares adicionales gracias a sus padres; era prácticamente seguro que les sacaran otro tanto a sus madres; para ellos, la asignación era más un ingreso básico que un total. Sus padres eran personas de buen natural, a las que no parecía importar ni mucho ni poco que a los nueve o diez años supieran administrar sus dineros. En cambio, con mi dólar por semana, diez centavos del cual estaban destinados a la iglesia, a la que íbamos el domingo por la mañana, y sin contar con que una parte considerable se podía volatilizar debido a la súbita necesidad de unos cordones de cuero para los patines, o cosas por el estilo, no me quedaba más remedio que ser prudente.

Mi padre había leído en alguna parte que la familia Rockefeller preservaba y refinaba el genio financiero del Rockefeller primigenio dando a sus hijos una asignación realmente ínfima, con la cual habían tenido que aprender, a fuerza de pura necesidad, a hacer milagros pecuniarios. A los Rockefeller tal vez les sentara de maravilla la receta, pero conmigo no encajaba. Mi hermana Caroline por lo común

disponía de dinero en abundancia, puesto que no tenía la necesidad imperiosa de convertirse en un hombre hecho y derecho y necesitaba además disponer de dinero suficiente por razones nunca aclaradas, aunque al parecer relacionadas con la protección de su virtud. Por consiguiente, siempre estuve en deuda con Caroline; como ella además me dominaba gracias a esta situación, muy a menudo me vi atrapado en toda clase de ardidés para escatimar y sacar algún centavo de donde no quedaba ni medio. Cuando no era más que un chiquillo de ocho años, en el colegio, otro chico dijo a mis amigos que Staunton era tan avaro que era capaz de despellejar a una pulga para aprovechar la piel y la grasa. Me dio vergüenza y me sentí dolido. Yo no era un miserable tacaño. Era lisa y llanamente un pobretón de tomo y lomo. Lo sabía y lo aborrecía. No podía escapar de esa situación.

No estoy pidiendo compasión. Eso sería absurdo. Vivía rodeado de riqueza. Nuestro chófer me llevaba al colegio todas las mañanas en una limusina que era objeto de maravilla para los chicos más aficionados a los coches. Pero yo no era uno de ellos. Para mí, un coche era y sigue siendo, si acaso, algo que —misteriosa, alarmanamente— se mueve y nos lleva de un sitio a otro. Por la tarde, después de los juegos, volvía a recogerme. Como Netty iba habitualmente con el chófer, lista siempre para engullirme, me resultaba imposible ofrecer un paseo a los amantes de los coches. En casa vivíamos con arreglo a lo que ahora comprendo que era el lujo; desde luego, en múltiples aspectos era algo mucho menos engorroso que la verdadera pobreza, no me cabe duda, pues desde entonces he tenido algunas ocasiones de examinarla de cerca y bastante a fondo. Era objeto de envidia, y de haber tenido yo el poder de lanzar maldiciones, la de ser envidiado estaría entre mis preferidas. Posee amplísimas ramificaciones y presenta sutiles refinamientos. Tal como me aseguraba alguno de vez en cuando, tenía todo lo que se puede tener. Si hubiera algo que deseara, me bastaba con pedírselo a mi padre y convencerle de que realmente tenía necesidad de ello, que no estaba cediendo ante un mero capricho infantil. Esto era al parecer coser y cantar, aunque según mi experiencia tal vez fuera de veras pan comido para Cicerón en uno de sus días más afortunados. Mi padre escuchaba con atención y disimulaba la diversión que le producía mi discurso tan bien como podía, y al final me daba una colleja afectuosa y me decía: «Davey, te voy a dar un consejo que te ha de servir durante toda la vida: no compres nada a menos que realmente lo necesites. Las cosas que tan sólo quieres tener, a lo sumo y las más de las veces, son una porquería».

No me cabe duda de que tenía razón, y siempre he deseado ser capaz de vivir de acuerdo con su consejo. Nunca lo he logrado. Y tampoco él, como bien pude ir comprendiendo poco a poco; aunque de alguna manera que se me escapaba por completo eso era, en su caso, harina de otro costal. Era preciso que me convirtiera en un hombre hecho y derecho, y él, obviamente, era en este sentido un hombre

verdadero y espléndido. Todo el mundo lo sabía.

Envuelto como estaba yo en toda clase de algodonosas comodidades, siendo como era más afortunado que muchos otros chicos de mi edad, ¿cómo pude pensar que necesitaba dinero?

Lo que sí necesitaba, con urgencia, era carácter. Virilidad. La capacidad de defenderme por mí mismo. Mi padre nunca dejó que me quedara ni la menor duda con respecto a estas cosas, y como mi padre me quería mucho no podía existir ni la menor vacilación a la hora de entender que estaba en lo cierto. El amor, en un padre, comporta extraordinarios privilegios, y entraña una perspicacia incontestable. Éste era uno de esos hechos que en nuestra familia se daban por sentados. Ni siquiera era preciso decirlo a los cuatro vientos.

Así las cosas, ¿era yo un pobre niño rico, melancólico por no gozar de los placeres de los que sí disponían mis amigos más humildes, los hijos de los médicos, los abogados, los arquitectos, la mayoría de los cuales no habría pasado la prueba de los cien mil al año? Ni muchísimo menos. Los niños no ponen en tela de juicio su destino. De hecho, los niños ni siquiera viven su propia vida; son por el contrario sus vidas las que les viven a ellos. No me imaginaba yo que era el más feliz de los mortales, porque un concepto como la felicidad no me había entrado en la cabeza todavía, aunque a veces sí era feliz a reventar. Se me decía que era un niño con suerte. Desde luego, Netty insistía en que diera gracias a Dios por serlo, y que lo hiciera todas las noches, de rodillas. Yo lo creía, pero me preguntaba por qué iba a dar gracias a Dios cuando saltaba a la vista que era mi padre el proveedor de todas las cosas buenas. Me consideraba y consideraba a mi familia la norma de la existencia humana, la medida por la cual era preciso calibrar cualquier otra vida. Sabía que tenía complicaciones porque andaba escaso de paga, pero eso era una mera bagatela en comparación con otra complicación mucho mayor, esto es, no estar seguro de que alguna vez llegara a ser un hombre hecho y derecho, capaz de valerse por sus propios medios, merecedor del amor y la confianza de mi padre. Se me decía que todo lo que me ocurría era por mi propio bien. ¿Con qué otro criterio, con qué otro juicio podría haber alcanzado una opinión discrepante de ésta?

Por eso no es de recibo imaginar que haya venido aquí a quejarme y a buscar venganza contra los muertos. Todo este rencor, todo este resquemor retrospectivo hacia los padres es una de las cosas que mancilla la reputación del psicoanálisis. En calidad de abogado sé que existe una ley de prescripción de las maldades personales y espirituales, así como existe de las legales, y también que no hay tribunal en el mundo entero que pueda proporcionarnos una reescritura de todas las desdichas pasadas. Pero si es posible que alguna reconsideración sopesada de mi pasado pueda arrojar una luz provechosa sobre mi presente, tengo el pasado perfectamente almacenado, y lo puedo sacar a relucir según se me vaya pidiendo.

DRA. VON HALLER: Sí, creo que eso sería lo mejor. Ahora ya ha tomado usted carrerilla, ha hecho todo lo que un abogado haría en su caso. Prosigamos.

YO: ¿A qué se refiere cuando dice «todo lo que un abogado haría en su caso»?

DRA. VON HALLER: A expresar el mayor de los respetos por la persona que está usted a punto de hacer pedazos. A declarar que no tiene usted sentimientos encontrados sobre esta materia, que es bastante objetivo a su parecer. A sugerir que hay algo fresco y seco, cuando por su propia naturaleza es caliente y húmedo a más no poder. Muy bien. Continúe, por favor.

YO: Si no quiere creer lo que le digo, ¿qué sentido tiene que continúe? Ya le he dicho que no estoy aquí para envilecer la reputación de mi padre, para arrastrarlo por el fango. No sé qué más puedo hacer para convencerle, doctora, de que hablo con total sinceridad.

DRA. VON HALLER: Lisa y llanamente ha de continuar, y ha de convencerme de ese modo. Yo no estoy aquí para ayudarle a preservar el status quo, para dejar todas sus relaciones personales exactamente como cree usted que son en estos momentos. Recuerde que, entre otras cosas, soy la amiga del acusado. Sabrá usted qué es un amigo, digo yo.

YO: Francamente, de eso no estoy muy seguro.

DRA. VON HALLER: Bien, pues no perdamos la esperanza de que llegue a averiguarlo. En cuanto a su más tierna infancia...

Nací el 2 de septiembre de 1928. Me bautizaron con el nombre de Edward David porque mi padre había sido ayuda de campo, y amigo en realidad, del príncipe de Gales, cuando éste hizo una gira en 1927 por Canadá. Mi padre a veces decía en broma que el príncipe era mi padrino, aun cuando no lo era ni de lejos. Mis verdaderos padrinos fueron un amigo de mi padre que se llamaba Dorris, con el cual coincidía en su club de golf, y un agente de cambio y bolsa llamado Taylor, que desapareció de la región del mundo en que habitábamos no mucho después de mi bautizo. No guardo ningún recuerdo de ninguno de los dos. Creo que se hizo uso de ambos más que nada para colmar un vacío, y mi padre prescindió de los dos para cuando yo pude darme cuenta. En cambio, el príncipe me envió una taza con su sello, en la cual tomaba yo mi leche. Aún la conservo, Netty la tiene siempre impoluta.

Durante mis dos primeros años de vida padecí distintas enfermedades infantiles, al punto de que se me consideró un niño «delicado». Por esta razón fue difícil que durasen mucho las niñeras, ya que requería yo constantes atenciones, y las niñeras escasean en Canadá, por lo cual no se ven obligadas a permanecer en una casa en la que se exija demasiado de ellas. Tuve para empezar niñeras inglesas y escocesas, según tengo entendido, y más adelante solía oír anécdotas sobre los espléndidos atavíos con que vestían, que eran de hecho el asombro de la parte de Toronto en que vivíamos. Pero ninguna de ellas duró mucho, y fue mi abuela Staunton la que dijo que lo que yo necesitaba no era una de esas Dolly Varden de quita y pon, sino una muchacha sensata, con la cabeza bien puesta sobre los hombros, que supiera hacer sin rechistar lo que se le dijera. Fue así como apareció Netty Quelch. Netty ha seguido con nosotros desde entonces.

Como yo era un niño delicado, se llegó a la conclusión de que me sentaría bien

vivir en el campo, de modo que durante mis años de niñez pasaba largos veranos con mis abuelos en Deptford, el pueblo en que vivían ellos. En aquel entonces mi crianza estuvo en gran medida dominada por mis abuelos, porque ni mi padre ni mi madre soportaban Deptford, aun cuando los dos habían nacido allí; ambos llamaban al pueblo, en sus conversaciones particulares, «ese agujero de mala muerte». Todos los meses de mayo me enviaban a Deptford y allí me quedaba hasta finales de septiembre. Y los recuerdos que conservo de aquellas estancias en el pueblo son felices. Supongo que a menos que uno haya tenido muy mala suerte, el lugar en el que pase los veranos cuando es niño será para siempre una Arcadia. Mi abuela no soportaba a las niñeras inglesas, y ya en mi segundo año dijo a mi madre que le enviara a ella el bebé, que ella se ocuparía de encontrar a una buena moza del pueblo que supiera cuidarme. Es obvio que ya tenía en mente quién iba a ser la moza en cuestión.

Mi abuela era una mujer plácida, de carácter dulce, cuyo gran objeto de adoración era mi padre, su único hijo. Había sido «hija de la casa parroquial», lo cual en mi escala de valores, cuando era niño, resultaba equivalente punto por punto a ser amiga íntima del príncipe de Gales. Recuerdo que cuando era bastante pequeño, con cuatro o cinco años, me pasaba el rato antes de dormir pensando en que sería espléndido que el príncipe y la abuela Staunton llegaran a conocerse; podrían en tal caso hablar largo y tendido acerca de mí, y me imaginaba que el príncipe dejaría a mi abuela llevar la voz cantante en la mayoría de los asuntos que trataran, por algo era mayor en edad y tenía mayor experiencia del mundo, aunque claro estaba que, por ser hombre, él también tendría cosas muy interesantes que comentar. Lo más probable sería que él quisiera que yo me hiciera cargo de Deptford y que lo gobernase en su nombre. Mi abuela no era una persona activa. Le gustaba estar sentada, y si se movía era con algún propósito. Ciertamente era una mujer gruesa, aunque muy pronto aprendí que «gruesa», referida a las personas mayores, era una palabra de mal gusto, que se podía pensar, pero no decir. Era la moza sensata y bondadosa la que tenía que ser activa, y Netty Quelch era furiosamente activa.

Netty era fruto de una de las buenas obras de mi abuela. Sus padres, Abel y Hannah Quelch, habían sido granjeros. Desaparecieron a raíz de uno de aquellos incendios causados por una estufa calentada en exceso, que eran un desastre corriente en las zonas rurales de Ontario. Eran buenas personas, decentes; habían llegado de jóvenes procedentes de la Isla de Man. Henrietta, o Netty, y su hermano menor, Maitland, quedaron huérfanos, por lo que fue responsabilidad de los vecinos criarlos debidamente, ya que no existía un orfanato cercano, además de que un orfanato habría sido el último sitio al que recurrir. Un granjero de las cercanías y su esposa los sumaron a los seis hijos que ya tenían, y les dieron una buena crianza. Netty, a los dieciséis años, necesitaba encontrar un hueco en el mundo. Era una chica equilibrada,

trabajadora a más no poder y merecedora de mejor suerte. Justo lo que la abuela Staunton necesitaba.

No he conocido cómo pudo ser el mundo sin Netty, de modo que sus características personales se me antojaron durante mucho tiempo de cajón, y no una cuestión sobre la cual el agrado o el desagrado tuvieran la menor incidencia. Era y sigue siendo una mujer de estatura inferior a la media, tan enjuta que todos los tendones, músculos y cartílagos saltan a la vista cuando están en pleno funcionamiento; ruidosa y torpe, como suelen ser las personas de escaso tamaño, y dotada de una energía inagotable y acalorada. De hecho, la impresión que se recibe de Netty es que en su interior arde un fuego muy caliente. Tiene la piel seca, el aliento caliente, fuerte, lo cual hace pensar en una combustión interna, aunque no es desagradable. Es caliente al tacto, pero no húmeda. Tiene la tez de un rojizo tirando a castaño, como si se hubiera abrasado, y el cabello rojo oscuro, no zanahoria, sino más bien castaño quemado por el sol. Es de rápida respuesta, y su mirada es feroz y un tanto enloquecida. Yo, claro está, estoy acostumbrado a ella, pero hay personas que cuando la conocen se sienten alarmadas, y confunden la intensidad de su personalidad con un reproche furioso y dirigido hacia ellos mismos. Caroline y Beesty la llaman «la Reina Demonio». Ahora es mi ama de llaves, y se considera mi custodia.

Netty considera que el trabajo es el estado natural del ser humano. El hecho de no hacer nada es, para ella, indicio de que uno o está gravemente enfermo o bien es un haragán de no te menees, lo cual raya el peor de los delitos. No creo que nunca se le haya pasado por la cabeza, cuando aceptó el trabajo de ser mi niñera, que fuese a tener ni un instante para ella misma, que me fuera a perder de vista ni un momento, y es así como ha funcionado siempre. Yo comía, rezaba, defecaba e incluso dormía en su más estrecha proximidad. Sólo cuando se ocupaba de la colada, cosa que hacía todas las mañanas después del desayuno, escapaba un rato a su presencia. Tenía un camastro en mi cuarto, y a veces, si estaba yo inquieto, me metía en la cama con ella para apaciguarme, cosa que hacía acariciándome la columna vertebral. Sabía ser muy afectuosa con un niño, pero... ¡qué caliente estaba siempre! Yo me tumbaba a su lado y me freía, y cuando abría los ojos me encontraba con los suyos siempre abiertos, mirándome acalorados, y en ellos se reflejaba la luz que hubiera en la habitación.

Había prestado una gran ayuda a sus padres adoptivos, que eran a su vez bellísimas personas e hicieron por ella todo lo que pudieron. Siempre habla de ellos con afecto y respeto. Aún nacieron más niños después de que ella formara parte de la familia, de modo que Netty aprendió las artes elementales del cuidado y la cría de un niño en su casa de adopción. Fue mi abuela la que remató a las mil maravillas su educación en ese terreno, y fue mi abuelo quien le dio lo que supongo que habría que llamar instrucción de doctorado.

El abuelo Staunton era médico de profesión, aunque cuando yo lo conocí su

principal ocupación eran sus negocios, es decir, el cultivo de la remolacha a gran escala y la fabricación de azúcar. Era la suya una figura que imponía respeto, de gran estatura, ancho de espaldas, grueso, con una panza que parecía habersele escapado, de modo que cuando se sentaba se le apoyaba sobre los muslos, como si fuera un animal de compañía al cual estuviera haciendo mimos. La verdad es que se parecía bastante a J. P. Morgan, y al igual que Morgan tenía una gran narizota colorada. Sé que yo le caía bien, aunque no era un hombre amigo de dar muestras de afecto, si bien en algunas ocasiones me llamaba «chavalillo», término cariñoso que no empleaba nadie más que él. Tenía inmensos recursos para mostrar insatisfacción y desaprobación, pero conmigo nunca hizo uso de ellos. No obstante, buena parte de sus conversaciones con mi abuela destilaban puro rencor contra el gobierno de la nación o contra Deptford o contra sus empleados o contra el puñado de pacientes a los que aún atendía, y tan es así que me parecía un hombre peligroso, con el cual más valía no tomarse ninguna libertad.

Netty le tenía un respeto reverencial porque era un hombre rico y porque, siendo médico, contemplaba la vida como una lucha a cara de perro, a la desesperada. A medida que fui creciendo descubrí más cosas sobre él husmeando en su despacho. Se había licenciado en Medicina en 1887, aunque ya antes había trabajado, debido al antiguo sistema de aprendizaje médico que estaba en vigor en el Alto Canadá, con un tal doctor Gamsby, que había sido el primer médico que tuvo consulta en Deptford. Conservó todo el equipo profesional del doctor Gamsby, pues nunca fue un hombre que prescindiera de nada; lo guardaba sin mayor atención, desordenado, en dos estuches acristalados en su despacho, un temible museo de cuchillos oxidados, ganchos, sondas, espéculos e incluso un estetoscopio de madera que parecía un oboe de tamaño reducido. Y los libros del doctor Gamsby. Cada vez que lograba dar esquinazo a Netty —y nunca se le ocurría ir a buscarme al despacho del abuelo, donde pasaba consulta, que para ella era territorio intocable—, sacaba con mucho cuidado uno de los libros de los anaqueles y disfrutaba una enormidad viendo los grabados de personas envueltas en vendas complicadísimas, o bien colgadas de unas angarillas para curar las «luxaciones», o bien en proceso de cauterización, o incluso —con esto se me saltaban los ojos de las órbitas— escarificadas para curarles una fístula. Había ilustraciones sobre toda clase de amputaciones, con grandes pinzas para cortar los pechos, una especie de cucharillas pavorosas para extraer los pólipos nasales y terribles sierras para los huesos. Mi abuelo desconocía que yo mirase sus libros, pero una vez, cuando se encontró conmigo en el pasillo, a la entrada de su despacho, me llamó y sacó algo de una de las vitrinas del doctor Gamsby.

—Mira esto, David —me dijo—. ¿Tienes idea para qué puede ser?

Era una placa de metal plana, de unos veinte centímetros por cinco, tal vez de dos centímetros de grosor, en uno de cuyos extremos había un botón redondeado.

—Es para el reuma —dijo—. Los pacientes con reuma siempre dicen al médico que no se pueden mover. Que están tan pillados que no ceden las articulaciones. Esto que ves aquí, David, se llama escarificador. Tú supón que un hombre tiene reuma en la espalda. No hay manera de que se cure. Pues verás: en los viejos tiempos, le sujetaban esta placa con fuerza en el punto del cuerpo que tuviera rígido, y entonces apretaban ese botón.

Apretó el botón y de la superficie de la placa de metal, por el lado opuesto, saltaron doce puntas de cuchilla minúscula, de medio centímetro cada una.

—Y vaya si se movían —dijo el abuelo, y se echó a reír.

Su risa era distinta a la risa que yo había oído en todas las demás personas. No resoplaba al reírse, sino que se reía para dentro, con un ruido que sonaba a «esnac-esnac, esnac-esnac, esnac».

Guardó el escarificador y sacó un cigarro puro, arrastrando la escupidera hacia sí con un pie. En ese momento supe que me acababa de despachar, tras haberme dado mi primera lección práctica de medicina.

A Netty lo que le enseñó fue el arte de curar el estreñimiento. Él se había hecho médico en una época en la que éste era un mal muy extendido y muy grave; en los distritos rurales, como él mismo decía con una punta de humor inconsciente, era la repanocha. Los granjeros comprensiblemente tenían verdadero pavor de sus aireados retretes en pleno invierno, por lo cual cultivaban sus facultades retentivas hasta un punto en el cual, según la opinión de mi abuelo, se prestaban a ser pasto de todos los males que puedan sobrevenir al ser humano. Durante sus días de más actividad médica había entablado una guerra contra el estreñimiento, y la campaña seguía su curso en su propia casa. ¿Que yo era un niño delicado? Obviamente estaba lleno a rebosar de venenos, y él sabía muy bien qué hacer al respecto. Los viernes por la noche me daban «cáscara sagrada», que servía para envolver todos los venenos mientras yo dormía, y el sábado por la mañana, antes del desayuno, me daban un vaso de sales de Epsom para proceder a la expulsión de los mismos. Así las cosas, el domingo por la mañana estaba listo para ir a la iglesia, tan purificado como aquel hombre de cuyo cuerpo expulsó Pablo todos los demonios. Supongo que terminé por habituarme a esas terribles purgas semanales, y entre una y otra no sucedía nada. ¿Había sido derrotado el doctor Staunton? Ni mucho menos. Estaba listo para ser candidato al Baño Interno Doméstico del doctor Tyrrell.

Este repugnante artilugio había sido invención de un mariscal de campo durante la guerra contra la auto-intoxicación, y presuntamente podía convertir a su usuario en beneficiario de todos los milagros salutíferos de Spa o de Aix-les-bains. Se trataba de una bolsa de caucho de un desagradable color gris, en la parte superior de la cual se hallaba fija una aguja hueca de un material duro y negro. Se llenaba de agua templada hasta que engordaba en toda su fealdad; a mí se me empalaba con la aguja, que

previamente se había embadurnado de vaselina; se accionaba una llave de paso y todo mi peso corporal debía hacer que el agua penetrara en mi interior y comenzara la búsqueda de todas las sustancias corrosivas para proceder a su evacuación. No tenía yo el peso suficiente para accionar el mecanismo, de modo que Netty echaba una mano al empujarme por los hombros hacia abajo. Mientras me veía pavorosamente invadido por abajo, su aliento, como la carne de vacuno requemada, me daba en toda la cara. ¡Qué calvario!

El abuelo había introducido un refinamiento propio en el gran invento del doctor Tyrrell; añadía corteza de olmo americano al agua templada de la bolsa, pues tenía en muy alta estima sus propiedades curativas y purgantes.

Yo detestaba toda la operación, y muy en especial el momento en que era arrancado en vilo de la aguja untada y transportado a toda la velocidad de que Netty era capaz al trono de la tranquilidad. Me sentía como un odre lleno en exceso, aterrorizado sólo de pensar en que pudiera soltarme antes de tiempo. Pero seguía siendo un niño, y mis muy sabios mayores, encabezados por el sabelotodo del abuelo Staunton, que era médico y sabía ver lo que uno tuviera por los adentros, había promulgado que esta ignominia era absolutamente necesaria. ¿Recurría el abuelo Staunton alguna vez al Baño Interno Doméstico? Una vez se lo pregunté con timidez. Me miró a los ojos y dijo solemnemente que hubo un tiempo, estaba convencido, en que debió la vida a la eficacia del artilugio. A tal respuesta no cabía otra que aceptarlo todo con humilde aquiescencia.

¿Era yo un niño sin brío, sin garra? No lo creo. Pero parece que nací provisto de un insólito respeto por la autoridad y el poder de la razón, además de que era demasiado pequeño para saber con qué presteza pueden estas cualidades ponerse al servicio de los mayores desatinos y las más salvajes crueldades.

¿Algún comentario?

DRA. VON HALLER: ¿Está estreñido ahora?

YO: No. Si como, no.

DRA. VON HALLER: Todo esto sigue siendo sólo una parte de la escena de la infancia. Por lo común, todos recordamos cosas humillantes y dolorosas. Pero ¿es eso todo lo que recordamos? ¿Qué recuerdos placenteros tiene usted de su infancia? ¿Diría usted que en líneas generales fue un niño feliz?

YO: «En líneas generales», como dice usted, no lo sé. Las sensaciones durante la infancia son tan intensas que no diría yo que recuerde bien su duración. Cuando era feliz, era cálida, desbordantemente feliz, y cuando era infeliz aquello era el infierno.

DRA. VON HALLER: ¿Cuál es el recuerdo más temprano que con sinceridad conserva?

YO: Ah, eso es fácil. Estaba de pie en el jardín de la casa de mi abuela, con una caldeada luz del sol, mirando una peonía de intenso color rojo. Tal como lo recuerdo, no era yo mucho más alto que la peonía. Fue un momento de gran... tal vez no deba decir felicidad, porque en realidad fue más bien un momento en que estuve intensamente absorto. El mundo entero, la totalidad de la vida, yo mismo, pasamos a ser entonces una cálida peonía de color rojo intenso.

DRA. VON HALLER: ¿Ha intentado alguna vez revivir esa sensación?

YO: Jamás.

DRA. VON HALLER: Bien, ¿seguimos con su infancia?

YO: ¿Es que no le interesa Netty y el Baño Interno Doméstico? ¿Todavía no hay nada acerca de la homosexualidad?

DRA. VON HALLER: ¿Se ha sentido con posterioridad atraído alguna vez por el papel pasivo en la sodomía?

YO: ¡Dios del Cielo, ni mucho menos!

DRA. VON HALLER: Bien, lo tendremos en cuenta. Pero necesitamos más material. Adelante, por favor. ¿Hay otros recuerdos felices?

Ir a la iglesia. Esto comportaba el vestirse con elegancia, cosa que me gustaba. Yo era un niño muy cumplidor y observante, de modo que todos los domingos la diferencia entre la iglesia de Toronto y la iglesia de Deptford me producía una gran felicidad. Mis padres eran de confesión anglicana; yo sabía que esto era motivo de desasosiego para mis abuelos, que eran feligreses de la Iglesia Unitaria del Canadá, que venía a ser una suerte de amalgama de presbiterianos y metodistas, y también congregacionalistas, caso de que en alguna parte hubiera alguno. Su espíritu era evangélico. Mi abuela, hija del difunto reverendo Ira Boyd, metodista predicador del fuego del infierno, era evangelista; hacía las preces en familia todas las mañanas, y Netty y yo y la muchacha que ayudaba teníamos que comparecer; el abuelo no lograba estar presente muy a menudo, pero la sensación general era que estaba exento de esa obligación por ser médico. La abuela leyó a diario un capítulo de la Biblia, durante todos los días de su vida. Y estábamos en los años treinta, ojo, no en pleno reinado de la reina Victoria. Así las cosas comencé yo a pensar mucho en Dios, y a preguntarme qué pensaba Dios de mí. Al igual que en el caso del príncipe de Gales, sospechaba que me tenía en bastante consideración.

En cuanto a la iglesia, me gustaba comparar los dos rituales a los que estaba expuesto. Los unitarios no creían que fuesen ritualistas, pero a mí me lo parecía. Adquirí cierto virtuosismo en los rituales. En la iglesia anglicana entraba sonriente; doblaba la rodilla derecha tan sólo lo justo —lo mismo que mi padre— antes de dirigirme al banco de la familia, y entonces me arrodillaba en el reclinatorio, contemplando con unos ojos antinaturalmente abiertos, con arrobos, la Cruz que presidía el altar. En la iglesia unitaria adoptaba una cara de mansedumbre, me sentaba en el banco y me inclinaba hacia delante con las manos apantallándome los ojos, e inhalaba el raro aroma de los misales e himnarios que estaban en un estante. En la iglesia anglicana asentía como si dijera «desde luego», o (en la jerga de aquel entonces) «¡faltaría!», cada vez que Jesús era nombrado en uno de los cánticos. En cambio, en la iglesia unitaria, si aparecía Jesús en algún momento, entonaba su dulce nombre en voz muy baja, con esa voz secreta que empleaba para hablar con mi

abuela sobre el funcionamiento de mis tripas. Y, por supuesto, era consciente de que el ministro unitario llevaba una túnica negra, en gran contraste con las espléndidas y variadas vestimentas que gastaba el canónigo Woodiwiss, y que la comunión en Deptford significaba que todo el mundo tomaba una pequeña dosis de algo en su propio banco, que no había tráfico por el templo ni vigilantes en los pasillos, como era el caso de la iglesia de San Simón Apóstol. Aquél era un motivo de estudio constante, delicioso; apreciaba yo todos los refinamientos. Me valió de hecho una notable reputación fuera de la familia, donde se me tenía por un chiquillo muy piadoso, y creo que incluso se me ponía como ejemplo a seguir ante otros chicos menos avezados. ¡Hay que ver! ¡Rico y piadoso! Supongo que llegué a encarnar cierto ideal para muchas personas, como las estatuillas de yeso del infante Samuel en oración que se empleaban en el siglo XIX.

El domingo era siempre un gran día. ¡Primero vestir de gala, luego el apasionante estudio del ritual, y para postre una semana entera por delante antes de lanzar el siguiente asalto a mi nada cooperativo colon y a mis intestinos remisos! Pero también había días maravillosos entre semana.

A veces, mi abuelo me llevaba con Netty a lo que se llamaba «la granja», aunque en realidad era su enorme plantación de remolachas, donde estaba la planta de procesado. El paisaje de los alrededores de Deptford es sumamente llano, terreno aluvial. Es tan llano, de hecho, que a menudo Netty me llevaba antes de mediodía a la estación de ferrocarril, que ella llamaba con elegancia «el depósito», para disfrutar de la emoción que nos causaba ver un penacho de humo a lo lejos, a medida que el tren salía de Darnley, a diez kilómetros de distancia. Cuando íbamos por el camino a veces mi abuelo decía: «Davey, soy el dueño de todo lo que ves a uno y otro lado de esta carretera. ¿Lo sabías?». Y yo siempre hacía como que no lo sabía, como que me pasmaba la novedad, porque eso era lo que él quería. Dos kilómetros antes de llegar a la planta remolachera nos llegaba con toda claridad un aroma dulzón; cuando estábamos más cerca se oían extraños ruidos. Era un ruido curiosamente ineficaz, un traqueteo, una serie de sacudidas, porque la maquinaria que se empleaba para tronzar las remolachas y comprimirlas y hervirlas hasta extraer todo el azúcar de la pulpa era más grande y más poderosa que sutil y eficaz. Mi abuelo me llevaba de visita por toda la fábrica y me explicaba el proceso, además de llamar al importante hombre que manejaba el indicador de la caldera para que me mostrase cómo funcionaba y cómo comprobaba el proceso cada pocos minutos, para cerciorarse de que la textura fuera la ideal.

Lo mejor de todo era un pequeño ferrocarril, como de juguete, que traía las vagonetas cargadas de remolachas de los campos más lejanos, traqueteando y tocando el silbato a veces de una manera sumamente grata de ver. ¡Mi abuelo era dueño de un ferrocarril! Y —¡alborozo imposible de relatar con palabras!— a veces

indicaba al maquinista, que se llamaba Elmo Pickard, que me llevara de paseo en una de sus incursiones por los campos, a bordo de la locomotora. Desconozco si el abuelo pretendía darme un respiro o si pensaba sencillamente que las mujeres no tenían nada que hacer en una locomotora, pero nunca permitió que Netty viniera conmigo en estos paseos, de modo que se quedaba en la fábrica, temerosa de que yo me ensuciara, durante las dos horas que tardaba el trenecito en ir y venir. La locomotora funcionaba con leña, y la leña estaba cubierta por una fina capa de jarabe azucarado, como todo lo que pululaba por la fábrica, de modo que la combustión de la caldera era tan sucia como deliciosa de oler.

Elmo y yo íbamos bamboleándonos por los campos, llanos como Holanda, que parecían repletos de enanos, pues la mayoría de los remolacheros eran inmigrantes belgas que faenaban de rodillas, con unas azadas aserradas. Elmo se mofaba de ellos, tenía sólo una vaga idea de su procedencia. «¡No es mal tipo para ser un italianete de medio pelo!», era lo mejor que atinaba a decir de los flamencos grandullones, que hablaban (Elmo decía que «farfullaban») en un lenguaje que era en sí mismo como el fibroso crujir de las remolachas tronzadas. Pero también había capataces que hablaban inglés, y por sus conversaciones con Elmo aprendí muchas cosas que difícilmente habrían pasado por los oídos de Netty. Cuando teníamos llenas todas las vagonetas, volvíamos a toda velocidad a la fábrica, como poco a quince kilómetros por hora, y Elmo me permitía tocar el silbato para avisar a los trabajadores y a la muy preocupada Netty de que ya estábamos de regreso.

Había otras expediciones. Una o dos veces todos los veranos la abuela decía: «¿Te apetece ir hoy a ver a los del barranco?». Por su tono de voz me daba perfecta cuenta de que no era aconsejable mostrar un gran entusiasmo. Los del barranco, como ella decía, eran mis otros abuelos, los padres de mi madre, los Cruikshank.

Los Cruikshank eran pobres. Ése era su único desdoro. Ben Cruikshank era un carpintero que trabajaba por cuenta propia, un escocés bajito y adusto, bastante escuchimizado, cuya conversación abundaba en referencias a su propia «independencia», a su «respeto entre todos», al hecho de que «no le debo nada a nadie». Ahora me doy cuenta de que al hablar así se dirigía a mí en concreto, justificándose por haberse atrevido a ser un abuelo sin dinero ni posibles. Creo que a los Cruikshank yo les daba miedo, porque en el fondo era un objeto reluciente y desbordante de cortesía, que tenía un fuerte sabor de cosas mejores. Netty los despreciaba; a pesar de ser una simple huérfana, su cometido en la vida era debido al mismísimo doctor Staunton. Me acuerdo bien del día en que mi abuela Cruikshank, que estaba haciendo mermelada, me ofreció que la probase, tomando una cucharada del borde espumeante de la cacerola. «Davey no tiene permiso para comer con una cuchara de hierro», dijo Netty, y vi que las lágrimas asomaban a los sumisos ojos de mi abuela cuando con toda mansedumbre fue a buscar una cuchara de un metal más

blanco (que no era ni mucho menos de plata) para su muy melindroso nieto. Tuvo que decírselo a Ben, porque más avanzado el día me llevó a su taller y me enseñó sus herramientas, y todas las cosas que hacía con ellas, mientras hablaba en unos términos en los que no supe seguirle, y a menudo en un inglés que no terminaba yo de captar. Ahora sé que estaba citando a Robert Burns, el poeta escocés:

*La casta no es sino la impronta del vil metal,
pero el oro está en el hombre a pesar de los pesares,*

dijo, y con palabras extrañas, que yo no lograba descifrar, supe sin embargo que hacía referencia al abuelo Staunton...

*He ahí a un fanfarrón que se hace llamar señor,
de andares y mirada arrogante, y todo lo demás:
serán centenares los que su verbo veneren,
pero no es sino un patán, y todo lo demás;
a pesar de eso y de lo de más allá,
de sus galones y de todo lo demás,
al hombre de criterio independiente
todo eso mero disparate le parecerá.*

Pero yo no era más que un niño, y supongo que era un niño odioso, pues me burlé abiertamente de las repeticiones del poema y del acento de las Tierras Bajas, no en vano estaba yo en el mismo bando del abuelo Staunton. Y en justicia supongo que es preciso decir que el pobre Ben se pasó de la raya: era tan machacón en su humildad como los Staunton en su orgullo, y ambas cosas terminaban por ser una y la misma, a saber, que nadie tenía ni la menor caridad verdadera ni el menor deseo de entenderle a él ni a mí. Él sólo quería quedar en lo más alto, pasar por el mejor, y yo era un premio que se podía alcanzar, no un ser igual, merecedor de todo respeto.

Dios, he visto con claridad meridiana la flagrante grosería de los ricos cuando se autoafirman de ese modo, la he visto incluso en sus manifestaciones más asqueantes, pero puedo jurar por lo más sagrado que el orgullo, el amor propio desmedido de los pobres convencidos de tener pleno merecimiento es punto por punto igual de repugnante. Con todo, ojalá pudiera pedir disculpas a Ben y a su esposa ahora mismo. Me porté mal, muy mal, y ahora de nada sirve decir que sólo era un crío. Por lo que alcancé a entender, y con las armas que tenía a mi disposición, les hice daño y me porté mal con ellos. Los pobres del barranco...

(En este punto descubrí que estaba llorando y no pude continuar).

Fue en este momento cuando la doctora von Haller penetró en un territorio nuevo

por completo en nuestra relación. Me habló durante un buen rato acerca de la Sombra, esa parte de uno mismo a la cual es preciso asignar facetas tan reales de la propia personalidad como poco reconocidas. Mi pésimo comportamiento con los Cruikshank fue sin lugar a dudas algo muy real, por más que mis abuelos Staunton permitieran que prosperase a su antojo. De haber sido yo un chiquillo más cariñoso, no me habría comportado tal como lo hice. El cariño no fue un aspecto de la personalidad cuyo cultivo se fomentara mucho en mí, pero ¿acaso se había presentado, acaso estaba listo para que alguien o algo lo fomentara? Poco a poco, mientras conversábamos, apareció con toda nitidez un nuevo concepto del «Staunton hijoputa», y durante unos cuantos días me provocó escalofríos sólo de repasarlo. Pero estaba allí. Había que hacerle frente no sólo en esto, sino en otro millar de ejemplos, ya que si no llegaba a comprenderlo, ninguna de sus buenas cualidades hallaría jamás la apetecida redención.

Y... ¿tenía alguna buena cualidad? Desde luego que sí. ¿No era acaso esmerado, para ser un niño chico, en la observancia de las diferencias sociales y de los estados anímicos de los demás? En una época en la que son muchos los niños que pasan por la vida sin tener mayor conciencia de nada más que de sí mismos y sus querencias, ¿no iba él más allá, atento a lo que eran y querían los demás? No era sólo un maquiavelismo infantil; era sensibilidad.

Nunca me había considerado yo muy sensible. Quisquilloso, desde luego, y resentido ante todo desaire. Pero ¿eran irreales todos los desaires? ¿Estaban mis antenas atentas solamente a lo negativo? Bien, puede ser que no. La sensibilidad funciona por igual en la luz y en las sombras.

YO: Y supongo que se trata de lograr que la sensibilidad funcione siempre de una manera positiva.

DRA. VON HALLER: Si es usted capaz de eso, llegará a ser una persona muy poco corriente. Aquí no estamos trabajando para anular a su Sombra, dese cuenta, sino sólo con la intención de comprenderla, y por tanto de trabajar más estrechamente con ella. Anular a su Sombra no le haría ningún favor psicológicamente hablando. ¿Se imagina usted a un hombre sin Sombra? ¿Conoce el cuento de Chamisso, el cuento de Peter Schlemihl? ¿No? Pues resulta que vendió su sombra al diablo, y fue un desdichado a partir de aquel momento. No, no; su Sombra es uno de los elementos que le permite mantener el equilibrio. Por eso es preciso que reconozca usted a su Sombra. No es tan terrible cuando se la conoce más a fondo. No es que sea amable; es más bien desagradable. Pero la aceptación de esa criatura desagradable es absolutamente necesaria si realmente busca la integridad psicológica. Cuando hablábamos antes dije que me parecía que usted se ve en cierto modo en el papel de Sydney Carton, el superdotado, incomprendido y muy borracho abogado, el personaje dickensiano de *Historia de dos ciudades*. Esas figuras literarias, como usted sin duda sabe, nos proporcionan una abreviatura excelente para hablar de ciertos aspectos de nuestra propia personalidad, y resulta que todos abarcamos a unas cuantas. Usted es consciente de parecerse a Sydney; ahora empezamos a conocer a Mr. Hyde. Sólo que no es el escandaloso monstruo del Dr. Jekyll, el que pisotea a un niño sin miramientos: es tan sólo un chiquillo orgulloso que disfruta haciendo daño a las personas más humildes, y que además lo sabía. Usted es el descendiente de aquel chiquillo. ¿Seguimos hablando de él?

Muy bien. Podría compadecerme del chiquillo, pero eso sería falsear las cosas,

porque el chiquillo nunca se compadeció de sí mismo. Yo era un principito en Deptford, y eso me gustaba una barbaridad. Netty se interponía entre mí y todo lo demás. Yo no jugaba con los otros chicos del pueblo porque no eran trigo limpio. Es probable que ni siquiera se lavasen con la debida frecuencia el prepucio. Netty era muy vehemente en eso. Yo me bañaba a diario, y me daba miedo el asalto a que me sometía Netty, la culminación del aseo, cuando me ponía en pie y ella me retiraba el prepucio y me lo lavaba con jabón. Me hacía cosquillas y me picaba, y de alguna manera se me antojaba ignominioso, pero ella jamás se cansaba de decir: «Si no vas bien limpio ahí abajo, es que no estás limpio por ninguna otra parte, y entonces cogerás una enfermedad terrible. Lo he visto miles de veces». No ir limpio de esa manera tan particular era casi peor que escupir. A mí no se me daba permiso para escupir, lo cual resultaba una privación importante en un pueblo que estaba lleno de grandes maestros en ese arte. Incluso era posible, según advertencia de Netty, escupir de tal modo que a uno se le escapase el seso por la boca. De hecho, recuerdo haber visto a un vejete del pueblo, que se llamaba Cece Athelstan y que era un personaje muy conocido. Caminaba con el paso cojitranco de un hombre que padeciera una sífilis avanzada, aunque Netty me aseguró que sólo había sido víctima de tanto escupir sin pararse a pensarlo.

Mi momento estelar como principito de Deptford tuvo ciertamente lugar cuando me tocó ser el novio en una «boda de Pulgarcito» en la iglesia unitaria.

Fue a finales de agosto. Yo tenía ocho años, y fue una función añadida a la Feria de Otoño. En Deptford ésta era siempre una ocasión social importante y, además de las exposiciones de productos agrarios, los indios de la reserva cercana ponían sus trabajos artesanales a la venta —abanicos, collares y pulseras de abalorios, cajitas de hierba trenzada, bastones tallados, etcétera—, e incluso había unos cuantos juegos de carnaval, incluido uno que se llamaba «¿A que no le das al negro en el ojo?»: por veinticinco centavos se podían lanzar tres pelotas de béisbol a un negro que asomaba la jeta por un agujero en una lona, y que desafiaba a los participantes a darle de lleno. Mi abuelo pagó el precio de tres pelotas, y lancé una que se quedó corta, otra que se pasó de largo y otra que dio en la lona, pero lejos de la cara del negro, con grande y ruidosa irrisión por parte de algunos mozalbetes que me miraban atentos, y a los cuales el negro —obviamente un subversivo— les guiñaba el ojo mientras yo quedaba, en efecto, como un hazmerreír. Sin embargo, me dio lástima su ignorancia y los desprecié abiertamente, porque sabía que cuando cayera la noche iba a ser yo la estrella de la Feria.

Una boda de Pulgarcito es una falsa ceremonia nupcial, cuyos participantes son niños. El deleite radica precisamente en que todo sea lo que es, pero en miniatura. La sección de Ayuda Femenina de la iglesia unitaria había dispuesto que tuviera lugar uno de estos eventos en la misma carpa en la que durante el día se habían servido

tentempiés a los que visitaban la feria; se trataba de ofrecer una alternativa refinada a los toscos entretenimientos y a las carnaladas. A las siete y media estaba todo listo. Un público bastante nutrido se había congregado allí; constaba sobre todo de damas que se felicitaban unas a otras por haber hecho gala de una mentalidad muy por encima de los tragasables y los fetos conservados en frascos de formol, fetos de dos cabezas casi siempre. En la carpa hacía calor; la luz de las bombillas blancas, rojas y azules era temblorosa y enfermiza. En el momento adecuado, el niño que iba a representar el papel de párroco, junto con mi padrino y yo, dimos un paso al frente para esperar a la novia.

Se trataba de una niña a la que se había adjudicado el papel por sus virtudes en la catequesis dominical, y no porque tuviera algún atractivo en particular; aunque se llamaba Myrtle, sus contemporáneos la conocían como «el Sapo Wilson». Alguien, con una concertina, tocaba el coro de la boda de *Lohengrin*, y Sapo, acompañada por otras seis niñas que hacían las veces de damas de honor, echó a caminar hacia nosotros tan despacio como pudo, produciendo así un efecto más de reticencia que de empaque ceremonial.

El Sapo iba vestida para matar, con un traje de novia que su madre, y a saber cuántas señoras más, habían confeccionado a lo largo de varias semanas. Era más bien rellenita, aunque no le faltaba nada en cuanto a satenes y encajes; e iba debidamente oprimida por la corona y el velo. Tendría que haber sido el centro de atención, pero de ese detalle bien se habían ocupado mi abuela y Netty.

Era la mía una figura de elegancia extraordinaria, pues mi abuela había tenido ajetreada a la anciana señora Clements, la sastra del pueblo, durante todo un mes. Llevaba unos pantalones de satén negro, un chaqué de terciopelo y una faja, o fajín, de seda roja. Con una camisa de satén y una generosa corbata de lazo, estaba yo hecho un personaje de lo más vistoso, aunque algo alicaído. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que me faltaba sólo un sombrero de copa, de seda, para rematar tanta galanura, pero claro está que nadie encontró uno de la talla adecuada. En cambio, en una de las tiendas del pueblo mi abuela había desenterrado un bombín de un tipo que tal vez estuvo de moda hacia 1900, pues tenía el ala estrecha y la copa muy alta, como si estuviera fabricado para alguien con la cabeza realmente ahuevada. Me encajó a las mil maravillas con un relleno de algodón abundante por dentro del forro. Lo llevé puesto hasta que la novia hizo acto de presencia, momento en el cual me lo quité y me lo sujeté sobre el corazón. Fue idea mía obrar así, y creo que denota cierta facilidad para el histrionismo, ya que impidió que el Sapo monopolizara injustamente la atención de todos los presentes.

La ceremonia había de ser en un principio el no va más de la comicidad, y el párroco iba a ser precisamente el payaso. Tenía muchas cosas que decir, anotadas al parecer en un guión que alguna de las señoras de la Ayuda Femenina debía de tener

bien guardado desde los tiempos de Josh Billings, porque estas bodas de Pulgarcito eran ya una charada muy pasada de moda en los años treinta. «¿Prometes, Myrtle, madrugar y servir un desayuno caliente a tu marido todos los días de la semana?»: ésa era una de sus mejores intervenciones. «Lo prometo», canturreó solemnemente el Sapo. Y recuerdo que a mí me tocó prometer que nunca mascaría tabaco en el hogar conyugal, y que tampoco utilizaría las mejores tijeras de mi esposa para cortar la tubería de la estufa.

Todo el montaje, en cualquier caso, debía desembocar en el momento culminante en que yo besara a la novia. Lo habíamos ensayado al detalle, y ese momento tenía que ser el más hilarante de toda la función, pues yo debía mostrarme enardecido, y besar a la novia tantas veces que el párroco, tras fingirse espeluznado, debía separarnos a la fuerza. Una comedia infalible, pues contaba con esa pizca de lascivia santificada que las señoras de la Ayuda Femenina apreciaban por encima de todo, a la cual la inocencia de los niños daría además un sabor muy especial. Pero también en esto había pensado yo introducir una mejora de mi propia cosecha: no me gustaba que nadie se riera de mí cuando era niño, y tenía además la impresión de que besar a alguien era un asunto de suma seriedad, demasiado bueno para una niñata con cara de tarta como era el Sapo Wilson. Había ido al cine unas cuantas veces —siempre un obsequio especial—, y había visto en plena faena a algunos de los máximos expertos internacionales en el arte del beso. Así pues, durante los ensayos en la sección de Ayuda Femenina contemporicé con las ridículas ideas que ellas tenían, pero cuando llegó el gran momento en la representación arrojé el sombrero a un lado, me arrodillé con gallardía y me llevé a los labios la zarpa del Sapo, a la que pillé completamente desprevenida. Me puse entonces en pie, le rodeé con un brazo la cintura de barrilete y le planté un largo y ardiente beso en toda la boca, inclinándola hacia atrás al mismo tiempo, al menos todo lo que su cuerpo de taponcete pudo dar de sí. Con esto, pensé, se iba a enterar todo Deptford del tipo de romance que cabía esperar de las manos de un maestro.

El efecto logrado fue cuanto yo podía esperar. Hubo oes y aes, unos de pasmo, otros de deleite, otros de manifiesta desaprobación. Al caminar el Sapo y yo por el pasillo con los acordes acatarrados de la marcha nupcial de Mendelssohn, fui yo, y no la novia, el centro de todas las miradas. Lo mejor de todo fue lo que oí murmurar a una señora, que quiso dar a entender algo que en ese momento no pude entender ni de lejos: «Es el hijo de Boy Staunton, se le nota a la legua». El Sapo dio muestras después de andar enamoriscada de mí cuando nos tomamos un pastel con una bola de helado a cuenta de la Ayuda femenina, pero yo me mostré tan frío como pude. Cuando he exprimido la naranja, tiro la cáscara y la pulpa a la basura. Ésa era mi actitud en aquel entonces.

A Netty no le gustó la función. «Supongo que te creías muy listillo con esa

manera de hacer, ¿eh?», dijo después por todo comentario, cuando ya me iba a la cama, lo cual dio paso a no pocas palabras altisonantes y a las lágrimas de turno. Mi abuela creyó que estaba demasiado excitado por la representación en público, pero mi principal sensación fue de decepción, pues nadie parecía haber entendido cuán verdaderamente notable era yo.

(No fue nada fácil esto de sacar del fondo de la noche de los tiempos los recuerdos que pude recuperar de mi infancia, y encima desplegarlos delante de otra persona. Fue muy distinto del hecho de caer en la cuenta, como a todo el mundo le sucede, de que en alguna época muy lejana no se ha conducido uno como debiera. Fue en este período cuando tuve un sueño, o una visión en el duermevela, en la cual volví a verme en un muelle, limpiando suciedad y grasa de la cara de un ahogado, pero a medida que profundicé un poco más vi que no se trataba de mi padre, sino de un niño allí tendido, sobre el maderamen, y vi además que ese niño era yo mismo).

Soñar había pasado a ser en mi caso una experiencia corriente, aunque nunca he sido lo que se dice un gran soñador. La doctora von Haller me pidió que tratara de rememorar algunos sueños de mi infancia, y aunque al principio tuve serias dudas finalmente pude hacerlo. Estaba por ejemplo un sueño de cuando tenía seis años y vi a Jesús flotar en el cielo, hacia arriba, como en los cuadros de la Ascensión; dentro de su manto, y me pareció que incluso formando parte de su figura misma, había un globo terráqueo que abarcaba como si lo protegiera y lo ofreciera sólo a mi vista, pues me encontraba yo en medio de un camino, justo debajo de Él. ¿Fue de veras un sueño, o una simple visión diurna? Nunca llegué a decidirlo de manera satisfactoria, pero sí fue de una absoluta claridad, de una total brillantez. Y estaba también, cómo no, mi sueño recurrente, tantas veces vivido, siempre de forma un tanto diferente, si bien siempre igual en la calidad del terror que me producía. En este sueño me encontraba en un castillo o en una fortaleza cerrada al mundo exterior, y era yo el guardián de un tesoro —algunas veces parecía tratarse de un dios, o de un ídolo—, la naturaleza del cual nunca llegaba a saber del todo, aunque era de grandísimo valor, eso sí lo sabía. Un enemigo amenazaba penetrar desde el exterior; este enemigo iba de una ventana a otra, en busca de una vía de penetración, y yo corría jadeando de una estancia a otra, dispuesto a desbaratar sus intenciones y mantenerlo a raya como fuese. Este sueño lo había atribuido Netty a mi lectura de un libro titulado *El principito lisiado*, en el que un muchacho solitario vive en una torre. El libro fue arbitrariamente confiscado. A Netty le gustaba prohibirme lecturas, de las que siempre desconfiaba. Yo en cambio sabía perfectamente que había tenido ese sueño mucho antes de leer el libro, y que continué teniéndolo mucho después de que el libro dejara de tener color en mi memoria. La intensidad del sueño, la sensación de amenaza, eran de un orden muy distinto al de cualquier libro que hubiera podido leer.

La doctora von Haller y yo trabajamos durante un tiempo sobre este sueño, tratando de rescatar asociaciones que pudieran arrojar alguna luz sobre él. Aunque ahora me resulta bastante evidente, hicieron falta varios días para que me diese cuenta de que la torre era mi vida, de que el tesoro era lo que le daba un valor incalculable, por lo cual valía la pena defenderlo contra el enemigo, aunque ¿quién era el enemigo? Aquí tuvimos bastantes discrepancias, pues donde yo insistía que éste era externo, la doctora von Haller no dejaba de reconducirme hacia un punto en el cual tuviera yo que reconocer que el enemigo en mayor o menor medida formaba parte de mí: alguna entidad inadmisibles, pero interna al propio David, que no aceptaba todas y cada una de las circunstancias de su vida por lo que pudieran valer y que, si contuviera el tesoro o el ídolo, ni siquiera podría estar de acuerdo con su valor

superlativo. Por fin, cuando hice de tripas corazón y terminé por tragármelo, reconocí no sin reticencia que podría ser cierto, y entonces sí estuve deseoso, ansioso incluso por pararme a considerar qué pudiera ser el tesoro, momento en el cual fue la doctora la que se mostró reticente. Mejor esperar, dijo, y tal vez la respuesta aflorase por sí sola.

DRA. VON HALLER: No queremos hacer uso de los muy severos métodos de su abuelo para lidiar con las cosas nocivas, ¿verdad que no? Aquí no estamos para presionarle a usted encajándolo sobre la detestable aguja invasora. Dejémoslo estar, dejemos que la Naturaleza cure las cosas a su manera y todo irá como la seda.

YO: No tengo miedo, no sé si lo entiende. Estoy más que dispuesto a ir de cabeza a donde sea y a resolver todo esto cuanto antes.

DRA. VON HALLER: Por el momento ha tenido usted más que suficiente, ya ha sido el soldadito bueno bastante tiempo. Por favor, acepte mi garantía de que la paciencia ahora rendirá mejores resultados que un talante aguerrido.

YO: No querría hacer más hincapié en esto, pero no tengo un pelo de tonto. ¿No he aceptado a la primera, al menos en calidad de hipótesis, sus ideas sobre la interpretación de los sueños?

DRA. VON HALLER: Desde luego que sí, ya lo creo. Pero aceptar una hipótesis no equivale a afrontar la verdad psicológica. No se trata de que construyamos un sistema intelectual; tan sólo tratamos de recuperar algunas cosas olvidadas y de suscitar sentimientos olvidados, con la esperanza de que arrojen nueva luz sobre todo ello, pero muy en especial sobre el presente. Recuerde lo que le he dicho tantas veces: no se trata solamente de revolver en el cubo de la basura del pasado sin ton ni son. Es su situación presente y su futuro lo que en verdad nos concierne. Todo lo que estamos hablando es algo que pertenece al pasado y que ya no tiene vuelta de hoja. Si no tuviera importancia, podríamos prescindir de todo ello. Pero tiene su importancia, en especial si vamos a tratar de sanar el presente y garantizar el futuro.

YO: Sin embargo, es usted la que ahora me retiene y me inmoviliza. Yo estoy dispuesto a aceptar todo lo que quiera usted decir. Estoy listo, estoy deseoso de seguir adelante. Aprendo deprisa, ya le he dicho que de tonto no tengo un pelo.

DRA. VON HALLER: Discúlpeme que se lo diga así, se lo ruego, pero es que usted es tonto. Por supuesto que sabe pensar y sabe aprender. Son cosas que sabe hacer como un hombre moderno y bien educado. Pero no es capaz de sentir, sólo siente como un hombre primitivo. Su penosa situación es bastante corriente, debe saberlo, y más en nuestro tiempo, cuando el pensar y el aprender son actividades que han adquirido una especial prominencia sobre todas las demás, y hemos pensado y hemos aprendido a hallar nuestro sitio en medio de un follón de magnitud mundial. Debemos educar en cambio su hipotética capacidad de sentir, y persuadirle de que experimente sus sentimientos como un hombre, no como un niño abotargado y tarado. No debe usted tragarse sus propios análisis con tanta glotonería, decir luego «¡ajá, ya lo entiendo!», y quedarse tan contento, porque no se trata de entender nada. Lo que cuenta es el sentimiento. Entender y experimentar no son actividades intercambiables. Cualquier teólogo entiende perfectamente el martirio, pero sólo el mártir experimenta el fuego que le quema las carnes.

No estaba yo preparado para aceptar esto, así que entablamos acto seguido una larga discusión que sería inútil reproducir con detalle, si bien giró en torno a la idea platónica de que el hombre aprehende el mundo que le rodea sobre todo de cuatro maneras distintas. Aquí me pareció que me hallaba muy en ventaja, pues había estudiado *La república* de Platón muy a fondo durante mis años en Oxford, y tenía la idea, muy oxoniense, de que Platón había sido un hombre de Oxford antes de su

tiempo. En efecto, recordaba la teoría platónica sobre los cuatro modos de aprehensión, y era capaz de nombrarlos: la razón, el entendimiento, la opinión y la conjetura. En cambio, la doctora von Haller, que no había estudiado en Oxford, quiso llamarlos pensamiento, sentimiento, sensación e intuición, y parecía de hecho tener absoluta convicción de que no era posible que un hombre racional hiciera una elección o estableciera un orden de prioridades entre las cuatro opciones, prefiriendo de manera natural la razón. Nacemos con una predisposición innata hacia una de las cuatro, y hemos de ir tirando con lo que nos sea dado, pensaba.

Sí dijo en cambio, cosa que me agradó, que el pensamiento (que yo prefiero llamar razón) era la principal función de mi carácter. También pensaba que no estaba yo mal provisto de sensación, lo cual me convertía en un observador exacto, que no se deja confundir con las cuestiones propias del detalle físico. Pensaba que de vez en cuando podía con suerte visitarme la intuición, y yo sabía mucho mejor que ella cuán cierto era eso, pues siempre he tenido una cierta destreza a la hora de traspasar con la mirada, si era necesario, una tapia de ladrillos, y he atesorado la manera en que Jowett tradujo la palabra con que Platón designaba esta facultad; la llamaba «percepción de las sombras». Pero la doctora von Haller me puso en cambio muy mala nota en el apartado del sentimiento, pues siempre que me veía yo en una situación que me exigiera sopesar detenidamente valores, en vez de la formulación exacta de las ideas relevantes, perdía los estribos, por decirlo con las palabras que usaba Netty. «A fin de cuentas, cuando sus sentimientos se tornaron insoportables decidió usted venir a Zúrich», dijo.

YO: Pero si ya le he dicho que fue una decisión racional, a la cual llegué de un modo un tanto caprichoso, si bien lo hice sobre la base de un estricto examen de las evidencias, ante el tribunal del juez Staunton. Hice todo lo que estuvo en mi mano para mantener el sentimiento al margen de la cuestión.

DRA. VON HALLER: Exacto. ¿No ha oído nunca que si echa a escobazos a la Naturaleza por la puerta se le colará de inmediato por la ventana? Así obra el sentimiento en su caso.

YO: ¿Y no fue una decisión acertada? ¿Acaso no estoy aquí? ¿De qué más podría haberme valido el sentimiento, que no me haya valido la razón?

DRA. VON HALLER: No sabría decírselo, porque está hablando ahora de sí mismo, y no de una persona hipotética. Por eso hemos de ser fieles a lo que es usted y a lo que ha hecho. Los tipos que sienten tienen sus propios problemas, y a menudo son un desastre cuando se trata de pensar, lo cual les granjea complicaciones de marca mayor. Usted debe reconocer esto otro, señor juez Staunton: su decisión de venir aquí no fue sino un grito de auxilio, por más cuidado que haya puesto en disfrazarla de ejercicio racional, tomándola por una decisión que le ha impuesto a usted su intelecto.

YO: Así que debo destronar a mi intelecto para poner en su sitio a la emoción. ¿Es eso?

DRA. VON HALLER: Eso es, ahora lo entiende. Cuando el sentimiento sin sofisticaciones se despierta en usted habla así. Me pregunto qué mujer, de las que habitan dentro de usted, es la que habla así. ¿Tal vez su madre? ¿Netty? Ya lo averiguaremos. No, no se le pide que descarte su intelecto, sino que averigüe en qué puede servirle y en dónde le traiciona. Y ofrecer algo de alimento a ese pobre Calibán que gobierna su sentimiento en el momento actual.

(Claro está que llevó mucho más tiempo y exigió muchas más conversaciones que todo lo que he puesto por escrito en estas notas, y hubo momentos en los que llegué a cabrearme tanto que a punto estuve de mandarlo todo al cuerno, pagar a la doctora von Haller y salir a pescarme una melopea monumental. Nunca me ha hecho ninguna gracia tener que envainármela, y uno de mis grandes defectos ante los tribunales consiste en que no logro disimular mi malestar, mi sensación de humillación, cuando un juez pronuncia un veredicto contrario a mi postura. De todos modos, lo mucho que aborrezco el salir perdedor de un envite, el que sea, ha sido un factor de peso a la hora de hacerme ganar. Así que al final proseguimos).

Si Deptford fue mi Arcadia, Toronto nunca fue un lugar que me ofreciera tales consuelos. Vivíamos en una parte antigua de la ciudad, muy a la moda entonces, en un gran caserón en el que los criados eran más numerosos que la familia. Éramos cuatro Staunton, pero el criado (que de vez en cuando era tan bueno en su trabajo que se hacía merecedor de que lo llamásemos mayordomo), la cocinera, la doncella y la lavandera, el chófer y, cómo no, Netty, eran mayoría, y por tanto dominaban. No es que nadie quisiera que las cosas fueran de ese modo, pero mi pobre madre nunca tuvo dotes para lidiar con la servidumbre, de modo que nunca estuvo en su mano impedirlo.

Las personas que no tienen criados a menudo se forman una idea extravagante y dan en pensar que sería una maravilla tener a su servicio a personas que hagan cuanto uno les indique. Es posible que así sea, aunque nunca he conocido una sola casa en la que fuera así. Desde luego, nuestra casa no era característica en este sentido. Los criados iban y venían a veces de una manera desconcertante. Los criados propiamente dichos se daban a la bebida o seducían a las criadas; las cocineras robaban, o tenían un carácter de mucho cuidado; las lavanderas destrozaban las prendas de vestir más caras, o bien dejaban adrede perversas arrugas en la entrepierna de los pantalones de mi padre; las doncellas se negaban a trabajar en las habitaciones y apenas se cuidaban de hacer lo necesario en la planta baja; el chófer estaba ausente cuando se le necesitaba, o bien tomaba prestado el coche para dar paseos a su antojo. La única estrella fija y perpetua en el firmamento de nuestro hogar era Netty, que se chivaba de todos los demás y con el tiempo, como era de esperar, quiso disponer del control absoluto de un ama de llaves, por lo cual siempre se hallaba enzarzada en una compleja guerra con el mayordomo. Algunos criados eran extranjeros y hablaban entre ellos en lenguas que para Netty sin duda eran indicativas de sus intenciones deshonestas; otros eran ingleses, y trataban a Netty de manera condescendiente. Los niños siempre tienen una mayor proximidad con los criados que los adultos. Caroline y yo nunca terminamos de saber qué posición ocupábamos con respecto a nadie, y así

a veces terminábamos por ser rehenes en siniestras intrigas que se libraban escaleras abajo.

La razón de todo ello era, por descontado, que mi pobre madre, que nunca había visto un criado en toda su vida (a menos que uno quiera contar como tal a la abuela Cruikshank, que parecía siempre temerosa de su hija y siempre se plegaba a sus designios), no tenía ni la más remota idea de cómo se debía gobernar semejante hogar. Era de natural afable, algo amedrentada, y andaba siempre agobiada por no estar a la altura que los criados pudieran esperar de ella. Cortejaba sus favores, les preguntaba por sus opiniones, y supongo que será preciso decir que tenía con todos ellos una familiaridad muy por encima de lo que habría sido prudente. Si la doncella era de una edad semejante a la suya, la invitaba a que manifestara sus opiniones acerca de su vestimenta; mi padre lo sabía, y siempre lo vio con malos ojos, y llegaba a decir a veces que mi madre vestía como una doncella que tuviera el día libre. Mi madre no tenía ni idea de la comida que preparan las cocineras profesionales, de modo que las dejaba que ellas mismas decidieran, así que mi padre se quejaba de que siempre se sirvieran los mismos platos, siempre en el mismo orden. A mi madre no le gustaba que la llevase el chófer, de modo que tenía un coche propio que ella misma conducía, y el chófer nunca tenía gran cosa que hacer. No insistía jamás en que los criados nos llamasen señorita Caroline y señor David, que es lo que mi padre deseaba. Supongo que en algún lugar habría buenos criados; otras familias parecían encontrarlos con frecuencia, y además les duraban, pero nosotros no encontramos a ninguno dejando a un lado a Netty, y Netty era peor que un dolor de muelas.

En Netty se daban dos detalles de notable gravedad. Estaba enamorada de mi padre y había conocido a mi madre desde antes de que se casara y accediera a la riqueza subsiguiente. Hasta que murió mi madre no reparé en que esto era así, mientras que Caroline se dio cuenta rápido. Fue ella la que me abrió los ojos. Netty amaba a mi padre de una manera deplorable y sin palabras. Dudo que alguna vez llegara a metérsele en la cabeza que su amor pudiera ser correspondido de un modo más o menos duradero, y desde luego nunca de un modo puramente físico. Lo único que deseaba era una palabra de aprobación de vez en cuando, o una de sus magníficas sonrisas. En cuanto a mi madre, creo que si Netty hubiera puesto alguna vez en claro sus pensamientos, habría reconocido en mi madre a un bello juguete, pero carente de verdadera sustancia o de relevancia como esposa. No estaba en la naturaleza de Netty reconocer ni asomo de justicia en la posición que mi madre había alcanzado gracias a su belleza. Había tenido en su día conciencia de que mi madre era la muchacha más hermosa de Deptford —no, más incluso, porque mi madre era la mujer más hermosa que yo haya visto en la vida—, pero también supo en todo momento que mi madre era la hija de los que vivían en el barranco. Y exceptuada la belleza, ¿qué podía situar a alguien venido del barranco a una distancia notable de la propia Netty?

Mi madre nunca pudo conocer ni de lejos nada de lo que animaba el espíritu de mi padre, que a veces le llevaba a comportarse de una manera que muy pocas personas —tal vez nadie más que yo— entendían cabalmente. La gente veía en él sólo su éxito; nada sabían de sus sueños de grandeza, del descontento que sentía ante las cosas tal como eran. Era rico, qué duda cabe, y había amasado una gran fortuna por sus propios medios. El abuelo Staunton se dio siempre por contento con ser el rico del pueblo, en la zona de Deptford y alrededores, y siempre obró con astucia en todo lo relacionado con la producción y venta de la remolacha azucarera. En cambio, fue mi padre quien se percató de que los tres cuartos de millón de kilos de azúcar de remolacha que se producía anualmente en Canadá no eran nada en comparación con lo que podría llegar a conseguirse si uno hiciera osados e inteligentes movimientos en la importación y refinado del azúcar de caña. Cada persona normal y corriente consume unos cincuenta kilos de azúcar al año, sea de una forma o de otra. Mi padre suministraba el ochenta y cinco por ciento de esa cantidad. Y ciertamente fue mi padre quien vio que gran parte de lo que se había considerado un mero desperdicio resultante del proceso de refinado podía emplearse como suplemento mineral en la alimentación del ganado y de las aves de corral. Así pues, no pasó mucho tiempo hasta que se implicó a fondo en toda clase de panificadoras, fabricación de golosinas y refrescos, y de pienso para animales científicamente preparado, todo lo cual se administraba por medio de una única agencia central, llamada Alpha Corporation. No obstante, considerar todo esto el elemento vertebral de su vida equivalía a errar por completo el diagnóstico.

La máxima de sus ambiciones fue ser una persona verdaderamente notable, vivir una vida plena, realizada, sin dejar nada pendiente, al menos si entraba dentro del margen de sus aspiraciones. Odiaba a las personas que iban por la vida arrastrando los pies de cualquier manera, sin llegar a ninguna parte, sin ser nada. Citaba a menudo un verso de Browning que había estudiado de joven, «la lámpara sin prender y los machos sin sujetar». Él siempre tuvo la lámpara prendida a toda potencia y los machos sujetos a más no poder. Supongo que en todo el jaleo sobre los tipos de percepción del mundo en que pretendía introducirme la doctora von Haller (y que yo me sentía más bien reacio a tomar demasiado al pie de la letra), él podría pasar por un hombre de sensaciones, porque su concepción de la realidad, de lo verdadero y lo tangible, era realmente poderosa. Pero a veces se equivocaba al juzgar a las personas, y mucho me temo que se equivocó bastante con mi madre.

Era una mujer de gran belleza, aunque no al estilo clásico. La suya era esa clase de belleza que tanto se admiró en los años veinte, cuando las chicas tenían tipo de chico, ojos grandes y maravillosos, boquitas fruncidas y, sobre todo, un aire de gran vitalidad. Podría haber tenido mucho éxito en el cine. O quizás no, porque aun cuando daba la imagen perfecta nunca tuvo el menor interés por la actuación. Yo creo

que mi padre vio en ella algo que en realidad no poseía. Él pensó que una chica de aspecto tan delicioso no podía ser tan sólo una chica de Deptford; creo que supuso que su relación con los del barranco no era una relación paterno-filial, sino una especie de situación de cuento de hadas, por la cual una princesa fue confiada a manos de unos simples paisanos. Todo era cuestión de darle una vestimenta adecuada, y en abundancia, de que bailase mucho, viajara al extranjero y diera ilimitadas clases de tenis y de bridge, y así la princesa se revelaría tal como era en verdad.

Pobre madre. Siempre me sentí culpable por ella, porque tendría que haberla querido más, tendría que haberle dado más apoyo del que le di, pero siempre estuve bajo el hechizo de mi padre, y ahora entiendo que percibí con toda claridad su decepción: todo el que a él decepcionara no podía contar con mi afecto. Tomé todas sus ambiciones y deseos por míos e hice cuanto pude por soportar un hecho que empezó a estar muy claro a medida que yo envejecía, y es que yo también era una decepción.

Durante mi trabajo con la doctora von Haller me asombró que una noche se me apareciera Félix en un sueño. Félix había sido el mayor de mis consuelos y mi único solaz cuando tenía unos cuatro años, pero lo había olvidado del todo.

Félix era un oso de peluche bastante grande. Había llegado a mí en un momento muy amargo, cuando decepcioné mucho a mi padre al jugar con un muñeco. No era la clásica muñeca de niña, sino un muñeco vestido de escocés, que alguien me había regalado; no consigo recordar quién fue, porque todos los detalles del caso los suprimí a conciencia. A mi padre no le importó que fuera un soldado de juguete; lo que él vio fue que lo había envuelto con una manta de muñecas que pertenecía a Caroline y que me lo había llevado a la cama. Estampó el muñeco contra la pared y preguntó a Netty con una voz terrorífica si estaba criando a su hijo para hacer de él un mariquita, en cuyo caso insistió en saber qué más planes tenía en mente. ¿Vestiditos? ¿Me había animado a que orinara sentado en el retrete, para utilizar los servicios de señoras de los hoteles cuando fuera mayorcito? Me sentí desolado. Netty se quedó patidifusa, aunque no se le escapó ni una sola lágrima. Fue un momento tan terrible que hizo falta una cantidad ilimitada de leche con cacao para que encontrase un cierto alivio y poder acostarme. Sólo mi madre le plantó cara por mí, aunque tan sólo atinó a decir: «Boy, ¿cómo puedes ser tan cretino?». Y con ello sólo consiguió atraer sobre sí la cólera de mi padre.

De todos modos, debió de llegar a algún acuerdo con él, porque al día siguiente me regaló a Félix y me dijo que era un oso muy fuerte y muy valiente, para un chico muy fuerte y muy valiente, y que los dos viviríamos un montón de aventuras juntos. Félix era bastante grande, al menos para ser un oso de peluche, y era de un intenso color castaño, dorado, además de tener una expresión pensativa, pero resuelta. Estaba

hecho en Francia, y ése fue el motivo de que se llamara Félix. Mi madre repasó todos los nombres franceses de chico que conocía: Jules y Félix, y Jules fue rechazado por no ser todo lo masculino que era de desear y por no encajar demasiado bien con el carácter de un oso tan valiente. Así que se quedó con el nombre de Félix, y fue el primero de una nutrida hermandad de osos que yo me llevaba a la cama todas las noches. Hubo un tiempo en que fueron nueve los osos de distintos tamaños que había en mi cama, lo que me dejaba poco sitio para mí.

Mi padre estaba enterado de la existencia de los osos, o al menos de Félix, pero no puso ninguna objeción, y gracias a uno o dos comentarios que hizo de pasada entendí el porqué. Le había impresionado lo que había oído sobre Winnie-the-Pooh, y entendía que un oso era un juguete apropiado para un niño de clase alta, de educación inglesa. Tenía una admiración sin límites por todo lo que fuera inglés y de clase alta. Así pues, Félix y yo llevamos una vida sin alteraciones incluso después de que yo comenzara a ir al colegio.

La admiración de mi padre por todo lo que fuera inglés era tan sólo un aspecto más de la ambigua relación existente entre Canadá e Inglaterra. Supongo que cualquier persona de inclinaciones hostiles diría que era muestra evidente de una mentalidad colonial, pero yo creo que ésa era la forma que adoptó su romanticismo. Había algo muy acartonado e incluso retrógrado en el Canadá de mi niñez, una total carencia de osadía, de dimensiones; una especie de gusto de segunda mano en materia cultural, un desaliño de vieja que a él le ponía de los nervios. Era posible hacerse rico, qué duda cabe, y eso él lo hizo a toda velocidad. Pero llevar la vida a la que él aspiraba era más difícil; en muchos sentidos era más bien imposible. Mi padre sabía muy bien dónde estaba el fallo. Era culpa del primer ministro.

El muy honorable William Lyon Mackenzie King era sin lugar a dudas un hombre bastante peculiar, por no decir raro, aunque mis posteriores indagaciones me han llevado a la conclusión de que fue un genio político de primerísimo orden. Para mi padre, en cambio, era la encarnación de varias cualidades detestables. La desconfianza con que el señor King miró siempre a Inglaterra, y su deseo de alcanzar una mayor autonomía para Canadá, a mi padre le parecían tan sólo una perversa preferencia, pues anteponía algo inferior a lo que evidentemente era superior. La habilidad que mostró siempre el señor King, una destreza de mago, al hacer un movimiento de distracción con la mano derecha mientras preparaba el desenlace del truco sin que nadie lo notase con la mano izquierda, carecía del brío, del estilo, del arte que mi padre creía ver en los estadistas británicos. Sin embargo, era la pasmosa disparidad entre el carácter del señor King en público y su manera de ser en persona lo que a mi padre le hacía hervir la sangre.

«Habla de la necesidad y de la razón cuando está en la tribuna, mientras que en todo momento vive de acuerdo con la superstición y con el vudú de la peor calaña —

clamaba—. ¿Os habéis dado cuenta de que ese hombre jamás convoca unas elecciones sin que un adivino de Kingston le indique cuál será su día de suerte? ¿Os dais cuenta de que se cree incluso esa patraña de la escritura automática? ¿Os habéis fijado en que decide las cosas de mayor importancia, las cosas de trascendencia nacional, abriendo la Biblia y eligiendo al azar un versículo con la punta del abrecartas, mientras tiene los ojos cerrados? ¿Sabéis que se sienta delante del retrato de su madre y se comunica (¡se comunica, por Dios!) con su espíritu para que le dé consejos? ¿Estoy soportando yo unos impuestos que cualquier día me van a dejar en bancarrota porque el fantasma de la madre de Mackenzie King ha dicho a saber qué disparate? ¡Y encima este individuo se hace pasar por líder de la nación!».

Así hablaba con su viejo amigo, Dunstan Ramsay. Yo en principio no debía estar escuchando. Pero recuerdo lo que le dijo Ramsay: «Más te vale afrontarlo, Boy. Mackenzie King gobierna el país porque es la encarnación misma de Canadá: es frío y cauto por fuera, es indeciso y enclenque en todos los actos que lleva a cabo de manera visible, pero por dentro es un amasijo de intuiciones, de oscuros presentimientos. King es hijo del Destino. Es probable que haga siempre lo que se debe hacer, aunque lo haga por razones completamente equivocadas».

Ésta no era, ni mucho menos, la manera idónea de reconciliar a mi padre con Mackenzie King.

Especialmente fue así cuando, hacia 1936, las cosas empezaron a torcerse en Inglaterra de una manera que a mi padre le afectó en lo más íntimo.

Nunca llegué a entender de veras la relación de mi padre con el príncipe de Gales, porque al príncipe lo había incluido yo como personaje muy especial y poderoso en mis ensoñaciones infantiles, y la verdad y la fantasía resultaban imposibles de desenmarañar. Sin embargo, los niños escuchan muchas más cosas de lo que la gente se piensa, y entienden mucho, si no todo. Por eso, empezó a quedarme claro durante el otoño de 1936 que el príncipe estaba siendo acosado por algunos hombres malvados, cuyo carácter en general era como el de Mackenzie King. Todo guardaba relación con una señora a la que el príncipe amaba, y esos hombres malvados —un primer ministro y un arzobispo— aspiraban a desbaratar la vida de ambos. Mi padre hablaba mucho —no conmigo, pero sí en situaciones en las que yo le oía con toda claridad— e insistía en que cualquier hombre decente ha de manifestar quién es el jefe y cuáles son los principios que han de prevalecer. Sermoneó a mi madre sobre esta cuestión con una intensidad que yo no pude entender, pero que a ella parecía resultarle opresiva. Era como si no pudiera pensar en nada más. Y cuando llegó el momento de la abdicación, ordenó que la bandera ondeara a media asta en el edificio de Alpha. Se quedó tristísimo. Y nosotros nos entristecimos con él, pues a Caroline y a mí nos pareció que un terrible infortunio se había apoderado de nuestro hogar y del mundo entero, y que ya nada volvería a ser como antes.

La Navidad de aquel año trajo consigo uno de los mayores trastornos que han marcado mi vida. Mi padre y mi madre tuvieron una especie de riña terrible, y él se marchó de casa. No volvió durante varios días. Estuvo en cambio Dunstan Ramsay, el amigo de la familia al que tantas veces he mencionado, y fue todo lo amable que pudo con Caroline y conmigo, aunque no tenía buena mano con los niños, y cuando nuestro padre estaba enojado, pasando por un mal momento, nosotros no queríamos tener nada que ver con ningún otro hombre. Pareció también muy atento y afectuoso con mi madre. Netty tenía el día libre. Ramsay nos mandó a los niños a nuestras habitaciones y dijo que pasaría más tarde a vernos. Nos marchamos, pero sin perder de vista lo que pudiera acontecer en la planta baja. Ramsay habló durante largo rato con nuestra madre, que no dejaba de llorar; oíamos la voz grave de uno y los sollozos de la otra. Por fin se retiró ella a su dormitorio, y tras una discusión más o menos confusa Carol y yo creímos oportuno ir a verla. No sabíamos qué era lo que íbamos a hacer cuando estuviéramos con ella, pero teníamos la desesperada necesidad de estar con alguien que nos quisiera y nos consolara, y para eso siempre habíamos contado con ella. ¿Y si estuviera llorando? Era terrible; ninguno de los dos estaba seguro de que pudiéramos afrontarlo. Por otra parte, no era posible que permaneciéramos al margen. Nos sentíamos solos y asustados. Por eso, salimos sigilosos al pasillo, y ya

avanzábamos de puntillas hacia su dormitorio cuando se abrió la puerta y salió Ramsay con una cara como jamás le habíamos visto, porque estaba muy sonriente, aunque también se le notaba enojado. Tenía una cara alarmante para cualquier niño, todo cejas, una nariz enorme, una cara larga, y aunque era cordial con nosotros siempre nos daba un poco de miedo.

Pero mucho peor que esto fue oír la voz de mi madre, extraña, traspasada de pena, gritando: «¡Tú no me amas!». Lo dijo en un tono que nunca le habíamos oído emplear. Nos alarmó de una manera terrible. Ramsay no nos vio, porque estábamos a cierta distancia. Cuando le oímos bajar las escaleras —tiene una pata de palo, debido a una herida sufrida en la primera guerra mundial—, volvimos corriendo al cuarto de juegos, los dos medio muertos de pena.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo? Caroline sólo tenía seis años; apenas atinaba a pensar que Ramsay era odioso por no querer a mi madre, por hacerla llorar. Pero yo tenía ocho años —y ya sabía usar la cabeza— y sentía toda suerte de emociones dispares que no alcanzaba a entender. ¿Por qué debía Ramsay amar a mi madre? Eso era lo que mi padre hacía, ¿no? ¿Y qué estaba haciendo Ramsay en el dormitorio de mi madre? Yo había visto películas y sabía que los hombres no entran en un dormitorio sólo para pegar la hebra; en un dormitorio sucedía algo especial, aunque yo no tenía ni idea de qué pudiera ser. ¡Y mi madre estaba por los suelos, destrozada, cuando mi padre inexplicablemente se marchó de casa! Sucédían cosas muy malas en el mundo; hombres perversos interferían entre las personas que se amaban. ¿Qué maldades no estaría haciendo Ramsay entre mis padres? ¿Tenía todo esto alguna relación con las desdichas del príncipe? No dejé de pensar en todo ello hasta que me entró un fuerte dolor de cabeza. Y me enojé con Caroline, que no quiso aguantarme y armó una pataleta terrible.

Por fin llegó Netty. Había pasado las navidades con su hermano Maitland en casa de la familia de su novia. Vino cargada de cosas que le habían regalado. Pero cuando quiso enseñárnoslas nosotros le dijimos que no. Mi madre estaba llorando y se había acostado; el señor Ramsay había estado en su habitación y ella había pronunciado aquellas extrañas palabras cuando él salió. Netty se puso muy seria y fue a la habitación de mi madre. Caroline y yo la seguimos pegados a sus talones. Mi madre no estaba en la cama. La puerta del baño estaba entreabierta. Netty llamó con los nudillos. No hubo respuesta. Se asomó al interior. Y soltó un alarido. Se volvió en redondo y nos echó del dormitorio, dándonos instrucciones precisas para que fuésemos al cuarto de juegos y no saliésemos de allí, ni de broma, hasta que ella fuese a buscarnos.

Por fin vino a por nosotros, y aunque no se mostró amiga de ceder a nuestras exigencias, pues queríamos ante todo ver a nuestra madre, debió de darse cuenta de que ésa iba a ser la única manera de impedir que tuviésemos un ataque de histeria, de

modo que nos dio permiso para ir a su habitación y acercarnos en silencio a la cama y darle un beso. Mi madre estaba aparentemente dormida, pálida como nunca la había visto, con los brazos muy rígidos sobre el cobertor, envueltos en sendos vendajes. Se incorporó lo suficiente para sonreírnos de manera muy tenue, pero Netty nos prohibió decir nada y rápidamente nos hizo salir.

Por el rabillo del ojo, en un instante, vi el horror del cuarto de baño, vi lo que me pareció una bañera llena de sangre. No grité. Se apoderó de mí un gélido terror, y pasó mucho tiempo hasta que pude decírselo a Caroline. No se lo dije, de hecho, hasta que mi madre estaba muriéndose.

Los niños no suelen ceder al estrés emocional como ceden los adultos; no se quedan alicaídos, no se van a la cama sin más. Volvimos al cuarto de jugar y Caroline estuvo jugando con una muñeca, a la que vendaba los brazos y luego le quitaba las vendas para volvérselas a poner, con un pañuelo, murmurándole palabras de consuelo. Yo tomé un libro, pero no pude leer ni dos líneas. Los dos tratábamos de hacer las cosas con normalidad; tratábamos incluso de sacar partido al hecho de estar despiertos mucho más tarde que de costumbre. Por eso supimos que Dunstan Ramsay volvió y subió haciendo ruido por las escaleras, a la habitación de la que había salido horas antes. Vino un médico y Netty no dejó de correr de un lado a otro. Vino entonces el médico a vernos y sugirió que nos tomásemos un vaso de leche caliente con unas gotas de ron para irnos a la cama. A Netty le horrorizó lo del ron, de modo que nos dio una aspirina aplastada y por fin nos fuimos a dormir.

Ésa fue, para nosotros, la Navidad de la abdicación al trono.

Después, nuestra casa ya nunca volvió a ser un lugar seguro para nosotros. Mi madre no volvió a ser la misma y supusimos que fue por lo ocurrido aquella noche. La vitalidad de la bulliciosa y encantadora muchacha de los años veinte no volvió a verse en ella, e incluso su apariencia física cambió. No podría decir que dejara de ser hermosa, pero siempre había parecido tener más energía que sus hijos, algo que no deja de ser fascinante en un adulto; en cambio, después de aquella noche no la volvió a tener. Netty nos decía cada dos por tres que no la atosigáramos, que se cansaba fácilmente.

Ahora entiendo que este hito en nuestra historia familiar supuso un gran avance en el camino de Netty hacia el poder, pues ella era la única persona que estaba al corriente de lo ocurrido. Tenía un secreto, y un secreto siempre es un valiosísimo coadyudante del poder.

Su poder no lo ejerció en beneficio directamente propio. Estoy seguro de que todo el mundo de Netty, toda su ambición, estaba confinada a lo que sucediera en nuestra casa. Más adelante, cuando estudié Historia, comprendí gran parte de la época feudal en términos de lo que era y hacía Netty. Era leal a la casa, nunca la traicionó a ninguna potencia del exterior, pero dentro de ella empezó a ser necesario dejar de

considerarla una sirvienta a sueldo, a la que se podría despedir con sólo dos semanas de aviso, y no creo que se le pasara por la cabeza que ella también gozaba de entera libertad para marcharse de esa manera. Había pasado a ser alguien. Era Netty. Y gracias a que era quien era, gracias a lo que sentía, gozaba de total libertad para expresar sus opiniones y para adoptar un criterio independiente, completamente al margen del espectro que abarca una criada en el sentido ordinario del término. Mi padre una vez me dijo que durante todos los años en que tuvieron relación Netty jamás le pidió un aumento salarial; siempre dio por hecho que él le daría lo justo, y que en caso de emergencia podía tener la absoluta certeza de que él la ayudaría en todo lo que hiciera falta, pues se había hecho merecedora de ese tratamiento. Recuerdo que años después alguna amiga de Caroline preguntó por la extraña relación que existía entre Don Giovanni y Leporello en la ópera. Si a Leporello no le agradaba el modo en que vivía Don Giovanni, ¿por qué no se marchaba? «Porque es igual que Netty», respondió Caroline, y aunque la amiga, que era de su misma edad, no lo entendió, a mí me pareció una contestación perfecta. «Aunque me quite la vida, seguiré confiando en él»: la frase de Job expresaba al menos la mitad de la actitud con que obraba Netty para con la familia Staunton. La otra mitad se hallaba en el resto de la frase: «pero seguiré haciendo las cosas a mi manera». Netty lo sabía todo acerca de Deptford, acerca de los del barranco; sabía lo que había acontecido en la Navidad de la abdicación al trono. No eran cosas que pudiera saber alguien de rango inferior.

Todo esto... ¿hizo que Netty nos resultase más querida? No; al contrario, todo esto la convirtió en una fuente de terror pavoroso. Los que parlotean sin ton ni son sobre la lealtad de los criados viejos rara vez han conocido esa moneda tan ardua de ganar, el elevado precio espiritual que hay que pagar para retribuir sus salarios. Los terribles silencios de Netty acerca de cosas que estaban muy presentes en nuestro ánimo eran una tremenda opresión para Caroline y para mí, además de ser gran parte de lo que se nos antojaban las tinieblas que sobrevenían sobre nuestro hogar.

DRA. VON HALLER: ¿No le preguntó nunca a Netty por lo sucedido aquella noche de Navidad?

YO: No recuerdo si se lo pregunté o no, pero Caroline lo hizo al día siguiente y se encontró con una cortante respuesta por parte de Netty: «Tú no hagas preguntas, que así no te dirán mentiras». Como Caroline insistió y dijo: «Es que tengo ganas de saber»; Netty le soltó otra respuesta previsible: «Pues te vas a quedar con las ganas».

DRA. VON HALLER: ¿Y tampoco se lo preguntó nunca a su madre?

YO: ¿Cómo íbamos a preguntárselo? Ya sabe usted cómo son los niños; saben que tienen prohibidas determinadas zonas, cargadas de intensos sentimientos. No saben que la mayoría están estrechamente relacionadas con el sexo, pero sospechan que en el mundo hay algo que abriría terribles secretos y amenazaría gravemente las ideas que tienen acerca de sus padres. La mitad lo quiere saber, la mitad lo teme más que a nada ni a nadie.

DRA. VON HALLER: Entonces, ¿no sabía usted nada acerca del sexo?

YO: Alguna cosa suelta. Por ejemplo, la insistencia de Netty en que me lavase a fondo «ahí abajo», lo cual daba idea de que era especial. Y en el despacho del abuelo Staunton había encontrado un utensilio curioso, utilizado entre los estudiantes de medicina, llamado «Maniquí Popular de Philips», que era un hombre de cartón que se abría para mostrar las entrañas, y que tenía unas muy discretas partes pudendas, iguales que las mías. Había además un Maniquí Popular (Femenino) que mostraba las capas a trozos, de modo que sólo era posible adivinar cómo serían los pechos, pero que también tenía una especie de triángulo calvo y perforado donde el caballero tenía sus ornamentos. Gracias a alguna actividad de espionaje cuando vestían a Caroline supe que el tal Philips no lo había contado todo, y en cuanto empecé a ir al colegio me invadió una delirante y desagradable cantidad de información, que de todos modos tampoco arrojó mucha luz acerca de nada. Nunca pensé que todo eso pudiera estar relacionado con mi madre. No creo que tuviera por el sexo la curiosidad que suelen tener casi todos los chicos. Quería que las cosas, esto es, mi propio conocimiento sobre el tema, siguiera siendo tal como era. Supongo que intuí que un mayor conocimiento traería consigo mayores complicaciones.

DRA. VON HALLER: ¿Fue feliz en el colegio?

Era un buen colegio. En conjunto, me gustaba. No relacionaba con el colegio la felicidad, porque mi verdadera vida transcurría en casa, con mi familia. No se me daban mal las clases, y en los juegos y deportes me manejaba con soltura suficiente para no tener mayores problemas, aunque nunca llegué a sobresalir. Hasta que tuve doce años fui a diario a la llamada escuela preparatoria, pero cuando cumplí los doce mi padre decidió que era preferible que estuviera en régimen de internado, y que sólo pasara en casa los fines de semana. Aquello fue en 1940, la guerra empezaba a hacer todo el ruido que hizo; él tenía que pasar mucho tiempo fuera, y consideró que para mí sería beneficioso estar en una esfera de influencias masculinas que Netty ciertamente no podría haberme proporcionado, y que mi madre, cada vez más desdibujada, desconocía del todo.

Mi padre alcanzó una gran importancia durante la guerra, porque uno de nuestros cometidos, en Canadá, consistió en proporcionar todos los alimentos que pudimos a Gran Bretaña. Llevar los alimentos hasta allá era cosa de la armada, pero hacer acopio de todas las cosas que fueran necesarias iba a suponer una inmensa tarea organizativa, para la cual se necesitaba a un experto en administración, y ésa era la baza ganadora de mi padre. Pronto se le pidió que ocupase el Ministerio de Alimentación, y tras recibir las debidas garantías del odiado primer ministro, en el sentido de que podría hacer las cosas a su manera sin dar explicaciones a nadie, mi padre llegó a la conclusión de que el señor King poseía una gran capacidad ejecutiva y que además era preciso dejar a un lado las diferencias personales en un momento de la máxima urgencia. Así, pasaba meses enteros fuera de casa, en Ottawa y en el extranjero, con lo que la casa se tornó un lugar sumamente femenino.

Ahora entiendo que uno de los efectos que todo esto tuvo fue hacer de Dunstan Ramsay una figura mucho más relevante en el contexto de mi vida. Era el principal profesor de Historia en el colegio, en el Colborne College, y por ser soltero y llevar una extraña forma de vida interior, era uno de los profesores residentes en el colegio, encargado por tanto de la supervisión y vigilancia de los internos. Fue de hecho

director en funciones durante casi todos los años de la guerra, porque el verdadero director nominal había pasado al Servicio de Educación del Ejército. Pero seguía dando muchas clases, y siempre se ocupaba de enseñar Historia a los chicos que acababan de terminar la enseñanza preparatoria, porque deseaba que tuvieran un sólido conocimiento de la materia; después se ocupaba personalmente de ellos, cuando ya estaban en los últimos cursos, y les daba un acabado en condiciones antes de dejarlos bien situados para aspirar a obtener becas de estudios universitarios. Así pues, veía a Ramsay a diario.

Al igual que tantos profesores de enseñanza secundaria, era un bicho raro. A los chicos les caía bien, aunque también daba miedo y era motivo de burlas. Lo apodaban «el Viejo Taladro», porque tenía la inveterada costumbre de introducirse el meñique en la oreja y hacerlo girar como si se estuviera rascando el cerebro. Los demás profesores lo llamaban «el Acorchado» por la pierna artificial, y creían que nosotros también lo llamábamos así, aunque en realidad lo llamábamos «el Taladro», y a veces «el Taladrado».

Se le había metido una mosca en la oreja: que la historia y el mito eran dos aspectos de un mismo patrón que rige el destino de los seres humanos. La historia es la masa de hechos observables que se han registrado, pero el mito es la esencia abstracta de esa masa. Tenía por costumbre sacar a relucir mitos extraordinarios, de los que ninguno de nosotros teníamos ni la menor noción, y demostraba —de una manera fascinante, debo reconocerlo— de qué modo contenían ciertas verdades que eran aplicables a situaciones históricas muy variadas.

Tenía también otra manía, y ésta le hacía parecer una figura sospechosa para muchos padres y, por lo tanto, para sus hijos, ya que en el colegio hubo siempre una parte sustancial del alumnado que era contrario a Ramsay. Era su interés por los santos. El estudio de la historia, decía, era en parte el estudio de los mitos y las leyendas que la humanidad ha entretejido en torno a figuras extraordinarias, como Alejandro Magno o Julio César o Carlomagno o Napoleón: eran todos ellos hombres, mortales, y siempre que fuera posible contrastar la realidad con la leyenda era maravilloso verificar qué les habían atribuido los aduladores y mitómanos. Nos mostraba a veces un cuadro popular en el siglo XIX, en el que aparecía Napoleón durante la retirada de Moscú, trágicamente abatido en su trineo, la derrota y cierto aire de condenación romántica pintados vivamente en su rostro; acto seguido nos leía la crónica de la retirada escrita por Stendhal, en la cual quedaba de manifiesto qué animado estuvo Napoleón en todo momento, cómo miraba por las ventanillas del coche en que viajaba —nada de trineo a la intemperie, eso seguro—, diciendo: «¿No se quedarían de una pieza todos esos si supieran quién ha estado tan cerca de ellos?». Napoleón era una de las estrellas de Ramsay. Nos mostraba también el famoso cuadro de Napoleón en la isla de Elba, con uniforme de gala, sentado sobre una roca,

meditando acerca de su pasada grandeza. Nos leía entonces crónicas de la vida cotidiana en la isla, donde la mayor de las preocupaciones era cómo se encontraba el píloro del gran exiliado, y la mejor de las noticias posibles era un boletín que publicaban sus médicos, diciendo: «Esta mañana, a las 11:22, el emperador hizo unas deposiciones de excelente consistencia».

¿Por qué, preguntaba Ramsay, confinamos nuestros estudios a las grandes figuras de la política, de lo militar, a las que la humanidad en general ha atribuido cualidades extraordinarias, casi sobrehumanas, dejando en cambio al margen la totalidad del mundo de los santos, a los que la humanidad ha atribuido unas virtudes prodigiosas? Es trivial decir que el poder, e incluso el vicio, tienen más interés que la virtud; esto es algo que sólo se dice cuando alguien no se ha tomado la molestia de examinar la virtud y de ver cuán asombrosa, cuán inhumana y desagradable llega a ser no pocas veces en realidad. Los santos pertenecen a la misma categoría de los héroes, y el espíritu de Ignacio de Loyola no está lejos del espíritu de Napoleón, o no tanto como suponen quienes no están bien informados.

Ramsay era en gran medida toda una autoridad en las vidas de los santos, y había escrito algunos libros, aunque yo no los he visto. Es fácil de imaginar qué figura tan incómoda podía llegar a ser en un colegio en el que se admitían alumnos de todos los credos, razas y condiciones, pero que era en esencia una versión modernizada de la actitud ante la vida típica de los buenos protestantes del siglo XIX. Huelga decir que a nuestros padres les causaba cierta vergüenza toda verdadera preocupación por los asuntos del espíritu, y les inspiraba una clara suspicacia todo el que tratase el espíritu como si fuera una realidad omnipresente. Y ése era el caso de Ramsay. Le encantaba provocarnos una incomodidad intelectual, y nos acicateaba para que hallásemos contradicciones, o al menos fallas lógicas, en todo lo que él decía. «Pero es que la lógica es como el críquet —nos avisaba—. Es admirable mientras uno juegue de conformidad con las reglas. Ahora bien, ¿qué sucede en un partido de críquet cuando uno decide lanzar un balón de fútbol o batear con un *stick* de hockey? Pues esto es lo que sucede continuamente en la vida misma».

Para Ramsay, la guerra fue un festín. Las leyendas que se atribuían a Hitler y Mussolini eran para él viandas y bebedizos. «El Führer encuentra la inspiración en voces que le llegan no se sabe de dónde... Igual que santa Juana de Arco. Il Duce ni sufre ni padece cuando va al dentista: igual que santa Apolonia de Tiana cuando los infieles le arrancaron uno a uno los dientes. Ésos son los atributos de los grandes, y digo atributos con perfecto conocimiento de causa, porque somos nosotros quienes les atribuimos esas cualidades sobrenaturales. Sólo después de su muerte se supo que a Napoleón le daban miedo los gatos».

Me caía bien Ramsay. Nos hacía trabajar duro, pero era siempre divertido y gastaba bromas estupendas incluso en clase. Se repetían por todo el colegio, eran las

guasas del Taladro.

Mis sentimientos hacia él experimentaron un cambio con la muerte de mi madre.

Fue en el otoño de 1942, poco antes de que cumpliera los quince años. Había contraído una neumonía y estaba ya recuperándose, aunque no creo que le quedaran realmente muchas ganas de vivir. Fuera lo que fuese, estaba convaleciente y tenía que guardar reposo todas las tardes. El médico había dado indicaciones precisas para que bajo ningún concepto se resfriase, pero ella odiaba estar tapada con mantas y siempre se tendía en la cama con una colcha liviana por encima. Un día hubo una tormenta que por poco no desembocó en una nevada: las ventanas de su dormitorio estaban abiertas, cuando era obvio que tendrían que haber estado bien cerradas. Supusimos que fue ella misma quien las abrió. Se resfrió y en cuestión de días había muerto.

Ramsay me llamó a sus aposentos en el colegio y me dio la noticia. Fue amable y atento. No me mostró demasiadas conmiseraciones, no dijo nada que me lastimara. Sin embargo, me tuvo muy cerca de él a lo largo de los dos o tres días que siguieron; y se ocupó del funeral, ya que mi padre, que tenía que permanecer en Londres, le envió un telegrama pidiéndole que se hiciera cargo de todo. Caroline no vino, pues tanto Netty como la directora de su internado eran de la opinión de que una niña no pintaba nada en un funeral, de modo que fui yo con Ramsay. Hubo un grupo reducido de asistentes, entre ellos los del barranco. Traté de hablar con ellos, aunque es evidente que apenas me conocían. ¿Qué iba a decir nadie? Mis abuelos Staunton habían muerto, de modo que supongo que si hubo alguien que representase el duelo de todos —los enterradores se lo preguntaron a Ramsay, quien resolvió la cuestión con mucho tacto— tuve que ser yo. Mis únicos sentimientos fueron de un alivio más bien desolado, porque sin que el pensamiento llegara a formarse del todo en mi ánimo sí sabía a ciencia cierta que mi madre no había sido feliz en los últimos años, y supuse que fue debido a su sensación de haberle fallado a mi padre de alguna manera.

Recuerdo haberle dicho a Ramsay que pensé que tal vez mi madre estuviera mejor así, porque últimamente había sido muy desdichada. Lo dije en un intento de trabar esa clase de conversación que es propia de los adultos, pero él me miró con una cara bastante rara al oírmelo decir.

Mucho más significativa para mí que la muerte y el funeral de mi madre —pues, como ya he dicho, parecía haberse despedido de todos nosotros a lo largo de bastante tiempo— fue la cena familiar que se celebró el sábado siguiente. Caroline se había pasado toda la semana en casa al cuidado de Netty y yo había vuelto a casa a pasar el fin de semana. Se notaba una perceptible animación, reinaba un ambiente un tanto extraño, pues mi padre no estaba y Caroline y yo teníamos una libertad en la casa de la que nunca habíamos gozado. Desconozco qué habría hecho yo al respecto; supongo que habría hecho un poco el fanfarrón y tal vez me habría bebido una o dos

cervezas para que quedara clara mi emancipación. Pero Caroline tenía otras ideas bien distintas.

Siempre había sido la más osada de los dos. Cuando tenía ocho años y yo diez, cortó en dos uno de los puros de mi padre y me retó a fumarme una de las mitades. Teníamos que encender cada uno la suya y fumárnosla mientras nos columpiábamos rítmicamente en el balancín. Ganó ella. En su colegio, llamado Obispo Cairncross, tenía fama de ser una auténtica guasona. Una vez capturó un escarabajo y lo pintó de colorines antes de ofrecérselo a la profesora de ciencias para que lo identificara. La profesora, que se sabía de sobra la broma, salió con el comentario tradicional en semejantes circunstancias. «Este animal es conocido como *Chorliticus impudens*, o “Patochada Impúdica”, Caroline», le dijo, y ganó muchos enteros entre sus alumnas por su muestra de ingenio. En cambio, cuando murió mi madre Caroline tenía doce años y se hallaba en ese extraño lapso que transcurre entre la niñez y la adolescencia núbil de las muchachas, cuando parecen ser muy sabias pese a no tener experiencia, y tal vez tienen las ideas más claras que en toda su vida, hasta después de la menopausia. Se lo tomó muy en serio conmigo durante ese sábado y me dijo que debía presentarme especialmente elegante para la cena.

Antes que nada, un jerez. Nunca se nos había permitido tal cosa, pero Caroline lo dispuso todo en la sala de estar, y a Netty la pilló desprevenida, de modo que no puso ninguna objeción hasta que estábamos los dos con la copa en la mano. Netty ni lo probó; era una abstemia feroz y militante. Pero Caroline le invitó a cenar con nosotros y eso a Netty debió de conmoverle, porque nunca se le había ocurrido que pudiera hacer lo contrario. Se puso un vestido para la ocasión, en vez de su uniforme de niñera y Caroline se presentó con sus mejores galas e incluso se aplicó un poco de lápiz de labios. Pero todo esto no fue sino un suave preludio para lo que habría de venir.

Había tres servicios puestos a la mesa y quedó muy claro que yo debía ocupar la silla de mi padre, pero cuando Caroline guió a Netty al otro lugar de honor, el de mi madre, me pregunté qué se traía entre manos. Caroline insistió en que ocupara ese lugar de honor. Netty se hizo la remolona, pero aceptó. Caroline se sentó a mi derecha; no se me ocurrió que le estaba tomando el pelo a Netty, que su intención era elevarla a la condición de invitada de honor, para después mofarse de su presunta autoridad. Netty parecía confusa. No supo qué hacer cuando el criado trajo el vino y me sirvió una gota para que lo probase. Se recuperó justo a tiempo para poner su copa boca abajo sobre el mantel. Ya habíamos tomado vino antes; en las grandes ocasiones, mi padre nos invitaba a un vaso de vino rebajado en agua, pues a su entender era una manera perfecta de introducir a los niños en uno de los grandes placeres de la vida. En cambio, el vino sin rebajar, el que yo tuviera que dar un gesto de aprobación al criado y el que se volvieran a llenar las copas bajo la mirada atónita

de Netty, fue una experiencia novedosa y embriagadora de por sí.

Embriagadora, en efecto, porque el vino, luego de la copa de jerez, se me subió bastante a la cabeza. Supe que mi voz empezaba a sonar a más volumen del aconsejable, supe que hablaba con demasiado aplomo, y supe al mismo tiempo que empezaba a dar muestras de asentimiento ante cosas que no las necesitaban.

No le sucedió lo mismo a Caroline. Apenas tocó el vino —¡la muy bribona!—, aunque estuvo muy ocupada dirigiendo a su antojo la conversación. Todos echábamos muchísimo de menos a mi madre, pero era necesario ser fuertes y proseguir con lo que la vida nos fuese a deparar. Eso era lo que ella hubiese querido. Había sido una persona sumamente alegre; lo último que ella querría habría sido un duelo prolongado. Mejor dicho, había sido muy alegre hasta cinco o seis años antes. ¿Qué había podido pasar para que cambiara de ese modo? ¿Acaso lo sabía Netty? Mi madre había tenido en Netty una confianza ilimitada; ella, como es natural, sabía cosas que nosotros no podíamos saber, pues se nos consideraba aún demasiado pequeños, por no decir que éramos en aquel entonces un par de mocosos. Pero habían pasado ya unos cuantos años. Nosotros habíamos crecido.

Netty no se dejó amilantar.

Papá pasaba fuera de casa gran parte del tiempo. No podía evitarlo, eso era cierto, el país le necesitaba más que nunca. Mamá tenía que haber acusado en lo más profundo tanta soledad. Era extraño que pareciera ver tan poco a sus amistades durante sus últimos dos o tres años de vida. La casa había estado muy lúgubre. Netty tenía que haberse dado cuenta. No venía nadie a vernos, con la excepción de Dunstan Ramsay. Pero era un amigo muy antiguo de la familia, claro. ¿No lo conocían tanto mi padre como mi madre desde antes de que se casaran?

Netty se mostró un poco más abierta. Sí, el señor Ramsay también era un chico de Deptford. Mucho mayor que Netty, claro está, aunque ella había oído contar cosas de él cuando se hizo mayor. Siempre había sido un bicho raro.

¿Ah, sí? ¿Raro? ¿En qué sentido? Siempre lo habíamos visto de visita en la casa, de modo que tal vez no hubiéramos reparado en su rareza. Papá siempre decía que era un hombre muy profundo, muy inteligente.

Pensé que, siendo el anfitrión, por así decir, mi deber era entrar en la conversación, que estaba siendo más bien un monólogo de Caroline puntuado por los ocasionales gruñidos de Netty. Conté algunas anécdotas de Ramsay en su condición de profesor, y les confié que su apodo era el Taladro, explicándoles por qué y cargando las tintas en la repugnancia física del acto en sí. Era como si se penetrase literalmente la oreja.

Netty dijo que debería darme vergüenza utilizar esas palabras delante de mi hermana.

Caroline puso cara de modestia y dijo que el señor Ramsay le parecía apuesto y

atractivo, aunque de una manera que imponía un poco de respeto e incluso daba miedo, al estilo del señor Rochester, de *Jane Eyre*. Y siempre le había extrañado que no se hubiera casado.

Tal vez no pudo casarse con la muchacha que él quería, dijo Netty.

¿De veras? A Caroline nunca se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. ¿Sabía Netty algo más? Qué romántico sonaba...

Netty dijo que también les había sonado romántico a ciertas personas que no tenían nada mejor que hacer que hablar de estas cosas.

¡Oh, Netty, no te burles! ¿Quién era ella?

Netty experimentó una suerte de pugna interior, y entonces dijo que a quien quisiera saberlo le bastaba con haber sabido mirar bien con sus propios ojos.

Caroline añadió que tenía que haber sido terriblemente romántico cuando papá era joven y acababa de regresar de la guerra y mamá era tan adorable y papá tan guapo... Todavía lo era, ¿no estaba Netty de acuerdo en eso?

Era el hombre más apuesto que ella hubiera conocido jamás, afirmó Netty con vehemencia.

¿Le había conocido Netty en aquellos tiempos?

Bueno, dijo Netty, cuando terminó la guerra ella era demasiado joven para prestar demasiada atención a esa clase de cosas. A fin de cuentas, no es que ella fuera tan vieja como Matusalén, ni mucho menos. Pero cuando Boy Staunton se casó con Leola Cruikshank en 1924 ella tenía diez años y todo el mundo coincidía en que hacían una pareja excelente y en que estaban enamoradísimos, además de ser los dos jóvenes más guapos que se habían visto jamás en Deptford, y seguramente los más guapos que nunca se llegaron a ver por allí. El día de la boda nadie tuvo ojos más que para la novia. Y supuso que a Ramsay le pasó lo mismo que a los demás. A fin de cuentas, él fue el testigo principal por petición expresa del novio.

Aquí Caroline dio un respingo. ¿Quería decir Netty que el señor Ramsay había estado enamorado de nuestra madre?

Netty se tuvo que sentir desgarrada entre su natural discreción y el no menos natural deseo de decir lo que sabía. En fin: hubo quienes así lo dijeron.

¡Así que ésa era la razón de que anduviera siempre rondando por la casa! Y por eso había cuidado tanto de mi madre cuando mi padre tuvo que viajar durante la guerra. Tenía el corazón partido, pero siempre fue fiel a su amor. Caroline nunca había oído nada tan romántico como aquello. Le pareció que el señor Ramsay era realmente un encanto de hombre.

Este calificativo nos afectó a Netty y a mí de manera muy distinta. ¡El viejo Taladro, un encanto! Me reí mucho más alto y mucho más largo de lo que habría hecho, caso de no haberme pimplado dos copas de borgoña. Netty en cambio soltó un resoplido de desdén y en sus ojos ardientes asomó una luz que demostró a las claras

qué opinaba ella de todo ese encanto.

—Ah, pero es que tú nunca reconocerías que ningún hombre sea atractivo, ninguno además de papá, claro —dijo Caroline. E incluso extendió la mano y se la puso a Netty sobre la muñeca.

Exigió a Caroline que explicara qué había querido decir.

—Pues que se ve a la legua. Lo adoras.

Netty dijo que confiaba en que Caroline supiera qué terreno pisaba. Fue sólo un comentario, aunque resultó sumamente anticuado para estar en 1942. Y si alguna vez he visto a una mujer alterada e incluso erizada, fue a Netty en el momento en que lo dijo.

Caroline dejó que amainase el temporal. Todo el mundo, era evidente, adoraba a papá. Era irresistible. Era guapísimo, atractivo, inteligente, maravilloso, y lo era de un modo tal que ninguna mujer podía pasarlo por alto. ¿No se lo parecía a Netty?

Netty dijo que suponía que, en efecto, así había de ser.

Caroline sacó después otro tema a relucir. ¿No era extraordinario que mamá se hubiera pescado ese resfriado, cuando todos sabíamos que eso era lo peor que podría sucederle? ¿Cómo fue posible que estuvieran abiertas las ventanas en un día de tormenta como aquél?

Netty pensaba que eso nadie llegaría a saberlo jamás.

¿Quería decir Netty que mi madre había abierto las ventanas por sí misma?, preguntó Caroline con toda inocencia. Claro que... dejó el cuchillo y el tenedor, ¡eso sería un suicidio! ¡Y el suicidio era pecado mortal! Todas las alumnas del Obispo Cairncross, sí, y todos los feligreses de San Simón Apóstol, adonde íbamos a los oficios, lo sabían con absoluta certeza. Si mi madre había cometido un pecado mortal, ¿debíamos acaso pensar que ahora...? ¡Sería espantoso! Juro que a Caroline le anegaron los ojos unos gruesos lagrimones.

Netty empezaba a perder la calma. No, no había querido decir nada de eso. De todos modos, eso de los pecados mortales era pura charlatanería anglicana, y esas patrañas no iban con ella. Ni de broma.

Entonces, ¿cómo es que se quedaron abiertas las ventanas?

Alguien tenía que haberlas abierto por error, dijo Netty. Nunca llegaríamos a saberlo. Y no tenía sentido seguir dándole vueltas al caso. Pero su niña querida de ninguna manera debía ponerse a pensar en cosas tan espantosas como el suicidio.

Caroline dijo que no era capaz de soportarlo, porque no eran sólo patrañas anglicanas, y todo el mundo sabía que los suicidas iban de cabeza al infierno. ¡Y pensar que mamá...!

Netty no lloraba nunca, al menos que yo sepa. Pero en muy contadas ocasiones sí asomaba en su rostro una mirada de dolor que en cualquier otra mujer habría venido acompañada de lágrimas. Ésta fue una de esas ocasiones.

Caroline se levantó de un salto y corrió junto a Netty y escondió la cara en su hombro. Netty se la llevó fuera del comedor y me quedé yo solo entre las ruinas del festejo. Pensé que otra copa de borgoña sería lo indicado en ese momento, pero el mayordomo había retirado el vino, y no tuve yo agallas para tocar la campana, de modo que tomé otra manzana de la fuente de la fruta y me la comí sumido en mis reflexiones, completamente solo. No lograba sacar nada en claro de todo lo ocurrido. Terminada la manzana me fui a la sala de estar y estuve escuchando por la radio un partido de hockey, pero pronto me quedé dormido en el sofá.

Cuando desperté, el partido había terminado y estaban dando algunas tediosas noticias de la guerra. Me dolía la cabeza. Cuando subí a la planta de arriba, vi una rendija de luz bajo la puerta de Caroline y entré en su habitación. Estaba en pijama, absorta, pintándose de rojo las uñas de los pies.

—Más vale que Netty no te pille haciendo eso.

—Gracias por tu valiosísimo consejo, que por cierto no te he solicitado, pero Netty ha dejado de ser un problema en mi vida.

—¿Qué habéis estado tramando las dos?

—Hemos llegado a un acuerdo. Netty aún no lo ha entendido del todo, pero yo sí.

—¿Y de qué se trata?

—¡Zopenco! ¿Es que no prestaste atención durante la cena? No, claro que no. Demasiado ocupado estabas en ponerte morado y en beberte todo el vino, era imposible que te dieras cuenta de nada.

—Vi todo lo que ocurrió. ¿Qué es lo que se me ha escapado? Anda, por favor; no te las des ahora de listilla.

—Netty se abrió de par en par y reconoció algunas cosas que le perjudican. Eso es lo que ocurrió.

—No he oído que haya reconocido nada que le perjudique. ¿Se puede saber de qué me estás hablando?

—Si no te has enterado es porque estabas bebiendo más de la cuenta. La bebida será lo que acabe contigo, ya lo verás. Son muchos los hombres de buen corazón que se han ido de cabeza al infierno por el camino del alcohol, como decía el abuelo. ¿No has oído a Netty decir que está enamorada de papá?

—¿Cómo? ¡No llegó a decir eso!

—Desde luego que no, no con esas palabras, pero está más claro que el agua.

—¡Qué descaró!

—¿Por estar enamorada de papá? Es de ver qué inocencia la tuya, chico. Un día de éstos, si me lo recuerdas, te voy a dar una charlita acerca de la relación entre uno y otro sexo, a ver si te enteras, porque es bastante más compleja de lo que alcanzas a comprender con tu escaso cerebro de colegial.

—¡Anda, calla! Soy mayor que tú. Sé cosas de las que ni siquiera has oído hablar.

—Seguramente te refieres a las hadas. Eso es agua pasada, chaval.

—Carol, si sigues así te voy a tener que dar.

—¿Así que me harás callar con la fuerza bruta? Vale, Tarzán. En tal caso nunca sabrás el resto... que además es lo mejor.

—¿A qué te refieres?

—¿Reconoces que tengo una mente muy superior a la tuya?

—No. ¿Qué es lo que sabes para ser tan superior?

—Pues el vergonzoso secreto de tu nacimiento, nada más y nada menos.

—¿Qué?

—Tengo motivos más que de sobra para pensar que eres hijo de Dunstan Ramsay.

—¡Yo!

—Tú. Ahora que te miro despacio, a la luz de la nueva información que poseo, debo decir que te pareces bastante a él.

—¡Ni mucho menos! Escúchame, Carol. O me explicas lo que me acabas de decir o te mato aquí mismo.

—Tú ponme un dedo encima, querido hermanito, y me cierro en banda y te dejo para siempre con la duda torturadora.

—¿Eso es lo que te ha dicho Netty?

—No con esas palabras, pero ya conoces mis métodos, Watson. Aplícalos. Ahora, escúchame con atención. Papá le quitó a mamá a Dunstan Ramsay y se casó con ella. Dunstan Ramsay siguió visitando esta casa en calidad de amigo de confianza. Si leyeras un poco más y con más inteligencia, sabrías de sobra qué papel es el que desempeña el amigo de confianza en estas situaciones. Recuerda lo ocurrido seis años atrás, en aquellas penosas navidades. Una trifulca. Papá se larga de casa hecho un basilisco. Nos mandan al piso de arriba. Después vemos a Ramsay salir del dormitorio de mamá, donde ella resulta que está en camisón. La oímos gritar: «¡Tú no me amas!». Horas después, mamá trata de quitarse la vida. Te acordarás de toda aquella sangre, sobre la cual fuiste incapaz de callar ni un minuto. Papá no anda por casa en aquellos momentos. Pero Ramsay sigue viniendo de visita. La conclusión evidente, la única conclusión, es que papá descubrió que Ramsay era el amante de mamá y fue incapaz de soportarlo.

—Carol, ¡eres una mierda! ¡Eres una mierda podrida, un gusano apestoso! ¿Cómo puedes hablar así de mamá, eh?

—No es algo que me agrada decir, pedazo de tarugo. Pero mamá era una mujer bellísima, muy atractiva. Como resulta que yo en esto he seguido sus pasos, entiendo la situación perfectamente y entiendo sus sentimientos de un modo que a ti te sería imposible siquiera soñar. Sé cómo domina la pasión a las personas. Y lo acepto. Conocer todo esto es perdonarlo.

—Nunca me podrás convencer.

—Pues déjalo, da lo mismo. No puedo evitar que pienses lo que quieras. Pero si no te lo crees, sin duda que tampoco creerás lo que ha salido de todo ello.

—¿Cómo?

—¿De qué sirve que te lo cuente, si no lo quieres saber?

—Tienes que contármelo. No me puedes dejar a dos velas. Yo también soy miembro de esta familia, no sé si lo sabes. Vamos: si no me lo cuentas, agarro por banda a papá en cuanto venga a casa y le cuento lo que me acabas de decir.

—No, eso sí que no. Eso es justo lo que no harás nunca. ¡Reconocer que eres hijo de Ramsay! Papá seguramente te desheredaría. Tendrías que largarte e irte a vivir con Ramsay. Quedarías marcado para siempre: el bastardo, el hijo de un deslíz, el ilegítimo...

—Deja de ordeñar el diccionario y dímelo.

—De acuerdo, pero porque me pillas de buen humor y porque no quiero torturarte. Netty mató a mamá.

Debí de quedarme muy pasmado, porque Caroline dejó de dárselas de Torquemada y siguió adelante.

—Esto es una deducción, date cuenta, aunque es una deducción de orden superior. Considera lo siguiente: se había dado la orden estricta de impedir que mamá tuviera un resfriado, de modo que hemos de aceptar que o bien mamá abrió las ventanas o bien alguien las abrió, y la única persona que podría haberlo hecho es Netty. Si lo hizo mamá, se mató a sabiendas de lo que hacía y eso sería un suicidio. Olvidando todo lo que Netty con más razón que una santa llama paparruchas anglicanas, ¿estás dispuesto a creer que mamá se quitó la vida?

—Y... ¿por qué iba a hacer Netty una cosa así?

—Por amor, botarate. Por esa tempestad de la pasión de la que sigues sin saber nada. Netty está enamorada de papá. Netty es una mujer de naturaleza fieramente leal. Mamá había engañado a papá. Oye, ¿tú sabes lo que me dijo después de que te dejáramos durmiendo la mona? Hablamos mucho rato de mamá, y dijo: «Teniendo en cuenta todas las circunstancias, creo que es mejor que tu madre se haya ido».

—Pero eso no es reconocer que haya matado a nadie.

—No soy tan simple. Le hice la pregunta directamente; mejor dicho, todo lo directamente que pude hacerlo en una situación tan emotiva. Le dije: «Netty, dime la verdad. ¿Quién abrió las ventanas? Netty, querida, te prometo que no le diré nada a nadie. Dime, ¿lo hiciste tú, por lealtad a papá?». Me miró del modo más raro que me ha mirado nunca, y eso que ha habido momentos estelares, y me dijo: «Caroline, no vuelvas a insinuar en la vida una cosa tan terrible».

—Bien, pues ahí lo tienes. Dijo que no fue ella.

—¡No dijo eso! Además, si no fue ella, ¿quién pudo ser? Todo encaja perfectamente, Davey. No queda ni un detalle sin explicación. Y ésta es la única

explicación posible. Ella no dijo que no lo hubiera hecho. Eligió sus palabras con gran cuidado.

—¡Dios Santo! ¡Vaya lío!

—Pero es fascinante, ¿no te parece? Somos hijos de una casa condenada.

—¡Y un cuerno! Mira... Yo creo que te has precipitado en llegar a un montón de conclusiones. O sea, que nosotros seamos hijos de Ramsay es...

—Un momento, que yo no he dicho eso. He dicho que tú eres hijo de Ramsay. Yo no entro en ese fregado.

—¿Y yo sí?

—¡Mírame! Soy inequívocamente hija de Boy Staunton. Lo dice todo el mundo. Me parezco muchísimo a él. ¿Y tú?

—Eso no demuestra nada.

—Entiendo muy bien que no quieras verlo de ese modo.

—Creo que todo esto es algo que te has inventado sólo para pasar el rato. Y creo que es de muy mal gusto... echar porquería encima de mamá y tratar de hacerme pasar a mí por un bastardo. Y encima, todas esas estupideces que dices del amor. ¿Qué sabrás tú del amor, si no eres más que una niña? ¡Si todavía no tienes la regla...!

—¿Y eso qué importará, señor Havelock Ellis? Tengo una inteligencia más que cumplida, y eso no es algo que tú puedas decir.

—¡Inteligencia, ya te digo! No eres más que una cría de mentalidad retorcida, una traviesa dispuesta a hacer diabluras, a causar daño a todo el que te apetezca.

—¡Anda y ve a mear a un árbol! —dijo mi hermana, que había aprendido a ser una malhablada en el Obispo Cairncross.

Me fui con mi dolor de cabeza, que era mucho peor que antes, a mi habitación. Me miré en el espejo. Caroline estaba como una cabra. No había en mis rasgos faciales nada que hiciera pensar en Dunstan Ramsay. ¿O tal vez sí? Poniendo juntos a mi bellísima madre y al viejo Taladro, ¿saldría alguien como yo? Caroline tenía total certeza. Claro está que era una voraz lectora de novelas y una romántica de tomo y lomo, pero de tonta no tenía un pelo. Yo no me parezco ni de lejos a mi padre, ni a los Staunton, ni a los Cruikshank. Aunque...

Me fui a la cama descorazonado, pero no pude dormir. Quería algo y me costó mucho rato reconocer qué era lo que quería. Quería a Félix. Terrible. A mis años, ¡quería un oso de peluche! Tenía que ser culpa del vino. Nunca más, me dije, volvería a tocar ni una gota de ese veneno.

Al día siguiente, como si tal cosa, aunque me costó Dios y ayuda, le pregunté a Netty qué había sido de Félix.

—Hace ya años que lo tiré —dijo—. ¿Para qué ibas a querer semejante vejestorio? Ahora sólo sería un criadero de polillas.

DRA. VON HALLER: Su hermana, por lo que cuenta, parece una persona muy interesante. ¿Sigue siendo así?

YO: De una manera adulta, sí. Es igual que era entonces. Una gran manipuladora. Y única a la hora de hacer las peores diabluras, las trastadas más disparatadas.

DRA. VON HALLER: Da la impresión de que fuera una mujer del tipo sentimental, y en grado sumo.

YO: ¿Fue una muestra de sentimiento el sembrar en mi ánimo una duda que desde entonces no me ha dejado del todo en paz?

DRA. VON HALLER: Desde luego. Los del tipo sentimental son personas, valga la redundancia, que entienden los sentimientos. Eso no quiere decir que los compartan, ni que los utilicen siempre con ternura. Se les da de maravilla el evocar y manipular los sentimientos en los demás. Es justo lo que su hermana hizo con usted.

YO: Me pilló desprevenido.

DRA. VON HALLER: A los catorce años no tenía usted nada que hacer frente a una niña de doce que tuviera además el sentimiento muy desarrollado. Usted trató de idear un modo de salir airoso de una situación sumamente emotiva. A ella en cambio le interesaba agitar las cosas, sobre todo por tener a Netty a su entera disposición. Es probable que nunca se le llegara a ocurrir que usted se iba a tomar tan en serio lo que dijo acerca de su paternidad; además de haber sabido su reacción, se le habría reído a la cara por ser tan cretino.

YO: Sembró dudas terribles en mi ánimo.

DRA. VON HALLER: Sí, pero también le hizo despertar. Debería estarle agradecido por eso. Ella le llevó a pensar sobre quién era usted. Y supo poner a su hermosa madre en una perspectiva bastante diferente, situándola como alguien por quien los hombres podrían llegar a las manos, alguien de quien otra mujer podría pensar que valía la pena incluso asesinar.

YO: En eso no veo yo nada bueno.

DRA. VON HALLER: Muy pocos hijos llegan a darse cuenta de que haya nada bueno en eso. Pero es muy duro para cualquier mujer que se la considere solamente una madre. Ustedes, los hombres de Norteamérica, son particularmente culpables a la hora de adjudicar a sus madres un papel secundario, menor, atosigante. Es malo que los hombres recuerden a sus madres sin reconocer que además de ser madres han sido personas normales y corrientes, personas dignas de ser amadas, y tal vez asesinadas.

YO: Mi madre vivió con una grandísima desdicha.

DRA. VON HALLER: Eso ya lo ha dicho usted muchas veces. Lo ha dicho incluso hablando de épocas en las que usted era demasiado pequeño para tener una apreciación cierta. En toda su historia, esta idea viene a ser una especie de estribillo. Y estos estribillos siempre son significativos. Suponga que me dice cuáles son las genuinas razones por las cuales piensa que su madre fue una mujer desdichada. Razones que el juez Staunton pudiera admitir como pruebas en su muy estricto tribunal.

YO: ¿Pruebas directas? ¿Hay alguna mujer que haya dicho a sus hijos alguna vez que es desdichada? Tal vez una neurótica que trate de suscitar en ellos una respuesta especial al decírselo. Pero mi madre no era una neurótica. Era en realidad una persona muy sencilla.

DRA. VON HALLER: ¿Y alguna prueba indirecta?

YO: El modo en que se fue desdibujando después de aquella terrible Navidad de la abdicación. Parecía mucho más confusa que antes. Empezó a perder el gobierno de su propia vida.

DRA. VON HALLER: Así pues, ¿con anterioridad se había mostrado confusa?

YO: Tenía problemas. Las exigentes expectativas de mi padre. Él deseaba una esposa ante todo brillante, y ella intentó serlo, pero no estaba hecha a la medida.

DRA. VON HALLER: ¿Y esto es algo que usted observó antes de su muerte, o más bien lo pensó después? ¿O acaso se lo dijo alguien?

YO: ¡Es usted peor que Caroline! Mi padre me lo dijo. Una vez me dio un consejo: no te cases nunca con tu amor de juventud, me dijo. Todas las razones por las cuales la elijas a ella se convertirán pronto en razones por las cuales debieras haberla rechazado.

DRA. VON HALLER: ¿Así se refería a su madre?

YO: En realidad estaba pensando en una chica de la que yo estaba enamorado. Pero sí, claro, también mencionó a mi madre. Y dijo que no había crecido.

DRA. VON HALLER: ¿Y usted piensa que había crecido?

YO: ¿Por qué iba a importarme a mí que hubiera crecido o no? A fin de cuentas, era mi madre.

DRA. VON HALLER: Lo fue hasta que cumplió usted catorce años. Y a esa edad no suele ser uno muy exigente en lo intelectual. Si ella siguiera con vida, ¿piensa que tendrían ustedes dos gran cosa que decirse?

YO: Ésa no es la clase de preguntas que se admiten en el tribunal del Juez Staunton.

DRA. VON HALLER: ¿Era una mujer con educación? ¿Inteligente?

YO: ¿Y qué más da? No, supongo que no.

DRA. VON HALLER: ¿Le molestó a usted lo que dijo su padre?

YO: Me pareció una maldad decir una cosa así a un niño a propósito de su madre, y me pareció que era algo imperdonable, si se piensa que lo dijo acerca de la mujer que había sido su esposa.

DRA. VON HALLER: Entiendo. Suponga que tomamos un atajo. Me gustaría que a lo largo de estos próximos días se tome su tiempo para precisar por qué piensa usted que su padre siempre ha de ser un hombre impecable en su conducta y en sus opiniones, y que en cambio es mucho lo que hay que perdonarle a su madre.

YO: Al fin y al cabo, trató de suicidarse, no lo olvide. ¿No es indicativo de su desdicha? ¿No es algo que inspira compasión?

DRA. VON HALLER: Por el momento no sabemos aún por qué hizo ese intento. Su hermana podría estar en lo cierto, ¿no se da usted cuenta? Podría haber sido por Ramsay.

YO: ¡Eso es una estupidez! Usted nunca ha visto a Ramsay.

DRA. VON HALLER: Si lo he visto, ha sido sólo a través de sus ojos. Del mismo modo he visto a sus padres. En cambio, he visto a muchas mujeres que tienen o han tenido amantes, y no siempre es una historia como la de Venus y Adonis, se lo puedo asegurar. De todos modos, dejemos este asunto hasta que hayamos hecho más trabajo, hasta que tenga usted tiempo para realizar algunas indagaciones privadas en torno a los sentimientos que le suscita su madre. A ver qué puede usted hacer por formarse una opinión de ella en calidad de mujer, como si fuera una persona a la que pudiera conocer cualquier día... Ahora me gustaría que hablásemos un momento de Félix. Me dice que ha aparecido en sus sueños. ¿Qué pinta ahí?

YO: No hace nada. Sólo está ahí.

DRA. VON HALLER: ¿Vivo?

YO: Todo lo vivo que estaba cuando yo lo conocí. Parece que tuviera una personalidad propia, no sé si me explico. Bastante desconcertado, muy atento; yo me encargaba de hablar. Él por lo común estaba siempre de acuerdo. A veces manifestaba sus dudas y decía que no. Pero su atención parecía prestar algo... adicional a todo lo que yo le dijera, a todo lo que decidiera. ¿Le parece que tiene algún sentido?

DRA. VON HALLER: Desde luego, tiene un sentido excelente. Esas figuras que llevamos alojadas en lo más profundo de nosotros, no sé si lo sabe, tienen un modo de ser tanto internas como externas. Aquélla de la que ya hablamos, la Sombra, era interna, ¿verdad? Sin embargo, a medida que hablamos quedó bastante claro que muchas de las cosas que a usted le desagradaban de ella, a veces de manera muy intensa, también se encontraban en personas a las que usted ha conocido. Fue usted especialmente vehemente al hablar del hermano de Netty, Maitland Quelch...

YO: Sí, pero también debería haberle aclarado que muy raras veces lo llegué a ver. Sólo tenía noticias de él a través de Netty. Era un chico merecedor de mejor suerte, que supo abrirse camino en el mundo sin ayuda

de nadie, que habría recibido con los brazos abiertos algunas de las oportunidades que a mí me resultaban tan naturales como el aire mismo que respiraba, y todo eso. La pugna de Maitland por llegar a ser un contable de empresa hecho y derecho discurrió bastante en paralelo a mis estudios de leyes y mi ingreso en la abogacía, aunque a ojos de Netty para mí todo era coser y cantar, mientras que a él se le hizo todo mucho más cuesta arriba. ¡El muy meritorio Maitland! Debo decir que cuando lo veía, esto es, tan pocas veces como me era posible sin pecar de indecencia, siempre pensé que era un mequetrefe detestable.

DRA. VON HALLER: Lo sé. Ya hemos hablado de ese asunto. Pero al final creo que estuvimos de acuerdo en que usted simplemente apreciaba en el carácter de Maitland cosas que le desagradaban, cosas que luego de una pequeña investigación resultaron ser detalles que tampoco brillaban por su ausencia en su propio carácter. ¿No es así?

YO: Me resulta bastante difícil ser objetivo en lo que se refiere a Maitland. Cuando hablo de él me vuelvo bastante picajoso, y no puedo abstenerme de pintarlo como si fuera un monstruo deforme, un personaje de Dickens. Pero, ¿es culpa mía que tenga las palmas de las manos siempre húmedas y sudorosas, que tenga mal aliento, que se le vean las encías cada vez que sonrío y que me llame Ted, cosa que no hace absolutamente nadie más sobre la faz de la tierra, y que encima exude una democrática condescendencia por mi riqueza y mis éxitos?

DRA. VON HALLER: Sí, sí. Ya hemos pasado por todo eso, y al final reconoció que Maitland funcionaba como su chivo expiatorio, una encarnación de todo lo que a usted le desagrada, de todo lo que teme que podría salir a la superficie en usted mismo... Por favor, le ruego que me deje seguir un momento. No me refiero a las características físicas, sino al carácter del meritorio, el que ha tenido flacas recompensas en la vida, el que pasa por el mundo siendo un incomprendido que a nadie importa. El Huérfano en la Tempestad: el niño maltratado. No tiene por qué sonrojarse al albergar parte de todo esto en la más secreta imagen que tiene usted de sí mismo. Lo importante es saber qué es lo que está haciendo. Así se desactiva la alarma, entiéndame. A lo largo de esas horas tan arduas para usted nunca quise compararlo con Maitland. Sólo traté de persuadirle de que examinara uno de los rincones más oscuros y recónditos de su propio yo.

YO: Fue humillante, pero supongo que debe de ser cierto.

DRA. VON HALLER: La certeza y la verdad irán en aumento a medida que trabajemos. Eso es lo que buscamos. La verdad, en todo o en parte.

YO: Ahora bien, aunque reconozco que he proyectado algunas de las cualidades menos admirables de mi carácter sobre Maitland, y se habrá dado cuenta en que tomo la palabra «proyectado» de usted, tengo el palpito de que en él hay gato encerrado. Tal como lo pintan, es demasiado bueno para ser de verdad.

DRA. VON HALLER: No me extraña. A menos que sea uno muy ingenuo, no suele proyectar sus propias vilezas sobre personas que sean particularmente buenas. Como ya le he dicho, si la psiquiatría se rigiese por normas estrictas, cualquier policía podría ser psiquiatra. Pero volvamos a Félix.

YO: ¿Querrá indicar esta aparición una especie de regresión a la infancia?

DRA. VON HALLER: Sólo a una emoción que tuvo usted en su infancia, y que no parece haber sido muy habitual en usted desde entonces. Félix era su amigo. Era su amigo y le tenía afecto, aunque gracias a su propia disposición, a la de usted me refiero, era un amigo muy atento, muy considerado. Así como la Sombra hace acto de presencia en esta clase de investigación personal, también comparece una figura a la que llamamos el Amigo. Y como usted ha trabajado bien y ha sido muy diligente a lo largo de estas últimas semanas, durante las cuales el esfuerzo no puede haberle reportado muchos placeres, me alegro de estar en situación de darle una buena noticia. La aparición del Amigo en su vida interior y en sus sueños es una señal favorable. Significa que su análisis va por buen camino.

YO: Cuánta razón tiene. Esto de sondear y recordar a la fuerza no ha sido nada placentero. Ha habido ocasiones en las que he estado molesto con usted, incluso asqueado. Ha habido momentos en los que me he preguntado si realmente había perdido el oremus, pues tiene que ser de locos esto de ponerse en manos de una persona que me atormenta y me lleva a mal traer, tanto como usted a mí.

DRA. VON HALLER: Desde luego. Me he dado perfecta cuenta. Pero a medida que avancemos descubrirá que yo por momentos parezco ser muchas cosas distintas desde su punto de vista. Si es capaz de entenderme, le diré que parte de mi tarea profesional consiste en ser quien porte sus propias proyecciones.

Cuando la Sombra se hallaba sujeta a investigación y buena parte de las regiones inferiores de su ser iban saliendo a la luz, usted mismo descubrió a la Sombra en mí. Ahora parece que hemos despertado la imagen del Amigo en su ánimo, en su espíritu, en su alma... No son términos científicos, pero ya le prometí que no iba a abrumarlo con palabras de la jerga... Espero no resultarle ya tan intolerable como antes...

YO: Al contrario, estoy encantado. Verdaderamente, me gustaría llegar a conocerla mejor.

DRA. VON HALLER: Es a usted mismo a quien debe conocer mejor. Y debo avisarle de que yo apareceré como Amigo sólo durante un tiempo limitado. Sí, son muchos más los papeles que tendré que desempeñar antes de que hayamos terminado. Y el Amigo tampoco es siempre benévolo: hay veces en que los amigos nos son más fieles cuando parecen sernos hostiles. Tiene gracia que su Amigo sea un oso. Quiero decir que el Amigo a menudo reviste la forma de un animal, pero rara vez es un animal salvaje... En fin, veamos: hemos llegado al momento de la muerte de su madre y al momento en que Caroline, tal vez malévolamente, pero sin faltar a la verdad, le insinuó algunas cosas que le hicieron verse a usted mismo bajo una nueva luz. Da la impresión de que fuese el final de la infancia...

Lo fue. Ya era un adolescente. Y desde luego ya sabía bastante sobre eso que de manera tan estúpida y velada se suele llamar «los hechos de la vida», pero no había tenido mucha experiencia sobre el verdadero significado del sexo. Comenzó entonces a ser muy inquietante. Ahora se me hace muy extraño leer algunos de esos libros populares en los que se ensalzan las virtudes de la masturbación. Nunca di en pensar que la masturbación fuese a acabar conmigo, ni tampoco ninguna estupidez por el estilo, aunque hice todo lo posible por controlarlo, porque... en fin, porque me parecía algo muy chapucero. Supongo que nunca le eché demasiada imaginación.

Ahora que rememoro todo aquello caigo en la cuenta de que si bien sabía bastante sobre el sexo, también había conservado una inocencia poco común para la edad que tenía, y supongo que fue la fortuna de mi padre, la sensación de aislamiento que el dinero comportaba, lo que hizo posible mi inocencia.

Ya le dije lo que había dicho Netty sobre las «paparruchas anglicanas». Era muy desdeñosa con lo que ella llamaba «cristianismo de panqueque», porque comíamos panqueques el martes de carnaval; se mofaba cuando mis padres comían ensalada de langosta los viernes de Cuaresma y siempre exigía que a ella se le sirviera carne en el comedor de servicio. Nunca, creo yo, nunca perdonó a mis padres por haber abandonado el seno protector e íntegro del protestantismo evangélico. Las cuestiones de la iglesia, que no llamaré yo «religiosas», desempeñaron un papel de bastante importancia en mi proceso de maduración. Éramos feligreses de San Simón Apóstol, parroquia que tenía fama de ser una iglesia de ricos. No es que fuera la iglesia anglicana más de moda en la ciudad, pero tenía un caché especial. La más de moda, creo yo, era San Pablo, aunque era de credo más amplio y tolerante. Supongo que tendrá cierta familiaridad con estas distinciones, ¿verdad? Y la llamada «alta iglesia», más ritualista y cercana al catolicismo, era la de Santa María Magdalena, pero era de pobres. San Simón no era ni «alta iglesia», como lo era María Magdalena, ni era tan «rica» como San Pablo. El vicario era el canónigo Woodiwiss, que luego llegó a ser archidiácono e incluso obispo, un apóstol con verdaderos dones para guiar el rebaño de los acaudalados. No lo digo en son de burla. Parece existir la idea de que los ricos no pueden ser devotos de verdad y de que Dios no les tiene tanto aprecio como a los pobres. Hay muchos cristianos que son todo piedad y caridad por los desdichados y los marginados, pero que piensan que es su deber espiritual desdeñar a los ricos siempre que puedan. Por eso Woodiwiss fue todo un hallazgo para una parroquia como la de San Simón.

Desplumaba a los ricos en la medida de lo posible, lo cual no deja de ser justo. Al menos una vez al año predicaba su famoso sermón sobre aquello de que «es más fácil

que un camello atravesase el ojo de un aguja que un rico entre en el reino de los Cielos». Explicaba que el Ojo de la Aguja era una puerta de entrada en Jerusalén, que era tan estrecha que un camello cargado hasta los topes tenía que dejar parte de la carga que llevara en las alforjas para poder atravesarla, y que era costumbre que todo lo que se retirase del camello pasara a ser propiedad del Templo. Por eso, la vía de entrada más evidente para los ricos no era otra que despojarse de parte de su riqueza, donándola a la iglesia, para dar así un paso más hacia la salvación. Creo que por lo que a la historia y a la teología se refiere todo esto son pamplinas, que el propio Woodiwiss quizá se inventó sobre la marcha, pero debo decir que funcionaba con la precisión de un encantamiento. Como decía él mismo, siguiendo su propio librito, «con Dios todas las cosas son posibles». De ese modo convencía a los ricos para que se despojasen de parte de los bienes de este mundo y dejaran el paso del ojo de la aguja en manos de quien mejor lo conocía.

No vi mucho al canónigo, aunque sí oí muchos de los sermones con los que obraba maravillas. Tenía una labia fabulosa, como pocos párrocos la tienen. En cambio, sí tuvo gran influencia en mí uno de los curas de la parroquia, que se llamaba Gervase Knopwood.

El padre Knopwood, como prefería que le llamásemos, era extraordinario con los chicos jóvenes, aunque a primera vista resultara muy improbable. Era un inglés que tenía un acento de clase alta tan marcado que casi resultaba de farsa; tenía los dientes largos y toda las trazas de ser aún un colegial pasado de años. No es que fuera viejo; debía de rondar los cuarenta y tantos, pero peinaba canas y tenía hondos surcos en la cara. No era un bromista, no era un hombre de especial simpatía, no le gustaban los juegos, aunque era tan duro y resistente que había sido misionero en las regiones del oeste de Canadá, en algún territorio especialmente difícil. Todo el mundo le profesaba un gran respeto, y todo el mundo le temía de una manera un tanto especial, porque era muy exigente, esperaba lo mejor de los chicos y tenía algunas ideas que para mí eran cuando menos originales.

De entrada, no se deshacía en falsos elogios sobre el arte, y es que entonces el arte tenía un estatus más que sagrado en la clase de sociedad en la que yo vivía. Esto lo descubrí un día que estaba conversando con él en uno de los despachos de la parte posterior de la iglesia, donde nos reuníamos para la catequesis previa a la confirmación y demás actividades parroquiales. Había un cuadro en la pared, una cosa sencillamente repugnante, de vívidos colores, que representaba a un *boy scout* que encarnaba la imagen misma de la virtud juvenil, tras el cual aparecía la figura de Cristo con la mano sobre el hombro del muchacho. Yo estaba burlándome de la imagen a lo bestia, para regocijo de otros muchachos, cuando de pronto me di cuenta de que el padre Knopwood estaba de pie, a cierta distancia, escuchando con gran atención.

—¿Te parece poca cosa, Davey?

—Bueno, padre, ¿cómo iba nadie a tener eso en mucha estima? Es decir, fíjese cómo está dibujado, fíjese qué pena de colores. ¡Y qué sentimentalismo de pacotilla!

—Háblanos del sentimentalismo.

—Bueno, es que es evidente. O sea, Nuestro Señor con la palma de la mano sobre el hombro del muchacho y todo eso...

—A lo que se ve, me he perdido algo de lo que tú captas en el cuadro. ¿Por qué resulta sentimental dar a entender que Cristo está cerca de alguien, ya sea un muchacho, o una chica, o un anciano, o quien sea?

—Eso no es sentimental, claro que no. Es por el modo en que está hecho. Resulta de lo más vulgar.

—¿Es que para ser válido tiene que ser sofisticado?

—Pues... seguramente.

—¿Se trata de que la destreza artística sea superior? Si hay que decir algo, ¿se trata de decirlo con elocuencia y con buen gusto?

—Eso es lo que nos enseñan en el Club de Arte. Es decir: si no está bien hecho no vale de nada, ¿no cree?

—No lo sé. Nunca lo he sabido a ciencia cierta. Hay muchos artistas modernos que parecen impacientarse con la habilidad puramente técnica. Es algo que me desconcierta. ¿Por qué no vienes a verme después de la reunión y hablamos despacio de todo esto, a ver qué sacamos en claro?

Después de esta ocasión vi con gran frecuencia al padre Knopwood. Me invitaba a comer en sus aposentos; así llamaba a un simple cuarto con cama y mesa y un hornillo eléctrico, que no estaba muy lejos de la iglesia. No es que fuera pobre de solemnidad, pero no iba con él eso de gastar dinero en sí mismo. Me enseñó muchas cosas, me planteó algunas preguntas que nunca he sido capaz de responder satisfactoriamente.

El arte era uno de sus temas predilectos. Le encantaba el arte, lo conocía a fondo, pero siempre parecía temeroso de que pudiera pasar por un sustitutivo de la religión. Estaba especialmente en contra de la idea de que el arte pudiera ser algo en sí mismo, e insistía en que un cuadro era simplemente una composición sobre un plano a base de líneas y pigmentos, y en que el hecho de que fuera la *Gioconda* o *Las bodas de Caná* era en el fondo irrelevante. Todos los cuadros, insistía, eran «de» algo o trataban «sobre» algo. Tenía ideas bastante interesantes en torno a algunos cuadros muy modernos, y una vez fui con él a una exposición de pintura moderna, y habló de aquellos cuadros como si fuesen manifestaciones de la búsqueda, del caos, a veces de la desesperación que percibían los artistas en el mundo que les rodeaba y que no eran capaces de expresar adecuadamente de ninguna otra manera. «Un verdadero artista jamás hace nada gratuito, jamás lo hace para resultar desconcertante —decía—, y si

no lo entendemos ahora ya tendremos tiempo de entenderlo más adelante».

No era esto lo que decía el señor Pugliesi en el Club de Arte del colegio. Teníamos infinidad de clubes y el Club de Arte era uno de los más prestigiosos, pues atraía a los alumnos más intelectuales. No se podía inscribir uno sin más, había que pasar una selección previa. El señor Pugliesi nos aconsejaba cada dos por tres que no buscásemos mensajes y significados, que tomásemos sólo en cuenta lo primario, la cualidad de objeto que poseía el cuadro, tantos centímetros cuadrados de lienzo pintado. Los mensajes y los significados eran en cambio lo que buscaba ante todo el padre Knopwood, de modo que yo tenía que equilibrar mis ideas con esmero. Por eso quiso conversar conmigo después de que me riese del cuadro del *boy scout*. Estuvo de acuerdo en que era un cuadro horriblemente malo, pero a su juicio el sentido que transmitía lo salvaba. Lo entenderían a la primera miles de muchachos que nunca se habrían fijado en una reproducción de Rafael si estuviera allí mismo.

Nunca he terminado de convencerme de que tuviera razón, y me sobresaltó también su idea de que no todo el mundo necesita el arte para tener una buena educación. Él me salvó de convertirme en un esnob en materia de gusto artístico; sabía tener una gracia terrible cuando hablaba de los cambios que se dan precisamente en el gusto, en esa clase de entusiasmo guiado por la moda que da en admirar a un Tissot durante treinta años, que lo echa a patadas durante cuarenta, y que luego lo rescata de la basura por tratarse de un artista cuya calidad ha pasado inadvertida. «Es lisa y llanamente la inmadurez propia del que da por sentado que su abuelo a la fuerza ha de ser un bobo, y que luego, un día, tiene la sensatez de comprender que el anciano caballero era casi tan inteligente como él mismo», decía.

Eso me resultó importante, porque en casa empezaba a ser prioritario otro tipo de arte. Caroline, que siempre había estudiado piano, empezaba a dar muestras de cierto talento musical. Los dos habíamos recibido una educación musical, los dos íbamos a las clases de la señora Tattersall los sábados por la mañana, y allí cantábamos, solfeábamos, probábamos instrumentos rítmicos y aprendíamos sin dificultad los rudimentos de la música. Yo no tenía una capacidad especial, al contrario que Caroline. Cuando tenía doce años había llevado a cabo la mayor parte del trabajo necesario para conocer muy a fondo ese instrumento de extraordinaria dificultad, que todos los padres que no tienen ni idea de música suelen coincidir en pensar que sus hijos deben aprender a tocar como sea, y se le daba francamente bien. Nunca ha llegado a ser una pianista de primera fila, pero destaca muy por encima de los aficionados de tipo medio.

Cuando tenía doce años, sin embargo, estaba convencida de que fácilmente llegaría a ser otra Myra Hess y se esforzaba al máximo. Tocaba con verdadera gracia musical, cosa infrecuente incluso entre las personas que ganan una pasta por tocar el piano. Al igual que al padre Knopwood, le interesaba el contenido tanto o más que la

técnica en sí; para mí siempre ha sido incomprensible que le diera por cultivar esa facultad, ya que en nuestra casa no hubo nada que la animara a seguir por ese camino. Tocaba lo que suelen tocar los pianistas jóvenes: *El ave profeta* de Schumann, y *Escenas de infancia*, y también mucho Bach y Scarlatti y Beethoven. Era capaz de ejecutar el *Carnaval* de Schumann con tremenda autoridad para ser una niña de doce o trece años. Aunque era una mocosa y una niña traviesa en su vida habitual, todo eso desaparecía de su personalidad cuando se sentaba ante el teclado, y era como si alguien mucho más importante ocupara su lugar. Creo que lo que más me gustaba era que tocara algunas de las piezas más fáciles, que había aprendido en sus primeros años y que dominaba a la perfección. Hay una bagatela —no creo que tenga un gran valor musical— de Stephen Heller, que en inglés se titula *Curious Story*, lo cual es una muy engañosa traducción del original alemán, *Kuriose Geschichte*; realmente lograba darle un aire sobrenatural y no por tocarla de una manera falsa, recalcando el aire de historia de miedo que tiene, sino dándole un tratamiento más refinado, al estilo de Hans Andersen. Me encantaba oírla, y aunque en otras ocasiones me atormentaba de una manera horrible, los dos parecíamos entendernos bien mientras ella tocaba y yo escuchaba, aprovechando que Netty estaba en otra parte.

Caroline se alegraba de verme los fines de semana, porque la casa estaba por entonces más lúgubre que antes de que muriese nuestra madre. No es que estuviera descuidada, todavía había criados, aunque menos numerosos que antes; limpiaban y abrillantaban cosas que nunca se ensuciaban ni perdían brillo, porque nadie las tocaba; pero la vitalidad había desaparecido de la casa, y aunque anteriormente hubiera llevado una vida sin demasiadas alegrías había sido sin embargo vida. Caroline seguía en la casa, supuestamente al cuidado de Netty. Una vez por semana, la secretaria de mi padre, una mujer sumamente eficiente, de Alpha Corporation, llamaba para cerciorarse de que todo estaba en orden. Pero esta secretaria nunca quiso tener una implicación personal en las cuestiones domésticas, y no seré yo quien la culpe de ello. Caroline pasaba el día entero en el Obispo Cairncross, de modo que allí tenía sus amigas y su vida social, igual que me sucedía a mí en el Colborne College.

Rara vez invitábamos a nadie a casa. Nuestro primer intento por adueñarnos de ella pronto se consumió por sí solo. Mi padre escribía cartas de vez en cuando; sé que pedía a Dunstan Ramsay que no nos perdiera de vista, pero Ramsay tuvo ocupaciones más que de sobra en el colegio durante los años de la guerra y no nos incordiaba muy a menudo. Tiendo a pensar que Carol le inspiraba cierto desagrado, de modo que redujo su tarea de supervisor a interrogarme de ciento en ciento en el colegio.

Podría pensarse que mi hermana y yo éramos merecedores de compasión, pero la verdad es que disfrutábamos con nuestra soledad compartida los fines de semana. Podíamos aliviarnos siempre que quisiéramos saliendo con los amigos, y los conocidos

tenían la amabilidad de invitarnos a sus fiestas y a otras ocasiones de buen tono, aunque mientras duró la guerra toda esta actividad social existió más bien a una escala muy modesta. Yo no tenía demasiadas ganas de salir, porque no tenía dinero y esto podía acarrear situaciones comprometidas. Le pedía prestado a Caroline todo lo que podía, pero tampoco deseaba estar por entero en sus garras.

Lo que más nos gustaba a los dos eran las noches de sábado que pasábamos juntos, porque había empezado a ser costumbre que Netty dedicara ese rato a su pestilente hermano Maitland y a su muy meritoria familia. Carol tocaba el piano y yo hojeaba los libros de arte que tomaba en préstamo de la biblioteca del colegio. Decidí hacerlo sobre todo porque no quería que a ella le diera por pensar que no cultivaba yo de un modo independiente mi interés por el arte, aunque mientras miraba las láminas y leía algo a propósito de ellas en realidad la estaba escuchando. Esas ocasiones eran las únicas en que la sala de estar daba ciertas muestras de palpitar de vida, pero la gran chimenea sin encender —la secretaria de Alpha Corporation y Netty coincidieron en que era un disparate encenderla durante la guerra, cuando seguramente hasta la madera de la peor calidad era necesaria en nuestros esfuerzos nacionales— era un recordatorio de que la sala meramente toleraba nuestra presencia, y de que en cuanto nos fuésemos a la cama el peso de lo inane volvería a apoderarse de ella.

Recuerdo una noche en que vino Ramsay y se echó a reír al vernos.

—La música y la pintura —dijo—, tradicionales entretenimientos de la tercera generación de las familias adineradas. Esperemos que los dos lleguéis a ser unos mecenas con criterios bien formados. Son muy poco frecuentes.

No nos hizo ninguna gracia. A Carol le ofendió en particular que diera por supuesto que nunca iba a llegar a nada en calidad de intérprete. Pero el tiempo le ha dado la razón, como suele ocurrir con tantas personas desagradables. Carol y Beesty son hoy generosos mecenas de la música y yo colecciono pintura. En el caso de ambos, como temía el padre Knopwood, ésta ha pasado a ser la única actividad espiritual que cultivamos en la vida, y no es precisamente un gran consuelo cuando la vida se pone difícil.

Knopwood me preparó para la confirmación. Fue una experiencia mucho más importante de lo que tengo entendido que suele ser. La mayoría de los curas, ya se sabe, repasan el catecismo y le piden a uno que pregunte cualquier cosa que no entienda. Huelga decir que la mayoría no entiende ni papa y que se contenta con no marear la perdiz. La mayoría de los curas dan sólo una charla compuesta por vagas palabras, acerca de la necesidad de mantenerse en la pureza, sin la menor esperanza real de que uno llegue a conseguirlo.

Knopwood era muy distinto. Exponía el Credo de manera nítida y contundente, muy en la línea de C. S. Lewis. El cristianismo era algo serio, exigente, pero que bien

valía cualquier contratiempo, cualquier dificultad. Dios está aquí, Cristo es el ahora. Ésa era su manera de catequizar. Y cuando llegaba el momento de hablar de la pureza, iba al grano mucho mejor que ningún otro.

No contaba con que uno acertase el cien por cien de las preguntas, pero sí contaba con que lo intentase por todos los medios, y caso de caer en pecado contaba también con que uno supiera qué había hecho y por qué era un pecado. Por el simple hecho de saberlo, uno estaría mucho mejor armado de cara a la siguiente ocasión que pudiera presentarse. Esto me resultó atractivo. Me gustaba el dogma por la misma razón por la cual, con el tiempo, me ha terminado por gustar tanto la ley. Tiene sentido, es coherente, a uno le indica qué lugar ocupa, ha quedado probado mediante abundantes precedentes.

Era sumamente bueno en todo lo referente al sexo. El sexo era un placer, por descontado. Podía llegar a ser un deber, desde luego. Pero no era algo que estuviera divorciado del resto de la vida; la actitud que uno tuviera respecto del sexo era parte de la actitud que uno tenía respecto de las amistades, de sus deberes hacia otras personas, de su vida pública. Un adúltero y un ladrón son hombres malos, decía, por razones similares. Un seductor y un carterista eran hombres de la misma calaña. El sexo no era un juguete. El mayor de los pecados, posiblemente el pecado contra el Espíritu Santo, era el uso de uno mismo o de otra persona de manera despectiva, como si uno o el otro fueran meros objetos de conveniencia. Entendí bien la lógica de lo que me decía, y estuve muy de acuerdo.

Había ciertos problemas. No todo el mundo encajaba con todas las reglas escritas. Si uno se descubriese en esa situación, debía hacer todo lo que pudiera, pero sin perder de vista que el pecado contra el Espíritu Santo no le sería perdonado, y que la retribución por ese pecado habría de darse en este mundo.

Los mejores asistentes a las clases de catequesis con Knopwood sabían de qué estaba hablando llegados a este punto. Estaba clarísimo que él era homosexual y que además lo sabía; estaba clarísimo que su trabajo con los muchachos era su manera de sobrellevarlo. Pero nunca jugó a los favoritos; fue un amigo entrañable y completamente masculino, y nunca se andaba con chanchullos ni engañifas cuando nos invitaba de uno en uno a sus aposentos. Supongo que hay centenares de chicos como yo, que lo recuerdan con afecto y que cuentan el haberlo conocido y tratado como una grandísima experiencia. Me acompañó durante mi primera historia de amor de una manera que me resulta inolvidable, y que no podría agradecerle ni menos aún pagarle de ninguna manera.

Ojalá pudiéramos haber seguido siendo amigos.

La gente se suele burlar del primer amor. Y en las personas ridículas es ciertamente algo de lo más ridículo. Yo en cambio he visto lo acalorada que puede ser esa llama en las personas de natural apasionado y lo desinteresado que puede ser en las personas con tendencias idealistas. No exige correspondencia, puede tener una fuerza descomunal incluso allí donde es algo manifiestamente carente de esperanza. La peor pelea que vi en mis tiempos de colegial se produjo cuando un chico dijo algo despectivo sobre Loretta Young; otro muchacho, que estaba rendidamente enamorado de la actriz, a la que sólo había visto en el cine, le soltó un mamporro en toda la boca, y en cuestión de segundos rodaban los dos por el suelo, el amante decidido a asesinar al bocazas. Nuestro profesor de gimnasia los separó e insistió en que dirimieran sus diferencias en el cuadrilátero de boxeo, pero no sirvió de nada: el amante hizo caso omiso de todas las reglas, y pateó y mordió al otro como un poseso. Claro está que nadie pudo explicar al profesor a qué se debía la riña, aunque todos dimos por sentado que su motivo era el amor. Lo que sí sé ahora es que fue en realidad una pelea por el honor y el idealismo —es decir, lo que la doctora von Haller llama una proyección—, y que formó parte necesaria del desarrollo espiritual del amante. También es posible que repercutiera en el individuo que tan a la ligera se había tomado el nombre de Loretta Young.

Me enamoré estrepitosamente y a primera vista un viernes por la noche, a comienzos de diciembre de 1944. Había estado enamorado con anterioridad, pero de manera más bien trivial. Muchos chicos, creo yo, se enamoran ya desde que aprenden a andar, y yo desde luego había tenido mis amores secretos e incluso mis conquistas, entre las cuales el Sapo Wilson no era ni de lejos el mejor ejemplo. Aquéllas fueron historias de niños, con raíces muy poco profundas en el terreno de la vanidad. Ahora en cambio tenía dieciséis años, era un chico serio y solitario, y en sólo tres horas Judith Wolff pasó a ser el elemento central y más absorbente de mi vida.

El colegio de Caroline, que llevaba el nombre del obispo Cairncross, figura dominante en la vida decimonónica de nuestra provincia canadiense, tenía fama por sus actividades teatrales y musicales. Cualquier colegio necesita forjarse un cierto renombre por algo distintivo en la calidad de la enseñanza. Su especialidad era la función teatral de Navidad. En el año en que yo tenía dieciséis, el colegio decidió hacer una combinación de música y teatro, para lo cual montaron una pieza de Walter de la Mare titulada *Crossings*. Yo había oído hablar de ella largo y tendido, porque contenía mucha música, además de cuatro canciones y Caroline iba a tocar el piano fuera del escenario. Ensayaba en casa a todas horas y hablaba de la obra como si se tratara del mayor musical de la historia mundial desde que Verdi escribió *Aida* para el

jedive de Egipto.

Yo había leído el libreto sobre el cual tenía que ensayar y no me pareció gran cosa. Desde luego, no estaba escrito en estilo llano, y yo me encontraba por entonces inmerso del todo en la influencia que surtía el entusiasmo de Ramsay por la prosa sin adornos ni aditamentos. No es que fuera una obra al estilo de Broadway, y no estoy muy seguro de que fuera realmente una obra de calidad, pero me sigue pareciendo sin lugar a dudas la obra teatral de un poeta. Fui el espectador más encandilado, eso sí, que pudiera tener una obra que de maneras muy diversas parecía perfectamente adecuada a la edad, al estado de ánimo, a las relaciones de las actrices con el colegio.

La obra trata sobre unos niños que se quedan solos en el mundo debido a una herencia. Tienen una tía que defiende teorías educativas muy estrictas y que cuenta con que los niños se metan en líos tremendos, sin solución posible, y que se den un batacazo de aúpa al no contar con su ayuda; muy al contrario, disfrutaban de estupendas aventuras con extrañas personas, incluidos algunos personajes de cuento de hadas. La mayor es una niña llamada Sally, a la cual interpretó Judith Wolff.

Sally es una niña muy del estilo de Walter de la Mare. No creo que yo llegara nunca a ver a Judith salvo con los ojos de Walter de la Mare. Se alzó el telón (en realidad, se separó en dos mitades, con un siseo de alambres) y apareció ella sentada ante un piano, precisamente como la describe el poeta por medio de sus acotaciones escénicas: delgada, morena, de rostro voluble, hablando en voz baja, pero con un timbre muy claro, y desgranando sus pensamientos. Le tocaba cantar casi de entrada. La ilusión de que estuviera tocando el piano no quedó muy lograda, porque el sonido provenía con toda claridad desde donde se encontraba Caroline, entre bambalinas; sus gestos de fingimiento tampoco dieron un gran resultado. En cambio, su voz bastó para que toda deficiencia de ese jaez resultara irrelevante. Supongo que no pasaba de ser una encantadora voz de jovencita, pero nunca lo sabré. Era una voz que parecía sonar única y exclusivamente para mí en el mundo entero. Me invadió el amor, y supongo que desde entonces he estado enamorado de Judith. No tal como es ahora, claro. Todavía la veo de vez en cuando, aunque sólo por azar; es una mujer de mi edad, que aún conserva una grave belleza. Pero actualmente es la señora de Julius Meyer, un admirado profesor de química y sé que tiene tres hijos y que es una figura de importancia en el comité del hospital judío de la ciudad. La señora de Julius Meyer no es para mí Judith Wolff, sino su espectro, y cuando la veo me alejo a toda la velocidad que me permiten las piernas. El David Staunton que se enamoró de ella sigue viviendo en mí, pero Judith Wolff, la muchacha de la obra teatral de Walter de la Mare, vive sólo en mi memoria.

Judith interpretaba dos canciones en *Crossings*. Actuaba a la vez que cantaba con su encanto grave y natural, y era con mucha, mucha diferencia, la mejor de las chicas que actuaban en la obra.

Hubo otras personas que no pensaban como yo. Como sucede siempre en estos casos, hubo personas convencidas de que las chicas que tuvieron que interpretar papeles masculinos estuvieron divertidísimas; supongo que cuando apartaban la cara bigotuda, maquillada y veíamos desde las butacas sus muy femeninos traseros, aquello no dejaba de tener gracia si es que a uno le hacen gracia tales cosas. Hubo muchos aplausos para una rubia pequeña que interpretó a la reina de las hadas; actuó con una dulzura que a mí me pareció dolorosamente exagerada. Hubo un ballet de hadas, todas muy bellas al bailar en un paisaje cubierto por la nieve, cada una provista de un farol; hubo padres y madres en abundancia que sólo tuvieron ojos para un hada en particular. Pero yo no vi con claridad nada más que a Judith; por hacer justicia al público presente en la sala, debo decir que muchísimos creyeron que era —exceptuando siempre a sus propias hijas— la mejor de todas. Tras bajar el telón se llenó el proscenio de actrices, ya que todo el elenco salió a saludar y a recibir los aplausos, y también tuvo lugar la inevitable y muy payasa asamblea de profesoras, todas con su muy sensato calzado y su atildada vestimenta, que de un modo u otro habían echado una mano, con la pinta que tienen siempre en tales casos los que han ayudado en algo, demasiado grandullonas, demasiado torpes para haber tenido realmente nada que ver en la creación de una ilusión escénica. Judith estaba en el centro de la primera fila. Me pareció que tomaba conciencia de su popularidad y que por eso se sonrojaba.

Aplaudí a rabiar y me percaté de que algunos padres me miraban con gestos de aprobación. Supongo que pensaron que aplaudía a Caroline, como corresponde a un hermano leal. Caroline estaba en el proscenio, desde luego, y sujetaba la partitura de la música, de modo que los espectadores supieran cuál había sido su papel, pero no tuve ojos para ella. Después de la fiesta para actores y amigos —café con pastas—, me llevé a Caroline a casa y traté de averiguar algo acerca de Judith Wolff. Estuvo rodeada durante la fiesta por personas con aspecto extranjero, que supuse que serían sus padres y algunos amigos de estos y no tuve ocasión de mirarla despacio. Pero Caroline estaba más henchida y pagada de sí misma que nunca, o quizá lo estuvo como siempre, y me exigió una y otra vez que le asegurase que la música había sido perfectamente audible, no demasiado alta, y que había servido de apoyo a las muy defectuosas cantantes sin que pareciera dominarlas, y que había sido el soporte de las bailarinas, que eran todas niñas pequeñas, que tenían el mismo sentido del ritmo que una reata de asnos, y que de hecho había tenido un efecto plenamente orquestal. Fue una sarta de tonterías ególatras, que tuve sin embargo que aguantar con objeto de reconducir la conversación hacia lo que deseaba saber.

¡Qué suerte habían tenido al encontrar a tan buena actriz para el papel de Sally!
¿De quién se trataba?

Ah... Judy Wolff. Bonita voz, pero demasiado opaca. La saca demasiado del

estómago. Hizo falta darle unas cuantas lecciones adicionales de canto.

Es posible, claro. Pero se le daba muy bien ese papel.

Puede ser. Un poco vaga en los ensayos. Hubo que estar muy pendiente de ella.

Pensé en la posibilidad de matar allí mismo a Caroline y dejar el cadáver en el césped de una de las casas por delante de las cuales íbamos pasando.

Caroline sabía que yo no pude darme cuenta, pues era un detalle que pocas personas llegarían a captar, pero en la *Nana* de Sally, en el segundo acto, al entonar Judy aquello de «salta el zorro, ulula el búho, trina la curruca», se hizo un lío morrocotudo y Caroline tuvo que parchearlo con una complicada sucesión de acordes cromáticos, si bien no consiguió devolver a Judy al punto al que debía. Sólo le quedaba esperar que a la noche siguiente lo hiciera un poco mejor.

No es posible tener una hermana como Caroline sin aprender nuevos trucos cada dos por tres. Le pregunté si existía alguna posibilidad de que yo pudiera ir a ver el espectáculo el sábado por la noche.

—¿Para qué? ¿Para quedarte embobado mirando a Judy otra vez? —dijo. En otra época de la historia, a Caroline la habrían quemado por bruja en la hoguera. Era capaz de olisquear lo que uno estuviera pensando, sobre todo cuando más deseaba uno disimularlo. Tramé un plan para quemarla allí mismo, sin esperar a más.

—¿Judy? ¿Qué Judy? Ah, la que interpreta el papel de Sally. No seas tonta. No, sólo me ha parecido una buena representación, por eso me gustaría verla otra vez. Además, estaba pensando que no se te ha reconocido tu espléndida interpretación como realmente mereces. Si fuese mañana, podría enviarte un ramo de flores para que te lo entregasen a la luz de las candilejas, al final, y así todo el mundo se daría cuenta de lo mucho que vales.

—No es mala idea, aunque... ¿de dónde vas a sacar el dinero para enviarme unas flores? Estás sin blanca.

—Me preguntaba si de alguna manera podrías arreglártelas para hacerme un pequeño préstamo. Como en el fondo es para ti...

—¿Y qué necesidad tengo, eh? Podría enviarme el ramo yo solita. Así prescindo de intermediarios.

—Bueno, es que sería ridículo, indigno, lamentable. Sería a decir verdad una soberana tontería. Si Netty se enterase, y yo me cuidaría de que lo supiera, te haría la vida imposible por una cosa así. En cambio, si las flores te las envío yo, nadie tendría necesidad de saberlo. Y si se enterase alguien pensaría que soy un hermano encantador. De todos modos, si quieres puedo poner una nota que se lea a la legua y que diga: «En homenaje a esos dedos tan elocuentes, de Arturo Toscanini».

Funcionó. Pensé en enviar un ramo de flores baratas, de un dólar, pero había subestimado el tamaño de la vanidad de Caroline, que me pasó un resonante billete de cinco pavos para homenajearse ella sola a su entero gusto. Fue espléndido, pues yo

había tomado la avispada decisión de secuestrar una parte de lo que me prestara, lo que fuese, para enviar otro ramo a Judy Wolff. Con cinco dólares iba a salir airoso del envite.

Las floristas me parecieron más avariciosas de lo que había supuesto, aunque después de ir de tiendas durante el sábado logré armar un vistoso ramo de homenaje a Caroline, de crisantemos, con abundantes helechos para que resaltaran más, por un dólar con setenta y cinco centavos. Con el resto del dinero, al cual añadí cincuenta centavos que logré que me diera Netty, so pretexto de que necesitaba un par de lápices especiales para dibujar mapas mudos, compré rosas para Judy. No fueron las mejores rosas, no me llegaba para tanto, pero fueron unas rosas indudables.

Estaba empezando a meterme en un juego peligroso. Lo sabía. Y no podía evitarlo. Caroline tarde o temprano tendría conocimiento de los dos ramos y me lo echaría en cara de manera seguramente penosa, no en vano era una tacañona. Pero yo estaba más que listo a arriesgar lo que hiciera falta, al menos mientras Judy Wolff recibiera el homenaje que a mi entender merecía. Sólo con pensar en la velada pude sobrellevar un sábado lleno de nervios y preocupaciones.

Salió todo de manera bastante distinta a lo que pude haber previsto. En primer lugar, Netty quiso ir a ver *Crossings* y se dio por supuesto que yo debía acompañarla. Hay una especie de misterio muy especial, y preñado de rabia, que se apodera de un joven absorto en su amor por una muchacha ideal, cuando se ve precipitado contra su voluntad a la compañía de una mujer bastante mayor, una mujer vulgar, una mujer desagradable. La doctora von Haller habla mucho del concepto de la Sombra; no quiero ni pensar qué cantidad de mi propia Sombra —mi impaciencia, mi esnobismo, mi ingratitud— tuvo que caerle encima a la pobre Netty aquella noche. Tener que sentarme a su lado, tener que contestar a sus preguntas de mentecata, tener que escuchar sus muy ignorantes afirmaciones, y respirar encima su olor a carne enfebrecida y a almidón, además de ser consciente de su penosa vestimenta, su abrigo de *mouton* entre las muchas madres con estolas de armiño, fue para mí una tortura insufrible. De haber sido yo Romeo y ella el aya, podría haberme elevado muy por encima de ella con toda mi aristocrática facilidad, de modo que todos los presentes supieran que se trataba de mi criada, pero yo seguía siendo Davey y ella seguía siendo la misma Netty que no en vano me había lavado a fondo el prepucio y me había amenazado con arrancarme el corazón de un latigazo cuando me portaba mal, y además mi mayor temor era que el resto del público pudiera pensar que era mi madre. Netty en cambio no era sensible a nada; estaba en la gloria; había ido a presenciar el gran triunfo de su idolatrada Caroline. Yo no pasaba de ser su acompañante, y se sentía a buenas conmigo, por lo cual quiso distraerme con su gótica vivacidad. ¿Cómo iba yo a insinuar en el mundo de ensueño, el acaramelado mundo de Judy Wolff, llevando a semejante adefesio a remolque?

Por consiguiente, no disfruté de la obra ni la mitad de lo que había esperado. Fui consciente de algunos defectos de los que Caroline se pasó el día entero hablando, y aunque mi adoración de Judy fue aún más agónica que antes, fue a encallar en un mar de irritabilidad y descontento. Y en ningún momento me dejaba en paz el miedo al instante en que se ofrecieran los ramos de flores a sus destinatarias.

Una vez más había hecho mis cálculos sin contar con el Destino, que parecía dispuesto a ahorrarme las consecuencias de mi rematada estupidez. Cuando salieron a saludar las actrices, algunas de las chicas que habían hecho las veces de acomodadoras se precipitaron hacia las candilejas como si fuesen el mismísimo bosque de Birnam en su avance hacia Dunsinane, cargadas todas ellas de flores. Judy recibió mis rosas y otro ramo mucho mejor de una de las acomodadoras. A Caroline se le hizo entrega del escuálido ramo de crisantemos y también de un gran ramo de rosas amarillas, sus preferidas. Fingió hallarse completamente asombrada, leyó la tarjeta y dio un saltito de alegría. Concluidas las ovaciones, cuando casi todas las chicas que saludaban desde el proscenio habían recibido flores de tal o cual clase, salí de la sala como alguien que en el último suspiro se ha librado de verse ante el pelotón de fusilamiento.

La fiesta en el comedor del colegio fue más concurrida y más alegre que la de la noche anterior, aunque el café y las pastas fueron idénticos. Había mucha gente formando grupos diversos, y no una masa indiferenciada. Netty salió derecha en busca de Caroline, para exigirle de inmediato que le dijera quién le había enviado flores. Caroline estaba por su parte muy ocupada en hacer despliegue de las rosas y de la tarjeta que recibió con ellas, sobre la cual se veía en letras grandes esta inscripción: «De un admirador devoto, que desea seguir siendo desconocido». Los crisantemos y la patética tarjeta, en la que yo había garabateado solamente «Enhorabuena y buena suerte», se los dio a Netty para que se ocupara de ellos. Se la veía sumamente alborozada, en paz con la totalidad del género humano; me tomó del brazo y me llevó presurosa ante Judy Wolff y me presentó con estas palabras: «Judy, te quiero presentar a mi hermanito; está convencido de que tú eres la bomba», y allí me dejó plantado, sin saber qué hacer. Pero rápidamente le mostró sus rosas a Judy, y armó grandes alharacas preguntándose quién podía ser el anónimo que se las enviaba; Judy, como hace cualquier chica cuando se halla frente a frente con un rendido admirador, no me hizo ni caso y se puso a chacharear con Caroline, comentando el misterio de sus propias rosas. Mis rosas. Sin éxito. Caroline no iba a dejarse distraer. Pero al rato se marchó, y entonces me quedé con Judy, y abrí la boca para pronunciar el discursito que había preparado al detalle: «Cantas maravillosamente, seguro que tienes una magnífica profesora». (¿Sería demasiado atrevido? ¿Pensaría de mí que era un pelma, un metomentodo? ¿Pensaría que era algo que decía yo a las docenas de chicas que conocía, todas las cuales cantaban? ¿Pensaría quizás que trataba de

abalanzarme encima de ella como un jugador de fútbol americano, como un bestia que, Knopwood, ¡no me falles!, sólo ansiaba utilizarla como un objeto de mera conveniencia?). Sin embargo, a su alrededor vi a las mismas personas sonrientes, morenas de piel, todas ellas pertrechadas de una nariz más que considerable, que ya había visto la noche anterior, y que me saludaron debidamente cuando Judy (¡qué modales, qué aplomo: seguro que era de origen extranjero!) me los fue presentando uno por uno, diciendo que era el hermano de Caroline. Mi padre, el doctor Louis Wolff. Mi madre. Mi tía Esther. Mi tío, el profesor Bruno Schwarz.

Fueron todos muy amables conmigo, pero me pareció que todos tenían rayos X en los ojos o percepción extrasensorial, pues todos dieron por sentado, sin necesidad de preguntarlo, que había sido yo quien envió a Judy el otro ramo de rosas. Y esto me dejó boquiabierto, cortado. Allí estaba yo sin saber qué hacer, amante declarado, papel para el cual no tenía preparación de ninguna clase, y en el cual había ingresado a la altura de las rosas, altura que era por completo incapaz de mantener. Pero lo más llamativo fue que todos los presentes dieran por hecho que mi deber era admirar a Judy y enviarle flores, por ser ésta la manera más apropiada de llegar a conocerla. Deduje que ser el hermano de Caroline era, para ellos, carta de presentación más que suficiente. ¡Qué poco conocían a Caroline! Lo entendían, se mostraron simpáticos conmigo. Desde luego que no dijeron nada directamente, aunque la actitud que tuvieron conmigo, y su conversación, me hicieron ver con absoluta claridad que daban por sentado mi deseo de que se me aceptase en calidad de amigo, y que estaban absolutamente decididos a que así fuera. Yo no sabía qué hacer. El curso del amor verdadero, al contrario de todo lo que uno tenía por adecuado, iba como la seda, y yo no estaba listo para encontrármelo así de expedito.

Algunos amigos míos del colegio estaban enamorados de algunas chicas. Los padres de estas chicas siempre eran un fastidio hilarante, siempre ansiosos de embrear y emplumar a Cupido y dejarlo hecho un hazmerreír; si no, se mostraban desagradables, irónicos, como si acerca del amor lo hubieran olvidado todo, salvo que era algo que padecían los cachorros y los terneros. Los Wolff en cambio me tomaron muy en serio, como a un ser humano. Yo había tenido la esperanza de un romance furtivo, desconocido para el mundo entero. Y allí estaba la señora Wolff, diciendo que siempre estaban en casa los domingos entre las cuatro y las seis de la tarde, y que si me apetecía ir a visitarles estarían encantados de recibirme. Les pregunté si no sería demasiado precipitado ir al día siguiente. No, el día siguiente era muy buena idea. Estarían encantados de volver a verme. Manifestaron su esperanza de que nos viésemos a menudo.

Durante todo esto Judy apenas dijo nada, y cuando le estreché la mano al despedirme —pavorosa situación: ¿era eso lo que debía hacer, o era una metedura de pata?— bajó la mirada.

Fue algo que nunca había visto hacer en una chica. Caroline y sus amigas miraban siempre de frente, a los ojos, sobre todo si iban a decir algo desagradable. Bajar la mirada fue un gesto que me dejó desarmado, por lo modesto de su belleza.

Sin embargo, que todo transcurriese tan en público... ¿Es posible que fuera mi actitud tan evidente? Por el camino de regreso a casa, Netty comentó que ciertamente parecía arrobado con aquella muchacha, la morena, y cuando le pregunté con altivez qué quería decir, dijo que ella tenía ojos en la cara, igual que todo el mundo, y que yo había estado babeando de tal modo que a nadie pudo pasarle inadvertido.

Netty estaba de un humor inmejorable. Dunstan Ramsay había presenciado la función de *Crossings*, invitado, digo yo, en calidad de director de un colegio próximo. Había dedicado a Netty mucha atención. Típico del Taladro. Nunca pasaba de largo ante nadie, y parecía decidido a toda costa a ser galante incluso con mujeres a las que nadie era capaz de aguantar. Presentó a Netty a la señorita Gostling, directora del Obispo Cairncross, y dijo que ella era el puntal sobre el que descansaba el bienestar de la familia Staunton mientras mi padre tenía que estar de viaje, debido a la guerra. La señorita Gostling estuvo muy bien, sin darse aires de gran señora. Pero fue buena cosa que todo transcurriese en un colegio y no en un hotel, porque el café que servían podría haber bastado para atragantar a un perro.

Cuando ya nos íbamos a acostar, Caroline vino a mi habitación a darme las gracias por las flores.

—Debo decir que lo hiciste con verdadero gusto —dijo—, y que sin duda tuviste que buscar mucho para encontrar unas rosas amarillas tan bonitas por sólo cinco dólares. Yo sé lo que cuestan estas cosas. Y era idéntico al ramo que el Taladro envió a la asquerosa de Gostling. Me juego cualquier cosa a que no pagó menos de ocho.

Estaba yo animado, incluso osado.

—¿Y quién te envió las otras flores? —pregunté.

—Scotland Yard sospecha de Tiger McGregor —respondió—. Lleva un par de meses al acecho. ¡Qué sinvergüenza, qué mal gusto! Diría que no ha pagado ni un dólar con setenta y cinco —lo dijo con un brillo en su ojo experto de prestamista—, y seguro que además cuenta con que por esa nonada vaya con él al baile del Colborne. Ahora que lo pienso, puede que vaya... Por cierto, estamos invitados los dos a tomar el té mañana en casa de Judy Wolff. Te lo he conseguido yo, así que adecéntate y no me hagas quedar mal.

Así que el Taladro había enviado las rosas, ahorrándome quién sabe qué humillación, qué abyecta servidumbre para con Carol. ¿Era posible que supiera algo? No lo creo. Hizo tan sólo lo que debía hacer con la hija de un viejo amigo, y además pasándoselo bien con el gesto. Pero tanto si estaba al tanto como si no, se portó como un amigo. ¿O era más que un amigo? Maldita Carol...

Fuimos a tomar el té a casa de los Wolff al día siguiente. No iba a ser un

acontecimiento para el que estuviera preparado, de modo que estaba frenético, nerviosísimo. Pero encontramos la casa de los Wolff llena de gente. Allí estaba Tiger McGregor, que mantuvo a Caroline lejos de mí. Pude cruzar algunas palabras con Judy, que incluso me dio una fuente de bocadillos para pasarla entre los invitados, de modo que obviamente pensaba de mí que era una persona de toda confianza, y no sólo alguien que la consideraba un mero objeto de conveniencia. Sus padres estuvieron muy amables en todo, encantadores incluso, y aunque yo tenía cierta experiencia de la amabilidad, el encanto me era del todo desconocido, de modo que me enamoré de todos los Wolff y los Schwarz, según la debida gradación del caso, y tuve la clara sensación de haber entrado de pronto en un mundo completamente nuevo.

Así comenzó un amor que fue nutriente fundamental en mi vida y expandió mi espíritu a lo largo de un año, antes de ser destruido por un acto de amabilidad que vino a ser en realidad un acto de crueldad despiadada.

¿Hace falta que entremos en detalles sobre lo que le dije a Judy? No soy yo un poeta, y supongo que lo que le dije fue poco más o menos lo que dice cualquiera en una situación así, y aunque recuerdo que ella me habló con harta elocuencia, no podría recordar con ninguna precisión qué fue lo que me dijo. Si es preciso mirar y escuchar el amor sin pasar vergüenza, hay que transmutarlo en arte, y eso es algo que yo no sé hacer, algo que tampoco he venido a Zúrich a aprender.

DRA. VON HALLER: Pero habremos de entrar un poco en ello, creo yo. ¿Llegó usted a decirle que la amaba?

YO: El día de Año Nuevo. Le dije que siempre la querría, y se lo dije totalmente en serio. Ella por su parte dijo que no estaba segura de que me amase; no quería decírmelo a menos que estuviera segura, a menos que fuese para siempre. Pero añadió que no dejaría de decírmelo cuando llegase el momento de saberlo con seguridad, y mientras tanto lo mejor que podía hacer por ella era no apremiarla.

DRA. VON HALLER: ¿Y qué hizo usted?

YO: Pues me temo que la apremié bastante. Ella siempre fue muy bondadosa, siempre me dijo lo mismo.

DRA. VON HALLER: ¿Cómo era? Físicamente, quiero decir. ¿Era de apariencia característicamente femenina? ¿Tenía el pecho bien desarrollado? ¿Era una persona limpia?

YO: Era morena. Tenía esa tez que llaman olivácea, aunque con un maravilloso tono colorado en las mejillas cuando se sonrojaba. Tenía el cabello castaño oscuro. No era alta, pero tampoco baja. Se mofaba de sí misma por ser gorda, aunque no lo era. Si acaso, tenía bien marcadas las curvas. Aquellos uniformes en que insistían los colegios como el Obispo Cairncross en aquel entonces eran extraordinariamente reveladores. Si una chica tenía unos buenos pechos, se le notaban perfectamente con aquellas blusas. Y había chicas que tenían una verdadera repisa debajo del mentón. Y las faldas azules eran absurdamente cortas. Dejaban ver unas piernas larguísimas, desde el tobillo hasta medio muslo. Presuntamente tenía que ser un uniforme modesto, que les diera el aspecto de niñas pequeñas, pero una chica guapa, vestida de ese modo, es como un milagro demoledor. Las menos agraciadas y las gordas daban un poco de miedo, pero no era ése el caso de Judy.

DRA. VON HALLER: De modo que usted sentía verdadero deseo físico por ella...

YO: ¡Desde luego que sí! ¡Hubo ocasiones en las que por poco me quedé literalmente frito! Electrocutado,

quiero decir. Pero siempre tuve muy presente lo que me había dicho Knopwood. Y también le hablé a Knopwood de todo esto, y estuvo maravilloso conmigo. Dijo que se trataba de una grandísima experiencia, pero que yo era el hombre, por lo cual tenía mayor responsabilidad que ella. Así pues... no hubo nada que pudiera perjudicar a Judy. También me insinuó algo sobre las chicas judías; dijo que las educaban para ser la modestia en persona, y que sus padres, siendo de origen vienés, seguramente eran muy estrictos. Así pues... nada de tratos directos, a la canadiense, y mucho menos enfrentarme con los padres.

DRA. VON HALLER: ¿Tuvo usted sueños eróticos con ella?

YO: No, no con ella. Pero tuve sueños fantásticos con mujeres a las que no llegaba a reconocer, a veces brujas que daban miedo y que me violaban y me hacían de todo. Netty había empezado a torcer el gesto; me preguntaba por el pijama. Y, cómo no, se sacó de la mano un cuentecillo del folclore de Deptford. Parece que allí hubo una mujer, cuando ella era una niña, que andaba siempre dale que te pego y que al final fue descubierta en un agujero, en medio del campo, dale que te pego con un mendigo. La mujer se había vuelto loca de remate. La tuvieron que encerrar en su casa y atarla a un mueble para que no escapara. Pero algo me dice que este cuento, con su moraleja sobre la lujuria y sus penosos resultados, en realidad lo contó más pensando en Caroline, porque Tiger McGregor andaba más que nunca al acecho, y Carol empezaba a ponerse un poco tonta. Yo mismo le hablé de este asunto, y ella me contestó con alguna cita sobre el empinado y espinoso camino que lleva al cielo, mientras que yo, añadió, estaba haciendo el asno con Judy Wolff. A pesar de todo no dejé de prestarle atención.

DRA. VON HALLER: ¿Sí? Dígame algo más a ese respecto, por favor.

YO: No es una parte de mi vida de la que me sienta particularmente orgulloso. De vez en cuando andaba por la casa a hurtadillas, cuando estaba Tiger de visita, más que nada para cerciorarme de que todo estuviera en orden.

DRA. VON HALLER: ¿Y lo estaba?

YO: No. Hubo abundantes besos, besos prolongados y una vez llegué a sorprenderlos en el sofá, y Carol tenía la falda prácticamente por encima de la cabeza, mientras Tiger resoplaba. Lo que Netty llamaría «una escena».

DRA. VON HALLER: ¿Y usted intervino?

YO: No. No llegué a tanto, aunque me puse hecho una furia. Subí a la otra planta y me puse a caminar ruidosamente justo encima de donde estaban ellos, y luego eché otro vistazo y vi que se habían comportado.

DRA. VON HALLER: ¿Tenía celos de su hermana?

YO: Ella no era más que una niña. Tendría que haber sido más prudente en esas situaciones. Y tampoco podía fiarme de que Tiger comprendiese que era él quien tenía la mayor responsabilidad de ambos. De todos modos, Carol estaba más caliente que una estufa de Quebec.

DRA. VON HALLER: ¿Qué le dijo usted a Tiger?

YO: Ahí es donde está lo vergonzoso del caso. No le dije nada. Yo era bastante fortachón. A los doce años más o menos olvidé todas las bobadas acerca de que era un chico frágil, un enclenque. Pero Tiger era un bruto, un jugador de fútbol, que podría haberme matado de un sopapo.

DRA. VON HALLER: ¿No tendría que haber estado dispuesto a plantar cara, así fuera por los principios del padre Knopwood?

YO: Knopwood también preparó a Carol para recibir la confirmación. Ella conocía sus principios igual de bien que yo. Pero se reía de él, lo consideraba mi «padre fantasmal». Y Tiger no tenía principios entonces y no los tiene ahora. Ha terminado por ser relaciones públicas en una de las empresas de mi padre.

DRA. VON HALLER: Así pues, lo que era perfecto en el caso de usted y de Judy no lo era, ni mucho menos, en el caso de Tiger y Carol...

YO: Yo amaba a Judy.

DRA. VON HALLER: ¿Y no tuvo con ella ninguna escena en un sofá?

YO: Sí, pero fueron pocas, y muy espaciadas. Los Wolff vivían en un piso, y aunque era relativamente

grande siempre había alguien a punto de llegar o de marcharse.

DRA. VON HALLER: ¿Quiere decir que mantenían a la hija atada en corto?

YO: Sí, aunque nadie lo diría. Eran unas personas encantadoras, un tipo de personas como yo no había tratado antes. El doctor Wolff era cirujano, aunque por su manera de hablar nadie lo habría dicho. El arte, la música y el teatro eran lo que más le interesaba. Y la política. Fue el primer hombre que conocí al que le interesara la política sin ser partidario acérrimo de tal o cual causa. Incluso se tomaba con mucha frialdad toda la cuestión del sionismo. Llegó a hablar bien de Mackenzie King; admiraba la astucia política de King. Sabía sopesar las noticias de la guerra como nadie, e incluso cuando los Aliados sufrieron algunos reveses, cerca del final, no tuvo la menor duda de que el fin estaba cerca. Junto con el profesor Schwarz, que era su cuñado, supo ver las cosas con tanta claridad que se marchó de Austria en 1932. En aquella casa había un grado de sofisticación que para mí era una constante fuente de conocimiento. Y no era mera fachada, sino algo que nacía de lo más profundo de toda la familia.

DRA. VON HALLER: ¿Y mantenían a la hija atada en corto?

YO: Supongo que sí. Pero yo no llegué a ser consciente de ello.

DRA. VON HALLER: ¿Y hubo entre ustedes algunas escenas tempestuosas?

YO: Me temo que sí, siempre que fue posible.

DRA. VON HALLER: ¿A lo cual ella accedió y dio su consentimiento sin estar segura de amarlo?

YO: Pero es que yo la amaba. Ella sólo fue amable conmigo porque yo la amaba.

DRA. VON HALLER: ¿Y no fue Carol amable con Tiger?

YO: Carol sólo fue amable consigo misma.

DRA. VON HALLER: ¿Y Judy no?

YO: Dudo mucho que pueda usted convencerme de que ambas cosas fueran lo mismo.

DRA. VON HALLER: ¿Y qué diría el juez Staunton si estas dos jóvenes parejas le fueran presentadas en juicio? ¿Haría algún distingo entre ambas? Si el padre Knopwood tuviera que prestar testimonio, ¿haría ese distingo?

YO: Knopwood era la encarnación misma de la caridad.

DRA. VON HALLER: ¿Y usted no? En fin, no me responda ahora. La caridad es la última lección que aprendemos. Por eso gran parte de la caridad que mostramos hacia los demás es retrospectiva. Piénselo, hablaremos de ello más adelante. En fin, cuénteme más cosas de su año maravilloso.

Fue maravilloso porque la guerra estaba próxima a terminar. Fue maravilloso porque mi padre por fin comenzó a volver a casa a pasar algún que otro fin de semana. Fue maravilloso porque encontré mi vocación profesional. Fue maravilloso porque me subió la asignación semanal, a causa de lo de Judy.

No comenzó la cosa con muy buen pie. Un día dijo a Caroline que quería verla en su despacho. Ella pensó que se trataba de Tiger y se puso muy nerviosa, estaba aterrada, pensando que Netty le habría ido con el cuento. En el despacho de mi padre sólo se ventilaban asuntos de la mayor trascendencia. Lo cierto es que sólo quiso que le explicara por qué, y en qué había gastado tantísimo dinero. La señorita Macmanaway, la secretaria, le adelantaba a Caroline el dinero a medida que lo necesitara, sin hacerle nunca una sola pregunta, pero es evidente que llevaba la cuenta al detalle para pasársela a mi padre. Caroline me estuvo adelantando a mí el dinero

que necesitaba para llevar a Judy al cine, a un concierto, a una obra de teatro, a comer fuera de vez en cuando. Creo que Caroline pensaba que de ese modo yo no diría nada de Tiger, y me temo que tenía toda la razón. Pero cuando mi padre quiso saber en qué se había estado gastando unos veinticinco dólares por semana, sin contar la ropa y otros gastos adicionales, se dejó llevar por el pánico y le dijo que me había dado a mí el dinero. ¿Por qué? Pues porque sale con una chica y ya sabes cómo se pone cuando las cosas no son como él quiere que sean. Carol me avisó que anduviera preparado para la tormenta.

No hubo tal tormenta. Pareció que a mi padre la situación le hizo bastante gracia en cuanto me hubo aterrorizado durante sólo unos minutos. Le gustó la idea de que yo tuviera una novieta. Me aumentó la asignación a siete dólares con cincuenta centavos por semana, toda una fortuna después de haber subsistido con mi mísero dólar semanal durante tanto tiempo. Dijo que se había olvidado de que yo iba creciendo, de que tenía necesidades concretas.

Me quedé tan aliviado, me sentí tan agradecido, tan encantado —porque era en verdad el hombre con más encanto que he tratado nunca, y lo era de un modo optimista, abierto, muy distinto del complejo e incluso barroco encanto de los Wolff—, que le conté muchas cosas sobre Judy. Por extraño que fuera, y coincidiendo en esto con Knopwood, me avisó sobre las chicas judías; me dijo que se las vigilaba de manera muy estricta, y más cuando tenían el nivel que tenían los Wolff. ¿Por qué no me buscaba una novia de clase un poco inferior? Eso no lo entendí. ¿Por qué iba yo a querer a una chica que fuera menos que Judy, cuando no sólo ella, sino toda su familia, gozaban de tan gran distinción? Sabía que a mi padre le agradaban las personas distinguidas. Pero a eso no me quiso contestar.

Así pues, todo comenzó a ser mucho más fácil. Y me vi libre de las garras de Carol en lo financiero.

Llegó el verano y la guerra en Europa había terminado el 7 de mayo.

Fui al campamento por última vez. Todos los veranos, a Caroline y a mí nos enviaban a sendos campamentos, siempre excelentes. A mí me gustaba el mío. No era demasiado grande. El programa de actividades era sensato, nada que ver con aquellas pesadillas de un falso estilo de vida que imitase el de los indios. Teníamos bastante libertad. Poco a poco llegué a conocer bastante bien a muchos de los chicos, y me los encontraba año tras año, aunque no en invierno, puesto que pocos eran del Colborne College.

Había un compañero que me interesaba de manera especial, porque en múltiples sentidos era completamente distinto de mí. Parecía tener una osadía extraordinaria. Nunca hacía previsiones, nunca se paraba a mirar el coste de nada. Se llamaba Bill Unsworth.

Fui al campamento con bastantes ganas, porque los padres de Judy se la iban a llevar a California. El profesor Schwarz iba a dar unas conferencias especiales en el Tecnológico de California y en otros sitios por el estilo, y los Wolff quisieron aprovechar el viaje para hacer turismo. La señora Wolff dijo que era hora de que Judy conociera algo de mundo antes de volver a Europa a continuar sus estudios. No llegué a entender del todo el sentido de este comentario, pero supuse que el final de la guerra tenía alguna relación con él.

El campamento estuvo muy bien, aunque yo empezaba a ser algo mayor para esas diversiones. Bill Unsworth ya era demasiado mayor, aun cuando era un poco más joven que yo. Al término del campamento, que fue a mediados de agosto más o menos, nos invitó a mí y a otros dos chicos a pasar con él unos días en una casa de verano que era propiedad de sus padres y que estaba por allí cerca, antes de regresar a Toronto. Fue una buena idea, aunque estábamos ya relativamente hartos de remar en bote y de nadar a nuestro antojo. Nos aburríamos y Bill propuso que hiciéramos alguna trastada.

Ninguno de nosotros tenía ni la menor idea de lo que estaba tramando, pero él parecía convencido de que lo íbamos a disfrutar, y además le gustaba dárselas de misterioso. Recorrimos una cierta distancia, una treintena de kilómetros, por carreteras secundarias. Finalmente detuvo el coche y nos dijo que debíamos hacer a pie el resto del camino.

Habíamos ido a parar a una zona bastante agreste, pues nos hallábamos en Muskoka, que es una región rocosa y cubierta de matorrales, por la que resulta difícil avanzar a pie. Al cabo de media hora llegamos a una bonita casa de veraneo, a orillas de un lago pequeño. Era un sitio muy remilgado, con un jardincillo adornado con

rocas alrededor —es difícil tener un buen jardín en Muskoka— y mucho mobiliario de jardín, que daba la impresión de estar muy bien cuidado, gracias a alguien sumamente quisquilloso con sus cosas.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Jerry Wood.

—No sé cómo se llaman —contestó Bill—. Pero sé que ahora no están. Se han ido de viaje a las Provincias Marítimas. Lo oí decir en la tienda.

—Ah, ¿y han dicho que podíamos usar la casa?

—No. Nadie ha dicho que podamos usarla.

—Está cerrada con llave —dijo Don McQuilly, que era el cuarto del grupo.

—Es uno de esos cerrojos que se abren sólo con echarles un escupitajo —dijo Bill Unsworth.

—¿Piensas romper el cerrojo?

—Así es, Donny. Pienso romper el cerrojo.

—¿Para qué?

—Para entrar, ¿para qué si no?

—Espera un momento. ¿Para qué quieres entrar?

—Para ver qué tienen ahí dentro y hacerlo todo pedazos —dijo Bill.

—¿Y por qué?

—Porque me sale de los cojones. ¿O es que tú nunca has querido destrozar una casa?

—Mi abuelo es juez —dijo McQuilly—. Yo tengo que andarme con cuidado.

—No veo yo que tu abuelo ande por aquí —dijo Bill, y barrió el paisaje con los ojos apantallados bajo una mano, igual que un pirata de película.

Tuvimos una discusión. McQuilly estaba en contra de que entrásemos, pero Jerry Wood pensó que podría ser divertido entrar y revolver unas cuantas cosas. Yo estaba indeciso, como siempre. Estaba harto de la disciplina del campamento, pero era por mi propia naturaleza respetuoso con la ley. A menudo me había preguntado qué se podría sentir destrozando alguna cosa, pero tenía por otra parte la fuerte convicción de que si hacía algo malo, sin duda terminarían por cazarme. De todos modos, a ningún chico le agrada quedar en mal lugar a ojos de un líder, y Bill Unsworth era un líder con todas las de la ley, al menos a su manera. Su sonrisa sardónica mientras duró la discusión valió lo que muchas páginas de argumentos verbales. Al final decidimos hacerlo. Yo pensé que podría parar en el momento en que quisiera.

Al cerrojo le hizo falta algo más que un escupitajo, pero Bill se había llevado algunas herramientas, lo cual nos sorprendió e incluso nos sobresaltó. Entramos en cuestión de minutos. La casa era por dentro aún más primorosa de lo que parecía el exterior. Era una casa para pasar las vacaciones, pero todo hacía pensar en personas de edad avanzada.

—Lo primero que hay que hacer en estas situaciones —dijo Bill— es ver si tienen

algo que darnos de beber.

No había nada, lo que los convirtió en enemigos a ojos de Bill. Tenían que haber escondido las bebidas en alguna parte, lo cual era una sucia trampa que merecía un castigo. Comenzó a revolver cajones y armarios, volcando todo el contenido al suelo. Los demás no quisimos pasar por pusilánimes, de modo que nos liamos a patadas, aunque nuestra falta de entusiasmo terminó por cabrear al cabecilla de la banda.

—¡Me dais ganas de vomitar! —gritó, y arrancó un espejo colgado de la pared. Era redondo; tenía un marco de yeso en forma de florecillas y frutos. Lo levantó por encima de la cabeza y lo destrozó de un golpe contra el respaldo de una silla. Los añicos salieron volando por todas partes.

—¡Eh, cuidado! —gritó Jerry—. ¡A ver si vas a matar a alguien!

—Os voy a matar a todos —gritó Bill, y se pasó tres o cuatro minutos soltando juramentos, insultándonos de todas las maneras que se le ocurrieron, por ser tan gallinas. Cuando alguien me habla de «madera de líder», suelo pensar en Bill Unsworth. Tenía madera de líder. Y, al igual que tantas personas que están hechas de esa misma pasta, era capaz de obligarte a hacer cosas que no querías hacer; lo conseguía con urgencia y con astucia. Nos sentimos avergonzados delante de él. Él era el osado aventurero, el que se había arriesgado para incluirnos a todos— desdichados caguetas —en una hazaña aventurera, peligrosa, completamente ilegal, y nosotros en cambio no hacíamos más que preocuparnos de que alguien pudiera salir herido. Nos armamos de valor y nos pusimos a soltar palabras malsonantes, al tiempo que acometimos el destrozo de la casa.

Nuestro apetito de destrucción fue en aumento tan pronto comenzamos a destruirla. Yo empecé con cautela, sacando libros de una estantería, aunque en cuestión de segundos me dio por arrancar las páginas y arrojarlas por todas partes. Jerry se armó con un cuchillo y sacó a puñados el relleno de los colchones. Rajó de parte a parte los cojines del sofá y esparció las plumas. McQuilly, empujado por alguna siniestra urgencia escocesa, encontró una palanqueta y fue reduciendo los objetos de madera a un cúmulo de astillas. Y Bill era una furia que desgarraba, aplastaba y reventaba todo lo que encontrase a su paso. Me di cuenta, sin embargo, que reservaba algunos objetos y los iba colocando en un montón, con orden, sobre la mesa del comedor. Nos dijo que no lo tocásemos. Eran fotografías.

Los ancianos que vivían en la casa debían de tener una familia numerosísima, porque había fotografías de jóvenes, de bodas, de grupos, por todas partes. Eran claramente los hijos y los nietos del matrimonio. Cuando por fin hubimos causado todos los destrozos que pudimos, el montón de la mesa era más que considerable.

—Y ahora, el toque final —dijo Bill—. Y corre de mi cuenta.

Subió de un salto a la mesa, se bajó los pantalones y se acuclilló encima de las fotografías. Estaba claro que se había propuesto defecar encima de ellas, aunque esas

cosas no siempre salen en el momento en que uno quiere, de modo que durante varios minutos nos quedamos helados, mirándolo, mientras gruñía y maldecía y se desgañitaba y resoplaba, hasta que al fin logró lo que quería hacer, exactamente encima de las fotografías de familia.

No sabría decir cuánto tardó, pero sé que fueron momentos críticos en mi vida. Mientras hacía fuerza, con la cara colorada y los ojos fuera de las órbitas, y al verlo por fin con un gran zurullo colgando del culo de simio que tenía, recobré la cordura y me dije no «¿Qué estoy haciendo yo aquí?», sino otra cosa: «¿Por qué está haciendo eso? Toda la destrucción de hace unos momentos ha sido sólo un prelude para llegar a esto. Es un acto animal, un acto sucio, de desafío, de protesta, pero ¿contra qué? Si ni siquiera sabe quiénes son los dueños de la casa. No hay en él rencor contra unos individuos que le hayan podido lastimar. ¿Protesta contra el orden, contra la propiedad, contra la privacidad? No, no hay nada intelectual en lo que está haciendo, nada que tenga raíces en los principios, ni siquiera en los principios de la anarquía. Por lo que puedo juzgar, y debo recordar que soy su cómplice en todo esto, en este ultraje definitivo, solamente está siendo todo lo malo que su fuerza de voluntad y su muy deficiente imaginación le permiten ser. Está poseído. Lo que le posee es el mal».

Me sacó bruscamente de mis ensoñaciones un grito de Bill, que pedía algo para limpiarse.

—Límpiate con el faldón de la camisa, cerdo asqueroso —le dijo McQuilly—. Eso sí sería propio de ti.

La habitación apestaba. Nos marchamos en el acto. Bill Unsworth fue el último en salir. Parecía más pequeño, más ruin, vaciado, pero ni mucho menos arrepentido de nada.

Volvimos al coche con un mal humor extraordinario. Nadie dijo nada en el camino de vuelta a la casa de los Unsworth. Al día siguiente, Wood, McQuilly y yo tomamos el único tren que había para volver a Toronto. No hablamos de lo que habíamos hecho. Nunca lo volvimos a mencionar.

En el largo trayecto de vuelta de Muskoka a Toronto tuve tiempo de sobra para pensar, y tomé la resolución de que iba a ser abogado. Estaba en contra de los tipos que obrasen como Bill Unsworth, tipos poseídos como él. Estaba en contra de lo que pudiera haberse apoderado de él y pensé que la ley era el mejor modo para que mi oposición fuera eficaz.

Descubrir que estaba enamorado de la doctora von Haller fue una sorpresa que no me produjo ningún placer.

Había pasado muchas semanas viéndola los lunes, los miércoles y los viernes, y siempre fui consciente de los cambios que iban produciéndose en mi actitud hacia ella. Al principio, mera indiferencia: ella era mi médico, y aunque nunca fui tan zoquete como para pensar que iba a ayudarme sin mi colaboración, supuse que todo eso tendría ciertos límites. Yo me limitaría a responder a sus preguntas, a proporcionarle toda la información que pudiera, pero di por hecho, sin pensarlo, que me quedaría cierta reticencia. No me tomé demasiado en serio su petición de que le informase con asiduidad sobre mis sueños, aunque en esto hice todo lo posible por cumplir, e incluso llegué a un punto en el que estaba dispuesto a tomar notas cuando despertaba y recordaba un sueño, antes de volver a dormirme. No obstante, la idea de que los sueños fuesen una clave que pudiera abrir algo más, algo sumamente serio, me seguía resultando extraña, y supongo que no la veía del todo con buenos ojos. Netty nunca había adjudicado el menor valor a los sueños, y el adiestramiento que en casi todo me dio Netty no es fácil de suprimir de un plumazo.

Con el tiempo, sin embargo, llegó a acumularse un dossier de sueños bastante considerable, que la doctora procedió a archivar, y del cual yo guardaba copia. Había alquilado unas habitaciones en Zúrich, un piso pequeño que daba a un patio, muy acogedor. Podía tomar la comida y la cena con su vino correspondiente en una *table d'hôte*, y al cabo de un tiempo descubrí que el vino me era más que suficiente, y tomaba como mucho una copita de whisky antes de acostarme, más que nada para no olvidarme de su sabor. Estaba muy ocupado, pues la doctora me había puesto deberes en abundancia. Preparar mis notas para la siguiente reunión en su consulta me llevaba mucho más tiempo del que había supuesto —casi tanto como preparar un caso para su defensa ante el tribunal—, porque mi problema consistía en hallar el tono adecuado. Con Johanna von Haller no discutía con tal de lograr la victoria en la disputa, sino que mi finalidad era acceder a la verdad. Representaba mucho trabajo. Comencé a echar una siesta después de las comidas, cosa que nunca había hecho. Caminaba a ratos; llegué a conocer la ciudad bastante bien, al menos lo suficiente para comprender que mi conocimiento seguía siendo el de un visitante, un forastero. Visité los museos, e incluso fui a las iglesias, y a veces pasé largo tiempo sentado en la Grossmünster, contemplando las espléndidas vidrieras modernas. Y en todo momento pensaba, recordaba, revivía: aquello en lo que estaba implicado con la doctora von Haller (que digo yo que habrá que llamar análisis, aunque no se parecía en nada a lo que yo había pensado que sería un análisis) se apoderaba de mí por

completo.

Hasta qué punto debería rendirme, me preguntaba, y al formularme la pregunta era consciente de que la hora de volver atrás ya había pasado, por lo que no me quedaba la posibilidad de elegir. Dejé de sentir incluso la vergüenza que me producían los sueños, y me llevaba un buen sueño a mi cita del día tan contento como el chiquillo que lleva bien preparada la lección.

(El dossier de los sueños lo llevaba en otro cuaderno, de modo que en éste sólo aparecen algunas referencias sueltas a su contenido. No es que lo haya ocultado adrede. Los sueños de una persona que se somete a un tratamiento como el mío se cuentan por decenas y centenas, y extraer algún sentido de una masa semejante es un proceso lento y laborioso, ya que los sueños revelan su contenido en series, y muy pocas veces suele ser revelador un sueño aislado. Leer tal compilación de sueños es como leer toda una correspondencia de negocios cuando se prepara la defensa de un caso: es un tedioso batear el agua en busca de oro, tarea en la que hay que descartar una cantidad inmensa de grava y arena antes de hallar una minúscula pepita).

La indiferencia dio paso al desagrado. La doctora me parecía una persona vulgar, no tan cuidadosa de su apariencia física como al principio pensé, y a veces me dio por sospechar que encubría a duras penas una manifiesta antipatía hacia mí. Decía cosas que parecían anodinas hasta que uno las sopesaba despacio, y entonces asomaba un filo cortante en muchas de ellas. Comencé a preguntarme si no sería como tantas otras personas que he conocido, que nunca podrán perdonarme por el hecho de ser yo una persona rica y privilegiada. La envidia que suscita la riqueza es algo muy comprensible en las personas que viven bajo un cielo siempre oscurecido por las nubes cambiantes de la preocupación monetaria y la necesidad. Suelen vernos a las personas de mi condición como si estuviésemos libres de la única gran circunstancia que condiciona sus vidas, sus amores y el destino de sus familias: la carencia de dinero contante y sonante. Dicen, siempre con mucha labia, que no envidian a los ricos, que sin duda deben de tener infinidad de preocupaciones. La realidad es algo muy distinto. ¿Cómo van a librarse de la envidia? Tienen que sentirse especialmente envidiosos cuando ven que los ricos quedan en ridículo, cuando despilfarran sus fortunas en tonterías. Lo que un individuo así se ha gastado en un yate, piensan por ejemplo, a mí me arreglaría la vida entera. Lo que no llegan a entender es que esa estupidez es en gran medida mera cuestión de oportunidad y que los estúpidos, sean ricos o sean pobres, siempre serán tan estúpidos como puedan. ¿Cambia el dinero la esencia del hombre? Yo he sido objeto de muchas envidias y sé que muchas de las personas que me envidian por mi dinero en realidad envidian mi inteligencia, aunque

esto es imposible que lo sepan, y envidian mi carácter, mi dedicación al trabajo, cierta dureza que poseo, y que ni siquiera con la fortuna de un emperador se podría comprar.

¿Acaso la doctora von Haller, sentada todo el día en su consulta, escuchando los problemas de otros pacientes, me envidiaba por algo? ¿Acaso me tenía antipatía? Me pareció que no era imposible.

Nuestra relación mejoró luego de algún tiempo. Me pareció que la doctora se mostraba más amistosa, menos propensa a decir cosas que requerían una inspección cuidadosa, pues en todas anidaba una crítica escondida. Siempre me han gustado las mujeres a pesar de mi historia con ellas, que no deja de tener ribetes un tanto insólitos. Tengo algunas amigas y he tenido una cantidad elevada de clientas cuyo punto de vista me enorgullezco de entender, y de haber defendido con éxito ante los tribunales.

En este nuevo ambiente de amistad, me abrí de una manera tal como nunca había hecho. Prescindí en gran medida de todas mis cautelas. Pensé que estaba en condiciones de decir algunas cosas que me hacían aparecer bajo una luz desfavorable, pues no tenía reprimendas que temer. Por primera vez en mi vida desde que perdí a Knopwood, sentí la urgencia apremiante de confesar mis interioridades. Sé cuán pesada es la carga de los asuntos inconfesables que sobrelleva cualquier hombre y que a veces parece ser realmente indecible. Muy a menudo, todo eso no es ni deshonesto ni criminal. Es tan sólo una sensación de no haberse comportado como es debido, o de haber hecho algo que era contrario al bien de otra persona, o de haberse escabullido cuando uno debiera haber esperado siguiendo los dictados de la decencia, o de haber doblado bruscamente una esquina cuando alguien se encontraba en una situación difícil, o de haber hablado de algo de primerísima calidad cuando uno tenía en mente hacer algo más bien de segunda, o de haber caído por debajo de los criterios que uno se hubiera propuesto cumplir, fueran cuales fuesen. En calidad de abogado he oído infinidad de confesiones de este jaez; buena parte de lo que aparenta ser un delito ha comenzado por ser un fracaso de estas características. Yo de todos modos no me había confiado a nadie. ¿A quién iba a confiarme? En calidad de abogado criminalista —cómica expresión, aunque suele ser la habitual en un hombre que, como yo, dedica demasiado tiempo a defender a personas que son, o que posiblemente sean, criminales, o cuando menos delincuentes—, sabía muy bien qué peligrosa es una confesión. El sacerdote, el médico, el abogado: todos sabemos que sus labios están sellados por un juramento que ninguna tortura podría obligarles a desvelar. Extraño, así pues, cuántos secretos de otras tantas personas llegan a ser conocidos. No digas nada a nadie, mantén la boca cerrada incluso acerca de este detalle: ésa ha sido mi consigna durante más de veinte de mis cuarenta años. Sin embargo, ¿no fue la urgente necesidad de confesar lo que me trajo a Zúrich? Allí

estaba, convencido de que podía confiarme a aquella doctora suiza y pensando que además era todo un lujo.

¿Qué fue de mis confianzas cuando las hice? ¿Qué sabía yo acerca de Johanna von Haller? ¿Dónde estaba cuando no estaba en su sillón, en ese despacho que había llegado yo a conocer al dedillo? ¿De dónde provenía la información sobre el mundo que tantas veces surgía en nuestras charlas? Me dio por leer el *Die Neue Zürcher Zeitung* para mantenerme al corriente de lo que ella sabía, y aunque al principio me pareció que jamás había leído un periódico tan extraordinario, mi comprensión del alemán fue mejorando, y decidí que de hecho jamás había leído un periódico tan extraordinario, cosa que digo en el sentido más elogioso posible.

¿Iba a algún concierto? ¿Iba al teatro? ¿Iba al cine? Yo acudía a todos esos espectáculos, pues algo tenía que hacer por las noches, en mis ratos de ocio. No tenía amigos, ni quería tenerlos, ya que mi trabajo en el análisis no hacía aconsejable que llevase una intensa vida social, si bien disfrutaba de mi ocio en solitario. Me dio por llegar pronto a una función teatral y mirar a mi alrededor, por ver si la hallaba a ella entre el público. Mis caminatas comenzaron a llevarme cerca de su casa, por si acaso me la cruzaba al entrar o al salir. ¿Tenía familia? ¿Qué amigos tenía? ¿Salía con hombres? ¿Estaba quizás casada? ¿Era tal vez lesbiana? Estas mujeres tan intelectuales... pero no, no, algo me decía que eso era improbable en ella. He conocido a muchas personas que son uña y carne en mi medio profesional, y ella no era uña, ni tampoco era carne.

Poco a poco me fui dando cuenta de que andaba al acecho. No se trataba exactamente de espiar. Era más bien un andar sin rumbo, pero con intención y con esperanza. Ese acecho sólo podía significar una cosa, que yo de todos modos no podía creer que me estuviera pasando. ¿Enamorado de mi analista? Absurdo. ¿Y por qué absurdo? ¿Era yo ya viejo para el amor? No, iba a cumplir cuarenta y uno, y era un hombre de mundo. Ella era madura. Juvenil en realidad, teniendo en cuenta su más que probable edad. Suponía yo que rondaría los treinta y ocho, pero no tenía forma de saberlo. Salvo la relación que habíamos trabado, no había nada en el mundo que me lo desaconsejara. ¿Y qué relación era ésa, si no la de un médico y un paciente? ¿O es que no se enamoran a veces los médicos y sus pacientes? He tenido entre manos más de un caso en el que quedó bien claro que sí.

Todo lo que me conminaba a mantener en su sitio la razón me inspiraba el desaliento. ¿Qué podría devenir de un amor así? Yo no quería casarme, no quería tener una aventura. No, sólo quería decirle a Johanna von Haller que la amaba. Había que decírselo. El amor y la tos no se pueden disimular, como me dijo una vez Netty cuando yo tenía diecisiete años.

Me vestí con especial esmero para la próxima cita, y le dije a Johanna que antes de que empezáramos tenía que decirle una cosa importante. Se lo dije. No pareció

quedarse tan atónita como yo supuse, claro que tampoco era precisamente una jovencita.

—¿Y bien? ¿Qué vamos a hacer? —dije.

—Yo creo que deberíamos seguir como hasta ahora —dijo ella. Pero lo dijo con una bella sonrisa en los labios—. No me siento desagradecida, ni indiferente, y quiero que lo sepa. Me siento halagada. Sin embargo, debe usted confiar en que siga siendo honesta con usted. Por eso es mi deber decirle que no me sorprende. No, no, no se imagine que usted me ha manifestado poco a poco sus sentimientos y que yo me he dado cuenta. Es mejor que se lo diga con absoluta franqueza: esto forma parte del transcurso del análisis, entiéndalo. Es una parte muy agradable, dicho sea de paso. Pero sigue estando dentro de los límites profesionales.

—¿Quiere decir que no puedo proponerle que cenemos juntos?

—Claro que puede, pero tendré que rechazar su proposición.

—¿Me quiere dar a entender, ahí sentada como si no pasara nada, que parte de mi tratamiento pasa por enamorarme de usted?

—Es una de esas cosas que suceden de vez en cuando, porque soy mujer. Pero supongamos que fuera yo un doctor viejo y sabio, como nuestro gran doctor Jung. Sería muy difícil que usted se enamorase de mí, ¿cierto? Sucedería algo muy diferente, se daría tal vez en usted un profundo sentimiento de discipulado. Siempre se llega a un período de especial unión con el doctor. El sentimiento que usted tiene, que entiendo y respeto, créame, se debe a que últimamente hemos conversado mucho sobre Judy Wolff.

—Usted no tiene nada que ver con Judy Wolff.

—Desde luego que no, al menos en un sentido. En otro... veamos. ¿Ha tenido algún sueño desde la última vez?

—He soñado con usted.

—Cuéntemelo.

—Fue un sueño a todo color. Me encontraba en un pasadizo subterráneo, aunque entraba algo de luz, porque veía claramente que estaba decorado con murales parecidos a los del final de la Roma imperial. Todo el ambiente del sueño era muy romano, aunque de la Roma de la decadencia. No sé cómo lo supe, pero lo percibía con toda nitidez. Yo iba vestido con mi ropa de hoy en día. Estaba a punto de echar a caminar por el pasadizo cuando me llamó la atención una pintura que vi a mi izquierda. Eran murales muy grandes, casi a tamaño natural; estaban hechos con los colores cálidos y caprichosos de los frescos romanos. El primero de ellos, no llegué a ver otros, era un retrato de usted, vestida como una sibila, con una túnica blanca y un manto azul de fantasía. Estaba usted sonriendo. Tenía sujeto por una cadena a un león, que miraba fuera del cuadro. El león tenía rostro de hombre. Mi rostro.

—¿Algún detalle más?

—La cola del león terminaba en una especie de púa, en un garfio.

—Ah, era una mantícora.

—¿Una qué?

—Una mantícora es un animal fabuloso, con cuerpo de león, cabeza de hombre y un aguijón en la cola.

—No tenía ni idea.

—No, no son comunes ni siquiera en los mitos.

—¿Y cómo es posible que haya soñado con algo de lo que no tenía noticia?

—Ésa es una cuestión sumamente compleja, que más bien pertenece a la segunda parte de su análisis. Pero es buena señal que esta clase de materiales vaya encontrando sitio en sus sueños. La gente a menudo sueña con cosas que no conoce. Sueñan con un minotauro sin haber oído hablar jamás de los minotauros. Hay mujeres absolutamente respetables, que no tienen ni idea de quién pueda ser Pasifae, y que sueñan que son una reina que disfruta de un ayuntamiento carnal con un toro. Se debe a que los grandes mitos no son historias inventadas, sino la objetivación de imágenes y situaciones que subyacen en lo más profundo del espíritu humano. Un poeta puede plasmar una grandiosa encarnación de un mito, pero es la masa de la humanidad la que sabe que el mito es una verdad espiritual, y ésa es la razón de que se aprecie tanto el poema. Estos mitos, como usted bien sabe, se hallan muy extendidos: a veces los oímos de niños, cuando nos los cuentan con sus bellos disfraces griegos, pero también son africanos, orientales, de las pieles rojas, etcétera.

—Me gustaría rebatir este punto.

—Lo sé, lo sé, pero tomemos un atajo. ¿Qué supone usted que significa ese mito?

—Que soy una criatura suya, que estoy sometido a usted, que es quien me tiene bien sujeto.

—¿Por qué está usted tan seguro de que yo soy la mujer que aparece vestida como una sibila?

—¿Cómo iba a ser nadie más? Se parecía muchísimo a usted. Usted es una sibila. Yo le amo. Me tiene bajo su control.

—Debe creerme si le digo que la única persona a la que puede reconocer con absoluta certeza en un sueño es a usted mismo. La mujer podría ser yo. Debido a lo que siente usted por mí, y le ruego que me disculpe si digo más bien que es debido a lo que usted actualmente supone que siente por mí, la mujer podría ser yo, pero, en tal caso, no entiendo por qué no aparezco tal como soy, con mi chaqueta y mi falda, con una vestimenta con la que estoy segura de que empieza a estar más cansado que familiarizado.

—Porque los sueños son caprichosos. Son propicios a las vestimentas extravagantes.

—Le aseguro que los sueños no tienen nada de caprichosos. Siempre quieren

decir exactamente lo que dicen, aunque no lo digan con el lenguaje ordinario. Por eso requieren una interpretación, y nunca podremos estar seguros de haberlos interpretado en su totalidad o de haberlos interpretado correctamente. Pero siempre podemos probar. Usted aparece en ese sueño, y aparece de dos maneras: es usted mismo y es ese animal que tiene su rostro. ¿Qué opina de esto?

—Supongo que estoy observando la situación en que me encuentro. Ya ve, algo he aprendido de usted sobre la interpretación de los sueños. Y mi situación consiste en que me hallo bajo su dominio. Además, de buena gana.

—Las mujeres no han tenido una presencia muy destacada en sus sueños, ni tampoco han aparecido bajo una luz muy halagüeña, al menos hasta hace poco. Y esta sibila tiene el rostro de una persona a la que usted ama. ¿Ha pensado usted que fuera el rostro de alguien que le ama a usted?

—Sí. O, al menos, el rostro de alguien a quien le importo. Y que además me guía, eso es evidente. Su sonrisa tenía una belleza de una calma extraordinaria. ¿Quién podía ser, si no usted?

—¿Y por qué es usted una mantícora?

—No tengo ni la menor idea. Como nunca había oído hablar de una mantícora hasta ahora mismo, no hay nada que pueda relacionar con ese animal.

—Sí, pero en sus sueños han aparecido algunos animales. ¿Qué era Félix?

—Acordamos que Félix era una figura que representaba algún impulso amable y algún desconcierto que no estaba yo dispuesto a reconocer como propios de mí. Lo llamamos el Amigo.

—Sí, el Animal Amigo. Y por ser un animal se hallaba relacionado con el lado instintivo y un tanto subdesarrollado de su naturaleza. Era uno de los personajes del teatro de su vida interior. Como la Sombra. Tal como solía decir su hermana Caroline, «ya conoces mis métodos, Watson». Cuando aparecieron la Sombra y el Amigo, lo hicieron con una especial vivacidad. Percibí esa vivacidad y adopté yo el carácter de la Sombra y del Amigo. Fue bastante usual, ya le dije que forma parte de mi cometido profesional. Le dije que debo desempeñar papeles variados. Este último sueño que ha tenido es muy vívido y en apariencia muy simple, y con toda claridad es importante. ¿Qué me dice de la mantícora?

—Es un animal, así que supongo que también representa uno de mis aspectos inferiores. Pero como es un león no puede ser completamente inferior. Tiene un rostro de ser humano, tiene mi rostro, así que tampoco puede ser completamente animal. Sin embargo, debo decir que su expresión era feroz y no inspiraba confianza. Y llegado a este punto me parece que me quedo sin ideas.

—¿Qué faceta de su naturaleza hemos considerado que no estuviera todo lo desarrollada que debería estar?

—Ah, mi sentimiento, sí. Pero debo decirle una vez más que tengo abundantes

sentimientos, aun cuando no los entienda ni sepa utilizarlos de la mejor manera.

—Entonces, ¿no es posible que su sentimiento sin desarrollar del todo aparezca en un sueño revestido de la forma de un animal noble, aunque posiblemente peligroso, y sólo parcialmente humano?

—Ésta es la parte caprichosa del trabajo, la que siempre despierta mi resistencia.

—Nos hemos puesto de acuerdo, ¿cierto?, en que todo lo que da grandeza al hombre, por oposición a una mera criatura sensible, es caprichoso cuando se pone a prueba con eso que se suele llamar sentido común. ¿Le parece que el sentido común viene a ser el cúmulo de las opiniones que se tenían ayer? ¿Cree que todo avance realmente grande comienza en el terreno de lo caprichoso? ¿Supone que la fantasía es no ya la madre del arte, sino también de la ciencia? Estoy segura de que cuando los primerísimos hombres primitivos comenzaron a pensar que eran individuos y no criaturas que sólo formaban parte de un rebaño, completamente sujetas por las costumbres del colectivo, tuvieron que parecer caprichosos a sus peludos y cerriles semejantes, aun cuando estos no tuvieran aún conceptos como fantasía o capricho.

—Lo sé. Piensa usted que la ley me ha devorado. Pero yo he vivido con arreglo a la razón, y esto es una sinrazón.

—Yo no lo creo, ni mucho menos. Creo que no entiende usted la ley. Por lo que alcanzamos a saber, toda criatura más o menos humana que haya habitado en la tierra ha vivido de acuerdo con alguna clase de ley, por tosca que fuera. Los hombres primitivos ya tenían leyes de una complejidad extraordinaria. ¿Cómo las obtuvieron? Si las elaboraron para que fuesen una forma de vivir en el seno de la tribu, por fuerza tuvieron que ser en algún momento pura fantasía. Si sencillamente supieron desde el primer momento qué había que hacer, fue puro instinto, igual en esto al instinto que tienen las aves cuando hacen el nido.

—Muy bien: y si acepto que el león representa mi sentimiento, un tanto subdesarrollado, ¿qué?

—No se trata de un león, sino de una mantícora. No se olvide de la cola con aguijón. Los sentimientos subdesarrollados siempre son delicados, son causa de susceptibilidad manifiesta. Nos ponen a la defensiva. La mantícora puede ser sumamente peligrosa. A veces se ha dicho que lanza dardos con la cola, como también se creía que podía hacer el puercoespín. Lo cual no es una mala representación de cómo se comporta usted ante un tribunal, ¿no le parece? Cabeza de hombre, valentía y agresividad de león, capaz de herir con sus púas... pero no es del todo hombre, ni es del todo león, ni es meramente un adversario con púas. Una mantícora. El Inconsciente escoge su simbolismo con un virtuosismo artístico que corta la respiración.

—Muy bien. Supongamos que yo soy la mantícora. ¿Por qué no iba a ser usted la sibila?

—Porque hemos llegado a una parte de nuestro trabajo en común en la cual una mujer, o varias mujeres distintas, con toda probabilidad ha de aparecer en sus sueños y mantener precisamente con usted una relación especial, como ésta. ¿Se pudo fijar en la cadena?

—Me fijé en todo. Lo recuerdo perfectamente. Era una hermosa cadena de oro.

—Muy bien. Mucho mejor que si fuera una cadena de eslabones de hierro, o una cadena con pinchos. Veamos qué tenemos: una imagen que aparece por la izquierda, lo cual significa que proviene del Inconsciente...

—No he conseguido tragarme del todo la idea del Inconsciente, ya sabe usted...

—Desde luego que lo sé. «Los colores caprichosos, la túnica y el manto de fantasía...». Todas esas palabras de desdén salen inmediatamente de sus labios en cuanto abordamos el Inconsciente. Pero hemos llegado a un punto en el que tendrá que afrontarlo, porque es ahí donde reside la sibila del manto azul. Ha emergido del Inconsciente y puede ser de inestimable ayuda para usted. Si la aleja de sí, lo mismo da que ponga fin a este trabajo y que se marche a su casa.

—Nunca había sido usted tan amenazante.

—Llega un momento en que hay que ser fuerte con los racionalistas, porque son capaces de reducir a escombros, de hacer polvo todo lo que tengan delante si se da el caso de que no les agrada lo que ven, o si representa una amenaza para su muy arraigado negativismo. Me refiero, claro está, a los racionalistas como usted, que toman el pequeño mundo provinciano en que viven cual si fuera la totalidad del universo y la sede en la que reside todo el saber de la humanidad.

—Pequeño mundo provinciano, ya veo. Bien, dígame: ¿cómo se llama esa dama a la que por fuerza he de hacer frente?

—Ah, vaya, ahora salimos con ironía. ¡Qué bien debe de sonar eso ante un tribunal! Pues vea usted: la dama se llama *Anima*.

—En latín, alma. Hace muchos años que renuncié a la idea del alma. ¿Y bien?

—Es una de las figuras de su configuración psicológica, al igual que lo son la Sombra y el Amigo, con las cuales ya se ha encontrado, y acerca de las cuales alberga ya pocas dudas. No es ni mucho menos un alma tal como el cristianismo la concibe. Es la parte femenina de su naturaleza: es todo lo que usted es capaz de ver y de experimentar en una mujer. No es su madre ni tampoco ninguna de las mujeres individuales a las que haya amado, si bien todas ellas se han conformado, al menos en gran parte, en función de ella. Si usted ama a una mujer, proyecta esa imagen sobre ella al menos en los primeros momentos, y si odia usted a una mujer vuelve a ser el *Ánima* la que está en acción, porque posee una faceta muy desagradable que no tiene nada que ver con la sonriente sibila del manto azul. Es Cleopatra, la hechicera, y es la fiel Griselda, paciente y resistente; es Beatrice, que da gloria a la vida de Dante, y es Nimué, la que aprisiona a Merlín en un arbusto lleno de espinos. Es la doncella que

se deja cortejar, la esposa que da hijos, la bruja que embalsama a su hombre para prepararlo de cara al reposo final. Es un ángel y puede ser una arpía. Es la Mujer tal como se aparece a cualquier hombre, y a cualquier hombre se le aparece de un modo diferente, aunque sea en esencia la misma.

—Veo que es un discurso que ha ensayado y le sale francamente bien. ¿Y qué es lo que hacen las mujeres respeto de esta fabulosa criatura?

—Ah, las mujeres tienen también su propia imagen del hombre muy enraizada en ellas: el amante, el guerrero, el mago, el niño, que bien puede ser un niño de pocos meses, que es completamente dependiente o el niño de noventa años, que también lo es por completo. A los hombres a menudo les resulta muy difícil soportar la imagen del guerrero o del mago que ha proyectado sobre ellos alguna mujer que tal vez no les gusta demasiado. Y es obvio que las mujeres han de soportar la proyección del *Ánima*, y aunque a todas les gusta en mayor o menor medida, sólo las mujeres más inmaduras la aprecian de tal modo que prescinden de todo lo demás.

—Muy bien. Si el *Ánima* es mi imagen esencial o mi patrón de la mujer, explíqueme por qué se parece tanto a usted. ¿No prueba esto que yo la amo?

—Ni mucho menos. El *Ánima* ha de parecerse a alguien. Habló usted de aquellas espantosas brujas que le daban miedo y que le violaban en sus sueños de contenido sexual cuando era joven. También esas imágenes eran el *Ánima*. Debido a que tanto su hermana como Netty se daban perfecta cuenta de que estaba enamorado, pues supongo que saltaba a la vista, usted proyectaba los aspectos más brujeriles del *Ánima* en sus imágenes, por lo demás muy normales. Pero no es posible ver el *Ánima* nunca en toda su pureza, en toda su sencillez, porque carece de esa clase de existencia; siempre la verá en función de algo, en función de otra persona. En estos momentos la ve usted como si fuera yo.

—No me convence.

—Pues píenselo. Pensar es algo que se le da francamente bien. ¿No le resulté yo desagradable cuando la Sombra comenzaba muy despacio a hacerse notar? ¿Supone usted que no reparé yo en su manera de mirarme cuando estudiaba mis más bien superficiales intentos por vestir más a la moda? ¿Supone que no me di cuenta de sus críticas, del desprecio que su voz traslucía? No se alarme y no se avergüence. Forma parte de mi deber profesional asumir todos esos papeles. El tratamiento carecería de eficacia sin esas proyecciones, y yo soy la que está más cerca de usted, la mejor preparada para llevarlas a cabo. Y entonces, cuando pasamos al Amigo, sé muy bien que mis rasgos comenzaron a semejarse, a sus ojos, a la encantadora expresión de buena voluntad que tenía Félix. Ahora que hemos llegado al *Ánima*, yo soy el *Ánima*: soy tan válida encarnando ese papel como lo fui en el caso de la Sombra o el Amigo. Pero debo asegurarle que no hay nada personal en todo ello. Y ahora... se nos ha terminado el tiempo. El próximo día seguiremos hablando de Judy Wolff. Confío en

que sea una delicia.

—Bien, doctora von Haller, pues lamento informarle de que, por muy sibila que sea, se va a llevar una gran decepción.

El otoño que siguió al fin de la guerra fue maravilloso. El mundo parecía respirar de nuevo; todas las cosas que habían estado en tensión se relajaron. La vestimenta de las mujeres, que tan mezquina había sido durante la guerra, cambió para adoptar un estilo mucho más agradable. Cuando Judy no vestía el uniforme del Obispo Cairncross, estaba maravillosa con sus vistosas blusas, con unas faldas holgadas, vaporosas. Fue casi la última vez en que a las mujeres les permitieron los epicenos dueños y señores de la moda vestir de una manera que resultaba desvergonzadamente favorecedora. Fui feliz durante aquel otoño, porque estaba en la cresta de la ola: tenía a Judy, era mi último año en el Colborne College y fui además el presidente de la clase.

¿Cómo podría describir mi relación con Judy sin parecer un idiota y sin pecar de puerilidad? Las cosas han cambiado de una manera tan pasmosa en estos últimos años que el idealismo con que yo había rodeado todo lo que guardara relación con ella sin duda parecería una completa ridiculez a un chico o a una chica que hoy tengan diecisiete años. ¿O tal vez no? No lo sé. Pero lo cierto es que ahora, cuando veo que hay chicas que aún no han alcanzado su plena madurez y que se manifiestan ruidosamente en pro de que el aborto sea libre y gratuito para quien lo solicite, y adolescentes que reclaman su derecho a la libertad de copular donde sea y como sea, y que leen libros en los que se advierte a las mujeres de que la penetración anal es el no va más (siempre y cuando ambos participantes observen «una higiene escrupulosa»), me pregunto qué habrá sido de los Davids y las Judys, si es que ese tipo de parejita no se ha extinguido. No creo que lo esté; meramente se dispone a esperar la llegada de otra época, distinta de nuestro sobrenatural otoño, aunque también distinta de ésta. Y mientras rememoro aquellos años no albergo en realidad el deseo imposible de que hubiésemos disfrutado de una libertad mayor que la nuestra; esa libertad mayor no es sino otra forma de servidumbre. La plenitud física satisface los apetitos, pero ¿agudiza la percepción? El sexo de que dispusimos fue limitado; el amor de que dispusimos, en mi memoria, parece haber sido ilimitado. A Judy desde luego la tenían sujeta muy en corto, pero la criatura que se mueve a sus anchas no siempre es la mejor de su camada.

Aquel otoño, el Obispo Cairncross fue sacudido por una ambición irracional y desmedida. El éxito de *Crossings* había sido tan grande que el personal dedicado a la música y las propias alumnas con aptitudes musicales, caso de Caroline y Judy, estaban como locas por montar una ópera de verdad. La señorita Gostling, tras las dudas al uso en una directora, y luego de sopesar el efecto que tendría en el rendimiento escolar de las alumnas, dio su brazo a torcer. Se rumoreó que se habían reservado inauditas sumas de dinero para el proyecto, cerca de quinientos dólares, lo

cual representaba para el colegio un presupuesto como el del Metropolitan.

¿Y qué ópera iba a ser? Algunas de las chicas pedían a gritos una de Mozart; una banda rival, y para Caroline detestable, pensaba que Puccini sería más adecuado. Y con quinientos dólares nadie veía por qué no iban a hacer *Turandot*, que era una elección obvia. Fueron las profesoras, cómo no, las que tomaron la decisión, y la profesora de música resucitó, a saber de dónde, *El regreso del hijo pródigo* de Mendelssohn. No es que fuera la mejor ópera que se hubiera escrito en la historia; contenía incluso algunos diálogos, por lo cual a los puristas les parecía a lo sumo una opereta; no obstante, se encontraba dentro de la gama de posibilidades de las chicas. Así que eligieron *El regreso del hijo pródigo*. Y todas se lo tomaron muy en serio tan pronto se pusieron manos a la obra.

Estuve al tanto de todo el proceso. Judy me hablaba del encanto de la obra porque su ingenuidad tan *gemütlich* y decimonónica le atraía muchísimo. O bien era de gustos muy inocentes o bien era tan sofisticada que alcanzaba a entender muy bien qué posibilidades y delicias contenía esa obra menor y humilde, que a las otras chicas se les escapaban del todo. Más bien pienso que sus sentimientos eran una combinación de uno y otro elemento. Caroline estuvo pesadísima al comentar sus muchas dificultades. Junto con otra chica, debía tocar la obertura y todos los acompañamientos en dos pianos, cosa mucho más delicada de lo que parece a primera vista. Y habían de hacerlo además de cara al público; esta vez no estaría oculta tras el decorado. Como siempre sucedía con Caroline, es evidente que nadie salvo ella sabía a ciencia cierta cómo había que proceder; la profesora de música, la profesora que dirigía el montaje y la profesora que disponía los decorados, eran todas unas idiotas de tomo y lomo, que no tenían ni la más remota idea de lo que se traían entre manos. Yo mismo dispuse de mi propia zona de agitación, en la cual era más experto que nadie. Si la señorita Gostling no fuera tan lunática, si no insistiera tanto en que la producción había de realizarse íntegramente en el colegio, podría haber dirigido yo a un equipo de carpinteros y de tramoyistas, de pintores y electricistas escogidos entre los chicos del Colborne, que podría haber realizado todo el trabajo técnico a la velocidad del rayo y a carta cabal, con la destreza y la capacidad de los hombres, garantizando un resultado portentoso. Tanto Judy como Caroline y casi todas sus amigas reconocieron que sin duda era una gran idea, pero ninguna vio la forma de sugerírselo a la señorita Gostling, que era, y en esto estuvimos todos muy de acuerdo, el último dinosaurio viviente.

No son muchos los que conocen *El regreso del hijo pródigo*. Mendelssohn escribió la obra para que se representara en privado, con ocasión de las bodas de plata de sus padres, y resulta profunda y avejentadamente doméstica, al estilo alemán del siglo XIX. «Una bonita muestra de Biedermeier anticuado», dijo el doctor Wolff, que prestó algunos libros muy útiles a la profesora de dibujo para que diseñara los

decorados.

La trama es sencilla. Los lugareños de una aldea alemana esperan la llegada de un sargento que se encargará de reclutar y llevarse por tanto a sus hijos a luchar en las guerras napoleónicas. Aparece un buhonero, un charlatán capaz de encandilar a cualquiera, y se hace pasar por el sargento con la esperanza de ganarse los favores de Lisbeth, bella joven acogida a la tutela del alcalde. Sin embargo, lo desenmascara el verdadero sargento, que es el hijo del alcalde, tiempo atrás perdido, y el verdadero amor de Lisbeth. El mejor papel es el del buhonero; se armó la rebatiña de costumbre al discutir si debía interpretarlo una alumna que supiera actuar, pero no cantar, o una alumna que fuera mejor cantante que actriz. La mejor actriz quedó descartada, condenada a interpretar el papel cómico del alcalde, que no tenía por qué cantar en la producción original, ya que Mendelssohn le dio un papel que no se salía de una sola nota. Fue Judy la que hizo de Lisbeth, cómo no; interpretó algunas bonitas canciones y tuvo ocasión de demostrar sus facultades de actriz, pues el papel se prestaba como anillo al dedo a su encanto natural y su sosiego, o a mí al menos me lo pareció.

Por fin llegó diciembre. *El regreso del hijo pródigo* se representó durante dos noches. Fue un triunfo rotundo, cómo no. ¿Hay alguna función teatral en un colegio que no llegue a ser un triunfo resonante? Judy cantó de manera espléndida; Caroline se cubrió de honores; incluso el torpe diálogo, mal traducido de un alemán desmañado a un inglés asesino, según afirmación del doctor Wolff, quedó de alguna manera bañado por la luz romántica que parecía envolver todo el espectáculo.

Ese año mi padre estuvo entre los asistentes. Y dio la nota, no en vano lo conocía todo el mundo por las fotografías de prensa, además de que todo el mundo admiraba el fenomenal trabajo que había desarrollado durante los años de la guerra. Yo llevé a Netty a ver la función el viernes y volví con mi padre el sábado. Me preguntó si realmente me apetecía verla dos veces o si iba sólo por hacerle compañía; poco después de que Judy apareciera en escena noté que mi padre me miraba con curiosidad, de modo que supongo que fui tan malo como siempre a la hora de disimular mi adoración. Después, a la hora de los cafés y las pastas en el comedor del colegio, le presenté a los Wolff y a los Schwarz. Vi con verdadero asombro que Judy le hacía una reverencia, una de esas inclinaciones casi imperceptibles que las chicas hacían tiempo atrás en Europa, y que algunas alumnas del Obispo Cairncross aún hacían ante el obispo, que era el patrocinador principal del colegio. Sabía que mi padre era importante, pero nunca se me había ocurrido soñar siquiera que fuera una de esas personas ante la que alguien puede hacer una reverencia. Le gustó. No dijo nada, pero yo sé bien que le gustó.

Si alguna gloria aún mayor pudiera redondear mi amor por Judy, la aprobación de mi padre me la puso en bandeja. Yo había pasado a veces por un infierno desde la muerte de mi madre, debido a la acusatoria afirmación de Carol, en el sentido de que

yo era hijo de Dunstan Ramsay. Llegué a la conclusión de que tanto si carnalmente era hijo de Dunstan Ramsay como si no era ése el caso, espiritualmente era hijo de mi padre. Él no había estado en casa durante ese período de la vida en que los chicos por lo común suelen estar poseídos por una total admiración por sus padres y a mis diecisiete años experimentaba un retardado brote de admiración por el héroe. A veces, me había parecido que la mirada saturnal e irónica de Ramsay no me dejaba a sol ni a sombra en el colegio, y me preguntaba si no sería reflejo del hecho de que yo era su hijo. Ahora me pareció menos significativo, porque el regreso de mi padre había hecho menguar la importancia de Ramsay; a fin de cuentas, Ramsay era director en funciones del Colborne, cargo que desempeñó solamente durante los años de la guerra, mientras que mi padre era el presidente de la comisión de gobierno del colegio, y en este sentido era el jefe de Ramsay, tal como parecía ser el jefe de muchísimas personas. Tenía madera de jefe, era un líder natural. Sé que intenté copiar algunos de sus dejes, pero no me sentaban mucho mejor que sus sombreros, que también me probé en algunas ocasiones.

El regreso de mi padre a Toronto dio pie a muchas habladurías, algunas de las cuales llegaron a mis oídos porque los chicos con los que iba al colegio eran hijos de los que largaban esas habladurías. Había tenido una actuación notabilísima en el puesto de ministro de Alimentación, puesto del gabinete que le había dado mayor relieve en los países a los que surtimos de provisiones durante la guerra que en el propio Canadá. Había sido extraordinaria su capacidad de entenderse con Mackenzie King sin liarse en disputas y sin sacrificar al menos de manera evidente sus propias opiniones, que a menudo no concordaban con las del primer ministro. Pero con él llegó a casa una reputación de muy distinta clase, de la que se hablaba con menos libertad y con un grado de ambigüedad que no entendí, que no percibí siquiera al principio. Su reputación era la de un «espadachín».

Da buena medida de mi inocencia que me tomase esta palabra por lo que a primera vista valía. Era entonces novedosa en la connotación que ha adquirido después, y me llenaba de orgullo que mi padre fuera un espadachín. Supuse que hacía referencia a un hombre gallardo, caballeroso, una suerte de príncipe Rupert del Rin, por oposición a la austeridad cromwelliana de Mackenzie King.

Cuando los compañeros del colegio me hablaban de mi padre, y lo hacían por ser él una figura con un renombre público cada vez mayor, a veces les decía: «Se puede resumir casi a la perfección todo lo que es con una sola palabra: es un espadachín». Ahora me viene a la memoria y me causa una terrible humillación el momento en que se lo dije a los Wolff, que se lo tomaron con calma, aunque vi que la señora Wolff fruncía la nariz al oírlo; de haber sido yo sólo un poco más sensible, seguro que habría percibido una brusca caída de la temperatura social. Sin embargo, la palabra me dejaba tan buen sabor de boca que creo que incluso la repetí en aquel momento.

Sabía que los Wolff y los Schwarz me tenían aprecio, aunque cuánto mayor sería ese aprecio, supuse, si comprendieran que era el hijo de un hombre reconocidísimo por su aristocrático talante y por un temperamento que estaba muy por encima del mundo de la alta burguesía en que vivíamos, y que, en Canadá, por lo común pasa por ser el mejor de los mundos posibles. Los espadachines eran personas de natural distinción, y yo era hijo de uno de ellos. ¿Llegaría yo a ser un espadachín como él? ¡Ojalá llegara pronto el día!

Los Wolff, como tantos judíos, se iban de vacaciones por Navidad, de modo que no me desalentó la idea de que iba a perder un tiempo precioso con Judy cuando mi padre me propuso que fuera con él a Montreal el día de San Esteban. Tenía asuntos que resolver allí y pensó que me agradaría conocer la ciudad. Así pues, nos fuimos, y disfruté una enormidad del día de viaje en tren y del alojamiento en el Ritz nada más llegar. Mi padre era un magnífico viajero; todo el mundo estaba pendiente de sus indicaciones y nuestro avance resultaba principesco.

—Vamos a cenar con Myrrha Martindale —dijo—. Es una vieja amiga mía, creo que te va a gustar mucho.

Era al parecer una cantante, que antiguamente había vivido en Nueva York y había actuado —aunque no en los papeles estelares— en varias comedias y musicales de Broadway. Una persona maravillosa. Con ingenio. Habitante de un mundo más ancho que el nuestro. Habría hecho una carrera de campanillas si no lo hubiera sacrificado todo por el matrimonio.

—¿Valió la pena? —pregunté. Estaba yo en esa edad en que el sacrificio y la renuncia eran conceptos grandiosos, aterradores, románticos.

—No, se le fue al carajo —dijo mi padre—. Jack Martindale no tenía ni idea de cómo es una mujer como ella, no sabía qué necesita. Quiso convertirla en un ama de casa de Westmount. ¡Como si se pudiera uncir a Pegaso a un arado!

Vaya si me entraron ganas de hablar de Pegaso uncido a un arado. Era justamente la típica intervención de un espadachín como mi padre. Sabía ver la poesía en la cosas de cada día. Pero no quiso que hablásemos de Myrrha Martindale. Prefería que la conociese y que me formase mi propia opinión. Eso también era muy propio de él: prefería no dictar, no orquestar nada, al contrario de lo que hacían los padres de muchos de mis amigos.

La señora Martindale tenía un piso en Côte des Neiges Road, desde el que gozaba de una espléndida panorámica de Montreal. Supuse que le estaría costando un dineral al ya proscrito Jack Martindale, y pensé que era de ley que así fuese, pues la señora Martindale era en efecto una persona maravillosa. Tenía una belleza peculiar en su madurez y una voz deliciosa; una manera de hacer las cosas muy propia de una actriz, gracias a la cual todo resultaba más apasionante de lo que era en realidad. No es que se desviviese por brillar a fuerza de ingenio. Eso se lo dejaba a mi padre con mucha

sensatez, aunque sus reacciones ante los chistes de él resultaban también ingeniosas: no pretendía apabullarlo, ni rematar sus ocurrencias, sino que le prestaba apoyo y le daba pie a que se luciera.

—No cuentes con una cena de verdad —me dijo al llegar—. Pensé que sería más divertido si estamos a solas los tres, por eso he dado la noche libre a mi criada. Espero no decepcionarte.

¡Decepcionarme! Aquélla fue la ocasión más adulta que había vivido yo. La comida fue maravillosa; Myrrha —insistió en que la llamase Myrrha, pues así la llamaban sus amistades— la sirvió de una serie de bandejas cubiertas y de recipientes calientes, y sirvió también vinos espléndidos, infinitamente mejores que todos los que yo hubiera probado. Supe que tenían que ser verdaderamente buenos porque tenían ese auténtico regusto a humedad, casi a mohó, como si fuese una tinta roja y polvorienta, en vez de tinta fresca.

—Es un gran detalle por tu parte, Myrrha —dijo mi padre—. Ya va siendo hora de que Davey aprenda algo acerca del vino. Acerca del vino de reserva, me refiero, en vez de los vinos del año. —Alzó la copa mirando a la señora Martindale, que se sonrojó un poco y bajó la mirada de la misma forma que había visto yo a Judy tantas veces, sólo que la señora Martindale parecía gozar de un dominio mucho mayor de sí misma. Yo también alcé la copa en su honor, y ella pareció encantada y me tendió la mano, obviamente con la intención de que se la besara. Había besado a Judy unas cuantas veces, aunque nunca mientras cenábamos, y casi nunca en la mano, pero me lo tomé con toda la galantería de que fui capaz, seguro de que estaba en el buen camino para llegar a ser un espadachín, y le besé las puntas de los dedos. Mi padre y la señora Martindale parecieron contentos, se miraron entre sí aunque no dijeron nada, y yo creí que lo había hecho bien.

Fue una cena espléndida. No fue ni siquiera necesario excitarse, cosa que habría ocurrido si estuviera con personas de mi edad; la nota dominante fue el sosiego, y me dije que aquella ocasión iba a ser educativa en el mejor de los sentidos, por lo cual debía estar alerta y no perder detalle. Y no beber demasiado vino. Mi padre habló mucho de vinos; la señora Martindale y yo lo escuchamos embelesados. Cuando tomamos café puso en la mesa una gran damajuana de brandy, licor muy difícil de conseguir en aquellos años.

—Tu regalo de Navidad, querida Myrrha —dijo—. Me la regaló Winston la última vez que le vi, de modo que puedes estar segura de que es el mejor.

Lo era. Yo había probado el whisky, pero aquello fue muy distinto. Mi padre me enseñó a paladearlo, a retenerlo en la boca y desplazarlo a los laterales de la lengua, donde están las papilas gustativas, de modo que lo paladeé en un gesto de rendida, adoradora imitación de él.

Es de ver de qué forma tan maravillosa la buena comida y la buena bebida

aplacan el espíritu y sacan a relucir las cualidades ocultas que uno posee. Se me ocurrió en todo momento algo mejor que el mero asentimiento a todo lo que decían ellos dos, pues pensé que eso era lo que de mí se esperaba, y me devané los sesos para hacer un comentario digno de la ocasión. Lo encontré.

*«Y por más que haya jugado el vino con el descreído,
y me haya de mi honor al fin desprendido,
no dejo de preguntarme qué compran los vinateros
si es la mitad de precioso que el caldo que nos han vendido».*

Dije, contemplando con ademán reflexivo las velas a través de la copa de brandy, tal como pensé que haría un buen espadachín. Mi padre pareció desconcertado, aunque en el acto me di cuenta de que la idea era simplemente absurda. ¿Mi padre? ¿Desconcertado? ¡Jamás!

—¿Eso es tuyo, Davey? —dijo.

Me eché a reír a carcajadas. ¡Qué ingenio el de mi padre! Respondí que ojalá lo fuera, y reflexioné entonces que tal vez un espadachín debiera haber dicho que sí. Ojalá hubiera callado, aunque ya era tarde para eso. Myrrha me miró con una fascinante combinación de sentimientos, entre divertida y admirada, y creí que no sin modestia me estaba apuntando un tanto.

A las nueve y media mi padre anunció que debía acudir a otra cita. Y dijo que yo no me moviera. Myrrha también me suplicó que no se me ocurriese marcharme. Estaba al tanto de que mi padre iba a tener que irse pronto, pero se sentía tan agradecida por nuestra visita que había logrado reservarse unas cuantas horas, a pesar de su muy ajetreada vida. Le encantaría que me quedase y que charlásemos un rato. También ella conocía a Omar Jayyam, y podríamos comparar nuestras rubaiyatas preferidas. Mi padre la besó al despedirse y me indicó que nos veríamos a la hora de desayunar.

Así pues, se fue, y Myrrha y yo hablamos de Omar Jayyam, al que conocía infinitamente mejor que yo. Y me pareció que ella aportaba a cada poema un grado de conocimiento y comprensión que estaba muy lejos de mi alcance. Debido a su decepción con Martindale, supuse. Estuvo realmente espléndida hablando de la fugacidad de la vida y de los placeres, y de la rosa que florece donde sangró el César ya enterrado, y me dio la sensación de que estaba abriéndome un mundo de experiencias absolutamente extrañas para mí, que como es natural me inspiró un profundo respeto.

*«Empero, ay, ¡esa primavera desaparecerá con la rosa!
Ese manuscrito de juvenil perfume se cerrará como una losa.*

*La alondra que en la fronda canta,
ay, nadie sabe cuándo, ni dónde, volverá a volar gloriosa».*

Recitó de manera emocionante, y habló largo y tendido del esplendor sin par de la juventud, de la velocidad con que transcurre, de la terrible tristeza de la vida que apremia en su paso, sin que nadie sea capaz de detenerla; habló de la sabiduría de Omar al conminarnos a disfrutar de las cosas mientras aún podemos. Todo esto me resultó maravilloso, pues para mí la poesía aún era una novedad; había empezado a leer poesía porque el profesor Schwarz me dijo que era una gran alternativa a la química. Si un profesor de química tenía en tan alta consideración la poesía, tenía que ser algo mucho mejor que las pedestres poesías que estudiábamos en clase de literatura en el colegio. Acababa yo de empezar a ver que la poesía trata de la vida, y no de la vida normal y corriente, sino de la esencia, del milagro que subyace a la vida misma. Qué salto cualitativo dio mi formación cuando oí a Myrrha recitar con su voz espléndida. Estaba al borde del llanto, y yo también. Se dominó y con un esfuerzo evidente para no venirse abajo siguió así:

*«¡Ay, amor! Si pudiéramos tú y yo con él conspirar
y el penoso estado de las cosas del todo captar,
¿no lo haríamos trizas, desbaratándolo?
Así, lo remodelaríamos al gusto del deseo voraz».*

No pude decir nada y Myrrha tampoco. Se levantó y me dejó solo. Estaba yo repleto de pensamientos pujantes, nacidos tal vez del reconocimiento de la evanescencia de la vida, de la maravilla de que esa mujer gloriosa y comprensiva hubiera agitado mi mente y mi espíritu de manera tan profunda.

Desconozco cuánto tiempo pasó hasta que oí su voz desde otra habitación. Me llamaba. Ha estado llorando, me dije, y quiere que yo la consuele. Es mi deber acudir a su lado. Debo decirle que es una mujer fenomenal, que me ha abierto las puertas de un mundo nuevo, y tal vez insinuarle que algo sé acerca de su decepción con Martindale. Recorrí un pasillo para llegar a lo que resultó su dormitorio, una habitación muy bonita, llena de bellos objetos, donde olía a un perfume realmente bueno.

Myrrha salió en ese momento del cuarto de baño vestida con algo que sería un chiste llamar una prenda diáfana, aunque no sé de qué otro modo podría llamarlo. Quiero decir que allí de pie, con la luz de refilón, se veía que no llevaba nada debajo. Su rotundidad y el modo en que la tela inapreciable la envolvía sólo daban a la prenda una finura mayor. Supongo que me quedé boquiabierto, porque estaba bellísima.

—Ven aquí, ángel —dijo—, y dame un gran beso.

Lo hice sin un solo instante de vacilación. Sabía cómo besar, así que la tomé en mis brazos y la besé con ternura durante un buen rato. Pero nunca había besado a una mujer vestida con una prenda diáfana, y aquello fue como el brandy de Winston Churchill. Lo saboreé de idéntica manera.

—¿No te apetece quitarte toda esa ridícula ropa que llevas? —me dijo, y me animó a comenzar al aflojarme la corbata. En ese instante dejé de entender todos y cada uno de mis actos. La verdad es que no tenía ni idea de adónde llevaba todo aquello, y tampoco tenía tiempo para pensarlo: la vida parecía transcurrir muy deprisa, llevándome en volandas con ella. Pero estaba al mismo tiempo maravillado, por así decir, de hallarme bajo aquella autoridad que ampliaba la vida al máximo. Me desembaracé deprisa de mi ropa, dejándola por el suelo y apartándola a patadas.

Hay un momento, cuando un hombre se desnuda, en que resulta tan estúpido que no hay nada en el mundo que pueda convertirlo en una figura dotada de un mínimo romanticismo. Es el momento en que se queda con los calcetines y la ropa interior. Imagino que un hombre muy calculador se quedaría con la camisa puesta hasta el final, para quitársela entonces y aparecer como un Adonis. Pero yo era un principiante en esto de desnudarme, nunca me había quitado la ropa para seducir a nadie. Cuando estuve en ese momento de la ropa interior y los calcetines, Myrrha se rió sonoramente. Me desprendí de los calcetines y los lancé hacia el vestidor, para quitarme enseguida los calzoncillos y pisotearlos. La abracé con fuerza y la volví a besar.

—Amorcito —dijo apartándose—, no seas tan caníbal. Anda, ven a tumbarte conmigo. No tenemos ninguna prisa, así que hagamos cosas gratas durante un rato, ¿quieres?, y a ver qué pasa.

Eso hicimos. Pero yo era virgen, y rebosaba de deseo gratificado sólo parcialmente por Judy Wolff, y no tenía ni idea de los preliminares. A pesar de sus palabras, tampoco pareció Myrrha muy interesada por esa fase. Yo rebosaba poesía y poder.

*Ahora se halla ella presa de los goces del amor,
su adalid montado y presto para el acalorado encuentro...*

Pensé cuando, tras una discreta manipulación de la escena por parte de Myrrha, me encontré adecuadamente situado, sin ningún peligro de incurrir en un acto antinatural. Fue pura vanidad masculina. Tenía diecisiete años y era la primera vez que hacía aquello. Cualquiera que nos viese habría entendido con toda claridad que no era yo quien dirigía la orquesta. Muy rápidamente concluyó, y me quedé tendido junto a Myrrha, más a gusto que un arbusto.

Hicimos más cosas gratas, como ella dijo, y al cabo de un rato tuve conciencia de que Myrrha maniobraba y me espoleaba para que ocupara de nuevo la posición ventajosa. ¡Santo Dios!, pensé. ¿Es que la gente lo hace dos veces seguidas? Bien, estaba más que dispuesto a aprender la lección. Myrrha indicó con bastante firmeza cuál había de ser el tempo de ese movimiento de la sinfonía, que resultó un andante de ritmo estupendo, por oposición al vigoroso vivace que le había impreso yo antes. Pareció que a ella le gustara más. Comencé a entender que en todo aquello había mucho más de lo que supuse. Pareció incluso que su belleza aumentara, aunque no se me había ocurrido que necesitara ningún incremento. Parecía más joven, más rozagante, más enternecedora. Y eso lo había hecho yo. Me satisfizo de una manera bastante novedosa.

Más cosas gratas. Esta vez hablamos mucho, y Myrrha desgranó más poemas de Jayyam. Se lo debía de saber de memoria. Y luego, de nuevo, el acto asombroso, que llevó mucho más tiempo que antes; esta vez fue Myrrha la que decidió que el tercer movimiento fuera un scherzo. Cuando hubo terminado, yo estaba deseoso de seguir charlando. Me gustaba hablar con ella casi tanto como hacerlo con ella, y me sorprendió que Myrrha diera entonces muestras de quedarse dormida. Desconozco cuánto tiempo estuvo dormida; es posible que yo también me adormilase. Fuera como fuese, había caído en una profunda ensoñación en torno a la extrañeza de la vida en general cuando de pronto noté su mano en mi muslo. ¿Otra vez? Me sentí como Casanova, aunque, como ni lo había leído entonces ni tampoco lo he leído a día de hoy, supongo que más bien debería decir que me sentí como supondría un jovencito que debía de sentirse Casanova. Pero también me sentí perfectamente deseoso de cumplir, y muy pronto estuve listo. He leído después que el varón se halla en la cumbre de su poderío sexual cuando tiene diecisiete años, y yo era un mozalbete perfectamente hecho, que gozaba de una salud excelente.

Si hubiera de mantener el símil de la sinfonía, este movimiento fue un allegro con spirito. Myrrha estuvo un poco más áspera que antes. Me pregunté quién era entonces el caníbal. Me sentí incluso un tanto alarmado, porque llegó a parecerme que ella no era consciente de mi presencia justo en el momento en que yo más punzante conciencia tenía de ser quien era, y emitió algunos sonidos que me parecieron completamente impropios. Jadeó, resolló, gruñó. Una o dos veces juro que la oí rugir. Pusimos fin a la sinfonía de un modo muy beethoveniano, con una serie de acordes estrepitosos. Y Myrrha se volvió a quedar dormida.

Yo también, aunque no antes que ella. Y me dormí perdido en el asombro.

No sé cuánto pasó hasta que despertó Myrrha, encendió la lámpara de la mesilla y dijo de pronto: «Santo Dios, amorcito; ya es hora de que te marches a tu casa». Fue en ese instante de luz repentina cuando la vi no con otros ojos, sino como si fuera otra. No me había percatado de que la piel no la tenía tan ceñida como sin duda la

tuvo tiempo atrás, ni de que tenía arrugas en las axilas y entre los senos. Al verla tumbada de costado vi que le colgaba la tripa, ligeramente, sí, pero de manera bien visible. Y a la luz de la lámpara, que tan cerca estaba, su cabello desprendía un brillo metálico. Cuando se volvió para besarme, pasó una de sus piernas por encima de las mías, y fue como si me rozase una lija. Sabía que las mujeres se afeitan las piernas, claro, pues le había visto a Carol hacerlo, pero desconocía que el resultado fuera ese efecto de papel de lija. La besé, pero sin hacer grandes aspavientos. Me vestí y me dispuse a irme. ¿Qué podría decirle?

—Gracias por todo, ha sido una velada maravillosa —dije.

—Ha sido un placer —dijo, y rió—. ¿Quieres apagar las luces de la sala cuando te vayas?

Con eso, se dio la vuelta y se llevó la sábana y el cobertor consigo, disponiéndose a dormir de nuevo.

No quedaba muy lejos de allí el Ritz. Fui caminando en la noche nevada, pensando a fondo. Así pues, ¡eso era el sexo! Hice un alto en un barito que abría durante toda la noche y me tomé dos sándwiches de beicon con huevo, dos trozos de empanada de carne y dos tazones de chocolate con nata batida. Descubrí que estaba famélico.

DRA. VON HALLER: ¿Cuándo cayó en la cuenta de que esa ceremonia de iniciación estuvo orquestada por su padre y la señora Martindale?

YO: Mi padre me lo dijo en el viaje de vuelta a Toronto, en el tren, aunque no lo comprendí del todo hasta que no tuve una terrible trifulca con Knopwood. Lo que quiero decir es que mi padre no me dijo con toda claridad que fue algo que estaba convenido de antemano, aunque supongo que se sentía orgulloso de lo que había hecho por mí, de modo que hizo ciertas insinuaciones que yo fui tan idiota de no comprender. Dijo que era una mujer maravillosa, que era una experta en las artes amatorias (palabra totalmente nueva para mí, por cierto), y que si existiera algo así como una mujer espadachín, sin duda que Myrrha Martindale era una de las más consumadas.

DRA. VON HALLER: ¿Cómo sacó a relucir el asunto?

YO: Señaló que se me veía muy contento, y que sin duda había tenido que disfrutar de mi velada con Myrrha. Bien, yo era consciente de que de esas cosas no se debe hablar, y menos porque sí; de todos modos, era una amiga de mi padre, y tal vez él sintiera ternura por ella, y podría sentirse dolido, me dije, si se enterase de que había caído en mis brazos tan rápidamente. Por eso, me limité a decirle que sí, que había estado bien; él dijo que ella podría enseñarme muchas cosas, y le dije que sí, que era una mujer que había leído mucho, y él se echó a reír y dijo que podría enseñarme muchas cosas de las que no se encuentran precisamente en los libros, cosas que me serían de gran utilidad con mi princesita judía, así lo dijo. Me quedé de piedra al oírle llamar así a Judy, a la que también llamé «hembra», pues no es una palabra que se pueda aplicar a nadie que uno ame o que respete, y traté de aclararle las cosas al respecto de Judy, diciéndole que era maravillosa, que su familia era un encanto. Fue entonces cuando se puso muy serio y me dijo aquello de que jamás conviene casarse con una muchacha a la que uno ha conocido siendo muy joven. «Si quieres fruta, come toda la que puedas, pero no te compres el árbol», me dijo. Me dolió oírle hablar de ese modo, porque evidentemente estaba pensando en Judy, y cuando entonces pasó a hablar sólo de los espadachines comencé a preguntarme si de veras estaba yo enterado de todo lo que significaba esa palabra.

DRA. VON HALLER: ¿Llegó a decir a las claras que era él quien había orquestado la aventura?

YO: No, nunca lo dijo con todas las letras. Habló en cambio de las hirientes experiencias por las que pasan

a menudo los jóvenes que conocen el sexo en brazos de una prostituta o liándose con una virgen inexperta como ellos, y dijo que la única manera realmente aconsejable consistía en aprender en brazos de una mujer madura y experta. Añadió que yo daría gracias a Myrrha durante todos los días de mi vida, y que también agradecería que todo hubiera discurrido de manera tan inteligente y placentera. Así es como lo hacen los franceses, dijo.

DRA. VON HALLER: ¿Era Myrrha Martindale su amante?

YO: No lo creo, no, en absoluto. Es cierto que le dejó algún dinero cuando hizo testamento, y he sabido, por asuntos que salieron a la luz más tarde, que de vez en cuando también le dio dinero. Pero si tuvo alguna vez un lío con ella, estoy seguro de que fue porque él la amaba. No pudo ser mera cuestión de dinero.

DRA. VON HALLER: ¿Por qué no?

YO: Sería sórdido, y mi padre siempre fue un hombre con estilo.

DRA. VON HALLER: ¿Ha leído usted el *Cándido* de Voltaire?

YO: Eso es lo mismo que me preguntó Knopwood. No lo había leído. Él me explicó que Cándido era un simplón que se creía a pie juntillas todo lo que se le dijera. Knopwood montó en cólera con mi padre. Pero él no conocía a mi padre, claro está.

DRA. VON HALLER: ¿Y usted sí?

YO: A veces pienso que lo conocí mejor que nadie. ¿Está acaso insinuando que no lo conocía?

DRA. VON HALLER: Ésa es una de las cosas que trataremos de averiguar. Cuénteme lo de su trifulca con el padre Knopwood.

Supongo que la provoqué yo, porque fui a ver a Knopwood pocos días después de regresar a Toronto. Me encontraba confundido. No lamentaba nada de lo ocurrido con Myrrha; me sentía agradecido hacia ella, tal como mi padre había dicho, aunque pensé que había detectado en ella un par de cosas que a él se le habían escapado, o bien que no le importaban. En realidad, sólo era indicios claros de que no era tan joven como Judy, nada más. Y en cambio me preocupaban mis sentimientos por Judy. Fui a verla en cuanto pude, tras regresar de Montreal. Estaba enferma, con un fuerte dolor de cabeza, o algo así, y su padre me propuso que charlásemos un rato. Fue bondadoso, pero muy directo. Dijo que tenía la convicción de que Judy y yo deberíamos dejar de vernos tan a menudo, porque ya no éramos un par de críos, y podríamos llegar a enredarnos en nuestra relación de un modo que más adelante seguramente lamentaríamos. Supe que lo que me estaba diciendo era que temía que yo la sedujera, de modo que le dije que yo la amaba y que jamás haría nada que a ella pudiera hacerle daño. Le dije que la respetaba demasiado para permitir que nos metiéramos en un lío. Ya, dijo él, pero hay veces en que las resoluciones más firmes y los buenos propósitos se debilitan, y también hay maneras de hacer daño que no son meramente físicas. Y entonces dijo algo que me costó trabajo creer: dijo que no estaba seguro de que Judy no pudiera pasar por un momento de flaqueza al mismo tiempo que yo flaquease, en cuyo caso ¿adónde podría llevarnos esa flaqueza reforzada? Yo había supuesto que el hombre es quien siempre lleva la voz cantante en estas cosas, y cuando así se lo dije al doctor Wolff él se sonrió de una manera que sólo podría calificar de vienesa.

—Judy y tú tenéis entre los dos algo que es muy hermoso —dijo—, y yo os aconsejaría que lo conservarais tal como es, pues en ese caso siempre será motivo de alegría para ambos. Pero si seguís adelante, todos cambiaremos de papel. Yo tendré que ser desagradable contigo, cosa que no deseo, y tú empezarás a odiarme, lo cual sería una lástima. Y es posible que Judy y tú decidáis que, sólo por preservar vuestra propia estima, es vuestro deber engañarme a mí y engañar a la madre de Judy. Eso sería muy doloroso para nosotros, y te garantizo que sería también peligroso para vosotros dos.

Y entonces hizo algo extraordinario: ¡me citó a Robert Burns! Fue algo que nadie había hecho, con la excepción de mi abuelo Cruikshank allá en el barranco de Deptford. Siempre di por hecho que Burns era un poeta del estilo de los del barranco. Y allí estaba yo, delante de este judío vienés, que me dijo de pronto:

*«La sagrada llama del amor bien dedicado,
nunca dejes de cultivar con profusión;
mas nunca pruebes la ilícita francachela,
por más que nada ni nadie la divulgue.
Espanta la cuantía del pecado,
al igual que el riesgo de ocultarlo,
pues ¡ay! todo por dentro se endurece
y se petrifica el sentimiento».*

—Eres un muchacho especialmente afectuoso —dijo, cosa que me sobresaltó y me molestó incluso—. No serán precisas muchas experiencias negativas para herir tus sentimientos, para dejarte muy por debajo del hombre que de lo contrario podrías llegar a ser. Si tú sedujeras a mi hija, yo me sentiría colérico, y podría llegar a odiarte. El daño puramente físico es poca cosa, si es que realmente vale algo, pero el daño psicológico, y ya ves que estoy demasiado hecho a la manera de hablar propia de hoy en día, por lo que me cuesta trabajo hablar del daño espiritual, podría ser realmente grave si terminásemos por no ser buenos amigos. Hay personas, por descontado, para las cuales estas cosas carecen de importancia, y me temo que tú has tenido un mal ejemplo. Pero tú y Judy no sois así. Por eso te lo advierto, David, y te aconsejo que seas amigo nuestro para siempre. Ahora bien: nunca serás el marido de mi hija, y quiero que esto lo entiendas ahora mismo.

—¿Por qué está usted tan en contra de que yo nunca me llegue a casar con Judy? —le pregunté.

—No soy yo el único que está en contra —respondió—. Hay cientos de factores determinantes por una parte y por la otra. Se trata de los ancestros. Hay cosas que es de sabios no desafiar.

—Quiere usted decir que yo no soy judío —dije.

—Había empezado a preguntarme si llegarías a entenderlo por ti mismo —dijo el doctor Wolff.

—¿Y eso es algo que realmente importa a día de hoy?

—Tú naciste en 1928, en una época en que eso empezó a importar muchísimo. Y no fue la primera vez en la historia —dijo el doctor Wolff—. Pero dejémoslo aparte. Hay otra forma en la cual importa, y mucho, pero que no me gustaría comentar, porque no quiero hacerte daño. Te tengo un gran aprecio. Es una cuestión de orgullo.

Seguimos conversando, aunque me di cuenta de que ya todo estaba dicho. Tenían planeado que Judy siguiera sus estudios en el extranjero; de hecho, se iba a marchar en la primavera siguiente. Hasta entonces, seguirían recibéndome de vez en cuando con mucho gusto, pero mi deber era comprender que los Wolff habían hablado de todo esto con Judy. Aunque ella se sentía fatal, había entendido el asunto. Y no había más vueltas que darle.

Fue aquella misma noche cuando hablé con Knopwood. Empezaba a sentir verdadera ira contra los Wolff. ¡Cuestión de orgullo! ¿Quiso decir acaso que yo no estaba a la altura de Judy, que no era suficientemente bueno para ella? ¿Y qué significaba toda aquella historia de que eran judíos, si ninguno de ellos daba la menor indicación externa de serlo? Si eran tan judíos, ¿dónde estaban los tirabuzones, la extraña ropa interior, la comida especial? Yo tenía entendido que todas esas rarezas eran propias de los judíos barbudos que usaban sombreros de terciopelo y vivían detrás de la Art Gallery. Había dado por supuesto que los Wolff y los Schwarz intentaban ser como nosotros, y en cambio me acababan de decir que no estaba a su altura. El cristianismo afrentado, vejado incluso, bullía en mi interior. Cristo había muerto por mí, de eso estaba seguro, pero no pondría la mano en el fuego para asegurar que había muerto por los Wolff y los Schwarz, ni mucho menos. Me fui derecho a ver a Knopwood. Él sabría aclarármelo.

Pasé con él toda la velada, y en el transcurso de una compleja conversación salió todo a la luz. Vi con inmenso asombro que se ponía de parte de Louis Wolff. Pero lo peor de todo fue que atacó a mi padre en unos términos que jamás le había oído utilizar. Se mostró desdeñoso y molesto por lo de Myrrha.

—¡Eres un zopenco elevado al cubo! —me gritó—. ¿No te has dado cuenta de que todo estaba amañado? ¡Y tú encima has creído que fue tu irresistible atractivo lo que te valió para acostarte con esa veterana curtida en mil batallas así! No te culpo por haberte acostado con ella, que conste: enséñale a un burro un saco de avena y se la comerá sin rechistar, aunque la avena esté mohosa. Es en cambio la vulgaridad provinciana de todo este asunto lo que me revuelve las tripas: eso de dárselas de experto en vinos, las resobadas galanterías, la gilipollez de las velas encendidas, eso es lo que me pone enfermo. La conversación de altos vuelos, la imitación de

Churchill por parte de tu padre, las citas de las rubaiyatas. Si pudiera, confiscaría todos los ejemplares de ese dichoso evangelio del hedonismo, con sus rimas de pésima calidad poética, y los quemaría sin pensármelo dos veces. ¡Qué manera de meterse en el corazón de los cursis! Hay que ver, Myrrha y tú comparando versitos. Me pregunto si la muy zorra, por muy literata que sea, no te citó esta otra:

*»Bueno —murmuró una—, sepa quien haga o compre
que mi arcilla de tanto olvido se ha secado;
lléname tú en cambio del jugo tan amable,
y seguro que me habré recuperado.*

»¿No te susurró esa copla al oído cuando Absalón iba a acostarse con la concubina de su padre?

—No entiendo... —dije—. Eso es algo perfectamente normal en las familias francesas. Así se aseguran de que los hijos aprendan todo lo que hay que saber del sexo de la manera más adecuada.

—Sí, eso tengo entendido, pero no sabía que dejaran en manos de sus amantes revenidas ese asunto tan crucial, tal como uno pone a un niño a montar en la yegua más vieja y menos peligrosa del establo.

—Ya basta, Knopwood —dije—. Tú sabrás mucho de la iglesia y la religión, pero no creo que todo eso te autorice a hablar de lo que significa ser un verdadero espadachín.

En ese momento se enfureció de veras. Pero en vez de estallar se mostró frío y muy cortes.

—Pues échame una mano —dijo—. Explícame qué es un espadachín, qué es lo que contiene la mística del espadachín.

Le hablé todo lo bien que supe acerca del hecho de vivir con estilo, de no plegarse a las maneras de los que no tienen gracia. Logré introducir en mi perorata algo sobre las artes amatorias, pues pensé que tal vez tampoco él conociera la palabra. Le hablé de los caballeros por oposición a los puritanos, los cabezas cuadradas, y le presenté a Mackenzie King como si fuera una especie de Cromwell atontado, al cual era preciso resistirse. El señor King se había ganado una impopularidad notable al principio de la guerra cuando apremió a los canadienses a «enfundarse la armadura de Dios», lo cual se interpretó en el sentido de que se iba a aguar y racionar el whisky sin reducir el precio. Dije que si ésa era en realidad la armadura de Dios, yo prefería respaldar la destreza y el donaire del espadachín. A medida que le hablaba, me pareció que disminuía su enojo. Cuando terminé, prácticamente se estaba riendo a carcajadas.

—Mi pobre Davey —dijo—. Siempre he tenido clarísimo que eres un muchacho de lo más inocente, pero tenía la esperanza de que tu inocencia no fuese tan sólo la

faceta más encantadora de tu muy penosa estupidez. Y ahora voy a intentar hacer algo que nunca había contado con hacer, algo que no veo con buenos ojos, pero que me parece necesario entre tú y yo si de veras aspiramos a que tu alma se salve. Sintiéndolo mucho, te voy a desilusionar en lo que a tu padre se refiere.

No lo consiguió, claro está. O no del todo. Habló largo y tendido de mi padre, dijo que era un gran hombre de negocios, cosa que me dejó frío. No quiero decir que diera a entender que mi padre no fuera un hombre honrado, pues no hubo lugar para una cosa así. Habló en cambio del poder de corrupción que posee la riqueza, de la ilusión que crea en quien la posee, haciéndole creer que puede manipular a todo el mundo, y de la espantosa verdad de que había muchísima gente a la que sin duda podía él manipular, de modo que la ilusión en sí nunca se podría poner en entredicho. Habló acerca de la ilusión que crea la riqueza en quien la posee, haciéndole creer que está hecho de otra pasta, que no tiene nada que ver con los hombres corrientes. Habló de la adulación que la riqueza genera en personas para las que el triunfo en este mundo es la única medida de su valía. La riqueza crea la ilusión y la fomenta, y la ilusión trae consigo la corrupción. Ése fue su discurso.

No me sorprendió con la guardia baja, porque mi padre había conversado mucho conmigo desde que empezó a pasar más tiempo en casa. Mi madre me dijo que un hombre al que se puede manipular necesita una estrecha vigilancia, ya que también otras personas podrían manipularlo. También me dijo que el rico es distinto del hombre de a pie sólo porque posee un abanico de opciones mucho más amplio; me dijo que una de las opciones más peligrosas es la que en el fondo no pasa de ser una esclavitud apenas mal disimulada para con la fuente de su riqueza. Llegué a decirle a Knopwood algo que él jamás habría adivinado. Le hablé de lo que mi padre llamaba la «compasión patológica de los grandes negocios», algo que parece exigir que se evite a toda costa —por encima de un determinado nivel ejecutivo— la incompetencia de un hombre, o su pérdida de cualidades, de modo que no quede destruido a ojos de su familia, de sus amigos, de sí mismo. Mi padre había estimado que la «compasión corporativa» le costaba unos cuantos cientos de miles de dólares al año, y que ésa era una clase de caridad que San Pablo jamás había previsto. Al igual que muchas personas que no tienen dinero, Knopwood tenía algunas ideas más bien mal concebidas acerca de quienes sí lo tienen, y la principal de todas ellas era que la riqueza es algo que consiguen y conservan sólo las personas esencialmente mezquinas. Le acusé de falta de caridad, cosa que sabía que era para él de la máxima trascendencia. Le acusé de tener unos celos encubiertos, muy cristianos, desde luego, que le impedían ver cuál era la verdadera valía de mi padre, porque sólo atinaba a ver su riqueza. Los que son realmente fuertes y consiguen amasar una fortuna a veces son también fuertes y logran resistirse a la ilusión. Mi padre era uno de ellos.

—Se te dará bien la abogacía, Davey —me dijo—. Ya eres todo un experto en

hacer pasar por buenas las peores causas que existen. Ser un cínico no es lo mismo que evitar la ilusión, pues el cinismo es otra clase de ilusión. Todas las fórmulas para hacer frente a la vida, e incluso muchas filosofías, son vanas ilusiones. El cinismo es una ilusión de las peores. Un espadachín, ya. ¿Quieres que te diga qué es un espadachín? Justo lo que la palabra indica: un espadachín es un experto en insertar un objeto largo y fino, o curvo y grueso, en el cuerpo de otra persona, y siempre con la intención de herir. Últimamente has leído mucho. Has leído algo de D. H. Lawrence. ¿Recuerdas lo que dice sobre la fornicación sin afecto, a sangre fría? En eso sobresale un espadachín, tal como hoy en día emplean la palabra quienes la aplican a tu padre. Un espadachín es lo que los puritanos a los que tanto desprecias llaman de manera más romántica un proxeneta, un putañero, un mujeriego sin remedio. ¿No lo sabías? Obvio es decir que los espadachines no emplean la palabra en ese sentido: recurren a otros términos, como el de las artes amatorias, aunque eso por lo general hace referencia a quienes son como tu querida Myrrha, que es una gran experta en el sexo sin amor. ¿Es eso lo que quieres? Es mucho lo que me has contado acerca de lo que sientes por Judy Wolff. Ahora ya has recibido una cierta instrucción en el juego del espadachín y las artes amatorias. ¿Y de qué se trata? Solamente es el acto en sí, pero a bombo y platillo. Música simple para las almas de los simples. ¿Eso es lo que quieres con Judy? Porque justamente eso es lo que su padre teme. No quiere que la vida de su hija resulte mancillada por el hijo de un mujeriego, que además es, como bien sospecha con astucia, un aprendiz de mujeriego.

Me estaba resultando durísimo lo que decía, y aunque traté de contestarle supe que estaba medio muerto de vergüenza, porque tanto si lo quiere creer como si no, y juro que es la verdad, no había entendido nunca a qué se refería la gente en sus hablaturías al mencionar a un espadachín, lo cual de pronto fue explicación suficiente de algunas de las curiosas reacciones con que me había encontrado al aplicar la palabra con tanto orgullo a mi padre. Recordé incluso con un escalofrío que yo mismo le había aplicado esa palabra en presencia de los Wolff, y de pronto comprendí que estaban al cabo de la calle de todos los matices del habla nada menos que en tres lenguas distintas. Había quedado como un perfecto imbécil. Y darme cuenta de ello me provocó tanta debilidad como ira. Y me lancé como un energúmeno contra Knopwood.

—Está muy bien que seas tan quisquilloso sobre los gustos sexuales de los demás —dije—, pero ¿tú qué pie calzas? Todo el mundo sabe qué eres tú. Eres una maricona. Una maricona temerosa de hacer nada al respecto. ¿Qué es lo que te otorga tanta autoridad para juzgar a los hombres y las mujeres de carne y hueso, que viven pasiones que tú jamás podrías compartir, y ni siquiera entiendes?

Había dado en el clavo. O eso me pareció. Me pareció que menguaba a ojos vista. Toda la cólera que sentía antes lo había abandonado.

—Davey, quiero que me escuches ahora con gran atención —dijo—. Supongo que sí, que la verdad es que soy un homosexual. De hecho lo sé muy bien. Además, soy un sacerdote. Gracias a sucesivos esfuerzos nada despreciables he logrado durante más de veinte años tener plena conciencia de ambas realidades, y he logrado poner lo que soy y la dirección hacia la que mi propia naturaleza me lleva al servicio de mi fe y de su fundador. Personas heridas de mucha mayor gravedad que yo han sido grandes combatientes en la misma causa. Yo no lo he hecho tan mal. Sería un idiota y pecaría de falsa humildad si dijera lo contrario. Lo que he hecho, lo he hecho con alegría, y sólo quiero añadir que no ha sido fácil. Ha sido mi sacrificio personal: he sacrificado lo que era en aras de lo que amaba. Y ahora quiero que tengas muy presente una cosa, porque dudo mucho que volvamos a vernos pronto. Se trata de lo siguiente: por muy de moda que esté la falta de esperanza en el mundo y en la gente, por muy poderosa que esa falta de esperanza llegue a ser en el futuro, no todos, ni siquiera la mayoría, piensan y viven de acuerdo con las modas. La virtud y el honor no desaparecerán del mundo, por mucho que los moralistas populares y los periodistas miedosos insistan en ello. No dejará de darse el sacrificio porque los psiquiatras hayan popularizado la idea de que a menudo hay en él un elemento oculto, un elemento de interés propio. Los teólogos siempre lo han sabido. Y tampoco creo que el amor, en tanto exigente condición del honor, se haya perdido. Se trata de un patrón del espíritu. Y los seres humanos aspiran a hacer de ese patrón una realidad en su propia vida, al margen de los medios que empleen para ello. En dos palabras, Davey: Dios no ha muerto. Y te aseguro que de Dios no te puedes mofar.

No volví a ver a Knopwood nunca más. Pronto quedó aclarado qué quiso decir al comentar que no nos íbamos a ver pronto: le habían trasladado a una obra misionera. Y murió hace no muchos años en el Oeste, de tuberculosis, tras haber trabajado casi hasta el final con los indios nativos de la región. Nunca le he perdonado que tratase de envilecer de ese modo la figura de mi padre. Si a eso equivalía su cristianismo, era bien poca cosa.

DRA. VON HALLER: Tal como describe usted lo que el padre Knopwood dijo sobre la señora Martindale, incurrió en el abuso y el desprecio. ¿Acaso la conocía, por un casual?

YO: No, sólo la odiaba porque ella era una mujer de verdad, y ya le he dicho qué era él. Tomó la determinación arbitraria de que era una furcia y punto.

DRA. VON HALLER: No considera usted que su postura fuese de indignación en su defensa, por el hecho de que ella, para entendernos, hubiera abusado de la inocencia de usted.

YO: ¿Cómo iba ella a hacer una cosa así? Eso es una estupidez.

DRA. VON HALLER: Formó parte de un plan urdido para manipularle a usted y conducirlo por un camino determinado. No me refiero a su virginidad, que es algo puramente físico y técnico a lo sumo, sino al plan para introducirle a usted en lo que Knopwood llamó la música a bombo y platillo de los simples.

YO: Supongo que eso es algo que hay que afrontar de un modo u otro. Y mejor en tales circunstancias, digo yo. Había olvidado que ustedes los suizos son el sùmmum del puritanismo.

DRA. VON HALLER: Vaya, ahora veo que me habla como si yo fuera el padre Knopwood. Ciertamente, todo el mundo ha de afrontar la realidad del sexo, pero suele ser corriente que cada cual elija su manera de hacerlo. Uno se lo encuentra; no es algo que se le ofrezca como si fuera un tónico, en el momento en que otro decide que le sentará bien. ¿No le parece que es el individuo quien sabe mejor que nadie cuál es el momento apropiado? ¿No es un exceso de condescendencia organizarle al propio hijo un primer encuentro de carácter sexual?

YO: No me parece más condescendiente que el hecho de enviarlo a tal o cual colegio, digo yo.

DRA. VON HALLER: Así pues, está usted completamente de acuerdo con lo que se le orquestó sin que usted lo supiera. Veamos... ¿No dijo usted que tuvo su última experiencia sexual el 26 de diciembre de 1945? Así pues, ¿fue la señora Martindale la primera y la última? ¿A qué se debe que no haya dado usted nuevos usos a la muy valiosa instrucción que recibió en el terreno del sexo? Tómese todo el tiempo que quiera, señor Staunton. Si quiere un vaso de agua, hay una botella allí, detrás de usted.

YO: Fue Judy, supongo.

DRA. VON HALLER: Sí. En lo que a Judy se refiere, ¿es usted consciente de que lo que me ha contado acerca de ella es muy poca cosa, y apenas arroja ninguna luz? Voy conociendo bastante bien a su padre, y me he hecho una buena idea de cómo era el padre Knopwood, y es mucho lo que dio a entender sobre la señora Martindale con muy pocas palabras. Pero a Judy apenas la consigo ver. Una muchacha bien educada, un tanto ajena al mundo de usted, judía, cantante. Por lo demás, sólo me ha dicho que era amable, que era complaciente y demás vaguedades por el estilo, que no le prestan la debida individualidad. Su hermana sugirió que era una vaga; yo atribuyo un gran significado a una cosa así.

YO: Pues no lo haga. Carol tiene una lengua viperina.

DRA. VON HALLER: Desde luego. Me ha pintado usted un estupendo retrato de ella. Es muy perspicaz. Y dijo que Judy era una vaga. ¿Sabe usted por qué?

YO: Por rencor, está claro. Se dio cuenta de que yo amaba a Judy.

DRA. VON HALLER: Captó que para usted Judy era una figura del *Ánima*. Permítame que adopte unos cuantos tecnicismos, sólo será un momento. Hablamos del *Ánima*, un término genérico para designar la idea de todo lo que una mujer es o debiera ser para un hombre. Las mujeres son muy conscientes de esta figura cuando se despierta en los hombres. Carol percibió que Judy de pronto había encarnado el *Ánima* para usted, y se sintió irritada. Ya sabe lo que dicen siempre las mujeres: «¿Qué es lo que habrá visto en ésa?». Además, el hombre sólo es capaz de describirla en términos muy generales, no en detalle. Se halla poseído por algo que podríamos considerar un encantamiento: esa vieja palabra es tan buena o mejor que cualquiera de las nuevas. Y es notable que cuando uno es presa de un encantamiento no ve nada con la debida claridad.

YO: Yo a Judy la veía con claridad.

DRA. VON HALLER: Pero no parece recordar nada de lo que ella le dijo, nada que no sea un tópico. Vamos, señor Staunton: una muchacha hermosa y modesta, a la que ve usted por vez primera en unas circunstancias de puro encantamiento, cantando en un escenario... es un *Ánima* como la copa de un pino.

YO: Pensé que ustedes no debían guiar los pasos que ha de dar el testigo.

DRA. VON HALLER: Tal vez no en el tribunal del juez Staunton, pero éste es mi tribunal. Dígame: después de hablar con su padre, cuando él la llamó «princesita judía» y dijo que era «su hembra», y después de su conversación con el padre de ella, cuando le dijo que no la considerase una posible pareja de cara al futuro, y después de la charla con ese tercer padre que es el sacerdote, ¿cómo quedaron las cosas entre Judy y usted?

YO: La cosa se echó a perder. O perdió el brillo. O cualquier otra expresión que usted quiera emplear, siempre y cuando indique una caída de intensidad, una pérdida de poder. Nos vimos, charlamos, nos besamos, eso por supuesto. Pero yo sabía que ella era una hija obediente, y cuando la besaba sabía que Louis Wolff rondaba por allí cerca aunque fuera invisible. Y por más que me esforzase, cuando la besaba oía en mi interior una voz que no era la de mi padre, no creo que lo fuera, diciendo «tu princesita, tu hembra judía». Y el detestable Knopwood también parecía rondar por allí cerca, como el Cristo de la imagen sentimental con la mano en el hombro del *boy scout*. Tampoco sé cómo podría haber sido mejor, porque entonces yo tuve una penosa enfermedad. Hoy probablemente se diría que fue un episodio de mononucleosis, pero entonces no se sabía qué era eso. Pasé bastante tiempo sin ir al colegio, confinado en la casa, con Netty por enfermera. Cuando llegó Semana Santa aún estaba muy débil. Judy se marchó a Lausana a estudiar. Me envió una carta que quise conservar, cómo no, pero me jugaría cualquier cosa a que se la quedó Netty y la quemó.

DRA. VON HALLER: ¿No recuerda qué le decía?

YO: La recuerdo sólo en parte. Me dijo: «Mi padre es el hombre más sabio, el mejor que conozco, y yo siempre haré lo que él me diga». Me pareció extraordinario en una chica de diecisiete años.

DRA. VON HALLER: ¿Por qué extraordinario?

YO: Por inmaduro. ¿No le parece? ¿No tendría que haberse mostrado algo más independiente?

DRA. VON HALLER: Pero... ¿no era ésa la misma actitud que tenía usted con su señor padre?

YO: No después de estar enfermo. Por otra parte, siempre hubo una diferencia, porque mi padre era realmente un gran hombre. Dunstan Ramsay dijo en su día que era un genio inusual, de una clase que no se suele reconocer. Y Louis Wolff, por bueno que fuera sin duda a su manera, no era más que un médico. Inteligente, pero un médico.

DRA. VON HALLER: A mí me parece un hombre muy cultivado, y precisamente de una manera que nada tenía que ver con su padre. ¿Y qué me dice de Knopwood? Parece usted haberlo desestimado por ser homosexual.

YO: Veo en los tribunales a muchos como él. No se les puede tomar en serio.

DRA. VON HALLER: Pero usted se toma en serio a muy pocas personas cuando las tiene en el tribunal. Hay homosexuales a los que haremos bien en tomar en serio, y es poco probable que se los encuentre usted ante un tribunal. Si no recuerdo mal, ¿no habló usted de la caridad cristiana?

YO: Hace mucho que no soy cristiano. Demasiadas veces he desenmascarado patéticas flaquezas que se han querido disfrazar de obras de caridad. Quienes hablan de la caridad y el perdón carecen por lo general de agallas para llevar nada a su lógica conclusión. Nunca he visto que la caridad traiga consigo algo que sea incuestionablemente positivo.

DRA. VON HALLER: Entiendo. Bien, prosigamos. Durante esa enfermedad que tuvo supongo que pensó mucho acerca de su situación. Ésa es la función que tienen esas enfermedades, esas misteriosas afecciones que nos arrancan de la vida, pero no nos matan. Son síntomas de que nuestra vida no va por buen camino, son intervalos para la reflexión. Tuvo usted suerte de no hallarse internado en un hospital, aun cuando la convalecencia volviera a ponerle bajo el dominio de Netty. Y bien: ¿qué respuestas halló? Por ejemplo: ¿pensó usted en la razón por la que estaba tan dispuesto a creer que su madre había sido la amante del mejor amigo de su padre, al tiempo que ponía en duda que la señora Martindale fuera la amante de su padre?

YO: Supongo que todos los niños prefieren a su padre o a su madre, al que sea, y nunca los tienen a los dos en la misma estima. De mi madre ya le he hablado. Mi padre me habló bastante de ella cuando venía a verme mientras yo estaba enfermo. Me volvió a aconsejar en varias ocasiones que no me casara con una novia de juventud.

DRA. VON HALLER: Sí, es de suponer que sabía qué era lo que no terminaba de funcionar bien en usted. Es algo que se suele saber, aunque nada convenza a quien lo sabe para que ponga ese conocimiento sobre la mesa, para que reconozca siquiera que lo sabe perfectamente. Él tuvo la impresión de que su enfermedad era debida a Judy. Y la verdad es que le dio un buen consejo.

YO: Pero yo amaba a Judy. De veras la amaba.

DRA. VON HALLER: Usted amaba la proyección de su propia *Ánima*. De veras la amaba. Pero me pregunto si de veras llegó a conocer a Judy Wolff. Me ha dicho que ahora, cuando se la cruza por la calle y ve en ella a una mujer adulta, casada y con hijos, nunca le dirige la palabra. ¿Por qué? Es fácil: porque pretende proteger su sueño de juventud. No desea conocer a esa mujer, que ya no es la que fue. Es otra. Cuando vuelva usted a su casa, hará bien si aprovecha la ocasión de encontrarse con la señora del profesor Como-se-llame y acaba con ese fantasma de una vez por todas. Será sumamente fácil, se lo aseguro. La verá tal como es ahora, y ella verá en usted al famoso abogado penalista. Todo irá como la seda, y usted será libre para siempre. En la medida en que le sea posible, acabe con sus fantasmas... De todos modos, no ha contestado a mi pregunta: ¿por qué el adulterio en la madre y no en el padre?

YO: Mi madre era débil.

DRA. VON HALLER: Su madre era la figura del *Ánima* para su padre, la figura con la que tuvo el infortunio, o la falta de sensatez, de casarse. No es de extrañar que pareciera débil, pobre mujer, con semejante carga que sobrellevar por un hombre semejante. Y tampoco es de extrañar que él se volviera contra ella, tal como usted muy probablemente se habría vuelto contra la pobre Judy si hubiera tenido ella el infortunio de caer en las garras de un pensador tan incisivo y de un hombre tan primitivo en el sentimiento como es usted. Ah, los hombres se vengan a conciencia de las mujeres que creen que les han hechizado, cuando la verdad es que esas pobres mujeres están meramente destinadas a ser bellas, a cantar bien, a reír en el momento oportuno.

YO: Entonces, ¿no cree usted que haya un cierto encantamiento en el amor?

DRA. VON HALLER: Sé perfectamente que lo hay, pero me pregunto si alguien ha dicho alguna vez que el encantamiento sea la base sobre la que cimentar el matrimonio. Lo será al principio, es probable, pero hay que servir a la mesa alimentos más sólidos si se pretende huir de la inanición a lo largo de sesenta años.

YO: Hoy la encuentro inusitadamente dogmática, doctora von Haller.

DRA. VON HALLER: Usted me ha dicho que le gustan los dogmas... Pero volvamos a la pregunta que sigue sin contestar: ¿por qué creía a su madre capaz de cometer adulterio y a su padre no?

YO: Bueno, verá... El adulterio en la mujer puede ser un desliz, un pecadillo sin importancia, pero en un hombre, no sé si lo entiende... es un delito contra la propiedad. Sé que esto no resulta muy bonito de decir, pero la ley lo deja bien claro, y la opinión pública lo aclara todavía más. Un marido engañado es tan sólo un cornudo, una figura irrisoria, mientras que una mujer engañada es alguien que ha sufrido una grave herida.

No me pregunte por qué; simplemente afirmo un hecho tal como la sociedad y los tribunales lo consideran.

DRA. VON HALLER: Pero esta señora Martindale, si le he entendido bien, había dejado a su marido, o él le había dejado a ella. ¿Qué herida podría producirse?

YO: Estoy pensando en mi madre. Mi padre conoció a la señora Martindale mucho antes de que muriese mi madre. Es posible que se hubiera alejado de mi madre, pero no puedo creer que hiciera nada a sabiendas de que iba a hacerle daño, nada que pudiera tener nada que ver con su muerte. Quiero decir que... un espadachín es una cosa, es una especie de concepto caballeresco, que puede incluso ser romántico, pero no es una muestra de sordidez. Un adúltero... he visto a muchos ante los tribunales, y ninguno de ellos era nada que no resultara sórdido.

DRA. VON HALLER: ¿Y usted era incapaz de relacionar a su padre con nada que resultara sórdido? Así pues, salió usted de ese período de enfermedad y convalecencia sin su amada, sin su sacerdote, pero con su padre aún firmemente erguido sobre su pedestal, ¿es así?

YO: No, ni siquiera. Yo seguí adorándolo, pero mi adoración quedó mermada por las dudas. Por esto tomé la decisión de no ser como él, de no permitirme siquiera la menor idea de rivalizar con él, de encontrar como fuera un terreno en el que pudiera mostrar que era digno de él.

DRA. VON HALLER: ¡Dios Santo, qué fanatismo!

YO: Eso me parece un impropio muy poco profesional.

DRA. VON HALLER: Ni mucho menos. Es usted un fanático. ¿No sabe usted qué es el fanatismo? Es sencillo: se trata de un exceso de compensación frente a la duda. Bien, siga adelante.

En efecto, seguí adelante. Y la carencia de incidentes que marcó mi vida tuvo compensación en la intensidad. Terminé mis estudios bastante bien, aunque no tanto como lo hubiera hecho sin una enfermedad tan prolongada, y estuve listo para comenzar la universidad. Mi padre siempre había dado por hecho que yo estudiaría en la Universidad de Toronto, pero mi deseo era ir a Oxford, y a él le pareció magnífico. Él no había estudiado en una universidad porque combatió en la primera guerra mundial —obtuvo la Orden de la Distinción en el Servicio— durante los años en que tendría que haber sido universitario. Quiso seguir adelante con su vida, y llegó a ejercer como abogado sin tener la titulación. En aquel entonces eso aún era posible. Pero tenía ciertas ideas muy románticas sobre las universidades, y Oxford le resultaba especialmente atractivo. Así que allí fui. Mi padre quiso que ingresara en uno de los mejores colegios, de modo que tuve plaza en el Christ Church.

Hay muchísimas memorias en las que siempre se insiste en lo mucho que Oxford significó para ellos. Yo no puedo fingir que Oxford representara para mí algo extraordinario. Fue muy grato; me gustaron los edificios, éstos que los críticos de la arquitectura andan derribando cada dos por tres. Después de Toronto, se me salían los ojos de las cuencas. Daban una idea de educación que a mí me resultaba extraña. Había en todo ello algo inquietante, pero no mezquino; no cabía pensar que las construcciones fuesen precisamente baratas. Y me agradaba la sensación de una ciudad transida por la juventud, que es lo que Oxford parece ser, aunque todo el que tenga ojos en la cara se da cuenta de que es una ciudad que gobiernan los viejos. Mi Oxford era el Oxford de posguerra: una ciudad que ya no cabía dentro de sus

murallas y que rápidamente iba a transformarse en una gran ciudad industrial. Y abundaban las críticas de los privilegios que todo ello entrañaba, críticas nacidas precisamente de las personas que tenían asentadas las posaderas en toda clase de privilegios, de los cuales se aprovechaban al máximo. Oxford formó parte de mi plan para llegar a ser un hombre especial. Puse todo lo que me salió al paso al servicio de mi única intención.

Estudí Derecho, se me dio bien. Tuve mucha suerte de que se me asignase a Pargetter, del Balliol, como tutor. Era un gran profesor de Derecho, un ciego que no obstante era un famoso jugador de ajedrez, un profesor como no había conocido yo otro igual. Era implacable, era exigente, que era precisamente lo que yo deseaba, porque estaba resuelto a ser un abogado de primerísima fila. Ya lo ve usted: cuando le dije a mi padre que mi deseo era ser abogado, dio por sentado de inmediato que el conocimiento de las leyes iba a ser una preparación para mi ingreso en el mundo de los negocios, tal como había sido su caso. Estaba seguro de que yo iba a seguir sus pasos en Alpha Corporation; no creo, de hecho, que a él le pareciera posible ningún otro futuro para mí. Quizá fui poco claro con él, pues no le dije entonces que tenía otros planes. Quería aprender leyes porque quería ser dueño de un terreno en el que supiera bien dónde estaba, un terreno que no estuviera abierto a los caprichos y a las ideas preconcebidas de las personas como Louis Wolff, como Knopwood, como mi padre. Quería ser dueño y señor de mi territorio, y quería que mi profesión fuera de la mayor importancia. Además, quería aprender todo lo que pudiera sobre las personas, quería amasar un saber que me permitiera en la medida de lo posible explicarme cómo son. Quería dedicarme a un terreno que me permitiera acceder al espíritu que había visto actuar en Bill Unsworth.

No tenía ninguna intención de ser un cruzado. Una de las cosas a que había llegado durante aquella enfermedad tediosa y extenuante fue la determinación de no volver a mezclarme jamás con todo lo que representaba el padre Knopwood. A mi entender, sólo aspiraba a manipular a las personas; quería que fuesen buenas y él tenía la certeza de qué era realmente lo bueno. Para él, Dios estaba aquí y el cristianismo era ahora. Estaba dispuestísimo a aceptarse como era y a imponer en los demás un montón de ideas irracionales, todas ellas en aras de su particular concepto de la bondad. Creía que Dios no era alguien de quien burlarse. En cambio a mí, cada día de mi vida, me parecía ver a Dios siendo burlado y recompensando al burlador con un éxito espléndido.

Quería escapar también del mundo de Louis Wolff, que se me antojaba un hombre sumamente astuto, cuya gran cultura en ningún instante podía interferir en las muy anticuadas ideas que lo gobernaban a él y que por fuerza debían gobernar también a su familia.

Quería escapar de mi padre y salvar mi alma, en la medida más bien escasa en

que creía en tal cosa. Supongo que al decir mi alma en aquel entonces me refería a mi amor propio o a mi virilidad. Le quería y le temía, pero ya había visto algunas fallas, pequeñas desde luego, en su armadura. También él era un manipulador, y teniendo muy en cuenta su propio consejo no estaba yo dispuesto a ser un hombre al que se pudiera manipular. Sabía que siempre iba a ser reconocido como hijo suyo; sabía que en no pocos aspectos estaba llamado a soportar el peso de una riqueza que yo no había amasado, en una sociedad en la que la riqueza heredada siempre comporta un estigma. De algún modo, en algún lugar del ancho mundo, pensaba que estaba llamado a ser David Staunton y a ser inalcanzable para Knopwood, para Louis Wolff o para mi padre, por haberlos superado de la manera que fuese.

La idea de dejar el sexo al margen de mi vida ni siquiera se me llegó a ocurrir. Fue algo que sucedió sin más, y ni siquiera supe que había pasado a ser parte de mi manera de vivir hasta que ya estuvo firmemente establecida. Es posible que Pargetter tuviera algo que ver con esto. Él era soltero; al ser ciego estaba, además, aislado, bien protegido de buena parte de los encantos femeninos. Se apoderó de mí, como hacía con todos sus discípulos, sujetándome con sus garras de águila, pero creo que al terminar mi primer curso ya sabía que yo le pertenecía de un modo que los demás, por mucho que le admirasen, nunca llegarían a pertenecerle. Si uno aspira a conocer al dedillo la ley, decía, es sencillamente idiota, pues nadie la conoce en su totalidad; a lo sumo, se puede aspirar a dominar una pequeña parte de la ley, en cuyo caso debe uno dejar en la nevera sus emociones al menos hasta que cumpla los treinta años. Eso fue lo que decidí hacer, y cuando cumplí treinta años me gustaba realmente la frialdad de mi vida. Me servía para que la gente me tuviera miedo y eso también me gustaba.

Pargetter debió de tomarme aprecio, aunque no era un hombre que insinuara jamás semejante cosa. Me enseñó a jugar al ajedrez, y aunque nunca llegué a estar a su altura sí llegué a jugar bastante bien. En su habitación nunca había luz suficiente, él no la necesitaba, y creo que era además un poco maniático, y pretendía que las personas que gozaban de la facultad de la vista la empleasen al máximo. Se sentaba junto a un fuego insuficiente que mal ardía en la chimenea, envuelto en una luz crepuscular, que podría ser incluso deprimente, y jugaba una partida tras otra; se sentaba en su sillón y yo en una silla al otro lado del tablero, y realizaba yo todas las jugadas; él me indicaba la suya, yo colocaba la pieza de acuerdo con su dictado y acto seguido le comunicaba mi réplica. Cuando me vencía, acostumbraba repasar la partida y remontarse exactamente a la jugada en la que a mí se me habían empezado a ir las cosas de las manos. Me dejaba pasmado semejante memoria y semejante sentido del espacio en un hombre que vivía sumido en la oscuridad; él despreciaba que no fuera yo capaz de recordar qué movimientos había hecho seis u ocho jugadas antes. Por pura necesidad tuve que desarrollar yo esa misma capacidad memorística.

La verdad es que era un hombre inquietante. Tenía tres o cuatro tableros por la habitación, en los cuales jugaba al ajedrez postal con algunos amigos que vivían en lugares lejanos. Si llegaba yo con antelación a una de las sesiones de tutoría, me decía por ejemplo: «Hay una postal sobre la mesa, debe de ser de Johannesburgo, léemela». Le leía el movimiento ajedrecístico y lo reflejaba en un tablero que tal vez no había tocado desde hacía un mes. Al terminar la sesión de tutoría me dictaba el movimiento de réplica, y reajustaba yo las piezas sobre el tablero de acuerdo con lo indicado. Ganaba un número asombroso de partidas de ajedrez postal, que avanzaban con la lentitud de las tortugas.

Nunca aprendió el Braille. Escribía en un papel especial, enmarcado en un bastidor que tenía unos alambres-guía para no salirse del renglón, y jamás parecía olvidar nada de lo que hubiera escrito. Tenía un prodigioso conocimiento de libros de leyes que nunca había visto; cuando me indicaba con toda precisión en qué anaquel de su biblioteca se encontraban, para hallar una referencia, a menudo me encontraba una hoja de papel manuscrita de su puño y letra. Estaba al día de los libros y las revistas especializadas; se ocupaba de que alguien se los leyera. Yo me sentí agraciado cuando me pidió que le leyera; hacía comentarios muy valiosos a la vez que escuchaba, apuntes que eran siempre una lección magistral acerca del modo más aconsejable de absorber, sopesar, seleccionar y rechazar las ideas ajenas.

Eso era exactamente lo que yo deseaba. Llegué prácticamente a idolatrar a Pargetter. La exactitud, la sosegada valoración de los hechos, el raciocinio aplicado a problemas que muy a menudo tenían su origen en las nada limpias emociones de los demás, actuaron sobre mi ánimo dolido igual que un bálsamo. No fue una instrucción legal ordinaria; no dio por resultado una práctica legal ordinaria. Muchos abogados son en realidad unos ignorantes presuntuosos. Se aferran a sus propias emociones y a las de sus clientes, como si fuera lo único que importase en el mundo, porque les resulta muy fácil participar en las peleas ajenas. Ponen en venta su indignación. Pargetter, en cambio, había refinado su intelecto hasta darle una agudeza cortante. Y yo quería ser como Pargetter. Quería saber, ver, tamizar, sin que nada ni nadie me conmoviera. Quería distanciarme tanto como pudiera de aquel muchacho sin luces que no había sabido captar qué era un espadachín cuando todo el mundo lo sabía, el muchacho alelado que sorbía los vientos por Judy Wolff y que tuvo que oír al padre de la chica decirle que se largase a buscar otros juguetes. Quería fundirme, purgarme de toda escoria, remodelarme de una forma nueva y mejor; Pargetter era el hombre idóneo para llevar a cabo toda esa transmutación. Tuve otros profesores, como es natural, y algunos eran muy buenos, pero Pargetter sigue siendo mi ideal, mi padre en mi oficio.

Escribía a mi padre semanalmente, pero con plena conciencia de que mis cartas eran cada vez menos comunicativas, pues me iba adentrando en un mundo al que él no podía seguirme. Visitaba Canadá una vez al año, siempre con toda la brevedad que me fuera posible, y cuando estaba a punto de iniciar mi tercer año en Oxford me llevó una noche a cenar fuera. Tras dar bastantes vueltas sin llegar a nada en claro, cosa que ahora entiendo que fue muestra de timidez ante lo que iba a decirme, me hizo lo que me pareció entonces una extraña petición.

—Llevo un tiempo preguntándome por la familia Staunton —dijo—. ¿Quiénes crees que pudimos ser? No he podido encontrar nada acerca de mi padre, aunque sí he acumulado algunos datos. Se licenció en la facultad de Medicina aquí en Toronto en 1887. Según el registro, tenía veinte años, por lo que debió de nacer en 1867. En aquel entonces les daban a los médicos un mero barniz y una promesa; no creo que supiera realmente mucho de medicina. Era un extraño diablejo; como seguramente sabrás, nunca nos llevamos del todo bien. Todo lo que sé de su procedencia es que no era canadiense. Mi madre sí lo era; he encontrado el rastro de su familia, cosa tan fácil como al final tediosa. Granjeros, uno detrás de otro, y un sacerdote. En cambio, ¿quién era Henry Staunton? Quiero saberlo. Aunque suene vanidoso, Davey, me da en la nariz que sangre de cierta alcurnia recorre nuestro linaje. Tu abuelo fue un hombre sumamente hábil en los negocios; tenía una capacidad mucho mayor de la que puso de hecho en juego. Hizo falta una gran imaginación para lanzarse a la fabricación de azúcar refinado cuando nadie más vio que aquello tuviera ningún futuro. Quiero decir que cuando era joven mucha gente seguía raspando el azúcar de una barra con una lima. Y todo el azúcar provenía de las islas. Tuvo tesón y tuvo visión de futuro. Obviamente, muchas personas de a pie habían salido con bien de toda clase de empresas, pero me sigo preguntando si realmente era un hombre de a pie, normal y corriente. Cuando estuve en Inglaterra durante la guerra quise echar un vistazo, pero no era buen momento para hacer pesquisas, porque además estaba muy ajetreado con asuntos más inmediatos. Sin embargo, conocí a dos personas, en dos momentos distintos, una de las cuales me preguntó si mi familia era la de los Staunton del condado de Warwick. Ya sabes que los ingleses les encanta que los canadienses nos las demos de toscos pueblerinos, de modo que contesté que, por lo que sabía, mi familia era la de los Staunton del condado de Pitt. Sin embargo, almacené la información en la memoria más que nada por si acaso. No tengo ni idea de quiénes pueden ser los Staunton del condado de Warwick, pero parece que es una familia conocida para quienes tienen interés por la genealogía. Por eso, cuando regreses a Oxford quisiera que hicieras algunas indagaciones y que me cuentes qué

averiguas. Es probable que seamos bastardos o algo así, pero me gustaría saberlo con certeza.

Sabía desde tiempo atrás que mi padre era un romántico, tal como yo lo había sido tan sólo dos o tres años antes, de modo que le dije que haría lo que estuviera en mi mano.

¿Cómo? Y, sobre todo, ¿qué podía hacer? ¿Ir a Warwick, localizar a los Staunton, preguntarles si tenían noticias de un médico que había sido el máximo experto en estreñimiento del condado de Pitt, y que hasta el final de sus días creyó que la savia del *lignum vitae* era un tratamiento perfecto para el reuma? No, gracias, no estaba yo para semejantes cosas. Un día, en la sala común de la biblioteca, estaba hojeando el *The Times Literary Supplement* y encontré un modesto anuncio que todavía recuerdo textualmente:

GENEALOGÍAS. Se construyen árboles genealógicos y se rastrea el historial familiar. Oxoniense con curiosas cualificaciones. Se exige y se ofrece estricta confidencialidad.

Era justo lo que deseaba. Tomé nota del número del anuncio y esa misma noche escribí una carta. Quería que se rastrease un historial de familia, dije, y, de ser posible, que se construyera el árbol genealógico correspondiente.

No sé muy bien qué me esperaba. El anuncio hacía pensar en un pedante más bien entrado en años y casi seguro que con malas pulgas. Me pilló completamente desprevenido el oxoniense de curiosas cualificaciones que llegó a mi estudio dos días después. No parecía mucho mayor que yo. Tenía un talante tímido, femenino y una voz aterciopelada, compatible con el hecho de que apenas se le oía nada. Lo único anticuado o pedante en su persona eran unos quevedos de los que ya nadie gastaba, con montura de oro y lentes pequeñas y ovaladas.

—Me pareció más oportuno venir en persona en vez de contestarle por escrito, porque casi somos vecinos —dijo, y me entregó una tarjeta de visita, de las más baratas, en la cual se podía leer lo siguiente:

ADRIAN PLEDGER-BRAUN
CORPUS CHRISTI

Así que ése era el oxoniense de tan curiosa cualificación...

—Siéntese —le dije—. ¿Construye usted árboles genealógicos?

—Desde luego —resopló—. Es decir, sé perfectamente cómo se hace. Quiero decir que he examinado centenares de genealogías ya construidas al detalle, y estoy seguro de que podría hacer lo propio si se me confiara tamaña tarea. Entraña una concienzuda investigación, dese cuenta, de una índole que entiendo francamente bien,

y que podría acometer con elevadas probabilidades de éxito. Sé muy bien, dese cuenta, en dónde debo buscar. Y eso es esencial, eso es todo. O casi todo.

Esbozó una sonrisa tan de colegiala, y sus ojos tras las cómicas lentes eran tan modestos, que me tentó el mostrarme afable con él. Pero ésa no era la manera de hacer las cosas al estilo de Pargetter. Mucho cuidado con los testigos que pretendan seducirte, me había dicho. Reprime toda reacción personal y, si parece que lleva una baza ganadora, pasa al extremo opuesto y trátalo con severidad. Si Ogilvie lo hubiera tenido en cuenta en el caso Cripps-Armstrong contra Clatterbos & Dudley, en 1884, habría ganado de calle, pero permitió que las dificultades de Clatterbos con la lengua inglesa suscitaran su compasión. Es un ejemplo clásico. Así pues, salté sobre Pledger-Brown y por poco lo despedazo.

—¿Acierto si deduzco que usted jamás ha construido un árbol genealógico hasta la fecha, por sus propios medios?

—Bueno... visto de esa manera... Sí, sí, podría decirse que sí.

—Lo de menos es lo que se pueda o no decir. Le he hecho una pregunta sencilla y quiero una respuesta sencilla. ¿Éste sería su primer trabajo?

—¿Mi primera tarea profesional? ¿Trabajando en calidad de investigador independiente? Si desea decirlo de ese modo, supongo que la respuesta ha de ser afirmativa.

—Ajá. En resumen, es usted un primerizo.

—No, no, no. Quiero decir que he estudiado el terreno y el método, los conozco muy a fondo.

—Pero nunca ha hecho un trabajo de estas características a cambio de una cantidad pactada. ¿Sí o no?

—Si quiere que le hable con total franqueza, sí, aunque más bien no.

—Pero en su anuncio dice usted que posee «curiosas cualificaciones». Dígame, señor... —rápida consulta a la tarjeta de visita—. Ah, señor Pledger-Brown. Dígame con toda precisión por dónde se hallan esas curiosas cualificaciones.

—Soy ahijado de Garter.

—¿Ahijado de quién?

—De Garter.

—Disculpe, pero no le entiendo.

—Es posible que no, naturalmente. Pero precisamente por eso me necesita. Quiero decir que las personas que desean que se les construya un árbol genealógico o que se les rastree un historial familiar no suelen estar al tanto de estas cosas. Y tanto más si son norteamericanos. Lo que quiero decir es que mi padrino ostenta el título de Garter, rey de armas.

—¿Y eso qué es?

—Es el funcionario principal del Colegio de Heráldica. Espero que un día, con

suerte, pueda llegar yo a ser miembro de dicho Colegio. Pero por alguna parte he de empezar, ya lo ve.

—¿Por alguna parte? ¿Qué es lo que pretende dar a entender? ¿Es que me considera un simple punto de partida? ¿Quiere decir que no paso de ser más que materia prima, para que ponga usted a prueba sus artes de aprendiz?

—Oh, no, no, ni muchísimo menos. Pero habré de hacer algún trabajo independiente antes de aspirar a obtener un nombramiento oficial, ¿no cree?

—¿Cómo quiere que sepa lo que tiene usted que hacer? Lo que yo quiero saber es si existe alguna posibilidad de que usted emprenda el trabajo que quiero encargar y de que lo lleve a cabo como es debido.

—Señor Staunton, debo decirle que dudo mucho que nadie se lo quiera hacer si se pone usted así.

Pledger-Brown era todo dulzura y su sonrisa recordaba a la de las jóvenes campesinas de los cuadros de época victoriana.

—¿Así? ¿Así? Mire, no le entiendo.

—Quiero decir que se las viene dando usted de Sergeant Buzfuz y me trata de una forma realmente ruda,^[1] cuando yo sólo he venido a verle para responder a su estimada carta. Es usted estudiante de Derecho, salta a la vista. Me he informado, ya lo ve. Y sé que su padre es un destacadísimo industrial canadiense. Supongo que desea usted averiguar quiénes son sus ancestros. Bien, pues tal vez yo pueda encontrárselos. Y desde luego que quiero conseguir ese trabajo, aunque mi deseo no llega al extremo de dejarme pisotear por ello. Quiero decir que seré un principiante en esto de la genealogía, pero la he estudiado a fondo: usted es un principiante en esto del derecho, y también lo ha estudiado, sin duda. Me pregunto por qué me trata usted tan mal si en el fondo estamos en pie de igualdad.

Así pues, dejé de maltratarlo. Y en cuestión de segundos había aceptado la copa de jerez que le ofrecí y pasó a llamarme Staunton, y yo pasé a llamarle Pledger-Brown, y los dos comenzamos a discutir qué era lo que se precisaba hacer.

Él cursaba el tercer año en el Corpus Christi, cuyo edificio estaba a tiro de piedra de mis ventanas, pues yo residía en el patio de Canterbury, a espaldas del Christ Church. Era un auténtico fanático de la genealogía, estaba impaciente por ponerse manos a la obra, y el hincapié que hacía en la estricta confidencialidad era debido a que en su colegio no habrían mostrado la menor simpatía si se supiera que estaba dedicándose a un asunto comercial puramente privado dentro del recinto. Evidentemente no le sobraba el dinero, aunque tenía un aire de buena familia, y por debajo de sus modales de señorita se le notaba una hechura más recia. Me cayó bien por ser tan serio en torno a su profesión como lo era yo en la mía; por lo que alcanzaba a saber, su aparente retraimiento y falta de seguridad podría haber sido una fachada puramente profesional, natural en sus colegas. No tardó en someterme a un

intenso interrogatorio.

—El tal doctor Henry Staunton, del cual no se conoce su lugar de nacimiento, es un caso muy corriente en los trabajos de genealogía que se hacen por encargo de las personas que vienen del Nuevo Mundo. Pero por lo general se puede hallar su procedencia, para lo cual basta con repasar los registros parroquiales, los testamentos, los registros de la Chancillería y de Hacienda, así como los legajos de las casas solariegas. Esto puede, mejor dicho, suele llevar mucho tiempo, lo cual tiene su traducción en dinero. Por eso comenzamos por lo más obvio, con la esperanza de acertar. Tal como piensa su padre, es probable que haya Stauntons de Longbridge en el condado de Warwick, pero también hay Stauntons en Nottingham, Leicester, en el condado de Lincoln y en el de Somerset, y todos ellos son de tal calidad que complacerían a su señor padre. Pero a veces es posible tomar un atajo. ¿Era su abuelo un hombre de buena educación?

—Era médico. No diría yo que fuese un hombre muy cultivado.

—Bien, eso a menudo sirve de ayuda. Es decir: ese tipo de personas suelen conservar una individualidad clara por debajo del revestimiento que les da su profesión. ¿Dijo tal vez alguna cosa que a usted se le haya quedado grabada? ¿Empleaba palabras raras, que podrían proceder de un dialecto de una región? ¿No recuerda ninguna cosa de ese estilo?

Me paré a pensar.

—Una vez le dije a mi hermana, que se llama Caroline, que tenía una lengua tan afilada que valdría para afeitar a un pilluelo. Se lo repetía a menudo.

—Muy útil, ya lo creo. Así que empleaba voces dialectales. Lo malo es que pilluelo es una palabra muy extendida en estas tierras para designar al erizo común. Muy corriente en el campo. ¿No se le ocurre algo todavía más inusual?

Empezaba a tener respeto por Pledger-Brown. Siempre había pensado que un pilluelo es un mozalbete que a uno le cae mal, y nunca había entendido por qué el abuelo hablaba de afeitarlo. Seguí devanándome los sesos.

—Recuerdo que a algunos de sus pacientes más antiguos, los que siguieron fieles a su consulta y terminaron por ser sus ancianos valetudinarios, los llamaba «mis viejos desgarramantas». ¿Le sirve de algo? ¿Podría tal vez haberse inventado la palabreja?

—Pocas personas, si son simples, se inventan ninguna palabra. «Desgarramantas», muy bien: tomo nota, a ver qué descubro en ese sentido. Entretanto, siga usted pensando en él, ¿quiere? Volveré a verle cuando tenga una idea más precisa sobre cómo proceder.

Pensar en el abuelo Staunton, un hombre poderoso, pero envuelto por la penumbra de mi pasado... Un hombre, me parece ahora, con una mentalidad como un depósito de cadáveres, donde gran variedad de ideas difuntas se conservan sobre lajas

de mármol, enfriadas para impedir su pudrición. Un hombre que no sabía nada de la salud, pero que sí sabía identificar unas cuantas enfermedades. Un hombre cuya sabiduría médica pertenecía a una época en que la gente hablaba del «sistema», tenía espasmos, creía en la eficacia de los olores penetrantes y limpios, como el aceite de menta, y los tenía por amuletos contra las infecciones. Un hombre que nunca puso en duda que las azotainas fueran buena cosa para los niños, y que una vez nos azotó a conciencia a Caroline y a mí porque habíamos puesto sal de frutas Eno en el orinal de la abuela, con la esperanza de que le diera un tantarantán cuando se formase la espuma. Un abstemio beligerante, malignamente desdeñoso de lo que llamaba «los artistas del frasco», que nunca se reconcilió con mi padre al descubrir que éste consumía vinos y licores, pero que contumazmente fracasó en su aparente intento por llegar a ser un artista del frasco. Un hombre al que yo sólo recordaba lúgubre, duro, aburrido, pero contento con su riqueza y despectivo a pecho descubierto ante quienes no tuvieran el ingenio o la maña para amasar una riqueza semejante. Los sacerdotes quedaban exceptuados por ser una clase aparte, sagrada, aunque estuvieran necesitados de los consejos y amonestaciones dados por hombres pragmáticos para llevar adelante sus iglesias. En dos palabras: un desagradable ricachón de pueblo.

Extraño conducto de transmisión de la sangre noble que mi padre estaba convencido de que corría por nuestras venas. Lo cierto es que mi padre nunca se tomó la menor molestia por fingir que tenía mucho respeto por el doctor Staunton. Lo cual en cierto modo ya era de por sí extraño, pues mi padre era muy estricto en lo tocante al respeto que deben profesar los hijos por sus padres. No es que nunca lo dijera con todas las letras, y tampoco nos conminó a Caroline y a mí a que honrásemos a nuestro padre y a nuestra madre, pero recuerdo en cambio que despreciaba a H. G. Wells porque en su *Experimento autobiográfico* dice con toda franqueza que sus padres no eran gran cosa, y que huir de ellos fue su primer paso, necesario, para llevar una vida buena de veras. Mi padre no era muy consecuente. El abuelo Staunton sí lo había sido, ¿y qué había hecho de él tanta coherencia?

Había comenzado la cacería y Henry Staunton era el zorro.

Las notas que me enviaba Pledger-Brown salpicaron todo el año siguiente. Escribía con una elegante caligrafía inclinada, como conviene a un experto en genealogía; sus informes muy sucintos llegaban por el servicio de mensajería de la universidad. «*Desgarramantas*: dialecto de Cumberland. Sigo esta pista. A. P.-B». Y también: «Lamento anunciar que nada se sigue de las indagaciones en Cumberland. Ando revolviendo la zona de Lincoln». O esta otra: «¡Al lío! ¡Un Henry Staunton nació en 1866 en el condado de Somerset!», a lo cual siguió en el plazo de una semana: «Pista falsa. El Henry de Somerset murió con 3 meses de edad». Claramente estaba viviendo una magnífica aventura, pero yo apenas tenía tiempo para pararme a pensar en ella. Estaba metido hasta la cejas en la jurisprudencia, esa ciencia formal

que trata de la ley positiva, y además de los estudios del programa, Pargetter me había encargado que le leyese *Abogados famosos y sus discursos*, la antología de Kelly, y *Elocuencia forense británica*, cuya retórica diseccionaba a la vez que me daba valiosos consejos y procuraba que yo hiciera algunos progresos en esa misma senda. Pargetter estaba resuelto a que no fuera yo eso que se suele llamar un pedante farragoso y en el fondo ignorante, y me dejó bien claro que en mi condición de canadiense había iniciado muy en desventaja el viaje hacia el dominio de la elegancia en la profesión.

—La ley, además de ser una profesión, es una parte de las humanidades —me dijo un día, y por su manera de hablar me di cuenta de que era una cita—. ¿Sabes quién lo dijo?

Yo no lo sabía.

—En tal caso, nunca olvides que fue uno de tus compatriotas, vuestro actual primer ministro, Louis St. Laurent —dijo, y me dio un amistoso puñetazo en el costado, como hacía a menudo para recalcar una de sus enseñanzas—. Es algo que ya estaba dicho antes, pero que nunca se ha dicho así de bien. Debes estar orgulloso de que haya sido un canadiense quien lo dijera.

Y siguió fustigándome, como ya había hecho antes, con la baja estima en que tenía sir Walter Scott a los abogados que no supieran nada de la historia de la literatura; gracias a esos estudios, me dijo, aprendería yo cómo son las personas y cómo es de esperar que se comporten.

—¿No aprenderé eso mismo de mis clientes? —le pregunté para ponerlo a prueba.

—¡Los clientes! —dijo, y en ese momento pensé que nadie era capaz de alargar tantísimo una palabra de tres sílabas—. Poco o más bien nada aprenderás de los clientes, exceptuando la estupidez, la duplicidad y la codicia. Tienes que situarte muy por encima de todo eso.

Como yo había de trabajar dentro del sistema legal inglés, tenía que hacerme miembro de uno de los clubes jurídicos, e ir con una frecuencia regular a almorzar en el comedor del mismo. Me inscribí en el Middle Temple, y reverencialmente mastiqué la pitanza que se me sirvió a lo largo de los treinta y seis almuerzos de rigor. Me gustó la experiencia. Me gustaron la ceremonia y la solemnidad de la ley no sólo por tratarse de sendas salvaguardias contra toda trivialización de la ley, sino por ser una observancia y un precepto que me parecieron placenteros por sí mismos. Visité los tribunales, estudié la conducta y la cortesía con que se obraba en ellos, veneré a los jueces que parecían capaces de llevar en la cabeza una cantidad inagotable de detalles, de reducirla a lo esencial en un visto y no visto y de servir una especie de potente consomé judicial para que lo paladearan los miembros del jurado una vez terminadas las súplicas y los testimonios. Me gustó el romanticismo de todo aquello,

las personalidades estelares de los grandes abogados, el revuelo de las togas y la aparición de los imprácticos y sin embargo tradicionales maletines azules, llenos de papeles a rebosar. Me entusiasmó que, si bien la mayoría parecía emplear instrumentos mucho más modernos, todo el mundo tuviera acceso a las plumas de ganso, y que pudiera a buen seguro haber pedido papel secante y arena para empapar la tinta sobrante, con la certeza de que alguien se lo habría traído. Me maravillaron las pelucas, que establecían una jerarquía tan palpable, y que a su vez daban a los rostros anodinos el relieve de los rostros de unos sacerdotes al servicio del más alto de los propósitos. ¿Qué más daba que toda aquella seda, todos aquellos entorchados, toda la crin de caballo de las pelucas, amedrentara a las personas de a pie que acudían a los tribunales en busca de justicia? Ante los tribunales, todos los presentes, con la excepción ocasional del acusado en su banquillo, parecían sosegados, alejados de las preocupaciones del día a día; quienes tomaban la palabra bajo juramento me parecían muy a menudo en el trance de revelar un aspecto determinado de su yo más verdadero y mejor. Los miembros del jurado se tomaban su deber con toda seriedad, como buenos ciudadanos. Aquél era un terreno en el que se batían los gladiadores unos con otros, aunque el fin por el cual se batían era simplemente que se hiciera para todas las partes implicadas lo justo, en la medida en que lo justo pudiera precisarse.

No pequé de ingenuidad. Así es como sigo pensando en los tribunales. Soy uno de los muy contados abogados, que yo conozca, que siguen teniendo la toga immaculada, con el cuello y los puños casi exageradamente almidonados, los pantalones de mil rayas debidamente planchados, los zapatos relucientes. Me llena de orgullo que en los periódicos se comente de vez en cuando mi elegancia en los tribunales. Es lo que la ley merece. La ley es la elegancia misma. Pargetter puso gran empeño en que no cayera yo en ninguna romántica estupidez acerca de la ley, aun cuando bien sabía que en mi actitud intervenía una parte de romanticismo; de haber pensado él que más me valdría extirparla, a buen seguro lo habría hecho sin dilación. Un día me hizo un elogio inmenso.

—Creo que llegarás a ser un buen abogado —dijo—. Tienes las dos condiciones indispensables: capacidad e imaginación. Un buen abogado es el alter ego de su cliente; su tarea consiste en decir lo que diría su cliente si tuviera el saber y el poder que se precisan. La capacidad va de la mano con el saber; el poder depende de la imaginación. Pero cuando hablo de imaginación me refiero a la capacidad de ver todas las facetas de una determinada cuestión, de sopesar todas las posibilidades. No me refiero a la fantasía, la poesía y demás pamplinas; la imaginación es un buen caballo que te ha de llevar sobre el terreno, no una alfombra voladora que te libere de la probabilidad.

Creo que aquel día crecí, espiritualmente, más de un palmo.

DRA. VON HALLER: Más le vale. Y hay que ver qué suerte tuvo. No todos nos encontramos a un

Pargetter en la vida. Es un añadido sustancial a su elenco de personajes.

YO: Me parece que no le sigo, doctora. Lo que le estoy contando es la historia misma, no una invención.

DRA. VON HALLER: Ah, desde luego, pero es que también la historia ha de tener sus personajes, y una historia tan personal como la suya ha de incluir a ciertas personas a las que sería ridículo calificar de personajes al uso, aun cuando aparezcan en prácticamente cualquier historia personal que se relate de cabo a rabo. Digámoslo de otro modo si le parece. ¿Recuerda aquel poemilla de Ibsen que le cité en una de nuestras primeras sesiones?

YO: Muy vagamente. Algo sobre el juicio de uno mismo.

DRA. VON HALLER: No, no. El juicio de uno mismo llegará más adelante. Le pido que preste atención, por favor:

*Vivir es batallar con los trasgos
en las criptas del corazón y el cerebro.
Escribir es en cambio sentarse
y juzgarse a uno mismo.*

YO: Pero yo he escrito constantemente. Todo lo que le he relatado se basa en notas que he ido tomando con gran esmero. He intentado ser tan claro como he podido, seguir al pie de la letra el estilo llano que preconiza Dunstan Ramsay. He escarbado incluso en anécdotas que no le he contado a nadie más. ¿No es eso un juicio de uno mismo?

DRA. VON HALLER: Ni muchísimo menos. Todo esto ha sido la historia de su batalla con los trasgos.

YO: ¿Se trata de otra de sus complicadas metáforas?

DRA. VON HALLER: Si así lo cree... Empleo la metáfora para ahorrarle los tecnicismos de la jerga. Pero piénselo bien: ¿qué figuras hemos encontrado hasta este momento en nuestra exploración de su vida? Su Sombra; con ella no tuvimos mayor dificultad, creo yo, y es seguro que volveremos a encontrarla. El Amigo: Félix fue el primero en desempeñar ese papel, y es posible que reconozca usted en Knopwood a un amigo muy especial, aunque sé que todavía está resentido con él. El Ánima: en este campo goza usted de gran abundancia, pues se hallan por supuesto su madre, Caroline y Netty, todas las cuales son demostración de alguno de los aspectos que posee el lado femenino de la vida; y finalmente Judy. Es una figura que ha estado eclipsada durante unos años, al menos en sus aspectos positivos. Creo que también tendríamos que considerar a su madre adoptiva una figura propia del Ánima, aunque no lo sea en el plano amistoso; aún es posible que descubramos que no es tan negra como usted la pinta. Hay de todos modos síntomas felices de que ese eclipse casi ha concluido, y lo digo por su sueño; seamos románticos y llamémoslo «La doncella y la mantícora». El sueño en el que estuvo seguro de haberme reconocido. Es perfectamente natural, pues yo he desempeñado todos esos papeles en las sucesivas fases de nuestras conversaciones. Era necesario: un análisis como éste de ninguna manera puede ser un cúmulo de emociones rememoradas con toda tranquilidad. Puede dar muchos nombres a todas estas figuras; podría llamar al conjunto la Compañía de Cómicos de la Psique, aunque eso sería frívolo y displicente, y no haría justicia a los crueles reveses que ha sufrido usted por parte de alguna de ellas. En mi profesión las llamamos arquetipos, lo cual significa que representan y encarnan un patrón determinado, hacia el cual parece dispuesta la naturaleza humana. Son patrones que se repiten de una forma inagotable, aunque nunca exactamente de la misma forma. Y hace un rato me hablaba usted de uno de los más poderosos de todos, al cual podríamos llamar el mago, el hechicero o el gurú, o cualquier otra cosa que indique una poderosa influencia de formación hacia el desarrollo total de la personalidad. Pargetter parece haber sido un mago espléndido, desde luego: un genio ciego que le acepta a usted en calidad de aprendiz y le enseña todo su arte. Pero acaba de aparecer, lo cual es raro, aunque no sea grave. Había supuesto que aparecería antes. Knopwood tuvo las trazas de un mago durante un tiempo, aunque está por ver si parte de su influencia ha sido duradera. En cuanto al otro hombre, el posible padre, el hombre al que llama usted el Taladro... había contado con saber mucho más de él. ¿O acaso se ha reservado usted alguna información?

YO: No. Y sin embargo... siempre había en él algo que acicateaba la imaginación. Era un bicho raro, ya se lo he dicho. Pero también era un hombre que nunca parecía llegar a nada. Escribió algunos libros, mi padre decía que algunos tuvieron muy buenas ventas, aunque eran rarezas: cosas sobre la naturaleza y la necesidad de la fe, no la fe cristiana, sino alguna clase de fe. De vez en cuando, en clase, nos señalaba y decía: «Aseguraos de elegir aquello en lo que creéis, y sabed bien por qué creéis en ello, porque si no elegís aquello en lo que creéis, podéis estar seguros de que alguna creencia, y seguro que no muy de fiar, os elegirá a vosotros». Acto seguido se ponía a perorar acerca de personas cuya creencia estaba depositada en la Juventud, en el Dinero o en el Poder, o en algo semejante, y que habían descubierto en todas estas cosas a falsos dioses. Nos gustaba oír sus peroratas, y algunas de las demostraciones que tomaba de la historia eran muy entretenidas, pero no nos las tomábamos en serio. Siempre lo he tenido por un hombre que se extravió en el camino de la vida. Mi padre le tenía aprecio. Eran los dos del mismo pueblo.

DRA. VON HALLER: ¿Y nunca sintió usted la necesidad de aprender de él?

YO: ¿Qué podría haberme enseñado, además de historia y el estilo llano?

DRA. VON HALLER: Ya, entiendo. Me pareció que podía poseer la calidad del mago.

YO: En su Compañía de Cómicos, o Gabinete de Arquetipos, no parece tener usted ninguna figura que se corresponda con mi padre.

DRA. VON HALLER: Oh, no se impacienta. Éstas son figuras corrientes. Puede estar seguro de que su padre no caerá en el olvido. De hecho, tengo la impresión de que ha estado muy presente desde el día mismo en que comenzamos. Hablamos de él a todas horas. Es posible que termine por ser su Gran Trasgo.

YO: ¿Por qué habla usted de trasgos? Me da la sensación de que ustedes los jungianos a veces son capaces de desvivirse con tal de quedar en ridículo.

DRA. VON HALLER: Los trasgos no son jungianos; sólo son parte de mi promesa de no abrumarle con términos jergales y abstrusos. ¿Qué es un trasgo?

YO: Una especie de duende o espectro escandinavo, ¿no?

DRA. VON HALLER: Sí, espectro es un término excelente. En inglés también tiene un origen escandinavo. A veces es un duende molesto, a veces es un enemigo inmenso, fortísimo; a veces es un ser animal de una fealdad extrema, pero a veces ayuda y está a nuestro servicio, e incluso puede ser una adorable hechicera, una verdadera princesa de un lejano país. Pero nunca será un ser humano entero y verdadero. Y la batalla con los trasgos a la que hace referencia Ibsen es una buena metáfora para describir la lucha y el forcejeo que todos experimentamos cuando los arquetipos que llevamos dentro tienden a encarnarse en personas con las que hemos de tratar en la vida cotidiana.

YO: Pero las personas son personas, no son trasgos ni arquetipos.

DRA. VON HALLER: Sí, y la gran tarea que nos espera consiste en llegar a ver a las personas como son, sin que las velen y nublen los arquetipos que llevamos dentro. No se trata de andar en busca del gancho idóneo para colgar a cada una.

YO: ¿Ésa es la tarea en la que aquí trabajamos?

DRA. VON HALLER: En parte. Miramos bastante a fondo su vida y tratamos de disipar los arquetipos, descolgarlos de los ganchos, ver mejor a las personas que han quedado oscurecidas.

YO: ¿Y qué obtengo yo de todo eso?

DRA. VON HALLER: Eso depende de usted. Para empezar, es probable que aprenda a reconocer a un espectro en cuanto lo vea, y que aprenda a poner en su sitio a los trasgos. Además, recobrará todas esas proyecciones que ha impuesto sobre otras personas como si fuese una linterna mágica que proyectara una diapositiva en una pantalla. Cuando deje de hacer eso será usted más fuerte, más independiente. Tendrá mayor energía mental. Piénselo. Y ahora, prosiga con su experto en genealogía.

No le presté demasiada atención. Tal como dije a la doctora von Haller, estuve muy ocupado con mi último año de carrera. Pargetter contaba con que sacara yo las calificaciones más altas. Yo lo deseaba incluso más que él. Siguiéron llegando notas en las que Pledger-Brown me informaba de que no había sacado nada en claro a pesar de su impresionante despliegue de actividad. Yo había escrito a mi padre para hacerle saber que tenía a un hombre trabajando en ello, y recibí su permiso para adelantarle el dinero que fuera necesario. Las informaciones de Pledger-Brown fueron para mí fuente de grandes deleites. Me sentí como Diógenes, humillado en presencia de un hombre honrado. A veces, durante las vacaciones, se iba a la caza de tal o cual Staunton y me enviaba facturas en las que detallaba sus billetes de tren en tercera clase, sus viajes en autobús, sus tazas de té y las piezas de bollería que merendaba. Nunca me quiso cobrar nada por su tiempo, por su saber, y cuando le pregunté por ello me contestó que ya acordaríamos una cantidad cuando lograra presentarme sus resultados. Predije que se iba a morir de hambre trabajando con semejante esquema, pero le tenía el aprecio que se tiene a los inocentes. De hecho, llegué a tenerle un gran cariño. Pronto nos tuteamos. Su desmesurado entusiasmo por la heráldica me tonificaba de alguna manera. Yo no sabía nada de todo aquello, y tampoco era capaz de ver que sirviera para algo, y me desconcertaba que alguien se pudiera tomar la menor molestia, pero con el tiempo me hizo entender que en otros tiempos había sido absolutamente necesario, y que seguía siendo un lujo placentero que cualquiera podía permitirse, además de que —esto es importante— utilizar un escudo de armas ajeno era algo en puridad no muy distinto de utilizar un nombre ajeno: era una impostura. En términos legales era lo mismo que utilizar una marca registrada, y bien sabía yo qué suponía eso. A buen seguro, Pledger-Brown fue el mejor amigo que tuve en Oxford, y todavía nos carteamos hoy en día. Llegó a ingresar en el Colegio de Heráldica, por cierto, y ahora ostenta el título de Clarencieux, rey de armas, y se le ve sumamente peculiar en las ceremonias a las que asiste, con su tabardo y su sombrero adornado con una pluma.

Lo que finalmente forjó entre nosotros una de esas amistades indestructibles fue la complicidad en un secreto.

A comienzos de la primavera de mi tercer curso, cuando estaba yo absorto en el estudio de preparación para los exámenes finales, llegó un mensaje: «He encontrado a Henry Staunton. A. P.-B». Tenía montañas de libros por leer y había pensado en pasar toda la tarde en Codrington, pero aquel mensaje exigía algo especial, de modo que decidí recoger a Adrian e invitarlo a almorzar. Estaba tan triunfal como se lo permitía su naturaleza retraída.

—A punto estuve de ofrecerte a una persona que no era tu abuelo —dijo—. Un pariente de los Staunton del condado de Warwick, no uno de los Staunton de Longbridge, sino un primo, del cual no se sabe nada sobre su paradero y que muy posiblemente emigró a Canadá a los dieciocho años poco más o menos. Podría haber sido perfectamente tu abuelo. Sin mejores pruebas, mi suposición habría sido que sí, que lo era. Pero durante las vacaciones de Semana Santa tuve un destello. Eres un asno ocioso, Pledger-Brown, me dije: nunca te has parado a pensar que Staunton sea un topónimo. Es una de las normas elementales en este oficio: verificar los topónimos. Y hay un Staunton Harold en el condado de Leicester, además de otros dos o tres Staunton más, sin contar con que había pasado por alto otro Staunton en el condado de Gloucester. Allá que fui a repasar los registros parroquiales. Y lo encontré en el condado de Gloucester: Albert Henry Staunton, nacido el 4 de abril de 1866, hijo de Maria Ann Dymock. Quien pueda encontrar un nombre más característico que Dymock del condado del Oeste, que venga y me lo diga.

—¿Y qué clase de Staunton es? —pregunté.

—Un Staunton extraordinariamente raro —dijo Pledger-Brown—, aunque eso es lo mejor de todo. No sólo he encontrado a tu abuelo, sino también una historia estupenda. No sé si me explico: muchos de los antepasados que la gente consigue desenterrar no son nada de nada. Quiero decir que fueron personas perfectamente respetables, pero que carecen de una verdadera historia personal, que no tiene ningún interés. En cambio, Albert Henry es para hacerse lenguas de él. Escucha. Staunton es una aldea que se halla a unos quince kilómetros al noroeste de Gloucester, cerca ya de la linde con el condado de Hereford. A mediados del pasado siglo tenía sólo una taberna llamada el Ángel, que por lógica tendría que haber estado casi pegada a una iglesia llamada «de la Anunciación», aunque no es el caso. No importa. Lo que importa es que en la década de 1860 había una atractiva muchacha que trabajaba en el Ángel y que se llamaba Maria Ann Dymock. Debía de ser la Helena de la localidad, porque la llamaban Mary Dymock, el Ángel.

—¿Una mesonera? —pregunté, preguntándome a la vez cómo se iba a tomar mi padre semejante idea.

—No, no —dijo Adrian—. Las mesoneras son un concepto que se os ha metido en la cabeza a los norteamericanos. Una taberna de campo, en aquella época, tendría por camarero a su propio dueño. Maria Ann Dymock era sin lugar a dudas una doméstica. Pero se quedó embarazada, y dijo que el padre de la criatura no era otro que George Applesquire, precisamente el dueño del Ángel. Él lo negó de plano, dijo que el padre podría ser cualquiera. De hecho, llegó a decir que todo Staunton podría tener derecho a reclamar la paternidad del niño, y que él no quería tener nada que ver con el caso. O él o su señora esposa echaron a Maria Ann del Ángel.

»Lo mejor de la historia viene ahora. Maria Ann Dymock tuvo que ser una

muchacha de carácter, porque dio a luz en el asilo para pobres y a su debido tiempo fue a la iglesia a bautizarlo. “¿Qué nombre le pongo al crío?”, le preguntó el párroco. “Albert Henry”, dijo Maria Ann. Y así se hizo. “¿Y el apellido del padre?” preguntó el párroco. “¿Debo decir Dymock?” “No”, dijo Maria Ann, “diga Staunton, porque el dueño de la taberna ha dicho que todo el pueblo podría ser su padre, y yo quiero que lleve el apellido de su padre.” Todo esto lo deduzco de los registros de la sociedad arqueológica del condado, en donde hay un interesante diario del clérigo en cuestión, que era el reverendo Theophilus Mynors, por cierto. Mynors tuvo que ser un hombre con arrestos. Probablemente pensó que la muchacha había sido maltratada por Applesquire, porque anotó el nombre de la criatura como ella quería: Henry Albert Staunton.

»Causó un cierto revuelo, cómo no. Pero Maria Ann siguió en sus trece, y cuando los compinches de Applesquire amenazaron con ponerle las cosas difíciles si pretendía seguir viviendo en la parroquia, se echó a caminar por la calle de la aldea con un saco, pidiendo limosna y diciendo: “Si queréis que me largue de Staunton, dadme algo para el viaje”. Debió de ser una mendiga de armas tomar. No sacó mucho dinero, aunque el reverendo Theophilus reconoce que le dio cinco libras sin que nadie lo supiera, hubo otros dos o tres dadivosos aldeanos que admiraron su coraje, y pronto reunió el dinero suficiente para irse. En aquellos tiempos era posible comprar un pasaje para Quebec por menos de cinco libras siempre y cuando uno se llevase sus propios alimentos, y los niños de pecho viajaban gratis. Así se marchó Maria Ann a finales de mayo de 1866. No cabe ninguna duda de que era tu bisabuela.

Estábamos almorzando en uno de esos restaurantes de Oxford que tan pronto aparecen como desaparecen, porque los llevan meros aficionados, y nos hallábamos dando cuenta de una *charlotte russe* hecha de bizcocho revenido, gelatina fatigada y aditivos químicos. Todavía recuerdo el sabor, porque lo relaciono estrechamente con el pasmo y la desolación que me invadieron sólo de pensar en lo que iba a tener que transmitir a mi padre. Se lo expliqué a Pledger-Brown.

—Pero... Mi querido Davey, estás dejando que se te escape lo maravilloso del caso —dijo—. ¡Es una historia sensacional! ¡Piensa en el valor, el coraje de Maria Ann! ¿Acaso se escabulló y se escondió en Londres con su hijo ilegítimo, rebajándose poco a poco a las formas más viles de la prostitución mientras el pequeño Albert Henry crecía hasta ser un ladronzuelo y un chulo de putas? No: era una mujer hecha de la misma pasta de la que se ha hecho lo mejor del Nuevo Mundo. Aguantó de pie el vendaval y exigió que se le reconociera como individuo, dotado de derechos tan inalienables como el que más. Desafió al vicario, a George Applesquire, a la opinión pública. Y se marchó para forjarse una vida gloriosa en lo que por entonces no pasaba de ser, mi querido amigo, una colonia, lejos de la hermandad autogobernada de la Commonwealth. ¡Estaba allí cuando Canadá adquirió la

condición de Dominio de la Corona! Es posible que estuviera entre la multitud que celebró aquel momento en Montreal, en Ottawa o donde fuera. Creo que no estás entendiendo nada de nada.

Lo estaba entendiendo muy bien. Estaba pensando en mi padre.

—Confieso que me he metido en camisa de once varas —dijo Adrian, que a la vez se puso muy colorado—. Garter se pondría hecho un basilisco si supiera que me ha dado por hacer el bobo con las pinturas. Pero a fin de cuentas es mi primera intentona por rastrear a un antepasado de manera independiente, y no he sabido abstenerme. Te ruego que, como amigo, aceptes esta bagatela de *anitergium* que te quiero obsequiar.

Me entregó un tubo de cartón, dentro del cual, al retirar la tapa metálica, encontré un pergamino. Lo desplegué sobre la mesa, en donde la medicinal *charlotte russe* había dejado paso a un café —veneno que era la especialidad de la casa—, y vi que era un escudo de armas.

—No es más que una aproximación muy genérica, de la cual el Colegio de Heráldica se reiría a la cara, pero no he podido evitarlo —dijo—. La descripción en nuestra jerga sería así: «Campo de gules en borde ondulado o el Ángel de la Anunciación con un navío de tres mástiles en la diestra y en la siniestra una manzana». Dicho de otro modo, ahí tienes a Mary, el Ángel, con el barco en el que viajó a Canadá y una buena manzana de sidra, típica del condado de Gloucester, sobre un fondo rojo con un borde ondulado de oro en torno al escudo en sí. Lamento lo del borde ondulado, es indicativo de bastardía, pero no tienes por qué ir contándolo por ahí. Y luego tienes la divisa: «un zorro vigilante, diríamos, rampante, con una caña de azúcar entre las zarpas, como es debido». Es la divisa de Staunton, aunque ligeramente trastocada para adaptarla a tu realidad. La caña de azúcar indica de dónde habéis obtenido la fortuna, cosa que en la heráldica de calidad se suele hacer. El lema, ya lo ves, dice *De forte egressa est dulcedo*. «De la fuerza brotó la dulzura». Está tomado del Libro de los Jueces, y no creo que en realidad pudiera ser más indicado. Mira esto: al zorro le he puesto unas partes pudendas bien visibles, alusión de las proezas de tu padre en ese territorio. ¿Qué te parece?

—Dijiste que era una bagatela —dije—, o algo parecido.

—Ah, *anitergium* —dijo Adrian—. Es uno de esos términos tomados del latín vulgar que me gusta emplear sólo por divertirme. Significa bagatela, esbozo, algo innecesario. La verdad es que los monjes medievales lo empleaban para designar los recortes de papel sobrantes del *scriptorium*, que utilizaban para limpiarse el culo.

Mucho me dolió lastimar sus sentimientos, pero Pargetter siempre decía que lo duro hay que decirlo tan sucintamente como sea posible.

—Es para limpiarse el culo, desde luego —dije—. Mi padre no lo aprobará.

—Desde luego que no. Nunca he pretendido que lo diera por bueno. El Colegio

de Heráldica tendría que preparar vuestro legítimo escudo de armas, y no creo que fuera exactamente como éste.

—No me refiero al *anitergium* —dije—. Me refiero a toda la historia.

—Pero... ¡Davey! ¡Si tú mismo me dijiste que tu padre ya sospechaba que erais una rama bastarda! Sin duda tiene un muy recio sentido del humor.

—Así es —dije—, pero dudo que llegue a este extremo. De todos modos, intentaré hacérselo saber.

Lo hice. Y no me equivoqué. Su carta de respuesta fue fría y breve. «La gente habla a la ligera del hecho de ser bastardos, pero la realidad es distinta. Recuerda que ahora me dedico a la política. Imagínate las burlas que mis adversarios me iban a obsequiar. Olvidemos todo este asunto. Paga a Pledger-Brown lo que se le deba y dile que cierre bien la boca».

Por un tiempo, así se hizo.

Supongo que hoy en día nadie termina una carrera universitaria sin haber tenido algún que otro roce o flirteo con la política. Flirteos que a veces acababan en matrimonios duraderos. Yo pasé por mi fase socialista, aunque fueron más unas paperas que una fiebre escarlata, y no tardé en recuperarme. Como estudiante de Derecho que era, tomé conciencia de que en nuestro tiempo poco importa cuáles sean las convicciones políticas de un hombre, ya que vive bajo un sistema socialista. Por si fuera poco, sabía que mi preocupación por la humanidad me predisponía más a favor del individuo que de la masa, y en la medida en que Pargetter me empujaba hacia el trabajo en los tribunales, y en especial hacia el derecho penal, me interesaba cada vez más una clase social para la que ningún partido político tiene soluciones. Al decir de Pargetter, casi el cinco por ciento de la sociedad forma lo que en propiedad podría llamarse la clase criminal. Ese cinco por ciento eran mis votantes.

Terminé la licenciatura en Derecho en Oxford con notas excelentes, y a su debido tiempo recibí una convocatoria del colegio de abogados londinense, pero siempre había tenido la intención de ejercer la profesión en Canadá, lo cual me iba a llevar otros tres años más de trabajo previo. La ley canadiense, aunque tenga sus raíces en la ley inglesa, no es exactamente la misma, y las diferencias, así como un determinado nivel de proteccionismo profesional, me iban a obligar a licenciarme de nuevo. No fue difícil. Ya era francamente bueno en lo mío. Pude hacer la carrera de Derecho canadiense con tiempo de sobra para leer otras cosas. Al igual que muchos profesionales bien cualificados para ejercer, yo sabía muy poco de lo que no tuviera relación con mi trabajo, y Pargetter siempre fue muy severo con esa clase de ignorancia. «Si la práctica de la profesión es todo lo que se le enseña, la práctica de la profesión será también todo lo que nunca llegue a saber», decía citando a Blackstone. Así pues leí mucho de historia, ya que en mis tiempos mozos le había cogido el gusto gracias a Ramsay, y leí unos cuantos grandes clásicos, los que han conformado la mentalidad de los hombres desde hace generaciones, y de los cuales no he conseguido retener nada más que la vaga sensación de lo largos que eran y de lo listos que tenían que ser quienes de veras los apreciaran. Lo que más me gustaba era la poesía, y leí mucha.

Fue también en esta época cuando alcancé la independencia financiera de mi padre. Había hecho de mí todo un hombre, al menos en la medida en que su cheque para cubrir los gastos siempre fue algo exiguo. Esta educación fue eficaz, pues he seguido siendo un hombre prudente en el manejo del dinero hasta el día de hoy, y nunca he llegado a gastar mis ingresos, o al menos la parte de mis ingresos que el fisco me permite conservar. Mi fortuna personal empezó a labrarse de manera harto

inesperada, cuando tenía veintiún años.

El abuelo Staunton nunca había visto con buenos ojos lo que hacía mi padre, al cual el viejo llamaba «un tipo de altos vuelos», y aunque le legó una parte de su hacienda, la mitad se la dejó a Caroline en fideicomiso. A mí me dejó lo que mi padre consideró una herencia de chiste: un terreno de doscientas cincuenta hectáreas en el norte de Ontario, que había adquirido como vía de posible especulación cuando se rumoreó que en la zona abundaba el carbón. Es posible que hubiera carbón, pero como no había una forma económicamente rentable de llevarlo a donde fuera viable venderlo, la tierra quedó sin dar rendimiento. Nadie había visto siquiera aquel terreno; se daba por supuesto que era una extensión de rocas y matorrales. El ejecutor testamentario de mi abuelo, un importante fondo de inversiones, no hizo nada con respecto a este terreno hasta que alcancé la mayoría de edad, momento en el cual se me propuso que lo vendiera a una empresa que había ofertado la compra a doscientos dólares la hectárea. Podía hacerme con cincuenta mil dólares a cambio de nada, por así decir, y me aconsejaron que aceptase.

Me mostré testarudo. Si aquel terreno no valía nada, ¿por qué iba alguien a pagar doscientos dólares por hectárea? Algo me dijo que sería aconsejable verlo al menos antes de despedirme del terreno, de modo que emprendí viaje para contemplar mi herencia. No soy un hombre al que se le dé bien la vida a la intemperie, y el viaje desde la estación de tren más cercana hasta mi propiedad fue un cúmulo de desdichas. Lo hice en canoa, con la compañía de un guía taciturno y pasé un miedo terrible en medio de tanta desolación, remando por aguas ciertamente bravas, sumado todo ello a la aparente indignidad de mi compañero de viaje. Al cabo de un par de días llegamos a mi terreno; a medida que comencé a recorrerlo a pie descubrí que estaba poblado por otras personas, que estaban haciendo sin lugar a dudas prospecciones en busca de mineral. Se avergonzaron. Lo que me dio bastante que pensar, ya que ninguno de ellos tenía autoridad para hacer lo que estaban haciendo. De vuelta a Toronto armé una escandalera en el fondo de pensiones, en donde no tenían noticia de los invasores que habían iniciado las prospecciones, y armé un alboroto de marca mayor en la compañía minera. Tras un cierto tira y afloja en cuestiones legales, y no sin endilgarles el tratamiento Pargetter, conseguí para mi terreno el precio de dos mil dólares la hectárea, lo cual habría sido baratísimo si realmente hubiera una mina. Pero allí no había nada, o no al menos lo suficiente para iniciar la explotación. Salí de la aventura con medio millón de dólares en mi cuenta corriente. Bonita suma, redonda, que sin duda jamás llegó a imaginar el abuelo Staunton.

A mi padre no le hizo ninguna gracia, ya que el fondo de pensiones que tan a la ligera se había tomado mis asuntos era una de las empresas de cuyo consejo de dirección formaba parte, y en un momento determinado amenacé con ponerles pleito por mala administración de los bienes ajenos, lo cual a él le pareció impropio de una

relación paterno-filial. Yo aguanté el tirón. Cuando la cosa terminó, le pregunté si prefería que me fuese de la casa familiar. Me pidió que me quedara. La casa era grande y él se sentía solo en las ocasiones en que su dedicación a la política le permitía estar allí, de modo que me quedé en donde siempre había vivido y una vez más me sentí estrechamente vigilado por Netty.

Netty era la única superviviente de una interminable sucesión de criados. Nunca se le había adjudicado el título de ama de llaves, pero era en realidad la Papisa Negra del personal doméstico; nunca iba por ahí cotorreando, pero siempre insinuaba o más bien se daba el aire inconfundible de ser alguien que podría decir muchas cosas con sólo preguntárselo. Al no tener niños de los que cuidar, había terminado por ser casi un *valet* para mi padre. Le limpiaba la ropa y le planchaba las camisas, pues afirmaba que nadie, salvo ella, lo hacía a su entera satisfacción.

Cuando terminé mis estudios de Derecho en Canadá volví a ofender a mi padre, ya que siempre había dado por supuesto que me contentaría con que él me encontrase un puesto dentro de Alpha Corporation. Pero ése no era ni mucho menos mi plan; yo quería ejercer como abogado penalista. Pargetter, con el cual me mantenía continuamente en contacto (aunque nunca me ascendió a la altura de uno de sus adversarios de ajedrez postal), me aconsejó vivamente que primero me foguease con un ejercicio de la abogacía más en general, a ser posible en un lugar pequeño. «Conocerás más a fondo la naturaleza humana, acumularás una mayor variedad de experiencias si pasas tres años en una pequeña ciudad que si pasas cinco en uno de los grandes bufetes de la capital», me escribió. Una vez más regresé no a Deptford, sino a una localidad cercana, de unos sesenta mil habitantes, llamada Pittstown. Encontré fácilmente una plaza en el bufete de Diarmuid Mahaffey, cuyo padre había sido abogado en Deptford, y con el cual existía una relación de familia.

Diarmuid fue muy bueno conmigo, y se encargó de que me llegasen trabajos de todo tipo, incluidos algunos de esos clientes enloquecidos a los que tiene que defender alguna vez todo abogado que ejerza en una localidad pequeña. No pretendo dar a entender que los abogados de la gran ciudad no tengan locos entre su clientela, locos incluso de atar, pero creo que en el campo menudean más y son mejores los ejemplos de *paranoia querulans*, los expertos en los litigios. Diarmuid siempre tuvo muy presente que mi aspiración era el trabajo ante los tribunales, de modo que me puso a tiro de conseguir algunos de esos casos en los que los abogados jóvenes han de curtirse: un indigente o una persona incompetente acusada de cometer un delito necesita abogado, y el tribunal designa a uno, por lo general joven e inexperto, para que actúe en su defensa.

Aprendí una valiosa lección con mi primer caso de este tipo. Un jornalero maltés fue acusado de agresión e intento de violación. No era un asunto grave, porque el aspirante a violador tuvo problemas con los botones de la bragueta y la mujer,

considerablemente más corpulenta que él, le arreó un golpe con el bolso y echó a correr. «Tiene que decirme con toda sinceridad —le dije— si lo hizo. Haré todo lo que pueda para que lo declaren inocente, pero es preciso que sepa cuál es la verdad del caso». «Signor Stoun —me dijo con lágrimas en los ojos—, le juro sobre la tumba de mi difunta madre que nunca hice esa guarrada. ¡Escúpame en la boca si he tocado yo a esa mujer!». Así pues, largué un estupendo discurso ante el tribunal, y el juez condenó a mi cliente a dos años. Mi cliente estaba maravillado. «Ese juez es un hombre inteligentísimo —me dijo después—. En todo momento supo que yo lo había hecho». Me estrechó la mano y se fue encantado con el guardia, feliz de haber sido condenado por tan gran experto en la naturaleza humana. Decidí entonces que el tipo de personas con las que había decidido relacionarme no eran personas de fiar, o al menos era preferible no tomárselas muy literalmente.

El siguiente caso de relieve que me tocó lidiar fue un asunto mucho más importante: nada menos que una asesina. Una pobre mujer que le había pegado un tiro a su marido. Era un granjero muy conocido en toda la región, famoso de hecho por ser un mastuerzo que trataba con la misma brutalidad a su mujer y a su ganado. Pero había sido asesinado: ella introdujo una escopeta por el ventanuco del retrete mientras él estaba acuclillado, haciendo sus necesidades, y le había volado la tapa de los sesos. Ella no lo negaba. Permaneció de hecho callada y resignada durante los preliminares. Pero en aquellos tiempos todavía se condenaba a las mujeres a la horca, de modo que mi cometido consistía sencillamente en ahorrarle la pena capital si es que estaba en mi mano.

Pasé mucho tiempo con ella, y pensé tanto en el caso que Diarmuid empezó a llamarme sir Edward, en referencia a uno de los grandes de la abogacía de todos los tiempos, Marshall Hall. Sin embargo, una noche se me ocurrió una brillante idea, y al día siguiente formulé una pregunta a mi cliente y obtuve la respuesta deseada. Cuando por fin llegó el día del juicio, hablé de las circunstancias atenuantes del caso, y en el momento oportuno dije que el asesinado había apaleado reiteradamente a su mujer para obligarle a realizar una *fellatio*.

«Conoce bien al juez»: era una de las máximas favoritas de Diarmuid. Obvio es decir que ningún abogado conoce a fondo a un juez, aunque la mayoría lo ha conocido más o menos bien antes de ser elevado a la judicatura, y tiene una aproximada estimación sobre su temperamento. Nadie lleva un divorcio particularmente lioso ante un juez católico; nadie lleva a un borracho que haya provocado un accidente ante un juez abstemio, al menos mientras pueda evitarlo. Tuve suerte, porque el juez titular durante esa temporada fue Orley Mickley, conocido por ser un hombre de leyes fenomenal, al tiempo que en su vida privada era un todo un pilar de la rectitud y un acérrimo enemigo de los pecados de tipo sexual. Como suele ocurrir entre los jueces, vivía en una total inocencia de cosas que muchas

personas de menos renombre conocen de sobra. Nunca se había encontrado con la palabra *fellatio*.

—Supongo que se trata de un término médico, señor Staunton —dijo—. ¿Tendrá la bondad de explicarlo a la sala?

—¿Podría pedir a su señoría que ordene que se despeje la sala? —le dije—. Si lo prefiere, podría decretar un breve receso, en cuyo caso se lo explicaré con mucho gusto en su despacho. No se trata de algo que a ninguno de nosotros le agradaría escuchar en público.

El juez ordenó despejar la sala y me pidió que le explicase a él y a los miembros del jurado qué era una *fellatio*. Caricias orales y linguales en el miembro viril erecto, hasta causar la eyaculación: así opté por definirlo. Los miembros del jurado conocían términos mucho más sencillos para designar el acto y mi delicadeza les pareció solemne. No me hizo falta abundar en el hecho de que el difunto había sido un hombre de notable suciedad, porque los miembros del jurado lo habían conocido. Es algo que por lo general lleva a cabo la mujer estando de rodillas, añadí, y vi a dos mujeres del jurado dar un respingo en sus asientos. Una grosera vejación impuesta por la fuerza, una perversión por la cual en algunos estados de nuestro vecino estadounidense se imponía un castigo grave; una servidumbre indigna a la que ninguna mujer con un ápice de amor propio se prestará jamás sin venirse abajo.

Funcionó a pedir de boca. El discurso del juez ante el jurado fue un portento de indignación controlada: dijo que tenían que dar por culpable a la mujer, sin duda, pero a menos que añadiesen una recomendación de clemencia, su fe en la humanidad quedaría hecha añicos. Y es evidente que lo hicieron, y el juez la sentenció a una condena que, con buena conducta, no llegaría a dos o tres años de cárcel. Supongo que la pobre señora durmió y comió mejor en la penitenciaría que en toda su vida.

—Francamente inteligente —me dijo Diarmuid después—. No entiendo cómo llegaste a adivinar dónde estaba el quid de la cuestión. Pero lo hiciste, y eso es lo que cuenta. Dios del Cielo: creo que el viejo Mickley hubiera sido capaz de ahorcar el cadáver si le hubiera quedado un trozo de cuello donde afianzar la soga.

El caso me granjeó una reputación desproporcionada, convirtiéndome para el público en un abogado joven y brillante, que desbordaba compasión por los desdichados. Resultado: una terrible bandada de sinvergüenzas que se consideraban incomprendidos o manipulados pidieron a gritos mis servicios cada vez que se metieron en problemas que ellos mismos se habían buscado. Y de ese modo me encontré con el primero de mis clientes que terminó condenado a la horca.

Hasta ese momento había disfrutado sin ninguna vergüenza con la ley. Les pasa a muchos abogados. Diarmuid era uno de ellos. «Si los abogados pudieran dar rienda suelta a su sentido del humor —me dijo—, te juro por Dios que no podrían trabajar por culpa de la risa». Sin embargo, el juicio y la condena a la horca de Jimmy Veal

me mostraron otro aspecto de la ley, lo que la doctora von Haller seguramente llamaría su Sombra.

Y no es que Jimmy no tuviera un juicio justo. No es que no me desempeñara yo al máximo de mi capacidad en defensa de sus intereses. Pero su culpabilidad saltaba a la vista. Todo cuanto pude hacer fue buscar alguna explicación a lo que había hecho, y tratar de suscitar compasión por un hombre que nunca se había compadecido de nadie.

Jimmy tenía muy mala fama, y había estado ya dos veces en la cárcel por robos de poca monta. Tenía sólo veintidós años, pero era un malhechor de cabo a rabo, y de la peor calaña, sin refinamiento de ninguna clase. Cuando yo lo conocí, la policía provincial lo había localizado escondido en los bosques, a unos cincuenta kilómetros al norte de Pittstown, con sesenta y cinco dólares en el bolsillo. Había entrado al asalto en la casa de una anciana que vivía sola en aquellos parajes; le había exigido que le diera dinero, y cuando vio que ella no iba a ceder la sentó en la cocina económica de la casa para obligarla a hablar. Cosa que hizo, cómo no, aunque cuando Jimmy encontró el dinero y se largó, la anciana parecía estar muerta. Sin embargo, no lo estaba, o no del todo, y cuando un vecino la encontró a la mañana siguiente aún aguantó viva un rato, lo justo para describir a Jimmy y para asegurar a su vecino que le había jurado varias veces que la iba a matar si no hablaba. Conociéndola, el vecino dijo estar seguro de que así tenía que haber sido.

La madre de Jimmy, que lo consideraba un muchacho asilvestrado, pero no del todo malo, fue la que me convenció para que aceptara su defensa. Hice lo que pude alegando locura por parte del reo. Es una idea muy extendida que las personas que incurren en un insólito acto de crueldad tienen que estar locas, aunque el corolario de esta misma idea es que quien sea capaz de una compasión desmedida también ha de estar loco. Sin embargo, el fiscal de la Corona aplicó a Jimmy la regla de McNaughton, y recuerdo muy bien el momento en que dijo al jurado: «¿Habría actuado el acusado tal como lo hizo en el supuesto de haber tenido un policía al lado?». Jimmy, que estaba haraganeando en el banquillo de los acusados, se desperezó, se rió y exclamó: «Joder, ¿usted se cree que estoy loco?», tras lo cual el tribunal apenas tardó nada en condenarlo a la horca.

Decidí que era de rigor que estuviera presente en la ejecución de Jimmy. Es una queja corriente contra los tribunales de justicia que éstos condenen a los acusados a un castigo del que la profesión legal no tiene conocimiento directo. Y es un reproche que se justifica cuando es verdad, aunque es verdad no tan a menudo como tienden a pensar las personas de corazón tierno. Entre éstos están los que se espantan ante la sola idea de un tribunal; y están los que parecen convencidos de que, de no ser por la Gracia de Dios, no se habrían librado, y siempre por los pelos, de acabar en el banquillo de los acusados. Están los cabezas de chorlito que están convencidos de

que la Gracia de Dios y la buena suerte son una y la misma cosa. Y están además los demócratas de la justicia, los que parecen creer que todo juez tendría que haber iniciado su carrera en el banquillo de los acusados, para ir subiendo peldaño a peldaño hasta la judicatura. Son todos ellos personas de mentalidad más bien tierna, que no conocen ni por asomo a los criminales. Yo aspiraba a conocer a los criminales, y los conocí de verdad gracias a Jimmy.

Lo sentí por su madre, que era una lerda, pero que había sufrido por ello un castigo de insólita severidad. No había malcriado a Jimmy más de lo que hicieron incontables madres con sus hijos, que al final resultaron motivo de orgullo para casi todas. Jimmy estuvo expuesto a todos los presuntos beneficios de un estado democrático; dispuso de la mejor escolarización de que podía disponer al menos durante el tiempo en que se tomó la molestia de aprovecharla, es decir, ni un día más de los exigidos por ley; su infancia estuvo amparada por una compleja red de leyes protectoras, y sus necesidades quedaron cubiertas por el programa de atención a la infancia que se aprobó por decreto gracias a una iniciativa de Mackenzie King. Pero Jimmy era un malhechor y un malhablado sin remedio, que había matado a una anciana por el método de quemarla viva. Nunca, en todos los meses en que tuve trato con él, le oí expresar una sola palabra de arrepentimiento o de pesar.

Estaba orgulloso de ser un condenado. Mientras aguardaba el juicio adquirió un amplio vocabulario carcelario. Al cabo de un par de días en la cárcel saludaba al empleado que le llevaba la comida a la celda diciéndole «¡Eh, soplapollas!», término que empleaban los reclusos más endurecidos para designar a los que cooperaban con los funcionarios de la prisión. Después del juicio, cuando el capellán trató de hablar con él, se mostró despectivo. «Óyeme bien —le gritó—. Ya mearé cuando no pueda silbar, y eso es todo lo que hay, así que no me vengas con tus mierdas». A mí me tenía en cierta estima, ya que pasaba por ser un actor de apoyo en su drama personal. Yo era su «portavoz». Quiso que me ocupase de pactar con un periódico la venta de su historia contada con pelos y señales, pero en eso no me dejé engatusar. Visité a Jimmy al menos dos veces por semana mientras aguardaba la fecha fijada para la ejecución, y nunca le oí decir una palabra que me llevase a no pensar que el mundo pudiera ser un sitio mejor sin su presencia. Ninguno de sus antiguos amigos hizo el menor intento de verle; cuando fue su madre a visitarlo, se mostró malhumorado e insultante.

Cuando llegó el día de la ejecución, pasé una noche atroz con el capellán y el sheriff en el despacho del director de la prisión. Ninguno de los presentes habíamos asistido nunca a un ahorcamiento. Los vi nerviosos; discutían por detalles tales como si convenía o no que ondease la bandera de la nación para indicar que se había hecho justicia con Jimmy. Era una cuestión tan estúpida como innecesaria, ya que iba a ser preciso, porque era de rigor, que se izase la bandera a las siete, y ésa era la hora

oficial para la ejecución de Jimmy. En realidad, se le iba a ahorcar a las seis, antes de que despertara el resto de los reclusos. Que estuvieran durmiendo o no es algo que desconozco, aunque sí puedo asegurar que no hubo el griterío ni el golpeteo en los barrotes de las celdas que suelen ser rasgo obligado en los dramas románticos de tema carcelario. El verdugo estaba ocupado con sus propios asuntos. Lo había visto, era un hombre bajo, fornido, anodino, que parecía un carpintero que se hubiera vestido para ir a un funeral, y supongo que es lo que era. El capellán fue a ver a Jimmy y volvió enseguida. Llegó el médico a las cinco, y con él acudieron dos o tres periodistas. En total éramos cerca de dos docenas de asistentes, de los cuales sólo el verdugo había tomado previamente parte en una ejecución.

Mientras esperábamos, la angustia que había sido palpable a lo largo de toda la noche empezó a ser casi sofocante. Salí del despacho con uno de los periodistas, para conversar en el pasillo. Según se acercaban las seis de la mañana pasamos a la cámara de la ejecución, una sala que era como la caja de un ascensor, sólo que más amplia, donde olía a cerrado por la falta de uso. Había una plataforma de unos tres metros de altura, de madera sin pintar ni desbastar, bajo la cual colgaban unos cortinones de burdo algodón sin blanquear, arrugados, que daban la impresión de haber sido traídos desde muy lejos. Sobre la plataforma había una pesada viga de acero pintada de rojo herrumbroso habitual, de la cual colgaba la soga, con un lazo y un nudo de medio metro, que, si todo salía bien, dislocaría las vértebras cervicales de Jimmy y le partiría la columna vertebral. Con gran sorpresa vi que era blanca. No sé qué podía esperarme, pero no contaba desde luego con que la soga fuese así de blanca. El verdugo, con su ceñido traje negro, estaba ajetreado en verificar el funcionamiento de la palanca que accionaba la trampa. Nadie dijo nada. Cuando todo estuvo a su gusto, el verdugo hizo un gesto de asentimiento e hicieron entrar a Jimmy.

El médico le había dado algo de antemano. Necesitaba ayuda para caminar. Yo lo había visto el día anterior en su celda, donde jamás se apagaban las luces, y donde había pasado tantos días sin cinturón, sin tirantes, sin cordones de los zapatos, que todas esas privaciones parecían haberle despojado de su condición humana, de modo que parecía enfermo o demente. Ahora había desaparecido de él ese gesto malencarado que rara vez estaba ausente de su mirada, y hubo que empujarlo para que subiera por la escalera que llevaba a la plataforma. El verdugo, al que Jimmy nunca llegó a ver, lo manipuló con amabilidad hasta colocarlo en el lugar apetecido, le colocó la soga al cuello y la ajustó con gran cuidado; en otras circunstancias podría decir incluso que se la ajustó amorosamente. Acto seguido resbaló por la escalera — lo digo literalmente, porque puso un pie a cada lado de los listones externos y se dejó resbalar como un bombero— e inmediatamente accionó la palanca. Jimmy desapareció de nuestra vista tras los cortinones con un ruido sordo, en el momento en

que se tensó la soga.

El silencio, tan espeso hasta ese momento, se quebró con el bamboleo de Jimmy de un lado a otro, con el roce de la soga contra los laterales de la trampilla. Mucho peor que eso fue que oyésemos un carraspeo, un estertor, y que los cortinones se abultaran y se mecieran a medida que Jimmy chocaba contra ellos. El ajusticiamiento, como sucede a veces, no había ido bien. Jimmy se debatía con toda su alma por conservar la vida.

El médico nos había dicho que la inconsciencia del reo iba a ser inmediata, pero que el cese del latido cardiaco de Jimmy podría tardar hasta tres e incluso cinco minutos. Si estaba inconsciente, me pregunto por qué tengo la total certeza de que le oí dar gritos y, como no, soltar maldiciones, que eran la única válvula que tenía Jimmy para dar rienda suelta a su elocuencia. Lo cierto es que le oí y le oyeron los demás, y uno de los periodistas tuvo un violento acceso de vómitos. ¿Qué se podía hacer? El verdugo lo sabía. Se introdujo como una flecha dentro de los cortinones. Por debajo de los bordes vimos mucho menearse de los pies. Pronto cesó el violento balanceo, y se acallaron los suspiros y los murmullos. El verdugo salió de allí debajo, colorado y colérico, y se secó la frente. Ninguno le miramos a los ojos. Pasaron cinco minutos y el médico, con evidente desagrado por su cometido, se introdujo entre los cortinones con el estetoscopio listo para auscultar al ejecutado. Salió casi en el acto e hizo una indicación al sheriff. Así concluyó la cosa.

Aunque no concluyó del todo para mí. Había prometido a la madre de Jimmy que lo iba a ver antes de que lo enterrasen, y así lo hice. Estaba tendido sobre una mesa en la habitación de al lado. Lo miré a la cara, cosa para la cual me hizo falta armarme de valor. Y me percaté de que tenía además una mancha húmeda en la bragueta del pantalón de presidiario. Miré al médico con ojos inquisitivos.

—Una emisión seminal —dijo—. Dicen que sucede siempre, no sé.

Así pues, a eso se había referido Jimmy cuando dijo que ya mearía cuando no pudiera silbar. ¿De dónde habría sacado una idea tan garbosa, a la vez que tan fea y grotesca, a propósito de la muerte en la horca? Así era Jimmy. Se le daba de perilla todo lo que resultara brutal y macabro. Esa clase de ideas lo buscaban a él, porque él estaba ansioso de tenerlas.

Había visto una ejecución en la horca. Cosas peores suceden en las guerras y en las grandes catástrofes, sólo que no están planificadas ni ordenadas de manera directa. Lo ocurrido había sido voluntad de los compatriotas de Jimmy, expresada por medio de la maquinaria legal ideada para tratar con esa clase de personas. Pero era de manera incuestionable un sórdido asunto, una maldad, y todos nosotros, desde el verdugo hasta los periodistas, habíamos caído en ello y nos habíamos dejado embadurnar por ello. Si era preciso librarse de Jimmy, y yo estoy plenamente convencido de que eso era todo lo que se podría haber hecho con un hombre así, a

menos que se decidiera mantenerlo enjaulado, convertido en un carísimo engorro durante otros cincuenta años, ¿por qué hubo de hacerse como se hizo? No hablo sólo de la horca. La espada del verdugo, la guillotina, la silla eléctrica siguen siendo terribles artefactos que implican al público, por medio de sus representantes legales, en un acto lisa y llanamente repugnante. Los griegos parece que conocían un medio mejor que cualquiera de éstos.

La maldad de Jimmy nos había contagiado a todos. Se había extendido en realidad mucho más allá de la prisión, a tal punto que una parte llegó a tocar a todos los habitantes de su propio país. La ley quedó mancillada por el mal, aun cuando su intención suprema fuese hacer el bien, o al menos poner orden y hacer justicia. Sería sin embargo absurdo atribuir tan gran poder a Jimmy, que no era en el fondo más que un idiota cuyas idioteces habían terminado por ser el conducto a través del cual el mal se había vertido en las vidas de tantos. Cuando visitaba a Jimmy en la cárcel a veces tenía la impresión de ver en su rostro una mirada que conocía, la misma mirada que había visto en el rostro de Bill Unsworth cuando se acuclilló de manera obscena sobre una pila de fotografías. Era la mirada de alguien que se ha abierto del todo a una fuerza que es enemiga del hombre y cuyo poder de desatar esa fuerza en este mundo queda sólo limitado por su imaginación, las oportunidades que tenga y su osadía. Y me pareció entonces que era precisamente con esa clase de individuos con los que iba yo a compartir mi vida, pues iba a dedicar lo mejor de mis facultades a su defensa.

Sobre este punto cambié de opinión más adelante. La ley da a todos los acusados una oportunidad y ha de haber alguien capaz de hacer por el acusado lo que éste no puede hacer por sí solo. Yo era uno de ellos. En cambio, siempre fui consciente de que me hallaba muy cerca del poder del mal, sobre todo cuando asumí el caso que me valió la mayor parte de mi reputación. Demostré una consumada destreza, estaba muy bien pagado, era un astuto mercenario implicado en una batalla tan antigua como el hombre, y más grande que cualquier hombre. He sido con plena conciencia el abogado del diablo y debo decir que he disfrutado siéndolo. Me gusta la pelea, y más me vale reconocer cuanto antes que disfruto con el peligro moral. Soy como el hombre que ha construido su casa en la ladera de un volcán. Mientras el volcán no reclame lo que es suyo, vivo por así decir de un modo heroico.

DRA. VON HALLER: Bien, bien, bien. Ya empezaba a preguntarme cuándo iba a hacer acto de presencia.

YO: ¿De quién hablamos ahora?

DRA. VON HALLER: Del héroe que vive en la falda del volcán, al borde incluso del cráter. Hemos comentado muchos aspectos de su vida interior, los hemos identificado mediante nombres como la Sombra, el Ánima, etcétera. Pero hay uno que sólo habíamos visto en un aspecto negativo, y es el hombre que usted muestra al mundo exterior, el hombre con cuyo carácter se presenta ante el tribunal y ante sus conocidos. Tiene un nombre, también lo tiene. Lo llamamos la Persona, término que designa, como usted sin duda sabrá, la máscara de un actor. Este hombre al borde del volcán, el saturnal abogado y el mago que arranca a

las personas de las fauces de la destrucción, es su Persona. Debe disfrutar mucho interpretando ese papel.

YO: No le quepa duda.

DRA. VON HALLER: Bien. Esto es algo que no hubiera reconocido usted hace tan sólo unos cuantos meses, cuando se sentó por vez primera en ese sillón. Entonces estaba usted por la labor de imponer esa Persona incluso en mí, y hacerla pasar por su verdadero yo.

YO: No estoy seguro de que no lo sea.

DRA. VON HALLER: Oh, por favor. Todos creamos un yo que se proyecta al exterior, con el cual hacemos frente al mundo, y hay personas, desde luego, que terminan por creer que eso es lo que son en verdad. Por eso pueblan el mundo tantos médicos que no son nada fuera de su consulta, tantos jueces que no son nada si no están en el tribunal, tantos hombres de negocios que se pudren de aburrimiento cuando han de jubilarse, tantos profesores que en todo momento están enseñando a los demás. Por eso mismo son tan pobres especímenes cuando se les sorprende en el momento en que no llevan la máscara puesta. Han vivido sobre todo, a veces de manera exclusiva, a través de su Persona. Pero usted no es tan imbécil. De lo contrario, no estaría aquí. Todo el mundo necesita su máscara. Los únicos impostores intencionales son aquellos cuya máscara es la de un hombre que no tiene nada que ocultar. Todos tenemos mucho que ocultar, todos hemos de ocultarlo por el bien de nuestra alma. Incluso su Mago, el poderosísimo Pargetter, no era en su totalidad un Mago. ¿No encontró usted nunca algún desperfecto en su armadura?

YO: Sí, y me llevé un gran sobresalto. Murió sin testar. Que un abogado muera sin testar es uno de los mayores chistes que se cuentan en la profesión.

DRA. VON HALLER: Ah, pero es que hacer testamento no es parte de la Persona. Es, para casi todos nosotros, una hora en la que miramos directamente a la cara a nuestra ineludible mortalidad. Si él no quiso hacerlo, es triste, sin duda, pero ¿cree de veras que eso resta estatura a Pargetter? Tal vez le rebaje un punto en la escala del abogado perfecto, desde luego, pero tiene que haber sido algo más que eso, y una porción de esa añadidura tenía un muy natural, aunque patético, miedo terrible a la muerte. Construyó su Persona con todo cuidado, y tan a la perfección que usted mismo la tomó por la totalidad del hombre; hay que decir que tal vez no habría aprendido tanto de él si le hubiera visto más en su totalidad. A los jóvenes les encantan los absolutos. Pero su propia Persona parece ser estupenda. A buen seguro que está construida como una obra de arte, ¿no?

YO: De arte y de pura necesidad. Las presiones bajo las que he tenido que vivir fueron tales que necesitaba algo, lo que fuera, para mantener a raya a los demás. Y de ese modo construí lo que siempre he considerado, lo confieso, mi carácter público, mi manera de ser puramente profesional, pero que usted prefiere llamar Persona. No tengo inconveniente. Necesitaba una armadura. Ya lo ve... Esto es algo que me cuesta trabajo decir, se me hace difícil incluso con alguien como usted, que sabe escuchar como una profesional las cosas que a menudo son impronunciables. Y es que las mujeres empezaron a hacer despliegue de sus artes de seducción conmigo. Yo habría sido un buen partido, es evidente. Procedía de una familia conocida, tenía dinero, estaba en los comienzos de una carrera que a algunas mujeres les resultaría tan prometedora y tan atractiva como la de un actor de cine.

DRA. VON HALLER: ¿Y por qué no respondió usted de ninguna de las maneras? ¿Algo que ver con Myrrha Martindale?

YO: Eso se me pasó al cabo del tiempo. Llegué a detestar la idea de haberme iniciado en el mundo del sexo puramente físico de acuerdo con algo que estuvo orquestado por mi padre. No era el sexo en sí, sino la forma posesiva en que mi padre se refería a todo ello, e incluso a mí. Yo era joven, y no era físicamente frío ni moralmente austero, pero incluso cuando más grande pudo ser la urgencia, cuando más clara fue la oportunidad, no quise saber nada al respecto. Aquello habría sido como seguir por el camino del espadachín, y eso era justo lo que yo no quería ni de broma. Pero es cierto que podría haberme casado si mi padre no hubiera llegado también a ese punto antes que yo.

DRA. VON HALLER: ¿Se refiere a su segundo matrimonio, con Denyse?

YO: Sí. Fue cuando yo tenía veintinueve años. Había pasado ya mi tercer año en Pittstown, en el bufete de Diarmuid, y empezaba a pensar que ya iba siendo hora de cambiar de aires, pues no llega uno a ser un abogado penalista de primera fila en una ciudad en la que los criminales escasean y, si existen, suelen ser

modestos de ambiciones. Un día recibí una carta de mi padre, diciéndome si tendría la bondad de ir a cenar con Caroline en la casa familiar de Toronto, ya que tenía algo de suma importancia que decirnos a los dos. Desde que empezó a dedicarse a la política, a mi padre no le había menguado el amor propio, se lo aseguro. Ésto fue completamente natural, propio de lo que en los pintores se suele llamar su «etapa tardía». Así pues, fui a Toronto el día señalado. Los otros invitados a la cena eran Caroline y Beesty. Caroline se había casado con Beeston Bastable el año anterior. A ella le había sentado francamente bien. Él no era un Adonis, era más bien tirando a grueso, pero era un tipo que sólo podría calificar como un hombre de dulce disposición. Después de que Caroline lo hubiera atormentado y se hubiera mofado de él todo cuanto quiso, descubrió que lo amaba, y con eso fue suficiente. En cambio, mi padre no se presentó a la cita. Había enviado una carta a cuya lectura deseaba que se procediese mientras tomábamos café después de la cena. Me pregunté qué podría ser. A Beesty le pasó lo mismo. Caroline saltó para apoderarse de la carta en el acto. Y no le faltó razón. El documento era una pieza tan pomposa como torpe, espantosa, que venía a resumirse en el hecho de que pensaba casarse de nuevo, y el deseo o más bien la esperanza de que diésemos nuestra aprobación y tomásemos afecto a la dama, tanto como él la aprobaba y la quería, tanto como sin duda merecía. La carta contenía un homenaje a mi madre aunque formulado de manera un tanto envarada. Algo decía sobre el hecho de que nunca podría ser feliz en su nuevo matrimonio a menos que nosotros diéramos el visto bueno. Y por último nos comunicaba el nombre de la dama, Denyse Hornick. Claro está que sabíamos de quién se trataba. Llevaba una agencia de viajes tal vez de las más grandes, de su propiedad, y era una mujer destacada en la política por el lado del feminismo.

DRA. VON HALLER: ¿Partidaria de la liberación de la mujer?

YO: No de una manera extrema. Era entonces una defensora de la igualdad legal para las mujeres, cosa que hacía con inteligencia, moderación y sin reparos; defendía la igualdad tanto en los negocios como en la vida profesional de las personas. Sabíamos que se había sumado al grupo de partidarios de mi padre durante su no muy afortunada carrera política en la posguerra. Ninguno de nosotros la había llegado a conocer en persona. Pero la conocimos esa noche, porque mi padre la llevó a eso de las nueve y media para presentárnosla. No fue una situación cómoda.

DRA. VON HALLER: Parece haberse excedido bastante en la manera de plantear el encuentro.

YO: Sí, y supongo que es un detalle de inmadurez por mi parte, pero me puso de mal humor verlo tan juvenil y tan galante con ella cuando entraron, como si fuera un mozalbete que trajese a su novia a casa para afrontar el examen de la familia. A fin de cuentas, ya tenía sesenta años. Y ella estuvo modesta, amable, deferente, como una muchacha de diecisiete, aunque tenía ya sus muy bien puestos cuarenta y uno. No me refiero a que fuera gorda. El suyo era más bien un peso psicológico: el de una mujer sobrada de confianza en sí misma, acostumbrada a dárselas de importante en su propia esfera; esos aires de corderillo con los que vino resultaron un disfraz muy poco verosímil. Nos portamos todos de la manera más decente, y Beesty se tomó la molestia de preparar copas para todos con la modestia adecuada en un miembro de la familia política dentro de una tensa situación de familia. Y todos besamos debidamente a Denyse y la farsa de recabar nuestra aprobación se llevó a efecto para el gusto de los implicados. Una hora después, Denyse había prescindido totalmente del papel de corderillo, tanto que cuando yo di muestras de empezar a estar algo achispado me dijo: «Sólo una más, y pequeñita, que si no mañana por la mañana estarás de un humor de perros». En ese momento supe que no iba a poder soportar a Denyse, y que un nuevo asunto de bastante gravedad se interponía entre mi padre y yo.

DRA. VON HALLER: ¿Y nunca se reconcilió con ella?

YO: Usted sin duda tiene familia, doctora. Tiene que estar al tanto de las corrientes subterráneas que atraviesan las familias, ¿no? Pues le voy a hablar de una que a mí me dejó perplejo. Fue Caroline la que habló a Netty de la boda que se avecinaba; Netty tuvo un ataque no de llanto, pero sí de sollozos incontenibles por lo visto, y dijo: «¡Después de todo lo que yo he hecho por él...!». Caroline dejó pasar la ocasión, pues ese comentario desgarrado podría haberse tomado por prueba de su teoría favorita, es decir, que fue Netty quien mató a mi madre, o que al menos le facilitó cuanto pudo la enfermedad que le iba a suponer la muerte. Es evidente que esas palabras no pudieron hacer referencia solamente a las muchas camisas que le había planchado a las mil maravillas. Sin embargo, teniendo el concepto que tenía de «su sitio» en la familia, no sería propio de Netty pensar que todos sus años de servicio le habían hecho merecedora de reclamar algún derecho, así fuera romántico, sobre mi padre. Y a pesar de todo allí había

gato encerrado. Si en ese momento hubiese podido tener yo a Netty en el banco de los testigos, aunque sólo fuese media hora, estoy seguro de que le habría arrancado una confesión. ¿Qué opina de todo esto? No le estoy hablando de una familia de tragedia griega, ojo: le hablo de una familia del siglo XX, una familia canadiense, que es presuntamente la quintaesencia de todo lo que pueda resultar emocionalmente aburrido, irrelevante.

DRA. VON HALLER: Los patrones míticos son más que corrientes en la vida contemporánea. Pero es evidente que pocas personas conocen los mitos, y menos aún son capaces de apreciar el patrón que existe tras una masa de detalles. ¿Cuál fue su respuesta ante esa mujer, que tan pronto se mostró con una actitud de ama y señora en su trato con usted?

YO: Desprecio e irrisión, con cierta tendencia al odio. Con Caroline sólo era irrisión. En cualquier familia se sabe cómo hacer que el recién llegado se sienta incómodo. Hicimos tanto como osamos. Yo no me limité a discutir con ella cuando nos empezamos a tratar. Averigüé todo cuanto pude acerca de ella por medio de indagaciones en las agencias de crédito, en los registros públicos. También hice algunas investigaciones con personajes del hampa que tenían sobrados motivos para complacerme...

DRA. VON HALLER: ¿Así que la espió?

YO: Sí.

DRA. VON HALLER: ¿No tiene ninguna duda sobre la adecuación de esa actitud?

YO: Ninguna. A fin de cuentas, iba a casarse con una fortuna muy por encima de los cien millones de dólares. Yo quería saber quién era.

DRA. VON HALLER: ¿Y quién era?

YO: No encontré nada contra ella. Se había casado con un oficial de la marina cuando ella estaba en el Servicio Femenino de la Marina Real. Se divorció de él al terminar la guerra. De ahí procedía Lorene.

DRA. VON HALLER: ¿La hija retrasada?

YO: Una molestia y una vergüenza, problema de Denyse, aunque a Denyse le gustaban los problemas, y me añadió de buen grado a la lista.

DRA. VON HALLER: Debido a sus excesos con la bebida. ¿Cuándo empezaron?

YO: En Pittstown empezó a ser una cosa seria. Uno se siente muy solo viviendo en una pequeña ciudad en la que está ansioso por parecer una persona normal y corriente a ojos de todos, aunque todos saben que, como suelen decir, hay una gran fortuna detrás de uno. A nadie le importa si está realmente muy atrás, o si uno sólo tiene un derecho más bien romántico a esa fortuna. Más de una vez en Pittstown oí susurrar a alguien a propósito de mí: «Ése no tiene que trabajar, ¿sabes? ¡Es hijo de Boy Staunton!». Lo que pasa es que yo sí trabajaba. Traté de dominar al máximo mi profesión. Vivía en el mejor hotel de la ciudad, que sabe Dios era un agujero infecto donde servían una comida penosa. Vivía por ciento veinticinco dólares a la semana, más o menos la cantidad con que podría contar para tal fin un abogado joven y prometedor. No quise que nadie me hiciera ningún favor; si hubiera sido aconsejable tomar otro nombre, le aseguro que lo habría hecho. No me entendía nadie, con la excepción de Diarmuid, y a mí me daba igual que me entendieran o no. Pero me sentía muy solo, y mientras forjaba la personalidad de David Staunton, prometedor abogado penalista, también creé el personaje de David Staunton, inclinado a beber en exceso. Los dos iban bien de la mano a ojos de muchas personas de sesgo más bien romántico, a las cuales les agrada que un hombre de probada brillantez tenga algún defecto evidente.

DRA. VON HALLER: Ése fue el personaje que se llevó consigo a su regreso a Toronto, donde supongo que lo bordó.

YO: Lo bordé profusamente. Llegué a tener una cierta notoriedad en los tribunales. En un caso animado era capaz de atraer a muchos espectadores a la sala, porque querían verme ganar. Y también experimentaban a veces la inconfesable emoción de verme tambaleante. Corrían además rumores de que tenía yo abundantes contactos en el mundo del hampa, aunque eso siempre fue una solemne majadería. Con todo, aportaba a la muchedumbre un cierto olor a azufre.

DRA. VON HALLER: En realidad, creó usted una Persona romántica que pudo rivalizar en pie de

igualdad con Boy Staunton, adinerado y aventurero del sexo, sin llegar a desafiarle en su propio terreno. ¿No es así?

YO: Igualmente podría decir que me establecí en calidad de hombre de relieve, por derecho propio, sin tener que ponerme de ninguna manera la ropa arreglada de mi padre.

DRA. VON HALLER: ¿Y cuándo se produjo el choque?

YO: ¿El qué?

DRA. VON HALLER: El choque inevitable entre su padre y usted. El choque que dio tanto filo a la culpa y al remordimiento que sintió usted a su muerte o asesinato, como quiera que fuese.

YO: Supongo que realmente salió a la luz cuando Denyse estatuyó que su ambición era ver a mi padre nombrado vicegobernador de Ontario. Me dejó bien claro que lo que ella insistentemente llamaba «mi imagen», y es que siempre tuvo un ramillete de términos muy oportunos para llamar a las cosas, no iba a concordar muy bien con mi posición cuando fuera hijo del hombre que representaba directamente a la reina.

DRA. VON HALLER: Ciertamente, su intención fue reclamarlo a usted y convertirlo de nuevo en hijo de su padre.

YO: Sí, ¡y vaya un padre! A ella se le da muy bien eso de crear imágenes, hay que ver cómo se las gasta Denyse. A mí me apenaba y me asqueaba incluso ver a mi padre acicalarse al máximo con tal de cumplir con la idea que esa mujer tenía de lo que ha de ser un candidato para un puesto puramente decorativo. Anteriormente tuvo estilo, un estilo personal. Ella en cambio lo convirtió en lo que habría sido ella misma caso de ser hombre. Pasó a ser la creación de una mujer carente de toda imaginación. Dalila le había cortado el cabello y le había asegurado que estaba mucho más apuesto sin su melena. Él le entregó su alma y ella la transformó en una coliflor. Volvió a abrir todo el asunto del escudo de armas de los Staunton, porque él iba a necesitar algo en ese sentido para conseguir el nombramiento oficial; parecía más aconsejable asumir el cargo con todos los adornos de rigor que improvisarlos durante los primeros meses que pasara en él. Mi padre nunca le habló de Maria Ann Dymock, como es natural, y ella escribió con desvergonzada osadía al Colegio de Heráldica, y supongo que en el fondo vino a exigir que el escudo de los Staunton de Warwick, con algunas correcciones, fuese oficialmente atribuido a mi padre.

DRA. VON HALLER: ¿Qué pensó él de todo eso?

YO: Se limitó a reír. Dijo que ya se encargaría Denyse de todo, que era más capaz que nadie. No quiso dar más vueltas al asunto. Pero la cosa no llegó a salir como ella pretendía. En el Colegio se tomaron muchísimo tiempo para contestar a sus cartas, y le pidieron información que iba a ser muy difícil aportar. Estuve al corriente de todo ello porque mi viejo amigo Pledger-Brown fue uno de los procuradores y nos hemos seguido escribiendo al menos una vez al año. En una de sus cartas, si mal no recuerdo, me dijo: «Esto no puede salir adelante, y tú lo sabes. Ni siquiera la férrea determinación de esa señora tan del Nuevo Mundo podrá convertirnos a vosotros en una rama de los Staunton de Longbridge. Mi colega, el que lleva todo este asunto, está tratando de convencerla de que solicite un escudo nuevo, el que tu padre puede legítimamente ostentar, ya que a fin de cuentas los sacos de oro son, en heráldica, un muy justo atributo de los gentiles, siempre lo han sido. Pero ella está resuelta a salirse con la suya y no se conformará con nada que no sea el escudo de una estirpe de rancio abolengo. Uno de los aspectos más conmovedores del trabajo que hacemos aquí en el Colegio consiste en ver cómo tantos habitantes del Nuevo Mundo, metidos hasta la cejas en las delicias del republicanismo, se desviven por tener un vínculo probado con lo antiguo, con lo que lleva la fina pátina del tiempo. Es algo más que mero esnobismo, más que romanticismo; es el deseo de tener unos ancestros que de algún modo son postulado de la posteridad, de una existencia en el pasado que en cierto modo sea una garantía encubierta de la inmortalidad. Hablas de individualismo; lo que en realidad se pretende es ser un eslabón en una cadena que desde antaño sigue intacta. Pero tú que sabes nuestro secreto sobre Maria Ann y sobre el chiquillo cuyo padre pudo haber sido toda la aldea de Staunton, sabes una verdad que es perfectamente sólida y positiva a su manera, aun cuando sólo la emplees como alimento para tu malhumorado absalonismo».

DRA. VON HALLER: Absalonismo: es una palabra que desconozco. Explíquemela, por favor.

YO: Ya le dije que Adrian era amigo de resucitar palabras anticuadas. Hace referencia a Absalón, hijo del rey David, que se resistió a los designios de su padre y se rebeló contra él.

DRA. VON HALLER: Una palabra excelente. Procuraré recordarla.

Se acercaban ya las navidades, momento en el que yo sabía que la doctora von Haller suspendería nuestras citas. Pero no estaba ni mucho menos preparado para lo que me dijo en nuestro siguiente encuentro.

—Bien, señor Staunton, parece que hemos llegado al fin de su *anamnesis*. Ahora es preciso tomar una decisión sobre lo que hará a continuación.

—¿El fin? ¡Pero si me queda un montón de apuntes por desgranar! Todavía he de hacerle toda clase de preguntas.

—Sin duda. Es posible seguir adelante, tal como hemos funcionado hasta ahora, durante varios años. Pero usted lleva realizando este trabajo desde hace poco más de un año, y aunque podríamos discutir pormenorizadamente muchos detalles y partir cada pelo en cuatro y sondear otros lugares que aún puedan resultarle dolorosos, y seguir con todo ello durante otro año entero, creo que en su caso es totalmente innecesario. Hágase usted mismo las preguntas que desee contestar. Ahora se halla en situación de darles respuesta.

—¿Y si doy una respuesta errónea?

—En seguida se dará cuenta de que es errónea. Hemos analizado los puntos más sobresalientes en la historia de su vida. Está usted perfectamente pertrechado para descender ahora a los detalles.

—No tengo yo esa sensación. No he terminado ni mucho menos con todo lo que tengo que decir.

—¿Le queda por decir algo que le parezca extraordinario?

—Pero es que a buen seguro he vivido las aventuras más notables desde el punto de vista espiritual, o al menos psicológico...

—De ninguna manera, señor Staunton. Son notables de acuerdo con su experiencia personal, y eso es lo que cuenta, pero... discúlpeme si se lo digo con franqueza: no son notables de acuerdo con mi experiencia.

—¿Quiere darme a entender que éste es el fin de mi trabajo con usted?

—No, no al menos si usted decide lo contrario. Pero sí es el fin de este trabajo en concreto, de la reevaluación de una experiencia personal y profunda. No obstante, lo que resulta más personal no es lo más profundo. Si desea usted continuar, y no quisiera que se viese apremiado para decirme que sí, habremos de proceder de manera distinta. Habremos de examinar los arquetipos con los que ya tiene una familiaridad al menos superficial, y habremos de ir más allá de lo que resulte personal en ellos. Le aseguro que ése es un trabajo psicológicamente muy exigente que se ha de hacer muy a fondo. No es posible emprenderlo con bien si tiene usted el ardiente deseo de regresar a Toronto, de poner orden en Alpha Corporation y en la Fundación

Castor y en todo lo demás. De todos modos, ahora está bebiendo con moderación, ¿verdad? El síntoma del que usted se quejaba ya está corregido. ¿No era eso lo que deseaba?

—Sí, aunque debo decir que prácticamente había olvidado la razón por la cual vine.

—¿Tiene además la sensación de que su salud ha mejorado en general? ¿Duerme usted mejor?

—Sí.

—Entonces, no le sorprenderá, ni tampoco le enojará, si le digo que es usted una persona mucho más agradable y fácil de trato.

—Y si prosigo... ¿qué sucederá?

—No puedo decírselo, porque sencillamente no lo sé. Y en este tipo de trabajo no se hacen promesas de ninguna clase.

—Ya, pero usted tiene experiencia con otras personas. ¿Qué es lo que les sucede?

—Terminan su trabajo, o al menos la parte que aquí se puede llevar a cabo, con un entendimiento marcadamente mejor de quiénes son en el fondo, y eso hace referencia a cosas que van mucho más allá del propio yo. Se hallan provistos de un dominio mucho mejor de sus capacidades. Son ellos mismos, pero lo son de una manera más plena.

—Son más felices, pues.

—No prometo la felicidad. No sé qué es la felicidad. Ustedes, las personas del Nuevo Mundo, están, cómo decirlo, enganchados a la idea de la felicidad, como si se tratara de algo constante, de algo que se puede medir, de algo que zanja y disculpa todo lo demás. De ser algo, la felicidad es un producto secundario de otras condiciones vitales, y hay personas cuyas vidas distan mucho de parecer envidiables, e incluso admirables, que son realmente felices. Olvídese de la felicidad.

—Entonces, es que usted no puede o no quiere decirme cuál sería el objeto de mi trabajo en el caso de que lo prosiguiera con usted.

—No, porque la respuesta radica en usted, no en mí. Yo puedo ayudar, cómo no. Puedo plantear cuestiones de tal manera que extraiga su respuesta, pero desconozco cuál vaya a ser esa respuesta. Permítame decirlo de la siguiente manera: el trabajo que ha realizado usted a lo largo de todo este año le ha servido para indicarle quién es usted. Cualquier trabajo ulterior tendería a mostrarle qué es usted.

—Más mistificaciones. Creí que habíamos dejado atrás todo eso. Desde hace ya bastantes semanas tengo la impresión de que sólo hemos hablado del sentido común.

—Mi querido señor Staunton, ¡eso es indigno de usted! ¿Es que acaso pretende retrotraerse de un modo cobarde a ese primitivo estado de ánimo en el cual supone usted que la psicología debe estar divorciada del sentido común? Bien, a ver qué puedo hacer. Sus sueños... hemos trabajado sobre docenas de sueños suyos, y creo

que a estas alturas tiene que estar convencido de que no son sólo gases incomprensibles que se introducen en su cabeza mientras duerme. Recuerde su sueño de la noche anterior a nuestra primera cita. ¿Cuál era ese espacio cerrado y privado en el que usted era acreedor de todo respeto y del cual salió para internarse por territorio desconocido? ¿Quién era la mujer con que se encontró, la que le hablaba en una lengua desconocida? No me venga a decir que era yo, porque usted entonces aún no me había visto, y aun cuando los sueños puedan ser reflejo de hondas preocupaciones, y por tanto indicar en cierto modo el futuro, no son nada relacionado con el don de la clarividencia. Tras algunas exploraciones llegó al arranque de una escalera que conducía abajo, y algún personaje anodino le disuadió de que descendiera, aun cuando usted tenía la sensación de que allí había un tesoro. La decisión que ahora tendría que tomar es si pretende o no descender esa escalera y encontrar el tesoro.

—¿Y cómo sé que habrá un tesoro?

—Porque en su otro sueño recurrente, en el que usted es el principito en la torre, aparece usted como el guardián de un tesoro. Y siempre logra conservarlo. En cambio, ¿quiénes son esas figuras aterradoras que lo amenazan? Sin duda deberíamos tratar de precisarlo. Además, ¿por qué es usted un príncipe y además un niño? Dígame, ¿tuvo algún sueño ayer noche?

—Sí. Un sueño muy raro. Me recordó a Knopwood, porque es un sueño de estilo bíblico. Soñé que me encontraba en una llanura y que hablaba con mi padre. Sabía que era mi padre, aunque tenía el rostro vuelto hacia otro lado. Estuvo muy afectuoso, muy sencillo de trato. No creo que lo haya visto así nunca en la vida. Lo extraño es que no podía verle la cara. Llevaba su traje oscuro de costumbre. De pronto, se apartó de mí y levantó el vuelo. Lo más asombroso es que según alzaba el vuelo se le cayeron los pantalones y le vi las posaderas.

—¿Con qué lo relaciona?

—Obviamente, con el pasaje del Éxodo en que Dios promete a Moisés que lo verá, aunque le advierte de que no debe verle el rostro. Lo que Moisés llega a ver son las posaderas de Dios. De niño, siempre me hizo gracia que Dios le enseñase el trasero. Me hacía gracia, pero también me parecía terriblemente real y verdadero. Al igual que esos extraordinarios personajes de la Biblia que hacen un solemne juramento agarrándose el uno al otro por los testículos. ¿Querrá decir que he visto la debilidad, la parte vergonzosa de mi padre, porque él se entregó de tal manera para conservar a Denyse y porque Denyse era indigna y no supo nunca tratarle como debiera? He hecho lo que he podido, pero no me suena del todo bien.

—Claro que no, porque olvida usted uno de los principios rectores de lo que le he ido diciendo sobre el significado de los sueños. Vuelve a ser comprensible, pues cuando el sueño es importante y encierra algo nuevo que trata de comunicarnos, a

menudo olvidamos, aunque sea pasajera, lo que sabemos que es verdad. Pero siempre hemos estado de acuerdo, ¿verdad?, en que las figuras de los sueños, sean quienes sean, parezcan lo que parezcan, son aspectos diversos de quien los sueña. Así pues, ¿quién es ese padre de rostro oscurecido y nalgas al aire?

—Supongo que es la idea que tengo yo de un padre, de mi propio padre.

—Es algo de lo que tendríamos que hablar si decidiera usted pasar a una etapa más profunda de la investigación sobre sí mismo. Y es que su verdadero padre, su padre histórico, el hombre al que vio por última vez tendido de manera tan lastimosa en un muelle, con la cara embadurnada de suciedad, y tan desfigurado en el ataúd, con la cara destruida por la ambición de su madrastra, de ninguna manera es lo mismo que el arquetipo de la paternidad que lleva usted en lo más profundo de su ser, y que proviene de... bueno, por el momento no diremos de dónde proviene. Dígame: ¿ha vuelto a pasar por una de las exigentes y humillantes sesiones ante el severo tribunal del juez Staunton a lo largo de las últimas dos semanas? No me ha dicho nada...

—No. Recientemente no parece que hayan sido necesarias.

—Ya me lo parecía. Bien, amigo mío, ahora ya sabe qué peculiares suelen ser los sueños. Ahora ya sabe que no mienten. Pero no creo que haya usted descubierto aún que a veces son una pequeña broma. Éste es un buen ejemplo. Creo que en un sentido muy literal ha asistido usted al final del juez Staunton. El viejo rey de los trasgos ha perdido todos sus aditamentos. No hay tribunal, no hay toga; hay en cambio una sensación de amabilidad y de atención, una revelación de parte de su anatomía, la que mantiene siempre pegada a la honorable silla que ocupa, y que nadie ha tratado de investir jamás de respetabilidad, de dignidad. Y, acto seguido, ¡se acabo! Ya no está. Si volviera, y no hay que descartar que pueda volver, al menos ha avanzado usted hasta un punto tan lejano que ha logrado verle con los pantalones caídos... En fin, se termina la hora. Si desea que concertemos más citas, ¿tendrá la bondad de hacérmelo saber en la semana entre Navidad y Año Nuevo? Le deseo mientras tanto unas felices vacaciones.

TERCERA PARTE

Diario de Sorgenfrei



Miércoles, 17 de diciembre.

Patética carta de Netty esta mañana. Me sentía especialmente bien, porque la doctora Johanna me dijo el lunes que ha concluido mi *anamnesis*, al menos en la medida en que ella la consideraba necesaria. Extraordinaria sensación de energía, de animación. Y ahora, esto.

Siete páginas de su letra grande, como alambre de espino, el corolario de las cuales es que el muy meritorio Maitland por fin ha hecho la trastada que suponía yo que haría tarde o temprano: se ha revelado como un malhechor de tres al cuarto, como un oportunista penoso. Ha enredado con fondos de inversiones, que no sé bien cómo han caído en sus manos. Ella no dice cómo, es probable que ni siquiera lo sepa. En cambio, está segura de que alguien le ha jugado una mala pasada. Es natural: se trata de su hermano, es lo que más quiere en el mundo. Y Netty no es otra cosa si no es leal, como de sobra sabe la familia Staunton a su propia costa, aunque también, supongo, con un extraordinario beneficio asociado. Seamos justos.

En cambio, ¿cómo voy yo a ser justo con Maitland? Siempre ha sido un hombre meritorio, que ha trabajado con ahínco, que ha tenido que abrirse camino a duras penas, mientras que yo he tenido incluso dificultades para tragar debido al peso de la cuchara de plata con que se me ha dado de comer. No cabe duda de que así es como me lo ha expuesto Netty. Cuando mi padre se negó a dar entrada a Maitland en Alpha Corporation, y cuando tampoco estuvo dispuesto a que la auditoría en la que trabajaba Maitland examinara las cuentas de la Fundación Castor, ella dio en pensar que éramos dos desagradecidos y dos opresores sin escrúpulos. Pero mi padre se dio cuenta de que Maitland no era trigo limpio, igual que yo, precisamente por el modo en que se benefició de Netty cuando no tenía la menor necesidad. Y ahora viene Netty a suplicarme que regrese a Canadá tan pronto pueda para hacerme cargo de la defensa de Maitland. «Has despilfarrado tu talento en muchos sinvergüenzas, y tendrías que estar dispuesto a hacer lo necesario para que un muchacho honesto, al cual le han jugado una mala pasada, quede en buen lugar ante el mundo entero». Así me lo ha dicho. Y añade: «Nunca te he pedido ni a ti ni a la familia una sola cosa, y pongo a Dios por testigo de todo lo que yo he hecho por los Staunton, estando tanto a las duras como a las maduras. Hay cosas que nunca llegarán a saberse. Lo que te pido, te lo pido ahora de rodillas».

Hay una manera muy sencilla de resolver todo esto, y es tan sencilla que ya he tomado cartas en el asunto. He telegrafiado a Huddleston para que se haga cargo y me tenga al corriente. Él puede hacer lo mismo que yo con todas las consecuencias y la misma solvencia profesional. ¿Escribo ahora a Netty para decirle que no me encuentro del todo bien, que el médico no me aconseja, etc., y que Frederick

Huddleston, *abogado designado por la reina*, se ocupa del asunto? Lo malo es que Netty no cree que a mí me pase nada de nada. Le ha hecho saber a Caroline que está convencida de que ahora me encuentro en alguna casa de reposo que está de moda entre los artistas del frasco, pasándomelo en grande, leyendo, como en el fondo siempre he querido hacer. Pensará que rehúyo mis deberes. Y en parte debo decir que no le falta razón.

La doctora Johanna me ha librado de muchos terrores, pero también ha sabido afilar un sentido de la ética que en mí ya era cortante como una navaja de afeitar. Según los términos que ella maneja, yo siempre he proyectado la Sombra sobre Maitland. He visto en él lo peor de mi propio yo. He sido un canalla de tantas maneras que no las podría contar. He espiado a Carol, he espiado a Denyse; he hecho chistes inteligentes con la pobre y balbuciente Lorene, que ella nunca pudo entender y que le habrían dolido en el supuesto de que los entendiera; he sido cruel con Knopwood; he sido cruel con Louis Wolff; lo peor de todo es que he sido cruel con mi padre, aprovechando asuntos en los que él era vulnerable y yo tenía más fuerza. La cuenta es tan larga como repugnante.

Todo eso lo he aceptado. Es parte de lo que soy, y a menos que lo conozca, lo reconozca y lo acepte, no encontraré libertad, no tendré ninguna esperanza de ser menos cruel y menos molesto en el futuro.

Antes de llegar a la modesta condición de reconocimiento de mi propio yo en la que ahora me hallo, fui un muchacho inteligente a la hora de proyectar mis faltas sobre los demás. Todas ellas y muchas más las vi una por una en Maitland Quelch, censor jurado de cuentas. Cierto es que llevaba él las alforjas llenas de sus propias faltas, todas ellas muy reales, pero no proyecta uno su propia Sombra sobre un hombre cuya virtud resplandezca a ojos de todos. Sin embargo, detestaba a Maitland más de lo admisible, pues también es verdad que él nunca me puso un palo en las ruedas y a su manera, con las manos húmedas y la sonrisa caída, procuró hacerse amigo mío. No es que fuera un tipo muy agradable. Ahora sé que fue el parentesco espiritual, encubierto, que tenía con él, lo que me llevó a detestarlo.

Por eso, cuando me niego en redondo a ir a Canadá para tratar de sacar a Maitland del atolladero, ¿qué postura ética es la que adopto? La postura legal es perfectamente clara: si Maitland tiene complicaciones con la Comisión del mercado de valores, hay razones de peso para que así sea. Lo máximo que podría hacer es tratar de desviar la atención del tribunal, llevarles a pensar que él nunca supo qué estaba haciendo, lo cual le haría pasar por un imbécil y no por un malhechor. Pero si me niego a ceder y dejo el caso en manos de un hombre tan capaz como Huddleston, ¿sigo acaso por un curso que trato de cambiar a toda costa, ya mediada mi vida?

Maitland, cabronazo, ¿por qué no has podido abstenerme, seguir con la nariz bien limpia, ahorrarme esta complicación en un momento en el que me hallo en la

situación de un convaleciente psíquico?



Jueves, 18 de diciembre.

He de irme. Podría haberme quedado en Zúrich a pasar las navidades si no fuera por esta embarullada historia de Maitland, pero Netty hará lo que sea para hablar conmigo por teléfono, y si hablo con ella estaré perdido... ¿Qué ha querido decir con eso de que «hay cosas que nunca llegarán a saberse»? ¿Es acaso posible que Carol tuviera razón? ¿Que Netty facilitase la muerte de mi madre (sería excesivo decir que la mató) porque pensaba que mi madre había sido infiel a mi padre y porque suponía que mi padre sería más feliz sin ella? Si Netty es así, ¿por qué no ha vertido un chorrito de raticida en los Martinis de Denyse? Odia a Denyse; sería típico de Netty pensar que su opinión al respecto es completamente objetiva y está por encima de toda disputa.

Pensar en Netty me lleva a recordar la advertencia de Pargetter sobre los testigos o los clientes, cuyo credo no es otro que *esse in re*; para tales personas, el mundo es algo absolutamente claro, porque no pueden entender que nuestro personal punto de vista dé una cierta coloración a cuanto percibimos. Piensan que todo es exactamente igual para todos, tal como es para ellos mismos. A fin de cuentas, dicen, el mundo es absolutamente objetivo; es evidente a ojos de cualquiera; por lo tanto, lo que perciben el hombre inteligente o el hombre normal (siempre son ellos mismos) es todo cuanto hay que percibir, y todo el que vea las cosas de otro modo está loco, es un malvado o es sencillamente idiota. Es asombrosa la cantidad de jueces que parecen pertenecer a esta categoría...

Netty era ciertamente una de estas personas. Nunca llegué a saber en verdad por qué estuve siempre reñido con ella (cuando en realidad yo la quería, debo confesarlo), nunca lo supe hasta que Pargetter me recriminó que fuese igual de terco, aunque fuese un ser más complejo, más entretenido sin duda, cuyo credo es *esse in intellectu solo*. «Tú crees que el mundo es una idea tuya —me dijo un día de noviembre en una sesión de tutoría, luego de que le propusiera yo algunas teorías mías un tanto caprichosas—, y si no lo entiendes así, si no le pones fin ahora mismo, toda tu vida terminará por ser una gigantesca alucinación». Lo cual, a pesar de mis éxitos, debo decir que es en gran medida lo que ha pasado. Mis amplios experimentos como artista del frasco estuvieron dirigidos ante todo a poner coto a toda incursión de las verdades más hostiles en mi mundo ilusorio.

¿Hacia qué me encamino ahora? ¿Hacia dónde me ha conducido la doctora Johanna? Sospecho que me ha llevado a un nuevo territorio de creencias que a Pargetter jamás se le habrían pasado por la cabeza, y que podría llamarse *esse in*

anima: empiezo a reconocer la objetividad del mundo, al tiempo que también sé que, precisamente por ser quien soy y por ser lo que soy, percibo el mundo en los términos propios de quien soy, en los términos lógicos de lo que soy, y proyecto en el mundo gran cantidad de lo que soy y de quien soy. Si lo sé, debería ser capaz lógicamente de rehuir las ilusiones más estúpidas. La naturaleza absoluta de las cosas es independiente de lo que perciban mis sentidos (que son mis únicos medios de percepción), y lo que percibo es una imagen de mi propia psique.

Todo lo cual está muy bien. No es demasiado difícil de formular, no es difícil de aceptar intelectualmente. En cambio, conocerlo, comprenderlo, incorporarlo a la vida cotidiana, he ahí donde radica el problema. Y eso sería un verdadero rasgo de humildad, no de la falsa modestia que suele pasar por humildad. No cabe duda de que eso es lo que la doctora Johanna se ha guardado en la bocamanga, lo que me tiene preparado para las sesiones que iniciemos después de Navidad.

Entretanto, durante la Navidad creo que debo marcharme. Si me quedo, Netty dará conmigo... Creo que sería buena idea ir a St. Gallen. No está muy lejos y podría alquilar un equipo para esquiar si me apetece hacer ejercicio. Tengo entendido que, además del paisaje, allí hay mucho que ver.



Viernes, 19 de diciembre.

Llegada a St. Gallen a primera hora de la tarde. Es más grande de lo que esperaba: unos setenta mil habitantes, más o menos del tamaño de Pittstown, aunque éste es un lugar que tiene un inconfundible ambiente de trascendencia. Por lo visto es la ciudad que se halla a mayor altitud de toda Europa. El aire es limpio, finísimo. Encuentro un buen hotel. (El Walhalla. ¿Por qué será?). Salgo a hacerme una idea más precisa del lugar en que me encuentro. No ha nevado mucho. Todo tiene decoraciones navideñas muy bonitas, y no al estilo norteamericano: un estilo chabacano, de casa de lenocinio. Encuentro la plaza de Klosterhof, la admiro, pero me reservo la catedral para mañana. Ceno en un muy buen restaurante, el Metropole, y voy al Stadtheater. Ha sido reconstruido con un estilo brutalista-moderno, todo es de áspero cemento, sesgado o más bien torcido, en vez de plegarse a los ángulos rectos o a las curvas, de modo que se trata de un extraño lugar para el *Paganini* de Lehar, que es la obra prevista para mañana. Música vienesa, agradable. Qué sencillo, qué altisonante, qué potente es siempre el amor en estas operetas, me digo. Napoleón no está dispuesto a permitir que Paganini se lleve de calle a la condesa, porque no es un noble: yo una vez no pude llevarme de calle a la muchacha a la que amaba porque no era judío. En cambio, Paganini hizo todo el ruido que pudo, y además con elocuencia, mientras que yo me limité a pudrirme... ¿Amé yo a Judy? ¿O amé tan sólo algo de mí que vi en ella,

como da a entender la doctora Johanna? ¿Tiene ahora alguna importancia? Pues sí: para mí es importante.



Sábado, 20 de diciembre.

Siempre he sido un turista metódico; acudo a la catedral a las nueve y media en punto. Sabía que era de estilo barroco, pero no estaba preparado para encontrarme algo tan sumamente barroco. Enormidades de exceso espiritual, desmesuras que cortan la respiración, aunque no se produce un efecto de apiñamiento excesivo ni de adornos de pacotilla. Adrede, he prescindido de una guía; quería llevarme una primera impresión antes de descender a los detalles.

Luego, la biblioteca de la abadía, que está justo al lado. Me quedé boquiabierto viendo algunos extrañísimos cuadros antiguos y las maravillas de la cámara barroca. No me quité el abrigo, no hay una calefacción mínimamente seria. La mujer que vende las entradas me indicó que me pusiera unos enormes cobertores de fieltro sobre los zapatos para proteger la tarima. Soberbia biblioteca; hay dos o tres hombres de aspecto sacerdotal que de hecho están leyendo y tomando notas en una sala adyacente, de modo que no sólo se trata de un espectáculo para turistas. Me quedo pasmado ante algunos espléndidos manuscritos, incluido un venerable ejemplar de los *Nibelunglied* y otro de *Parsifal*, y me pregunto qué demonios estará haciendo aquí una momia desaliñada, parece que con todos sus dientes. Supongo que en bibliotecas más antiguas y menos especializadas también se conservaban curiosidades de este estilo. He visto un buen rato un dibujo: una cabeza de Cristo, hecho íntegramente con caligrafías; está fechado «nach 1650». Algún minucioso calígrafo se las ingenió para escribir la crónica que se da en las Escrituras de la Pasión con tal profusión de florituras y garabatos que logró culminar un monumento de piadoso ingenio, si no una obra de arte.

Al final, el frío resulta excesivo. Salgo deprisa a la luz del sol y busco una librería donde pueda comprar una guía, así paso a ser un turista más serio. Encuentro un buen establecimiento, localizo lo que busco, y ando enredando en las estanterías cuando me llaman la atención dos figuras: un hombre envuelto en un mullido abrigo de pieles, que le cubre lo que obviamente es uno de esos trajes de tweed que llamaban «Harris», conversa audiblemente con una mujer que va vestida con gran elegancia, con prendas caras, pero que más parece una ogresa o, mejor dicho, es lo más parecido a una ogresa que nunca haya llegado yo a ver en la vida.

Tenía un cráneo de proporciones inmensas, y los huesos parecían haber sido monstruosamente agrandados, porque la mandíbula era sencillamente gigantesca. Se asomaban sus ojos al mundo desde el fondo de dos cavernas. No había hecho ni la

más modesta concesión a su fealdad, ya que el cabello, de color gris como el hierro, lo llevaba peinado muy a la moda, y llevaba maquillaje en abundancia. Hablaban alemán, aunque en el hombre había algo inequívocamente ajeno a todo lo alemán y a todo lo suizo y cuanto más lo miraba —protegido a medias por un libro—, más familiar me resultaba su espalda. Se movió entonces, con una cojera que sólo puede pertenecer a un hombre en el mundo entero. Era Dunstan Ramsay, el viejo Taladro. ¡En serio! ¿Y por qué se encontraba en St. Gallen y además con tan pavorosa acompañante? ¿Quién podía ser? Sin duda, alguien de importancia, porque la dependienta de la librería se mostró sumamente atenta con ellos... Bien, ¿debía dejarme ver o era tal vez preferible escaquearme y preservar a toda costa la tranquilidad de mis vacaciones? Como suele suceder en estos casos, no iba a ser yo quien decidiera: el Taladro me había descubierto.

—¡Davey! ¡Cómo me alegro de verte!

—Buenos días, señor. Qué agradable sorpresa.

—Eres la última persona que habría contado con ver aquí. No nos veíamos desde el funeral del pobre Boy. ¿Qué te trae por aquí, si puede saberse?

—Nada, unas vacaciones.

—¿Llevas mucho tiempo?

—Vine ayer.

—¿Qué tal todos en tu casa? ¿Carol está bien? Denyse seguro que está bien, claro. ¿Y Netty? ¿Sigue siendo tu dragón?

—Por lo que yo sé, todo está en orden.

—Liesl, éste es un amigo de toda la vida; de toda su vida, quiero decir. David Staunton. David, te presento a *Fraulein Doktor* Liselotte Naegeli, cuyo invitado tengo el honor de ser.

La ogresa me dedicó una sonrisa extraordinariamente encantadora, si se tiene en cuenta todo lo que tuvo que vencer para serlo en cierto modo. Cuando habló, lo hizo con una voz grave y bien modulada, sumamente hermosa. Me pareció que me sonaba remotamente conocida, pero era imposible. Es asombroso qué distinción femenina tenía el monstruo. Charlamos un rato y me invitaron a almorzar con ellos.

El resultado del encuentro fue que mis vacaciones en St. Gallen tomaron un rumbo radicalmente nuevo. Había contado con pasar unos días en absoluta soledad, pero al igual que tantas personas que buscan la soledad resulta que no le tengo yo tanto cariño como podría imaginar, y cuando Liesl, pues en un visto y no visto me resultó sencillísimo llamarla Liesl, me invitó a pasar la Navidad en su casa de campo, le dije que sí y apenas me di cuenta de lo que estaba haciendo. La mujer era fascinante, cautivadora sin que diera la impresión de esforzarse apenas, y el Taladro ha cambiado de una manera asombrosa. Nunca me ha llegado a caer bien del todo, como ya le dije a la doctora Johanna, pero el paso de los años y el ataque al corazón

que dijo haber sufrido poco después de la muerte de mi padre parecen haberle servido para mejorar tanto que apenas es reconocible. Estuvo tan inquisidor y tan irónico como siempre, pero se percibía en él una novedosa cordialidad. Supongo que ha pasado la convalecencia con la ogresa, de lo que he deducido que es médico. Lo cierto es que adoptó una extraña estrategia con él.

—¿No he tenido suerte, Davey, al convencer a Ramsay de que se viniera a vivir conmigo? Es un compañero entretenidísimo. ¿Era igual de entretenido como profesor? No, no lo creo. La verdad es que es un cielo de hombre.

—Liesl, conseguirás que Davey suponga que somos amantes. Yo estoy aquí por la grata compañía de Liesl, desde luego, pero también, en la misma medida, porque el clima me sienta francamente bien.

—Confiemos en que también sea beneficioso para la salud de Davey. ¿Van las cosas por su camino en tu intento de curación, Davey? Porque no querrás fingir que no estás trabajando para curarte de algo.

—¿Cómo es posible que lo digas, Liesl? Se le ve mejor que la última vez que estuve con él y no me extraña. Pero... ¿por qué piensas que ha venido a someterse a una cura?

—Míralo bien, Ramsay. ¿Tú crees que he podido vivir tanto tiempo cerca de Zúrich y no reconocer «el aire inconfundible del analizando»? Es evidentísimo que ha estado o está aún trabajando con alguno de los jungianos, que está sondeando su alma y rehaciéndose de arriba abajo. ¿A qué médico acudes, Davey? Conozco a unos cuantos.

—No doy crédito. ¿Cómo te has dado cuenta? En fin, no tiene sentido fingir, en eso tienes razón. Llevo poco más de un año con *Fraulein Doktor* Johanna von Haller.

—¡La pequeña Johanna von Haller! La conozco desde que era niña. No es que seamos exactamente amigas, pero nos conocemos. Vaya, vaya. ¿Y ya te has enamorado de ella? Todos sus pacientes masculinos terminan por caer rendidos a sus pies, se supone que forma parte de la cura. Pero es de una tremenda exquisitez ética. Nunca les da margen a nada. Supongo que al estar casada con un abogado de gran éxito y tener dos hijos que ya casi son adultos no le saldría a cuenta. Ah, sí: disculpa, pero es *Frau Doktor*, lo lamento. Claro que supongo que, como habláis inglés en la consulta, no ha tenido ocasión de señalarlo. Bueno, pues luego de un año entero con Jo, necesitas algo de mayor animación. Ojalá pudiera prometer unas navidades animadas en Sorgenfrei, pero aquello es bastante aburrido.

—No hagas ni caso, Davey. Sorgenfrei es un castillo encantado.

—Ni muchísimo menos. Pero seguro que resulta algo más acogedor que un simple hotel en St. Gallen. ¿Puedes volver con nosotros ahora mismo?

Y así fue. Una hora después de terminar el almuerzo había recogido mis pertenencias e iba sentado junto a Liesl en un espléndido deportivo, con Ramsay y su

pata de palo embutidos en el asiento de atrás junto con mi equipaje, en dirección al este, dejando atrás St. Gallen, por la carretera de Constanza y rumbo a Sorgenfrei, sea lo que fuere. ¿Tal vez uno de esos sanatorios privados que tan comunes son en Suiza? No dejamos de ascender; por fin, al cabo de medio kilómetro de atravesar pinares, salimos a una terraza en la falda de una montaña desde la que se gozaba de un panorama pasmoso. El aire era muy frío, mucho más fino que en St. Gallen. Y desde Sorgenfrei se dominaba todo lo que se alcanzaba a ver.

Sorgenfrei es como Liesl: una fascinante monstruosidad. En Inglaterra se diría que es un edificio neogótico. En Europa desconozco qué equivalente puede tener. Torretas, ventanas con parteluz, una torre de planta cuadrada a la entrada; al fondo, una torre más alta y más delgada, como un lápiz, que realmente alcanza una gran altura. Sin embargo, en todos y cada uno de los detalles se percibe una doble firma: la de lo decimonónico y la de una familia verdaderamente forrada de dinero. Por dentro abundaban las alfombras de piel de oso, los muebles de tamaño gigantesco, con todas y cada una de las superficies talladas a mano y hasta la última pulgada transformada en frutos, flores, aves, liebres e incluso —en algo que parecía un altar erigido a la codicia, pero que seguramente no pasaba de ser un aparador faraónico— seis lebreles de tamaño natural, seis nada menos, con cadenas de verdadero bronce en los collares. Tiene que ser el castillo soñado por un magnate de hace siglo y medio, concebido en términos de la civilización que ha legado al mundo, entre una plétora de cosas mejores, la caja de música y el reloj de cuco.

Llegamos a eso de las cinco de la tarde y fui conducido a este dormitorio, que es del tamaño de la sala de juntas de la Fundación Castor. Ahora aprovecho un rato libre para poner mi diario al día. Esto es emocionante. ¿Será el aire, será la compañía de Liesl? Me alegro de haber venido.

Más tarde. ¿Sigo alegrándome de haber venido? Ya pasa de la medianoche, y acabo de vivir la velada más extenuante que he conocido desde que me marché de Canadá.

Esta casa me trastorna, y lo malo es que aún no entiendo por qué. He conocido casas magníficas, palacios, bellísimas casas de campo, cómodas casas de ciudad, ya sea en calidad de invitado, ya sea en condición de turista. Esta casa, que a primera vista parece una broma de mal gusto, es sin lugar a dudas la casa más maldita de todas aquellas en las que yo haya podido poner los pies. Habría que pensar incluso que el arquitecto hubiera hecho acopio de toda su experiencia previa ilustrando los cuentos fantásticos de los hermanos Grimm, porque es un lugar que destila fantasía por todos lados. Y es una fantasía muy de comienzos del siglo XIX, de las que dan miedo, nada que ver con las enclenques invenciones de Disney. Sin embargo, mirándola mejor, da la impresión de que todo se ha tomado muy en serio, y salta a la vista que el arquitecto era un hombre de auténtico genio: aunque la casa es muy

grande, sigue siendo una casa pensada para vivir en ella, y no un capricho. Tampoco es un sanatorio. Deduzco que debe de ser la casa de Liesl.

Sorgenfrei. Libre de cuitas, la despreocupada. En francés, «sans souci». Es el tipo de nombre que alguien de imaginación un tanto limitada daría a un lugar de retiro campestre. Pero es que aquí hay algo que contradice de plano la idea de la burguesía adinerada que viene a descansar de las fatigas que comporta el amasar una fortuna.

Cuando bajé a cenar me encontré a Ramsay en la biblioteca. Mejor dicho: en una casa de campo de Inglaterra habría sido la biblioteca, una sala cómoda y agradable, pero en Sorgenfrei es un ámbito demasiado denso y opresivamente literario. Los anaqueles ascienden por las paredes hasta un techo altísimo, pintado, en cuyas cenefas aparece una compleja y ampulosa escritura gótica que, tras mucho esforzarme, compruebo que son los diez mandamientos. Hay un descomunal globo terráqueo que tiene su contrapeso en una esfera celeste no menos gigantesca. Un gran telescopio, que tendrá cerca de un siglo de antigüedad, se halla montado ante uno de los grandes ventanales que miran a las montañas. En una mesa baja hay un objeto muy moderno, que tras examinar despacio vi que estaba compuesto en realidad por cinco tableros de ajedrez montados unos sobre otros, el último sobre un bastidor de latón. En cada uno de ellos están las piezas dispuestas del modo en que se hallarían en cinco partidas que se están disputando simultáneamente. Los tableros son de un metacrilato transparente, o de algún material semejante, que permite mirarlos desde arriba y ver la posición de cada una de las piezas en cada uno de los tableros. Ardía un buen fuego en la chimenea, y Ramsay estaba calentándose las piernas, una de carne, la otra artificial, delante de ella. Se percató de mi estado de ánimo nada más verme.

—Es una casa extraordinaria, ¿verdad?

—Muchísimo. ¿Es aquí donde vive ahora?

—Soy una especie de invitado permanente. Me hallo más bien en una situación dieciochesca. Ya sabes: las gentes de gustos intelectuales tenían por lo común a un filósofo o a un erudito en casa. A Liesl le agrada mi conversación. Y a mí la suya. Es una curiosa forma de terminar tratándose de un profesor canadiense, ¿verdad?

—Usted nunca fue un profesor al uso, señor.

—Davey, deja de llamarme señor. Somos viejos amigos. Tu padre era el más antiguo de mis amigos, si es que realmente fuimos amigos, cosa que a veces puse en duda. Y tú ya no eres un mozalbete. Eres un muy notable abogado penalista; eres lo que antes se llamaba «un togado eminente». Ya entiendo que el problema es que no tengo yo un nombre que utilicen mis amigos para llamarme. ¿Cómo me llamabas en el colegio? ¿Acorchado? ¿Ramsay el Acorchado? Un apodo ridículo, la verdad. Las piernas artificiales no se han hecho de corcho desde hace una eternidad. Tuteémonos.

—Si quieres que te diga la verdad, te llamábamos el Taladro por tu costumbre de

meterte en los oídos el dedo meñique.

—¿En serio? Vaya, pues no me hace ninguna gracia. Mejor será que me llames Ramsay, como hace Liesl.

—Me he percatado de que más bien te suele llamar «querido Ramsay».

—Sí, así es. Somos amigos íntimos. E incluso algo más durante un tiempo. ¿Te sorprende?

—Acabas de decir que soy un experto abogado penalista. A mí no me sorprende nada.

—Nunca digas eso, Davey. Nunca, nunca digas eso. Y menos aún estando en Sorgenfrei.

—Tú mismo has dicho que es una casa extraordinaria.

—Bastante. Más bien una maravilla dentro de su muy peculiar estilo. Pero no me refería a eso.

Nos interrumpió Liesl, que apareció por una puerta en la que yo no había reparado, porque era uno de esos artilugios decimonónicos, encastrada en las estanterías y cubierta por los lomos de unos falsos libros, de modo que era imposible de ver. Llevaba algo muy semejante a un traje de hombre de terciopelo oscuro; estaba llamativamente elegante. Empezaba a no llamarme tanto la atención su rostro de Gorgona. Ramsay, me pareció, se volvió a ella con cierta ansiedad.

—¿Va a cenar él con nosotros?

—Creo que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Me preguntaba cuándo iba a conocerlo Davey.

—No te pongas nervioso, querido Ramsay, que eso es síntoma de vejez y tú no eres viejo. Mira, Davey: ¿habías visto alguna vez un tablero de ajedrez como éste?

Liesl pasó a explicarme las reglas para jugar lo que es, de hecho, un solo tablero de ajedrez, aunque compuesto por cinco, con cinco juegos de piezas. Lo principal, parece ser, estriba en desestimar toda idea de una partida normal y aprestarse a pensar tanto horizontal como lateralmente. Yo, que juego al ajedrez bastante bien, aunque nunca llegase a ganarle a Pargetter, me quedé patidifuso. Tan es así que no me fijé en que había entrado otra persona en la sala, y me sobresalté cuando oí una voz a mis espaldas:

—¿Cuándo se me va a presentar al señor Staunton?

El hombre que lo dijo ya era sorprendente por sí mismo. Era un hombrecillo elegantísimo, con una espléndida cabellera de rizos plateados, y el traje de gala que vestía no estaba rematado por los pantalones al uso; llevaba unos bombachos de satén y unas medias de seda. Sin embargo lo reconocí nada más verlo: era Eisengrim, el mago, el ilusionista, al que había visto dos veces en Toronto, en el viejo teatro Royal Alexandra, la segunda de las cuales fue cuando borracho y muy alterado me lié a gritos con «la cabeza de bronce», vociferando: «¿Quién mató a Boy Staunton?». Las

costumbres sociales las llevamos en la médula de los huesos: le tendí la mano para estrechársela.

—Veo que me reconoce —dijo—. Y bien: ¿aún pretende la policía involucrarme en el asesinato de su padre? Estuvieron muy insistentes. Incluso me siguieron la pista hasta Copenhague. Pero no tenían nada sólido entre manos, con la excepción de que yo parecía saber más que ellos sobre el caso. Por eso se sacaron de la manga toda clase de fantásticas interpretaciones, a partir de unas palabras que improvisó Liesl. Cuánto me alegro de conocerle. Es preciso que hablemos despacio de todo aquello.

No tiene mucho sentido anotar en detalle todo lo que siguió. ¡Cuánta razón tenía Ramsay! No conviene decir que a uno no le sorprende nada. Claro que... ¿qué iba a hacer? Me vi frente a frente con un hombre al que había despreciado e incluso había aborrecido la última vez que lo vi, y con el primer comentario que me dirigió quiso sin duda mostrarse desconcertante, cuando no pendenciero. Yo sin embargo no era el mismo hombre que lo interpeló a gritos en el teatro; al cabo de un año con la doctora Johanna me había convertido en un hombre muy diferente. Si Eisengrim se mostraba frío, yo iba a ser gélido. He abatido con delicadeza y después me he comido crudos a muchos testigos impúdicos ante los tribunales, y no soy de los que se dejan engatusar por un simple embaucador. Creo que mi comportamiento hace justicia y honra incluso a la doctora Johanna y a Pargetter. Vi la admiración en el rostro de Ramsay, y Liesl no trató siquiera de disimular su placer ante una situación que parecía ser totalmente de su gusto.

Pasamos a la mesa; se sirvió una comida excelente, sin los excesos que se notaban en el estilo preponderante en la casa. Hubo vino abundante y de la mejor calidad, y hubo coñac después, aunque me conocía ya lo suficiente para ser cauto. Una vez más, vi que Ramsay y Liesl me miraban con atención, contentos ante mi proceder. No hubo en toda la velada ese fingimiento tan inglés consistente en que no conviene abordar los asuntos más serios: no hablamos de otra cosa que del asesinato de mi padre y lo que sucedió después, de su testamento y lo que surgió de ello, de lo que Denyse, Carol, Netty y el mundo en general —en la medida en que el mundo en general prestara alguna atención— habían pensado y habían dicho al respecto.

Para mí fue una dura prueba y un triunfo, porque desde mi llegada a Zúrich había hablado de estas cosas sólo con la doctora Johanna, y en los términos más subjetivos que se pueda imaginar. Esta noche en cambio he descubierto que puedo ser relativamente objetivo, incluso cuando Liesl se mofó y se rió abiertamente de las patochadas de Denyse con la máscara mortuoria. Ramsay me mostró su simpatía, pero también se rió cuando dije que mi padre había dejado dinero en herencia para mis inexistentes hijos.

—No creo —comentó— que nunca llegaras a saber cuánto le fastidiaba a Boy que fueras tan José entre las mujeres. Tenía la sensación de que con tu

comportamiento lo único que querías era dejarle en mal lugar. Él siempre opinó que el mayor de los favores que se le puede hacer a una mujer es llevársela cuanto antes a la cama. No podía entender, sencillamente, que haya hombres para los cuales el sexo no es ni mucho menos el mejor deporte al aire libre ni el mejor deporte a cubierto, ni la mejor de las aficiones, las artes, las ciencias, y ni siquiera alimento para soñar. Yo siempre tuve la impresión de que su preocupación por las mujeres era una especie de ampliación de su tacto milagroso con el azúcar y los dulces en general. Las mujeres eran el bocado más sabroso que él conocía. No alcanzaba a entender que no todo el mundo tuviera esa misma debilidad.

—Me pregunto qué habría sacado en claro tu padre de una mujer con Jo von Haller.

—Las mujeres de esa clase nunca caían en manos de Boy, Liesl. Ni tampoco las que son como tú, ya puestos. Su idea de lo que es una mujer inteligente no llegaba más allá de Denyse.

Descubrí que aún me dolía oír que se hablase de mi padre con ese grado de objetividad, de modo que intenté cambiar de conversación.

—Supongo que la totalidad de la vida, salvo una pequeña parte, termina por quedar fuera de nuestras manos. Todos nos llevamos sobresaltos y sorpresas de vez en cuando. Por ejemplo: ¿quién hubiera supuesto que luego de todo el tiempo que he pasado en la consulta de la doctora von Haller iba yo a encontrarme con vosotros tres por azar? He ahí una verdadera coincidencia.

Ramsay no me lo quiso consentir.

—Siendo como soy historiador, debo decir sencillamente que no creo en las coincidencias. Eso es propio de una mentalidad muy rígida. Los racionalistas hablan de un patrón que se puede llegar a percibir y que es posible dar por lógico; cualquier patrón que se les escape, y que no puedan dar por lógico, lo descartan por ser pura coincidencia. Supongo que tenías que encontrarnos, sea por la razón que sea. Y por una buena razón, espero.

Eisengrim se mostró interesado, aunque también altanero y desdeñoso. Al término de la cena jugó con Liesl una compleja partida de ajedrez en el extraño tablero. Estuve mirándolos un rato, pero no pude sacar nada en claro de sus movimientos, de modo que me senté junto al fuego y conversé con Ramsay. Me moría de ganas, claro está, por saber cómo había terminado él por formar parte de tan extraña familia, si es que lo era, pero la doctora von Haller me ha llevado a ser más discreto de lo que era antes, sobre todo a la hora de proceder a un interrogatorio a fondo sobre asuntos privados. La insinuación de que Liesl y él habían sido amantes tiempo atrás... ¿sería posible? Traté de sondearle con mucho tacto. Pero yo había sido alumno del Taladro, y aún tenía la sensación de que él podía ver todo lo que sucediera en mi interior. Era evidente que sí, a pesar de lo cual estaba con ganas de

revelar sus interioridades. Como si fuese un hombre que arroja migajas a un pájaro, me dio a conocer lo siguiente:

- 1. -Que había conocido a Eisengrim desde que los dos eran niños.
- 2. -Que Eisengrim procedía del mismo pueblo que mi padre, mi madre y él, es decir, de Deptford.
- 3. -Que la madre de Eisengrim había sido una figura dominante en su propia vida. Dijo que había llevado una vida «de santidad», lo cual me desconcertó. ¿No era natural que, de ser así, Netty la hubiera mencionado en alguna ocasión?
- 4. -Que conoció a Liesl cuando viajaba con Eisengrim por México, y que habían descubierto una «afinidad» (es la palabra anticuada que utilizó él), y que ésta aún existía entre ellos.
- 5. -Cuando retornamos a la coincidencia de mi encuentro con ellos en St. Gallen, se rió y citó a Chesterton: «Las coincidencias son una suerte de juego de palabras espiritual».

Parece ser que ha venido a Suiza a recuperarse tras un ataque al corazón, y parece probable que se quede aquí. Está trabajando en un nuevo libro, al parecer sobre la fe relacionada con el mito, que es uno de sus temas de siempre, y parece perfectamente satisfecho. Con todo esto, la pesca no se me ha dado nada mal, lo cual me anima a seguir echando las redes.

Eisengrim afecta un aire grandioso. Todo parece indicar que la casa es de Liesl, pero él parece tenerse por el regulador de los modales que rigen en la casa. Tras aplazar la partida (deduje que una partida puede durar varios días), se puso en pie y me asombró ver que Liesl y Ramsay hacían lo propio, de modo que los imité al punto. Nos estrechó la mano a todos y nos deseó buenas noches con el estilo de una testa coronada al despedirse de sus cortesanos. Parecía dar a entender que «pueden ustedes seguir en los salones tanto como deseen, pero nosotros nos retiramos», y era evidente que tenía la certeza de que el tono de la reunión sin duda decaería en cuanto él saliera de la estancia.

Ni mucho menos. Los tres parecimos más cómodos. La enorme biblioteca, en donde se habían cerrado las cortinas para no estar expuestos al cielo de la noche, a las cumbres de las montañas, a las pocas luces que brillaban por debajo de nosotros, empezó a resultar casi hogareña después de su marcha. Liesl sacó una botella de whisky y pensé que podría permitirme un buen copazo. Fue ella la que puso sobre la mesa aquello que más tenía yo en mente.

—Te aseguro, Davey, que no hay nada premeditado en todo esto. Cierto es que cuando nos encontramos en la librería supe que debías de ser el hijo del hombre que murió de manera tan espectacular la última vez que Eisengrim estuvo en Toronto, aunque yo no tenía ni idea de las circunstancias concurrentes.

—¿Estuviste en Toronto con él?

—Desde luego. Hemos sido socios y copartícipes en el mismo espectáculo artístico desde hace muchísimo tiempo. Soy su mánager, su empresario, o como quieras llamarlo. En el programa hago uso de otro nombre, pero te aseguro que estoy muy presente. Yo soy la voz de la cabeza de bronce.

—En tal caso, ¿fuiste tú quien dio aquella respuesta extraordinaria a mi pregunta?

—¿De qué pregunta me hablas?

—Sin duda recuerdas aquella noche de sábado en que alguien gritó, en el teatro, «¿quién mató a Boy Staunton?».

—Lo recuerdo con toda claridad. Cualquiera habría dicho que fue un desafío, al brotar de manera tan imprevista. Por lo común estábamos sobre aviso de la pregunta a la que la cabeza de bronce tendría que dar respuesta. ¿Fuiste tú quien formuló aquella pregunta?

—Sí. Pero debo decir que no llegué a oír tu respuesta.

—No, hubo una gran confusión. El pobre Ramsay estaba en uno de los palcos y fue entonces cuando sufrió el ataque al corazón. Y creo que muchas personas se llevaron un susto tremendo cuando lo vieron caer y precipitarse a la vista de todos. Claro está que hubo otros convencidos de que formaba parte del espectáculo. Fue una noche memorable.

—¿Recuerdas qué dijiste?

—Lo recuerdo perfectamente. Dije: «Fue asesinado por la conspiración de siempre: por sí mismo, en primer lugar; por la mujer que conocía; por la mujer que no conocía; por el hombre que le concedió su más íntimo deseo y por el inevitable quinto en discordia, guardián de su conciencia y guardián de la piedra».

—No creo que sea irracional por mi parte pedir una explicación de semejante galimatías...

—No, no es ni mucho menos irracional, y espero que puedas dar con una respuesta que te satisfaga. Pero no será esta noche. Mi querido Ramsay empieza a estar un poco pálido; creo que debería acompañarlo a la cama. Pero tenemos tiempo de sobra. Sé que no se te pasará por alto que volvamos a hablar de todo esto.

Y con eso tuve que contentarme al menos hasta el día siguiente.



Domingo, 21 de diciembre.

Esta mañana Liesl me llevó a recorrer toda la casa, al parecer construida en 1824 por algún antepasado suyo, que ganó bastante dinero en el negocio de la construcción y venta de relojes. El vestíbulo de entrada lo domina el que supongo que debió de ser su obra maestra, pues tiene manecillas que indican los segundos, los días de la

semana, los días del mes, los meses, las estaciones y los signos del zodiaco, la hora real en Sorgenfrei y la hora de Greenwich, además de las fases de la luna. Tiene un carillón con treinta y siete campanas que toca una amplia gama de melodías y lleva por ornamentos figuras del Día y la Noche, las estaciones, las dos caras del Tiempo y sabe Dios cuántas cosas más, todo ello en un fino pórvido *verd-antique*. Monstruoso a la par que fascinante, como Liesl. Y a ella parece que le encanta. Mientras recorríamos la casa y subíamos por escaleras inesperadas y contemplábamos las pasmosas panorámicas a que se abrían algunas ventanas astutamente disimuladas, hice todo lo posible por lograr que la conversación regresara a las extrañas palabras de la cabeza de bronce a propósito de la muerte de mi padre, pero Liesl se sabe todos los trucos posibles para evadirse, y estando en su casa no podía yo clavarla contra la pared, como habría hecho en un juicio público. Pero sí dijo una o dos cosas.

—No te conviene interpretarlo muy al pie de la letra. No olvides que yo, la voz de la cabeza de bronce, no tuve tiempo para reflexionar; no tuve ni siquiera diez segundos de margen. Por eso di una respuesta perfectamente normal, como habría hecho cualquier adivina con experiencia. Ya sabes que siempre hay algunas cosas que encajan en cualquier interrogación. Basta con decir las y dejar que los demás interpreten. «La mujer que conocía y la mujer que no conocía»: he ahí un buen ejemplo. Por lo que sólo he sabido después, que es lo que Ramsay me ha contado en un momento u otro, cualquiera diría que la mujer que conocía tenía que ser tu madre y la mujer que no conocía tenía que ser tu madrastra. Él se sentía culpable con respecto a tu madre y la segunda vez que se casó lo hizo con una mujer mucho más fuerte de lo que él había supuesto. Pero también deduzco del terrible lío que armó tu madrastra que ella misma debía pensar que era la mujer que conocía, por lo que se molestó muchísimo con la posibilidad de verse de algún modo implicada en su muerte... La verdad es que no puedo decirte mucho más acerca de porqué dije lo que dije. Tengo un pequeño don en este sentido; por eso Eisengrim me confiaba el papel de la voz de la cabeza de bronce. Tal vez yo percibí algo, pues uno percibe ciertas cosas, no sé si lo sabes, si tan sólo se permite el lujo de ponerse a merced de esa percepción. Pero no le des muchas vueltas, no vayas a hacer gran cosa de un simple grano de arena. Déjalo estar.

—Mi educación no me inclina a dejar las cosas estar.

—Davey, tu educación y la forma en que la has utilizado son lo que finalmente te han traído a Zúrich para someterte a un análisis. Estoy segura de que Jo von Haller, que es realmente excelente en lo suyo aunque no sea ése mi estilo, te ha enseñado a ver eso con claridad. ¿Piensas seguir trabajando con ella?

—Ésa es una decisión que aún tengo que tomar.

—Pues no te precipites en decir que sí.

Fui a dar un largo paseo, solo, esta tarde. Pensé en el consejo de Liesl.

Por la noche, después de la cena, Eisengrim nos mostró algunas películas caseras en las que sale él haciendo trucos con cartas y monedas. Nuevas ilusiones, según parece, de cara a una gira que comienza a principios de enero. Es soberbio, y además lo sabe. ¡Qué ególatra! Y, a fin de cuentas, no es más que un ilusionista. ¿Qué más da? ¿Quién necesita ilusionistas? Sin embargo, tengo la desagradable conciencia de que hay un vínculo entre Eisengrim y yo. Él quiere que la gente le tema y le respete, y además desde una cierta distancia. Igual que yo.



Lunes, 22 de diciembre.

Supongo que Eisengrim ha debido de reparar en mi aburrimiento y en mi repugnancia de ayer noche, porque después del desayuno me persiguió para llevarme al fin a ver sus habitaciones de trabajo, que son los antiguos establos de Sorgenfrei, llenas hasta los topes con toda la parafernalia de sus trucos de magia. Y tienen unos espléndidos bancos de trabajo, en uno de los cuales estaba ocupada Liesl con una lupa de orfebre pegada al ojo...

—Ah, ¿no sabías que conozco y practico el oficio de la familia, y soy una estupenda relojera? —dijo. Pero Eisengrim deseaba apropiarse de la palabra.

—¿No le parezco gran cosa, Staunton? No lo niegue: parte de mi cometido, y no el menor, consiste en olisquear y desentrañar los pensamientos ajenos. Bien, no deja de ser justo. Sin embargo, usted me cae bien, por lo cual me gustaría caerle bien, es natural. Soy un egotista, por descontado. Soy un gran egotista y lo soy de manera muy poco común, porque sé lo que soy y además me gusta. ¿Por qué no iba a ser así? Si conociera usted mi historia, lo comprendería muy bien, o al menos me lo parece. Pero eso es exactamente lo que yo no quiero, lo que no le pido a nadie. Son muchísimas las personas que pasan por la vida retorciéndose las manos y gritando: «¡Entiéndeme! ¡Por lo que más quieras, entiéndeme! ¡Conocerlo todo es perdonarlo todo!». Ya ve usted que a mí me importa un comino que se me entienda. Y jamás pido que se me perdone. ¿Ha leído usted el libro que circula por ahí y que trata de mí?

(Lo había leído, en efecto. Hacía muy poco. Es el único libro que hay en mi dormitorio y está puesto de manera tan evidente en la mesilla que parece una obligación obvia por parte de un huésped leerlo de punta a cabo. Además, lo había visto antes. Mi padre le regaló un ejemplar a Lorene la primera vez que fuimos a ver a Eisengrim, el día de su cumpleaños. Se titula *Phantasmata: vida y aventuras de Magnus Eisengrim*. Es poca cosa, tiene unas ciento veinte páginas, pero ¡vaya una historia fantástica! Extraño nacimiento en una distinguida familia de lituanos, exilados políticos polacos; infancia en el Ártico, donde trabajaba el padre en un

proyecto secreto (para Rusia, se sobreentendía, aunque debido a su linaje los rusos nunca reconocieron la relación); un chamán esquimal reconoce al pequeño Magnus y afirma que posee extraños dones; de los cuatro a los ocho años el pequeño Magnus aprende artes adivinatorias e hipnosis con el chamán y sus colegas. Terminado el trabajo del padre en el Ártico, marcha a hacer algo semejante en el centro de Australia (se da a entender que el padre, el genio lituano, es una especie de superexperto en meteorología), y allí, en medio de la nada, el pequeño Magnus se educa con un tutor que es un grandísimo sabio que se ha mantenido un tiempo alejado de la civilización porque ha hecho algo terrible. Pasada la pubertad, el pequeño Magnus es irresistible para las mujeres, pero vive con la obligación de andar en esto con pies de plomo, ya que el chamán le avisó de que las mujeres no serían buena influencia para sus delicados nervios. No obstante, se insinúa que hubo grandes romances; en este punto, un buen trozo de sadismo salpicado de pornografía. Tras haber probado y rechazado con contumelia los saberes de grandes universidades de primera fila, Magnus Eisengrim decide dedicar su vida a la noble e incomprensible ciencia que ya conociera en el Ártico, y que ahora reclama en propiedad... Y así se pretende explicar por qué viaja por el mundo con un espectáculo de magia. Un excelente espectáculo de magia, a pesar de lo cual sigue siendo un saltimbanqui viajero).

—¿Es preciso tomárselo en serio?

—Creo que merece que se le tome más en serio que a muchas biografías y autobiografías. Ya sabe usted cómo son. La superficie pulida de la vida misma. Lo que los analistas de Zúrich llaman la Persona, la máscara. En *Phantasmata* se relata lo que con toda franqueza anuncia su título: es una ilusión, una visión. Y eso es lo que precisamente soy yo, y por ser una ilusión tan plenamente satisfactoria, por satisfacer el hambre que prácticamente cualquiera siente por las maravillas, el libro es una relación mucho más fidedigna de mi historia que las biografías al uso, en donde no se reconoce que parten de la intención de engañar, además de que padecen una patética carencia de poesía. El libro está sumamente bien escrito, ¿no le parece?

—Sí, eso me ha sorprendido. ¿Lo ha escrito usted?

—Lo escribió Ramsay. Ha escrito muchísimo sobre los santos y las maravillas; Liesl y yo pensamos que era el hombre ideal para escribir mi vida.

—Pero reconoce usted que es una sarta de mentiras...

—No es un informe policial. Pero ya le he dicho que es más fiel a la esencia de mi vida de lo que nunca podrían ser los hechos tal cual, sin la menor gracia. ¿No lo entiende usted? Soy lo que he hecho de mí mismo, el mayor ilusionista desde los tiempos de Moisés y Aarón. ¿Sugieren los hechos lo que soy, lo explican acaso? No. En cambio, el libro de Ramsay lo consigue. Soy entera y verdaderamente Magnus Eisengrim. La ilusión, la mentira, es un canadiense llamado Paul Dempster. Si quiere

usted conocer su historia, pregunte a Ramsay. Él la conoce y se la puede contar. O tal vez no.

—Gracias por su franqueza. ¿Está usted dispuesto a arrojar algo de luz, más que Liesl, acerca de la respuesta que dio la cabeza de bronce?

—Veamos. Sí, yo soy sin lugar a dudas «el hombre que le concedió su más íntimo deseo». Nunca llegaría usted a adivinar de qué se trató. Pero él me lo dijo. A mí todo el mundo me dice cosas. Cuando lo conocí, cosa que sucedió por cierto la misma noche de su muerte, me ofreció llevarme de regreso a mi hotel en su automóvil. Mientras conducía, dijo (y usted bien sabe que esto sucedió en uno de los momentos culminantes de su trayectoria, cuando estaba a punto de ver cumplido un sueño que él, o su segunda esposa, había anhelado desde tiempo atrás), dijo así: «¿Sabe una cosa? A veces me entran ganas de pisar el acelerador y alejarme de todo esto, de todas las obligaciones, los celos, las molestias, los fastidios y las exigencias implacables de los demás». Yo le dije: «¿Lo dice en serio? Yo podría arreglarlo». Dijo: «¿De veras?». Contesté: «Nada más fácil». Se le ablandaron los rasgos, se le puso cara de niño, y dijo: «Muy bien. En tal caso, contraería una gran deuda con usted». Así pues, yo lo dispuse. Puede tener usted la total certeza de que no fue doloroso. Sólo fue el cumplimiento de su deseo.

—¿Y la piedra? ¿Y la piedra en la boca?

—Ah, eso no forma parte de mi historia. Eso tendrá que preguntárselo al guardián de la piedra. De todos modos, le diré algo que Liesl no sabe, a menos que Ramsay se lo haya dicho. «La mujer que no conocía» era mi madre. Sí, mi madre tuvo parte en todo esto.

Con eso tuve que darme por contento, porque Liesl y un operario deseaban hablar con él. Fuera como fuese, descubrí que me había caído en gracia. Más extraño aún es que descubrí al mismo tiempo que le creía. Claro que era un hipnotizador de tremendos poderes. Lo había visto demostrar en escena. ¿Había hipnotizado a mi padre para enviarlo a la muerte? De ser así, ¿por qué?

Más tarde: Así fue como le formulé la pregunta a Ramsay cuando lo pude arrinconar ya por la tarde en la habitación donde se recluye a escribir. Consejo de Pargetter: aborda siempre a un hombre en su habitación, ya que así no tiene adónde huir, mientras que tú puedes irte cuando quieras. ¿Y qué es lo que dijo?

—Davey, empiezas a comportarte como el sabueso aficionado en una novela de detectives. La realidad de la muerte de tu padre es mucho más compleja que todo lo que puedas llegar a descubrir por esos medios. En primer lugar, tienes que comprender que nadie, ni siquiera Eisengrim, es capaz de obligar a un hombre por medio de la hipnosis a que haga algo que no tenga realmente la intención de hacer. Así pues, ¿quién mató a Boy Staunton? ¿No dijo la cabeza de bronce, en primer lugar, que «fue asesinado por sí mismo»? Es algo que hacemos todos, a no ser que se

nos lleve por delante algún accidente inexplicable. Nosotros mismos determinamos la hora de nuestra muerte y tal vez también el medio de la misma. En cuanto a «la conspiración de siempre», yo personalmente pienso que «la mujer que conocía y la mujer que no conocía» eran una y la misma persona: tu madre. Él nunca supo valorar en serio ni sus flaquezas ni sus fortalezas. Y fue una mujer fuerte, esto lo sabes, con una fuerza que él nunca quiso reconocer. Era la hija de Ben Cruikshank, y no vayas a pensar que eso no es nada sólo porque Ben no fuera uno de los potentados del pueblo, como era en cambio Boy Staunton. Boy nunca supo qué hacer con tu madre cuando ella fue una mujer adulta. Y ella conservó un aire añorado con la sola esperanza de complacerle a él. Cuando hemos ligado nuestro destino a alguien, si no le atendemos debidamente es por nuestra cuenta y riesgo. Pero eso es algo que Boy nunca entendió. Era tan elegante, tan agraciado, tan dotado, un verdadero genio en su terreno, que era el de amasar fortuna, que nunca llegó a percibir la realidad de los demás. Las debilidades de ella le sacaban de quicio. Pero sus ocasionales demostraciones de fuerza lo llenaban de vergüenza.

—Tú amabas a mi madre, ¿no es cierto?

—Creí amarla cuando era un muchacho. Pero las mujeres a las que en realidad amamos son las mujeres que nos completan, las que poseen cualidades que podemos tomar en préstamo y así estar un poco más cerca de convertirnos en hombres de una pieza. Nosotros las completamos de la misma manera. Leola y yo, una vez terminado el romance, resultamos demasiado semejantes. Nuestros puntos débiles y nuestros puntos fuertes eran prácticamente los mismos. Juntos, habríamos duplicado nuestras ganancias y nuestras pérdidas, y el amor no consiste en eso.

—¿Te acostaste con ella?

—Sé que los tiempos han cambiado, Davey, pero ¿no te parece una pregunta demasiado obtusa para hacérsela a un viejo amigo y además a propósito de tu madre?

—Carol insistía mucho en que tú eras mi padre.

—Carol es un zorrón a la que le encanta sembrar cizaña. De todos modos, te voy a decir una cosa: tu madre sí me pidió una vez que le hiciera el amor, y yo me negué. A pesar de un grandísimo ejemplo que marcó mi vida, no fui capaz de amar como mero acto de caridad. El fallo fue mío, y fue amargo. No voy a decir ahora lo convencional en estas situaciones, no voy a decirte que ojalá fueras hijo mío. Tengo hijos más que de sobra: hombres buenos a los que he enseñado, hombres que llevarán una parte de mí a lugares que yo nunca conoceré. Mira, Davey, pedazo de flagrante aprendiz de detective, hay una cosa que a tu edad deberías saber: cualquier hombre que valga algo tiene varios padres, y el hombre que lo procreó por lujuria, por estar borracho, por ganar una apuesta o incluso en la dulzura del amor sincero, posiblemente no sea el padre más importante que tiene. Los padres que uno elige tener son los que realmente importan. Y tú no elegiste a Boy, además de que nunca

llegaste a conocerlo. No; no hay un solo hombre que conozca a su padre. Si Hamlet hubiera conocido a su padre jamás habría armado el lío monumental que armó a propósito del hombre tan lerdo que se casó con Gertrudis. No me seas ahora un Hamlet de tres al cuarto, aferrado al fantasma de tu padre hasta quedar destruido. Boy ha muerto. Ha muerto por su propia voluntad, aunque no del todo por su propia mano. Acepta mi consejo, ocúpate de las cosas que te preocupen de veras.

—Las cosas que me preocupan son las que preocupaban a mi padre. A eso no puedo escapar. Alpha Corporation me está esperando. Y la Fundación Castor otro tanto.

—No son preocupaciones de tu padre. Son tus reinos. Ve y reina en ellos, aun cuando haya hecho él la típica jugarreta de Boy y te haya legado un martillo allí donde él utilizó un cetro de oro.

—Veo que no vas a hablar sinceramente conmigo, pero aún he de hacerte una última pregunta: ¿quién era «el inevitable quinto en discordia, guardián de su conciencia y guardián de la piedra»?

—Yo. Y siendo el guardián de su conciencia, además de ser una persona que te tiene en muy alta estima, no diré nada a ese respecto.

—¿Y la piedra? Me refiero a la piedra que se encontró en su boca cuando sacaron su cuerpo del agua. Mira, Ramsay, la tengo aquí mismo. ¿Es posible que la mires y que no digas nada?

—Esa piedra fue mi pisapapeles a lo largo de cincuenta años. Me la dio tu padre, bien es verdad que muy a su manera. Me la lanzó, envuelta en una bola de nieve. Ese hombre, capaz de lanzar una bola de nieve con una piedra dentro, fue parte del padre al que nunca conociste o al que nunca reconociste.

—¿Por qué la tenía en la boca?

—Supongo que él mismo se la puso en la boca. Mírala: un pedazo de granito rosa como el que se ve en Canadá por todas partes. Un geólogo que la vio encima de mi mesa me dijo que ahora se calcula que ese tipo de piedra tiene más o menos mil millones de años de antigüedad. Se dice pronto, ¿eh? ¿Dónde ha estado antes de que hubiera hombres en la tierra que pudieran lanzarla? ¿Dónde estará cuando tú y yo no seamos más que una pizca de polvo? No te aferres a ella como si fuera de tu propiedad. Eso es lo que yo hice. La conservé durante sesenta años y es posible que lo hiciera con la esperanza de cobrarme una venganza. Pero por fin la perdí, Boy la recuperó y la perdió, y es seguro que tú también la perderás. Ninguno de nosotros cuenta gran cosa en la prolongada historia de la piedra, una historia sin voz, inerte... Ahora voy a hacer uso del privilegio que asiste a los inválidos y te voy a pedir que me dejes solo.

—¿No hay más que decir?

—Ah, se podrían escribir varios tomos sobre el asunto, pero me pregunto qué

podría eso añadir a lo que ya se ha dicho. Boy está muerto. Lo que pervive es una noción, una fantasía, un antojo que da vueltas en tu cabeza y que tú llamas «padre», pero que nunca tuvo nada que ver seriamente con el hombre a quien lo adscribes.

—Antes de que me marche: ¿quién era la madre de Eisengrim?

—He pasado décadas tratando de dar respuesta a esa pregunta, pero nunca llegué a saberlo del todo.

Más tarde: He descubierto algo más acerca de la desmesurada partida de ajedrez. Cada jugador juega con las blancas y las negras. Si un jugador juega con las blancas en los tableros uno, tres y cinco, ha de jugar con las negras en los tableros dos y cuatro. Le dije a Liesl que ya sólo con eso la complicación debe de ser fenomenal, ya que las cinco partidas no son consecutivas, sino que se trata de una única partida en la que todos los tableros intervienen de manera simultánea.

—No llega a ser tan complicado como ese juego al que jugamos todos durante setenta u ochenta años. ¿No te enseñó Jo von Haller que nadie puede jugar con blancas en todos los tableros? Eso sólo está en manos de quienes juegan en un solo tablero, en un solo plano, y se desviven de pura agonía por tratar de averiguar cuál va a ser la siguiente jugada de las negras. Es mucho mejor saber bien qué es lo que uno está haciendo y jugar desde ambos lados del tablero.



Martes, 23 de diciembre.

Liesl tiene una capacidad sencillamente extraordinaria de sacarme las cosas de dentro. Por temperamento y por mi formación profesional soy un hombre acostumbrado a que se le cuenten las cosas. Ella en cambio me convierte en la persona que las cuenta. Tropecé con ella —o no, seamos sinceros: la estuve buscando— esta mañana en su taller, donde estaba sentada con la lupa de orfebre en el ojo, enredando con un minúsculo mecanismo. En menos de cinco minutos me enredó en una conversación de un tipo que me desagrada, pero no puedo resistirme cuando es Liesl la que la desgrana.

—¿Así que tienes que comunicar a Jo una decisión sobre la idea de continuar el análisis? Bien, ¿y qué decisión será ésa?

—Estoy indeciso. Empiezan a necesitarme muy en serio allá en Toronto, pero el trabajo con la doctora von Haller encierra la promesa de una satisfacción como jamás he conocido. Supongo que lo que quiero es quedarme con las dos opciones sin descartar ninguna.

—¿Y por qué no? Jo te ha puesto por el buen camino. ¿La necesitas para recorrer tu laberinto interior? ¿Por qué no haces tú solo ese recorrido?

—No lo había pensado. Y no creo que supiera cómo hacerlo.

—Pues averígualo. Averiguarlo es tener ya la mitad de lo que pueda valer. Jo es muy buena en lo suyo, no diré yo nada en contra de ella. De todos modos, Davey, estos análisis... son sólo duetos entre el analista y el analizando, y nunca te será posible cantar ni más fuerte ni más alto que tu analista.

—No me cabe duda de que ha hecho grandes cosas por mí a lo largo de todo este año.

—Desde luego. Y nunca te ha apretado más de la cuenta, ni te ha metido el miedo en el cuerpo, ¿verdad? Jo es como un huevo duro: una maravilla, un milagro fácil de aceptar, aunque ni siquiera con una buena pizca de sal llegue a ser una comida sabrosa.

—Tengo entendido que es una de las mejores de Zúrich.

—Oh, desde luego. El análisis con un gran analista es una magnífica aventura de exploración del propio yo, pero ¿cuántos analistas son grandes de veras? ¿Te he contado alguna vez que conocí un poco a Freud? Un gigante. Y sería apocalíptico hablar con tal gigante de uno mismo. No llegué a conocer a Adler, del cual se olvida todo el mundo, pero era sin duda otro gigante. Una vez fui a un seminario que impartió Jung en Zúrich, fue inolvidable. Pero conviene tener muy en cuenta que todos ellos eran hombres provistos de un sistema a conciencia. Freud, con su monumental obsesión por todo lo que se refería al sexo (actividad para la cual personalmente no halló mayor utilidad), era un ignorante casi absoluto en lo relativo a la naturaleza. Adler lo reducía todo prácticamente a la voluntad de poder; Jung, ciertamente el más humano y el más amable, seguramente el más grande de todos, era muy a su pesar descendiente de párrocos y de maestros, y era él mismo un superpárroco y un supermaestro. Todos ellos fueron hombres de carácter extraordinario, todos ellos idearon sistemas que han quedado marcados para siempre con el sello de su carácter... Davey, ¿te has parado a pensar alguna vez que esos tres hombres que fueron tan espléndidos en sus intentos por comprender a los demás primero tuvieron que comprenderse a sí mismos? Si hablaban, hablaban desde el conocimiento de sí mismos a que habían llegado. No acudieron con toda su confianza a la consulta de un médico para seguir el camino que éste indicara, por ser demasiado perezosos, por tener demasiado miedo a emprender por sí mismos el viaje interior. Todos ellos demostraron una osadía heroica. Y nunca convendría olvidar que hicieron el viaje interior mientras trabajaban como esclavos en las galeras de sus tareas cotidianas, considerando los problemas ajenos, manteniendo a sus familias, viviendo plenamente. Fueron héroes en un sentido en el que nunca podrá serlo, por ejemplo, un explorador del espacio, porque se internaron en lo desconocido absolutamente solos. ¿Fue su heroísmo tan sólo un medio de agavillar toda una cosecha de inválidos? ¿Por qué no vuelves a tu casa y te unces tu yugo y demuestras que también sabes ser un héroe?

—Yo no soy un héroe, Liesl.

—¡Qué modesto, qué atribulado suena eso! Y seguramente esperas que yo piense: es espléndido, que manera tan viril de aceptar sus propias limitaciones. Pero yo no pienso así. Toda esa modestia personal forma parte de la personalidad evasiva de nuestro tiempo. No sabes si eres un héroe o no, pero estás decidido a no averiguarlo jamás, porque te da miedo el peso que habrás de sobrellevar si lo eres y te da miedo la certeza de no serlo.

—Un momento. La doctora von Haller, a la cual valoras tan poco, una vez insinuó que yo tenía cierta inclinación a tomar medidas heroicas cuando afronto mis asuntos propios.

—¡Bien por Jo! En cambio, no te animó en esa línea, ¿verdad? Ramsay dice que en los tribunales eres todo un héroe: la voz de los mudos, la esperanza de los desesperados, el último recurso de aquellos a quienes la sociedad ya ha condenado. Pero ésa, cómo no, es una personalidad pública. Por cierto, ¿cómo es que te pones tan en pie de igualdad con toda esa chusma?

—Le dije a la doctora von Haller que me gusta vivir en la falda de un volcán.

—Buena respuesta, bastante romántica. ¿Y sabes cuál es el nombre del volcán? Eso es lo que tendrás que averiguar.

—¿Qué me estas sugiriendo? ¿Qué vuelva a Toronto y reanude mi ejercicio de la profesión y afronte todo lo que me espera en Alpha Corporation y en la Fundación Castor y vea qué puedo hacer para que se libren los inicuos como Maitland Quelch de los cepos en los que los tienen pillados? ¿Y que de noche me siente tranquilamente y trate de idear en silencio la solución a todos mis problemas, que trate de percibir cuál es el sentido de mi vida?

—Idear la solución... David, ¿qué te dijo Jo que no funciona en ti? Es evidente que tienes un tornillo flojo, le pasa a todo el mundo. ¿Qué encontró ella en la raíz de todos tus problemas?

—¿Por qué iba a decírtelo?

—Porque te lo he preguntado y porque de veras lo quiero saber. No soy una charlatana, no soy una cotilla, y te tengo un gran aprecio. Dímelo.

—No es nada terrible. La doctora von Haller insistía constantemente en la idea de que tengo un pensamiento bastante bien desarrollado, aunque carezco de la debida capacidad de sentir.

—Me lo imaginaba.

—Con toda sinceridad, no veo yo que haya nada malo en hacer uso del pensamiento. Es lo que todo el mundo intenta hacer.

—Ah, ya. Estupendo trabajo el de pensar. Pero has de saber que también es el mayor refugio, la mayor escotilla de nuestro tiempo. Se supone que encierra una excusa para todo. «Pienso que esto...». «He pensado que lo otro...». «No creo que en

realidad hayas pensado que...». «Piensa, por el amor de Dios...». «El pensamiento de la reunión (o de la comisión o, Dios nos asista, del simposio) ha sido que...». En fin: gran parte de todo ese pensamiento no pasa de ser una masturbación mental, y con eso no se aspira a lograr nada claro... Y encima andas escaso de sentimiento. Me pregunto por qué será.

—Por la doctora von Haller, te lo aseguro. En mi vida, el sentimiento nunca me ha valido buenas recompensas. Más bien me ha hecho un daño infernal.

—Es lo suyo. Siempre pasa igual. Pero podrías probar. ¿Recuerdas el cuento sobre el niño que no podía temblar y que estaba orgulloso de ello? A nadie le gusta temblar ni estremecerse, pero es mejor que existir sin poder hacerlo, te lo digo yo.

—Parece que tengo una disposición natural que me inclina al pensamiento, no al sentimiento. Y la doctora von Haller me ha ayudado mucho en eso. Sin embargo, no tengo la ambición de desarrollar mucho el sentimiento. No creo que eso encajara con mi estilo de vida, Liesl.

—Si no sientes, ¿cómo vas a descubrir si eres o no un héroe?

—Yo no quiero ser un héroe.

—¿Y qué? No todo el mundo está llamado a ser el héroe triunfal de su propia y muy romántica historia. Y cuando conocemos a alguien así, es altamente probable que sea un monstruo fascinante, como mi querido Eisengrim. Pero sólo por no ser un egotista y un bocazas no tienes por qué quedarte con esa idea tan de moda que es la del antihéroe y la del alma enana. Eso es lo que podríamos considerar la Sombra de la democracia: ha conseguido que sea muy loable, que sea cómodo, que sea lo correcto, terminar convertidos en alfeñiques espirituales y apoyarnos en todos los demás mequetrefes y recibir el aplauso de todos ellos en una espléndida apoteosis de la mediocridad. Son alfeñiques pensantes, desde luego; ya lo creo, piensan todo lo que puede pensar un alfeñique sin meterse en serios problemas. Pero todavía quedan héroes. El héroe moderno es el hombre que vence en su pugna interior. ¿Cómo sabes que no eres tú un héroe de esa clase?

—Eres tan incómoda como un viejo amigo mío, que exigía el heroísmo espiritual de otra manera. «Dios está aquí y Cristo es ahora», decía, y acto seguido te pedía que vivieras como si fuera verdad.

—Es que es verdad. Pero también es verdad decir que «Odín está aquí y Loki es ahora». El mundo heroico está a nuestro alrededor, a la espera de que lo descubramos.

—Pero ahora nadie vive así.

—¿Y quién lo dice? Hay algunos que sí viven así. Atrévete a ser el héroe de tu propia épica. Si otros no se atreven, ¿tienes tú la culpa? Una de las grandes estupideces de nuestro tiempo es esa creencia en un Destino nivelador, en una especie de democracia de lo sobrenatural.

—¿Y tú piensas que debo seguir adelante por mi cuenta y riesgo, sin ayuda de nadie?

—Yo no pienso: yo siento que al menos tendrías que considerar muy en serio esa posibilidad, y no limitarte a asirte a Jo como se sujeta un marinero a un salvavidas.

—Es que no sabría ni por dónde empezar.

—Tal vez si sintieras algo realmente poderoso podrías iniciar el camino.

—Pero, ¿el qué?

—El temor, o el respeto, es un sentimiento muy poderoso, aunque no esté de moda. ¿Cuándo fue la última vez que sentiste un gran respeto en presencia de algo?

—Dios, si ni siquiera recuerdo haber sentido nunca eso que tú llamas respeto...

—¡Pobrecito Davey! ¡Cuánta hambre has tenido que pasar! ¡Eres un chiquillo del orfanato, un Oliver Twist del espíritu! La verdad es que ya eres viejo para empezar.

—La doctora von Haller dice que no. Si quiero, puedo iniciar la segunda parte de la exploración con ella. Pero me pregunto qué será exactamente. ¿Tú lo sabes, Liesl?

—Sí, sólo que no es fácil de explicar. Es algo que uno experimenta, que uno siente, si lo prefieres. Es aprender a conocerse uno mismo como pleno ser humano que es. Es una especie de renacer.

—Acerca de eso me hablaron mucho en mi adolescencia, cuando creía que era cristiano. Y nunca lo entendí.

—Los cristianos parece que lo tienen todo bastante confundido. Desde luego, no consiste en que uno se reintroduzca en el útero materno. Es más bien un reingreso en el útero de la humanidad, un retorno desde allí. Una comprensión más plena de la humanidad que somos.

—No me dice mucho.

—Me lo suponía. No es para pensadores.

—¿Y sin embargo me aconsejas que lo haga por mi cuenta?

—No lo sé. No estoy tan segura como antes. Es posible que lo consiguieras. Es posible que una experiencia realmente grande, e incluso un buen sobresalto, te pudieran poner en camino. Es posible que sea incluso un error que me escuches.

—Entonces, ¿por qué hablas tanto, por qué me lanzas tantas sugerencias peligrosas?

—Es mi oficio. Vosotros, los pensadores, siempre me dais ganas de zarandearos.

¡Una mujer enloquecedora!



Miércoles, 24 de diciembre. Nochebuena.

¿Ha sido éste el peor día de mi vida, o ha sido el mejor? Las dos cosas.

Liesl insistió esta mañana en que fuese de expedición con ella. Verás las

montañas en todo su esplendor, dijo; hace demasiado frío, no veremos a los turistas con sus bocadillos, y tampoco hay nieve suficiente para los esquiadores. Así pues, viajamos en coche durante una hora, siempre en constante ascenso, y al final llegamos a uno de esos funiculares, en el que subimos balanceándonos por el aire, hacia la lejana ladera de una montaña. Cuando por fin llegamos, descubrí que estaba jadeando.

—Estamos a unos dos mil cien metros. ¿Te sientes bien? No te preocupes, en seguida te acostumbrarás. Vamos, hay algo que quiero enseñarte.

—Pero la vista desde allá será la misma que tenemos desde aquí...

—¡Serás perezoso! Lo que quiero enseñarte no es la vista.

Era una cueva. Espaciosa y sumamente fría en cuanto penetramos sólo unos metros y dejamos de estar en la zona que caldeaba el sol, pero no húmeda. Aunque es la primera cueva que visito, me ha bastado para saber que no me gustan las cuevas. Liesl en cambio estaba entusiasmada, porque parece que tiene cierta fama desde que alguien, cuyo nombre no llegué a captar, demostró de manera concluyente a finales del siglo pasado que aquí habían habitado los hombres primitivos. No queda ni rastro de las piedras afiladas, de los trozos de carbón y de otras pruebas, pero sí se veían en las paredes algunas incisiones que parecían ser muy significativas, aunque para mí eran tan sólo meros rayajos sin mucho sentido.

—¿Te los imaginas aquí agazapados, helados, al ponerse el sol, sin más que una pequeña fogata para calentarse y unas cuantas pieles de animales por todo abrigo? Y a pesar de todo resistieron, resistieron, Davey. Como los héroes.

—Imagino que no se les ocurrió nada mejor. No pudieron ser mucho más que los propios animales.

—Eran nuestros antepasados. Se parecían más a nosotros que a cualquier animal.

—Físicamente es posible. Pero ¿qué clase de cerebro tenían? ¿Qué clase de mentalidad?

—Una mentalidad gregaria, como si fuesen parte de un rebaño. Seguramente. Pero en cambio es posible que supieran unas cuantas cosas que se han perdido en el transcurso del larguísimo viaje que nos ha llevado de la cueva hasta... bueno, hasta los tribunales de justicia.

—No creo que sea provechoso dar un tinte demasiado romántico a aquellos salvajes. Sabían cómo sobrevivir, cómo arreglárselas para ir tirando; lograban vivir hasta los veinticinco, los treinta años de edad. Pero todo lo que realmente se pueda considerar humano, una cultura, un sentimiento de civilización, llámalo como quieras, tuvo que darse muchísimo tiempo después.

—No, no. Ni mucho menos. Y te lo puedo demostrar ahora mismo. Cuidado, porque es un poco peligroso. Sígueme y no te despistes.

Se internó hasta el fondo de la cueva, que tal vez tuviera unos sesenta metros de

profundidad. No me hizo ninguna gracia tener que seguirla, porque a cada paso estaba todo más oscuro, y aunque ella llevaba una potente linterna eléctrica, la luz parecía muy enclenque en medio de la negrura. Cuando habíamos avanzado todo lo que parecía posible, se volvió hacia mí. «Aquí es donde la cosa se pone complicada, así que sígueme muy de cerca. No dejes de tocarme en ningún momento, y no te pongas nervioso». Pasó entonces detrás de una roca que sobresalía, que parecía la pared del fondo de la cueva, atravesando un agujero de metro y medio de diámetro, abierto en el suelo de la cueva.

La seguí a pesar de estar alarmado, y tan acobardado que no me atreví a pedirle que lo dejásemos. En el agujero, a través del cual pudimos pasar a cuatro patas, me arrastré tras el haz de luz que parpadeaba de manera intermitente; cada vez que Liesl se erguía un poco bloqueaba la luz de la linterna. Y al cabo de unos diez metros de avanzar a rastras sobre la piedra, iniciamos lo que me pareció un espeluznante descenso.

Liesl no dijo nada. No me llamó. Las dimensiones del túnel se iban reduciendo poco a poco. Intuí que Liesl seguía avanzando cuerpo a tierra. No me quedó más remedio que imitarla. Pasé más miedo que nunca en la vida, pero sólo podía seguirla en esos momentos, ya que no se me ocurrió que pudiera batirme en retirada. Tampoco yo dije nada; su silencio me obligaba a callar. Me habría encantado oírle decir algo y responderle diciendo algo, pero sólo me llegaba el ruido que hacía al arrastrarse. De cuando en cuando, con una de sus botas me rozaba la cabeza. Tengo entendido que hay personas que por deporte se cuelan por estos agujeros de montaña; he leído alguna historia sobre alguno que se quedó atascado y murió. Estaba aterrado, pero me las apañé para seguir retorciéndome y avanzar palmo a palmo. No me había arrastrado sobre el estómago desde que era un niño, y me hice daño. Los hombros y el cuello comenzaron a dolerme una barbaridad, y a cada empujón que daba me rozaba el pecho, las partes pudendas y las rodillas contra las aristas de la piedra. Liesl me había facilitado ropa de invierno que pidió prestada a uno de los operarios de Sorgenfrei, y aunque eran gruesas no me sirvieron de gran protección contra esa clase de rozaduras y magulladuras.

No tengo ni idea del trecho que recorrimos así. Más tarde, Liesl, que había hecho el camino en varias ocasiones, dijo que no llegaba a tener cuatrocientos metros de largo. Para mí, fue como si se tratara de diez kilómetros. Por fin la oí decir que habíamos llegado, y al salir a gatas del túnel y ponerme en pie con infinita cautela — porque por la razón que fuera no quiso ella encender la linterna y reinaba una total oscuridad—, vi el destello de un fósforo, y en seguida una llama más grande, procedente de una antorcha que había prendido.

—Es de madera de pino. Creo que es la iluminación más indicada. La electricidad es aquí dentro una blasfemia. La primera vez que vine, hará unos tres años, encontré

restos de madera de pino quemada, de modo que deduje que así iluminaban el lugar.

—¿De qué estás hablando?

—De los habitantes de las cavernas. De nuestros antepasados. Toma, sujeta la antorcha mientras prendo otra. Hay que esperar un rato hasta que las antorchas den buena luz. Quédate donde estás y deja que la luz se vaya extendiendo.

Pensé que debía de estar haciendo alusión a que habíamos entrado en una de esas cavernas, de las que he oído hablar vagamente, que contienen espléndidas decoraciones, pinturas primitivas. Le pregunté si se trataba de eso, pero sólo respondió: «Es muy anterior a todo eso». Y permaneció donde estaba, con la antorcha en alto.

Poco a poco, a la luz titilante, fue revelándose la caverna. Vendría a ser del tamaño de una modesta capilla; supongo que tal vez tendría cabida para cincuenta personas. Era alta. El techo quedaba lejos del alcance de nuestras antorchas. Hacía un frío intenso, pero no se veía ni rastro de hielo en las paredes. Seguramente sí había incrustaciones de cuarzo, porque se veían destellos aquí y allá. Liesl estaba como nunca la había visto: toda su ironía, todo su gracejo, parecían haber desaparecido. Y tenía los ojos como platos. Se le notaba un temor reverencial.

—La descubrí hace unos tres años. La cueva exterior es bastante famosa, pero nadie ha visto la entrada a esta otra. Cuando la encontré creí de veras que fui la primera persona que entraba... ¿en cuánto tiempo dirías tú, Davey?

—No tengo ni la más remota idea. ¿Cómo lo podrías saber?

—Por lo que hay aquí. ¿No te has percatado aún?

—Parece ser una caverna, nada más. Y hace un frío helador. ¿Supones que alguien la utilizaba con alguna finalidad?

—Aquellos habitantes, nuestros antepasados. Anda, mira esto.

Me condujo hacia la pared más lejana del hueco por el que habíamos entrado, y llegamos a un pequeño recinto, formado por una barrera hecha de piedras amontonadas. En la pared de la caverna, por encima de la barrera, había siete nichos. Adiviné algo que parecía de hueso en cada uno de esos pequeños receptáculos: huesos antiguos, marrón oscuro, que poco a poco identifiqué. Eran cráneos de animales.

—Son osos. Nuestros antepasados adoraban a los osos. Mira, en éste han introducido unos huesos por las órbitas de los ojos. Y los huesos de las piernas están cuidadosamente apilados bajo la mandíbula inferior.

—¿Supones que aquí vivían los osos?

—Ningún oso cavernario podría haber pasado por el túnel. No; nuestros antepasados traían los huesos, y las pieles, y convirtieron la caverna en un lugar de adoración. Es posible que alguno se vistiera con la piel del oso y se representara la ceremonia de la matanza.

—Así que ésa era su cultura, ¿eh? ¿Jugaban aquí a los osos?

—¡Serás botarate! Así es: ésa era su cultura.

—Eh, no te enojas conmigo. No puedo fingir que suponga una gran cosa para mí.

—No tienes ni idea, por eso es imposible que suponga nada para ti. No, es peor aún: no sabes sentir, por eso no significa nada para ti.

—Liesl, ¿es que vamos a volver sobre todo eso estando en el vientre de la montaña? Yo quiero salir. Si quieres que te diga la verdad, estoy aterrado. Mira, siento mucho no haber sido respetuoso con tu descubrimiento. Estoy seguro de que tiene una gran importancia en el mundo de la arqueología o de la etnología o lo que sea. Los hombres que habitaban estos parajes adoraban a los osos. Excelente. Ahora, vayámonos.

—No eran sólo los que habitaban en estos parajes. Lo mismo hacían los hombres en gran parte del mundo. Hay otras cuevas como ésta por Europa y por Asia, y han encontrado algunas semejantes en América. ¿Está muy lejos la Bahía del Hudson de donde tú vives?

—A más de mil quinientos kilómetros.

—Pues allí también adoraban a los osos entre las grandes glaciaciones.

—¿Y eso qué importa ahora?

—Pues importa, por supuesto que importa. ¿Qué es lo que adoramos hoy en día?

—¿Te parece que éste es el momento o el lugar para hablar de eso?

—¿Y hay algún sitio mejor? Compartimos los grandes misterios con aquellos pobladores. Nos hallamos en donde los hombres hace muchísimo tiempo comprendieron a su manera la mortalidad, la muerte, la continuación. ¿Hace cuánto tiempo? ¿Tú qué opinas?

—No tengo ni idea.

—Fue con toda seguridad hace más de setenta y cinco mil años. Seguramente hace mucho más, Adoraban al oso y se sentían mejores, más grandes, por haberlo hecho. Por comparación con este lugar, la Capilla Sixtina data de anteayer. Pero el propósito que anima a ambos lugares es el mismo. Los hombres sacrificaban y comían lo más noble que eran capaces de concebir, con la esperanza de participar así en su virtud.

—Sí, sí, leí *La rama dorada* cuando era joven.

—Ya, y no te enteraste de nada, porque aceptaste el tono racionalista en vez de tratar de comprender las realidades de las que habla. ¿No te infunde este sitio la grandeza, lo inconquistable, el esplendor espiritual del hombre? El hombre es un animal noble, Davey. No es un animal bueno; es un animal noble.

—¿Cómo distingues entre uno y otro?

—Porque no tiene nada que ver. Serás... abogado...

—Liesl, no debemos discutir. Aquí no. Salgamos y, si quieres, estaré de acuerdo

con todo lo que digas. Si quieres desgajar la moralidad, el código aceptado, de algunos de los valores más elevados que poseemos, te prometo que tendremos una discusión larga y tendida. Como bien dices, soy abogado. Pero por amor de Dios, volvamos a la luz.

—¿Por amor de Dios? ¿Es que a Dios no se le encuentra en las tinieblas? Como quieras, poderoso amante de la luz y de la ley: nos vamos.

Y atónito vi en ese momento que Liesl se arrojaba cuan larga es al suelo, boca abajo, postrándose ante los cráneos de los osos, y que tal vez por espacio de tres minutos tuve que aguantar la incomodidad que siempre sentimos cuando alguien junto a nosotros se pone a rezar y nosotros no lo hacemos. ¿Qué forma pudieron adquirir sus oraciones? Aquello era peor, muchísimo peor, que la Compañía de los Cómicos de la Psique, según dijo la doctora Johanna. ¿Con qué clase de personas había ido a dar en mi viaje por Suiza?

Cuando se puso en pie vi que sonreía. El encanto que me había acostumbrado a ver pintado en su rostro había desaparecido casi del todo.

—Volvamos a la luz, hijo de la luz. Tendrás que renacer al sol que tanto amas, así que no perdamos tiempo. Deja la antorcha aquí cuando salgamos.

Apagó su propia antorcha pisándola y aplastándola contra el suelo. Hice lo propio. La luz disminuyó hasta no ser más que el rescoldo de unas chispas. Oí un ruidito mecánico, de modo que supuse que estaba accionando el interruptor de la linterna, pero no se hizo la luz.

—Algo va mal. O las pilas o la bombilla. No se enciende.

—¿Y cómo vamos a volver sin luz?

—No podemos perdernos. Basta con avanzar a rastras. Mejor será que vayas tú primero.

—Liesl, ¿me estás diciendo que me interne por ese túnel sin un ápice de luz?

—Pues sí, a menos que quieras quedarte aquí a oscuras. Yo voy a salir, eso te lo aseguro. Si eres sensato, irás tú primero. Y no cambies de intenciones a mitad de camino, porque si algo te sucede, Davey, yo no puedo ni darme la vuelta ni recular marcha atrás. Una de dos: o ascendemos y salimos, o nos morimos aquí dentro. Deja de pensarlo. ¡Adelante!

Me dio un empellón hacia la boca del túnel y me golpeé con fuerza en la cabeza. Lo cierto es que me acobardaba el peligro y me daba miedo Liesl, que se había puesto hecha una furia, un demonio, en la caverna. A tientas di con la entrada y comencé a reptar.

Lo que a la bajada había sido espantoso, por haber tenido que hacerlo boca abajo, con la cabeza por debajo de los pies, se hizo entonces mucho más dificultoso que todo lo que hubiera intentado yo hasta ese momento, pero al iniciar el camino de salida, al tener que ir a rastras en un ángulo que no parecía menor de cuarenta y cinco

grados en ningún momento, resultó desde el comienzo casi imposible. Era como subir trepando por una chimenea, todo cuestión de clavar codos y rodillas, llevándome frecuentes golpetazos en la cabeza. Sé que debí de darle una patada en la cara a Liesl más de una vez, aunque en ningún momento emitió ella más ruido que los jadeos y los gruñidos sin los cuales habría sido impensable avanzar un metro. Yo me había desgastado a la bajada; a la subida tuve que sacar fuerzas de fuentes nuevas, insospechadas. No pensé en nada. Resistí y la resistencia adquirió pronto un nuevo carácter, nada que ver con un sufrimiento pasivo, sino más bien un empeño angustiado y marcado por el miedo. ¿Fue ayer mismo cuando me comparó con el niño que no podía temblar?

De pronto, en plena oscuridad, delante de mí, me llegó un rugido tan pavoroso, tan potente, tan inmediato y sugestivo que conocí en ese instante el filo cortante de la muerte. No perdí el conocimiento. Al contrario, comprendí con vergüenza infinita que las tripas se me habían vuelto agua y que me acababa de ir por la pata. Un repugnante hedor llenó el conducto, y el hedor era íntegramente mío. Me sentí en el punto más bajo de mis fuerzas: aterrado, asqueado, impotente, porque cuando oí la voz de Liesl. —«Sigue adelante, bestia asquerosa, sigue»— no pude seguir, no pude arrastrar conmigo el fétido desastre que, caliente como unas gachas de avena al principio, se enfriaba a toda velocidad con el frescor del túnel negro.

—No es más que el viento. ¿O es que te pensabas que era el dios oso que venía a por ti? Anda, sigue. Te quedan por lo menos otros doscientos metros. ¿Piensas que me apetece pasar el rato aquí dentro, con la peste que sueltas? ¡Sigue te digo!

—No puedo, Liesl. Estoy acabado.

—Has de seguir.

—¿Cómo?

—¿De dónde sacas la fuerza? ¿Es que no tienes un dios? No, supongo que no. No tienes ni dios ni demonio. ¿No tienes antepasados?

¿Antepasados? ¿Para qué, en semejante aprieto y con tanta necesidad, iba yo a querer un adorno de ese estilo? Pensé de pronto en Maria Dymock, recia en medio de la calle de Staunton, exigiendo dinero a los transeúntes para largarse con su bastardo a Canadá. Maria Dymock, a la que Henry Staunton había suprimido como si jamás existiera, y acerca de la cual mi padre nunca supo nada más tras la primera y desdichada carta. (¿Qué había dicho Pledger-Brown? «Una pena, Davey: él quería sangre, y sólo hemos podido darle agallas.»). ¿Me ayudaría Maria Dymock en esa tesitura aciaga? En aquella condición debilitada, aterrorizada, humillada, supongo que debí de invocar a Maria Dymock y algo, aunque me parece absurdo pensar que pudo haber sido ella, algo me otorgó el poder que necesitaba para seguir arrastrándome otros doscientos metros en ascenso, hasta que un aire más limpio, pero no menos frío, me indicó que estábamos cerca de la cueva exterior.

Fue salir de la negrura a lo más lúgubre. Fue salir de lo lúgubre a la luz del sol. Fue la extraordinaria sensación de que eran las tres de la tarde de un espléndido 24 de diciembre y de hallarme a dos mil metros sobre el nivel del mar, en una montaña de Suiza. Siguió una incómoda, penosísima caminata hasta el funicular, y el descubrimiento —¡Dios bendiga a los suizos!— de que en la pequeña estación había un lavabo de caballeros con abundancia de papel higiénico. Luego, un viaje de regreso en uno de los vagones, con la cabeza un tanto ida, durante el cual Liesl no dijo nada, y permaneció malhumorada, como un chamán de los tiempos de su civilización adoradora de los osos que hubiera sido víctima de una gravísima ofensa. Volvimos en coche, en absoluto silencio. Ni siquiera cuando me indicó su deseo de que me sentara sobre un ejemplar del *Neue Zürcher Zeitung* que había en el coche, para no mancharle la tapicería, ni siquiera entonces dijo nada. Cuando entramos en el establo de entrada al garaje de Sorgenfrei decidí hablar yo.

—Liesl, lo siento. Lo siento muchísimo. No por el miedo, ni por habérmelo hecho en los pantalones, ni por nada de eso, sino por haber estado por debajo de lo que tú esperabas de mí. Me creíste digno de ver el altar de los osos prehistóricos, y yo he sido tan mezquino que no entendía lo que trataste de decirme. Pero creo que he llegado a entrever un atisbo de algo mejor, y te ruego que no me retires el saludo, ni que me niegues tu amistad.

Otra mujer podría haberse sonreído o haberme tomado de la mano o haberme besado quizás. Liesl, no. Me miró a los ojos de manera fulminante.

—La disculpa es la moneda de menos valor que hay en la tierra. Para mí no sirve. Pero creo que has aprendido algo. Si es así, no sólo seré tu amiga. Te amaré, Davey. Te llevaré en mi corazón y tú me llevarás en el tuyo. No me refiero a un amor de cama, aunque quién sabe, si es que resulta lo adecuado. Me refiero al amor que todo lo da y todo lo toma y no conoce medias tintas.

Me duché y me metí en la cama a las cinco de la tarde, hecho papilla. Pero es tan milagroso el espíritu humano que pude levantarme y disfruté de una cena magnífica y vi un programa televisivo, un especial navideño hecho en Lausana, en compañía de Ramsay, Eisengrim y Liesl, sintiéndome completamente nuevo, sí, renacido gracias al terror de la caverna y a la gran promesa que ella me había hecho pocas horas antes.



Jueves, 25 de diciembre. Navidad.

Me he despertado sintiéndome mejor que desde hace años. Muy hambriento a la hora del desayuno (¿por qué será que la felicidad nos da hambre?). Ramsay estaba solo en la mesa.

—Feliz Navidad, Davey. ¿Recuerdas que una vez te dije que odiaba el día de

Navidad más que ningún otro del año?

—De eso hace muchísimo. Feliz Navidad, Dunny. Así es como te llamaba mi padre, ¿no?

—Sí. Y siempre lo he detestado. Creo que casi prefiero que me llames Taladro.

Llegó Eisengrim y colocó un pequeño saco de piel de becerro junto a mi plato. Obviamente su deseo era que lo abriese, de modo que así lo hice. Encontré un par de dados de marfil. Los tiré sobre la mesa unas cuantas veces sin demasiada suerte. Luego, los tomó él.

—¿Qué quieres que salga?

—Doble seis, claro.

Lanzó los dados y, como era de esperar, le salió un doble seis.

—¿Están cargados?

—No seas tan zafio. Son de lo más inocente, aunque dentro tienen su secreto. Luego te enseñaré cómo funciona.

Ramsay se echó a reír.

—No irás a suponer, Magnus, que un eminente togado vaya a servirse de una cosa así, ¿verdad? Lo echarían a patadas de todos los clubes de los que sea miembro.

—No sé yo qué hará o dejará de hacer un eminente togado con los dados, pero sé muy bien qué hace ante los tribunales. ¿Eres un hombre con suerte, Davey? Tener suerte es jugar siempre con... bueno, con dados como éstos. Tal vez quieras llevarlos en el bolsillo como recuerdo... Bueno, como recuerdo de lo que nuestro amigo Ramsay llama la variabilidad y la mutabilidad y la extrañeza misma de las cosas.

Acababa de llegar Liesl, que en ese momento me hizo entrega de un reloj.

—De parte de la cabeza de bronce.

Era un hermoso reloj, al dorso del cual se leía grabado: «El tiempo es... El tiempo era... El tiempo pasa», lo cual es un lema perfectamente razonable en un reloj dedicado. Eran las mismas palabras con que Eisengrim y ella presentaban el número de la cabeza de bronce. Supe que, entre nosotros, hacía referencia al misterio y al tiempo inmemorial de la caverna. Me sentí avergonzado.

—No tenía ni idea de que habría un intercambio de regalos. Lo lamento muchísimo, pero no he traído nada para nadie.

—Olvídalo. Las cosas son como cada cual las siente. Ya ves: mi querido Ramsay tampoco se ha preocupado de traer regalos.

—Ni mucho menos. Aquí tengo los míos. Sólo quería esperar a que todos estuvierais presentes.

Ramsay sacó una bolsa de papel de debajo de la mesa, y solemnemente nos hizo entrega a cada uno de un oso grande hecho con pan de jengibre. Eran unos bonitos osos, erguidos sobre las patas traseras, cada uno de los cuales sostenía un leño.

—Son los auténticos osos de St. Gallen. En esta época del año están en todas las

tiendas.

Eisengrim mordisqueó el suyo tentativamente.

—Sí, son iguales que el oso que aparece en el escudo de la ciudad. Es el animal totémico, ¿no?

—Desde luego, son reproducciones del auténtico oso St. Gallen. No sé si conoces la leyenda. A comienzos del siglo VII, un monje irlandés llamado Gallus vino a este rincón del mundo a convertir a los montañeses paganos. Creo que eran adoradores de los osos. Construyó su eremitorio en una cueva cercana a donde se encuentra hoy la ciudad, y allí predicó y se dedicó a la oración. Pero era un hombre de tal santidad, tan por encima de las meras consideraciones de este mundo, que necesitó a un siervo, o a un amigo, que le ayudara en la vida cotidiana. ¿Dónde podría encontrarlo? Bien, resultó que la cueva elegida por Gallus ya tenía otro habitante, un oso de gran envergadura. Y Gallus, que era sumamente terco, hizo un pacto con el oso. Si el oso le traía leña para el fuego, él daría pan al oso. Y así fue. Y este excelente pan de jengibre, espero que no os moleste que diga que es excelente, no pretendo elogiar mi regalo, hoy nos recuerda que si somos sabios de veras sabremos llegar a un acuerdo satisfactorio con el oso que vive con nosotros, porque de lo contrario moriríamos de hambre o tal vez acabaríamos muriendo en sus mismas garras. Al igual que todas las historias de santos, ésta tiene una moraleja. Y la moraleja es el regalo navideño que te hago, Davey, pobre canadiense mataosos, y a ti también, Magnus, fraudulento encantador, y a ti, mi queridísima Liesl, aunque a ti no te hace falta: cuidad bien a vuestro oso, y vuestro oso os dará leña para el fuego.

Más tarde: Un paseo con Ramsay. Apenas pasaban de las tres de la tarde, pero el crepúsculo ya iba avanzado en las montañas. Ramsay no puede ir muy lejos con su pierna ortopédica, pero caminamos unos centenares de metros hacia el precipicio. Un murete de piedra advierte de que no es conveniente acercarse demasiado, porque la caída es casi vertical hasta el valle y las granjas lejanas, allá abajo. Hablé con él de la decisión que Liesl quiere que tome. Le pedí consejo.

—A Liesl le gusta apretar a la gente, llevarnos a los extremos. ¿Tú eres un hombre amigo de los extremos, Davey? No creo que pueda ayudarte. ¿O tal vez sí? ¿Aún conservas la piedra? Me refiero a la que se encontró en la boca de Boy.

La saqué del bolsillo y se la di.

—Esto es algo que sí puedo hacer por ti, Davey.

La alzó con el brazo extendido y con un golpe de muñeca la arrojó a lo lejos, al valle. En ese instante vi con toda claridad que también él había sido un chico. Los dos miramos el vacío, hasta que ya no fue posible columbrar la piedra sobre el valle en sombras.

—Hecho. Algo es algo. Roguemos a Dios para que no haya alcanzado a nadie.

Volvimos camino de Sorgenfrei, caminando en silencio, como dos buenos

compañeros que no necesitan decirse nada. Estaba pensando en el sueño que tuve la noche anterior a mi primera confrontación con la doctora von Haller. Lo recordaba con una claridad espléndida. Había dejado mi vida ordenada, enclaustrada, respetable. Sí. Y me había aventurado por terreno desconocido, donde se estaban realizando excavaciones arqueológicas. Sí. Había intentado bajar por la escalera de caracol y llegar al extraño y engañoso chamizo, tan patético por fuera, tan lleno de riquezas el interior, y mi deseo fue desbaratado por unos anodinos personajes, como si no tuviera yo derecho a estar allí. Sí. Pero a medida que pensaba en todo ello, el sueño fue cambiando: los dos jóvenes ya no estaban en el arranque de la escalera, y yo gozaba de entera libertad para bajar si así me apetecía. Y me apeteció, pues sentí que allí abajo había un tesoro. Me inundó la felicidad y supe que aquello era lo que yo más deseaba.

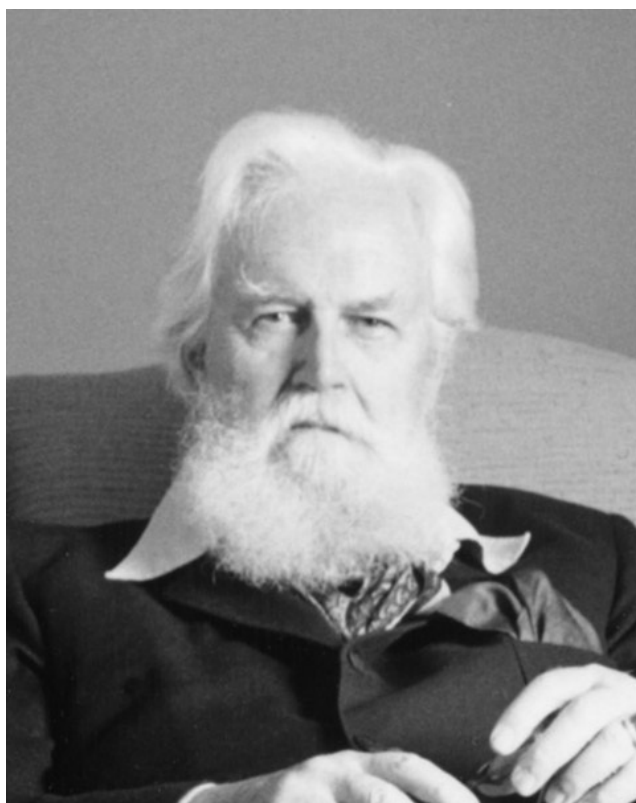
Iba caminando con Ramsay, era plenamente consciente de todo cuanto me rodeaba, y sin embargo era el sueño lo que me resultaba más real que ninguna otra cosa. La extraña mujer, la gitana que hablaba de manera tan imperiosa y, sin embargo, incomprensible, ¿dónde estaba? En el repaso de mi sueño en plena vigilia miré por la puerta del chamizo y allí me la encontré caminando hacia mí. Supe que venía a unírseme. ¿Quién era? «Cada país tiene a los extranjeros que se merece». Las palabras que tan estúpidas me parecieron en su día persistían en mi memoria. Significaban algo más importante de lo que por el momento alcanzaba yo a entender, a pesar de lo cual trataba de hallar una explicación. ¿Iba a descender por la escalera hacia un país desconocido? ¿Iba yo a ser un extranjero allá? ¿Cómo iba a ser un extranjero en el lugar en el que se hallaba mi tesoro? Allí por fuerza tenía que ser nativo, aun cuando hubiera pasado mucho tiempo ausente.

Desde el otro extremo de un terreno desigual venía la mujer con paso ligero. Estaba cada vez más cerca, pero seguía sin ver si su rostro era el de Liesl o el de Johanna.

Entonces Ramsay tomó la palabra, y el sueño o la visión, lo que fuera, perdió su calidad absorbente. Sé sin embargo que mañana a más tardar debo conocer qué cara es la de esa mujer, y qué mujer es la que ha de ser mi guía en el camino al tesoro que me pertenece.

Notas

[1] Sergeant Buzfuz es el grandilocuente y muy acelerado defensor de Bardell en el famoso juicio por incumplimiento de una promesa que se describe en *Los papeles del Club Pickwick*. Representa a un tipo de abogado picapleitos muy propio del siglo XIX, dispuesto a ganar el caso mediante el insulto y el abuso del contrario, además de incurrir en crasa distorsión de los hechos. (N. del t.) <<



ROBERTSON DAVIES. (1913-1995) murió siendo un escritor mundialmente famoso y uno de los autores canadienses más importantes. Nacido en la región de Ontario, se educó en distintas instituciones de su país y Europa. Tras licenciarse en Literatura en Oxford, trabajó como actor en la Old Vic Repertory Company, donde conoció a la que más tarde sería su esposa. En 1940 regresa a Canadá para dedicarse con éxito al periodismo y a escribir comedias; su columna humorística, firmada con el seudónimo de Samuel Marchbanks, tuvo un éxito inmediato y algunas de sus obras de teatro — que él mismo produjo— fueron muy aclamadas. A comienzos de los años cincuenta publica la primera de sus once novelas, organizadas en trilogías, que lo harían mundialmente famoso: la Trilogía Salterton: A merced de la tempestad (1951), Levadura de malicia (1954) y Una mezcla de flaquezas (1958); la Trilogía Deptford: El quinto en discordia (1970), Mantícora (1972) y El mundo de los prodigios (1975); la Trilogía de Cornish: Ángeles rebeldes (1981), Lo que arraiga en el hueso (1985) y La lira de Orfeo (1988); y la inacabada Trilogía de Toronto. En los años sesenta abandonará progresivamente el periodismo y comenzará a enseñar literatura en la Universidad de Toronto, actividad que compaginará con la escritura hasta su jubilación.

Además de novelas, Davies es autor de una treintena de libros entre cuentos, obras de teatro, crítica literaria y recopilaciones de artículos.